

Autor y serie superventas de 'The New York Times'
Número 1 en ventas en Estados Unidos

JIM BUTCHER

«Los libros de Butcher
combinan la magia y la
diversión de Harry Potter
con un tono y una
actitud más oscuros»
—Los Angeles Times



DERECHO DE SANGRE

Harry Dresden

Lectulandia

Harry Dresden, el único mago profesional de Chicago, ha tenido misiones mucho más duras que ir de incógnito al rodaje de una película porno. Sin embargo, en este nuevo caso hay algo particularmente inquietante. El productor de la película cree que es el objetivo de una siniestra maldición.

Harry, además, está disgustado porque solo se ha involucrado en este extraño misterio para hacerle un favor a Thomas, un vampiro egocéntrico y de dudosa moral. Cuando su investigación lo conduce directamente a la lúbrica familia del vampiro, Harry descubre que el árbol genealógico de su supuesto amigo esconde un sorprendente secreto: una revelación que cambiará la vida del mago para siempre.

Lectulandia

Jim Butcher

Derecho de sangre

Harry Dresden 06

ePub r1.0

capitancebolleta 06.08.13

Título original: *Blood Rites*
Jim Butcher, 2004
Traducción: Rebeca Rueda Salacies
Fecha Traducción: 03/2010

Editor digital: capitancebolleta
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para mis sobrinos Graig, Emily, Danny, Ellie, Gabriel, Lori, Anna, Mikey, Kaitlyn, Greta, Foster y el bebé que aún no tiene nombre. Espero que con el tiempo disfrutéis de la lectura tanto como vuestro tío.

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a muchas personas por su incesante ayuda, sus ánimos y su paciencia conmigo: a June y Joy Williams de Buzzy Multimedia, a mi editora Jen, mi agente Jen, mi asesora Jen y a todas las Jens a las que antes no he mencionado, a los miembros de la lista de correo de McAnally, a los residentes de Beta-Foo Asylum, a los artistas (de todo tipo) que han compartido su trabajo e inspiración conmigo y con mucha otra gente, y finalmente a los críticos que han comentado mis libros; incluso las críticas más negativas me han proporcionado valiosos contactos, así que estoy en deuda con todos.

También necesito dar las gracias a mi familia por su continuo apoyo (o al menos por su paciencia). Ahora que he vuelto a Independence, tengo un montón de familiares a los que agradecer tantas cosas que no sabría por dónde empezar, pero quiero daros las gracias por vuestro amor y entusiasmo. Soy un tío afortunado.

Shannon y J. J. se llevan una mención especial, por supuesto. Viven conmigo. Se lo merecen. Como nuestro bichón, *Frost*, que me calienta los pies mientras escribo.

Capítulo 1

El edificio estaba en llamas y no era por mi culpa.

Mis botas crujieron y rechinaron sobre el suelo de baldosas al doblar a toda pastilla una esquina y correr hacia las puertas de aquel colegio abandonado del sudoeste de Chicago. Las lejanas farolas de la calle eran la única fuente de luz del polvoriento pasillo y dejaban enormes parches de oscuridad total sobre el suelo de las viejas aulas.

Llevaba en brazos una caja de madera labrada, más o menos del tamaño de una cesta para la ropa sucia. Pesaba lo suyo y los hombros ya empezaban a dolerme. Además, como a lo largo de mi vida me han disparado en ambos, aquellas molestias musculares rápidamente se convirtieron en profundos y desgarradores espasmos. La puñetera caja ya era una carga de por sí, sin contar con lo que contenía.

Dentro de la caja, unos cuantos cachorros grises y blancos de orejas caídas lloraban y gemían, balanceándose hacia delante y hacia atrás con cada una de mis zancadas. Uno de los perritos, marcado por una muesca en una oreja, fruto de algún percance propio de su especie, parecía ser más valiente o más tonto que el resto de la camada. Escaló por la caja hasta asomar las pezuñas por la tapa y soltó un agudo ladrido aderezado con gruñidos chirriantes, mientras fijaba sus grandes ojos oscuros en algo que se movía a mis espaldas.

Avivé el paso, el guardapolvos de cuero que me llegaba a la altura de las rodillas chocaba contra mis piernas. Escuché un siseo y un crujido, y me desvié hacia la izquierda como pude. Una bola de una sustancia apestosa que se parecía al alquitrán pasó volando junto a mí, envuelta en una llama amarillenta. Golpeó el suelo a varios metros y al momento explotó en un pequeño charco de fuego enfurecido.

Intenté esquivarlo, pero mis botas estaban hechas para caminar, no para correr a toda velocidad sobre baldosines polvorientos. Resbalé y caí. Intenté controlar la caída como pude y acabé deslizándome sobre el trasero, de espaldas al fuego. Sentí el calor por un segundo, pero los conjuros con los que protegía mi abrigo evitaron que me quemara.

Logré esquivar por los pelos otra masa en llamas que avanzaba en mi dirección. Aquella sustancia, fuera lo que fuera, se pegaba como el napalm y ardía con tal fiereza sobrenatural que había convertido una docena de taquillas metálicas en un amasijo ardiente.

La bola me rozó el omóplato izquierdo y arrastró con ella los hechizos de protección de mi guardapolvos para acabar explotando contra la pared de al lado. Yo me agaché, perdí el equilibrio y la caja se me cayó. Todos los cachorros regordetes se desparramaron por el suelo con un coro de gemidos y aullidos de socorro.

Miré hacia atrás.

Los demonios guardianes parecían chimpancés desquiciados, de color violeta salvo por las alas negras de cuervo que les salían de los hombros. Eran los tres que habían escapado al hechizo de parálisis que con tanto cuidado había preparado y que ahora me seguían de cerca saltando por el pasillo con la ayuda de sus alas de plumas negras.

Mientras los observaba, uno de ellos se llevó la mano a la entrepierna y... Bueno, no quiero dar muchos detalles, pero sacó la clase de munición que los primates de los zos utilizan tradicionalmente. El demonio mono me lo lanzó con un terrible graznido y se prendió fuego mientras volaba hacia mí. Tuve que agacharme para que aquella bola asquerosa de pringue incendiaria no me diera en las narices.

Recogí a los cachorros y los metí de nuevo en la caja. Me incorporé y salí corriendo. A mis espaldas, los monos demonios rompieron a aullar.

Escuché unos débiles ladridos y miré hacia atrás. El perrito de la muesca en la oreja había plantado con fuerza sus patitas en el suelo y ladraba desafiante a los monos demonios, que cada vez estaban más cerca.

—Mierda —dije y di media vuelta. El líder de los monos se lanzó a por el cachorro. Pero yo hice como los jugadores de béisbol, derrapé por el suelo con los pies por delante y planté el talón de mi bota en el hocico del mono. No estoy muy cachas, pero mido más de uno noventa y desde luego no soy un peso pluma. Golpeé al demonio con fuerza suficiente para arrancarle un grito de dolor y lograr que se apartara. Acabó chocando contra una taquilla de metal y dejó una abolladura de quince centímetros de profundidad.

—Qué bola de pelo más tonta —murmuré mientras recogía al perrito—. Por eso tengo un gato. —Corrí hacia la caja mientras el cachorro seguía con su derroche de feroces ladridos. Lo metí con los demás sin más ceremonias, esquivé dos o más bolas de fuego y reanudé la carrera mientras comenzaba a toser a causa del humo que ya invadía el edificio. La luz crecía a mis espaldas, allí donde las llamas provocadas por los misiles de los monos comenzaban a devorar las paredes y el suelo, extendiéndose con rapidez.

Corrí hacia la puerta principal del viejo edificio y empujé la barra hacia abajo con la cadera sin apenas reducir la marcha. Pero entonces, algo me dio en la espalda y me tiró del pelo con fuerza. El mono demonio comenzó a morderme el cuello y la oreja. Me dolió. Intenté darme la vuelta para quitármelo de encima, pero me tenía bien cogido. Sin embargo, gracias a que me revolví, pude ver como un segundo demonio se lanzaba contra mi cara y tuve tiempo de agacharme para esquivarlo.

Dejé caer la caja e intenté agarrar al demonio aferrado a mi espalda. Aulló y me mordió la mano. Furioso y dolorido, me di la vuelta, y me lancé de espaldas contra la pared más cercana. El demonio mono conocía esa táctica. Se apartó en el último segundo y me golpeé la base del cráneo contra una fila de taquillas metálicas.

Un montón de estrellitas me cegaron por un momento, y cuando por fin recuperé la visión, vi como dos de los demonios se lanzaban a por la caja de los cachorros. Los dos arrojaron sendas bolas en llamas y la madera se prendió fuego.

Cogí un viejo extintor que colgaba de la pared, y el mono que me atacó se lanzó de nuevo a por mí. Lo golpeé en el hocico con el extremo del extintor y lo dejé fuera de juego, luego le di la vuelta y rocié con una nube de polvo blanco la caja labrada. Conseguí apagar el fuego, pero para estar más seguro, descargué lo que quedaba sobre las caras de los dos demonios, con lo que se creó una gruesa nube de polvo blanco.

Tras coger la caja, salí del colegio y cerré la puerta tras de mí.

Hubo un par de golpes desde el otro lado de la puerta y luego se hizo el silencio.

Entre jadeos miré a los cachorros que lloraban dentro de la caja. Un puñado de hocicos, y ojos negros y húmedos me devolvieron la mirada manchados con el polvo blanco del extintor.

—Joder —les dije—. Tenéis suerte de que el hermano Wang os quiera tanto. Si no me hubiese pagado por adelantado, os pediría que me llevarais a mí.

Un montón de colas comenzaron a moverse de un lado a otro.

—Qué perros más tontos —gruñí. Alcé la caja de nuevo y avancé con ella en brazos hacia el viejo aparcamiento del colegio.

Estaba a medio camino cuando algo arrancó de cuajo las puertas de acero, en sentido contrario al de apertura. Un bramido potente y profundo surgió del interior del edificio y luego una versión extragrande de los monos demonios salió por la puerta haciendo que el suelo retumbara.

Era violeta. Tenía alas. Y parecía muy cabreado. Mediría por lo menos dos metros y medio y tenía que pesar seguramente cuatro o cinco veces más que yo. Mientras lo contemplaba, dos pequeños monos demonios volaron directamente hacia King Kong y fueron absorbidos por la masa del gran demonio al impactar contra él. Kong ganó otros treinta y cinco kilos y se hizo un poco más corpulento. Ya no era como King Kong, sino más bien como *Monozinger* Zeta. Seguramente fue así como los demonios guardianes consiguieron escapar a mi conjuro; vertieron toda su energía en una sola entidad y usaron la fuerza extra que proporciona una mayor densidad para romper mi hechizo.

Monozinger extendió unas alas de envergadura similar a la de un avión pequeño y se lanzó sobre mí con un movimiento increíblemente grácil. Como profesional de la investigación privada, me he enfrentado a muchos tipos de bestias. Con el paso del tiempo y la experiencia, he desarrollado con éxito un procedimiento estándar para tratar con monstruos grandes y desalmados: Salgo por piernas. Yo y Monty Python.

El aparcamiento y el Escarabajo azul, mi viejo y castigado Volkswagen, estaban a solo treinta o cuarenta metros, y yo puedo correr bastante rápido con la motivación

adecuada.

Monozinger rugió y eso me motivó un montón.

Se produjo una pequeña explosión y a continuación un fogonazo de luz roja más luminosa que las farolas que alumbraban la calle. Otra bola de fuego se estrelló contra el suelo a unos centímetros de mí y explotó como una bomba de cañón de la guerra de Secesión, dejando tras de sí un cráter en el pavimento del tamaño de un ataúd. El enorme demonio rugió, me adelantó batiendo sus alas negras de buitre y se dispuso a dar media vuelta para hacer otra pasadita.

—¡Thomas! —grité—. ¡Arranca el coche!

Se abrió la puerta del acompañante y un joven asquerosamente guapo con el pelo oscuro, vaqueros ajustados y una chupa de cuero desgastada y abierta sobre el pecho desnudo, sacó la cabeza y me miró por encima del cristal verde de sus gafas. Luego alzó la vista y vio lo que se me venía encima. Se quedó paralizado y con la boca abierta.

—¡Qué arranques el puñetero coche! —grité.

Thomas asintió con la cabeza y se metió de nuevo en el Escarabajo. El coche tosió, rechinó y volvió a la vida entre convulsiones. El faro que aún sobrevivía se encendió, Thomas pisó a fondo y salió del aparcamiento.

Durante un segundo pensé que me iba a dejar tirado, pero redujo la velocidad lo suficiente para que pudiera alcanzarlo. Luego se inclinó a la derecha y abrió la puerta del acompañante. Con un rugido de esfuerzo salté al interior del coche. Por poco se me cae la caja, pero la sujeté justo antes de que el cachorro de la oreja mellada se asomara al borde, dispuesto a volver a la batalla.

—¿Qué coño es eso? —gritó Thomas. Su oscura melena rizada y brillante comenzó a azotarle la cara y los hombros, a medida que el coche ganaba velocidad y el frío aire otoñal se colaba a través de las ventanillas bajadas. Sus ojos grises estaban desorbitados por el miedo—. ¿Qué es eso, Harry?

—¡Tú conduce! —grité. Coloqué la caja de cachorros llorosos en el asiento de atrás, agarré mi varita mágica, saqué medio cuerpo por la ventanilla abierta y acabé sentado en ella, con el pecho pegado al techo del coche. Me giré para coger la varita con la mano derecha y enfrentarme al demonio.

Reuní mi voluntad, mi magia, y el extremo de la varita comenzó a brillar con una luz rojo cereza.

Estaba a punto de liberar mi energía cuando vi como el demonio se lanzaba en picado con otra bola de fuego en la mano, dispuesto a tirarla contra el coche.

—¡Cuidado! —grité.

Thomas debió de verlo por el espejo retrovisor. El Escarabajo giró bruscamente y la bola de fuego chocó contra el asfalto, originando una explosión de llamas y una onda expansiva que rompió todas las ventanas a ambos lados de la calle. Thomas

consiguió esquivar un coche aparcado subiéndose a la acera, pero el Escarabajo comenzó a dar peligrosos tumbos que casi le hacen perder el control. Con todo aquel movimiento estuve a punto de caerme de mi puesto en la ventanilla. Comenzaba a preguntarme qué posibilidades tenía de aterrizar sobre algo blando cuando sentí como Thomas me cogía del tobillo. Me agarró y tiró de mí hacia el interior del coche con una fuerza que habría sorprendido a cualquier otro que desconociera su verdadera naturaleza.

Ahora estaba seguro de no caerme, así que cuando el demonio volvió a lanzarse sobre nosotros, apunté con mi varita mágica y grité:

—¡Fuego!

Una lanza de fuego casi blanco salió de la punta de mi varita mágica y cruzó el aire de la medianoche iluminando la calle como un relámpago. Con lo que se estaba moviendo el coche, pensé que fallaría, pero contra todo pronóstico la llama alcanzó de lleno a Monozinger en el estómago. El bicho gritó, se revolvió y cayó desplomado al suelo. Thomas volvió al asfalto de la carretera.

El demonio hizo ademán de incorporarse.

—¡Para el coche! —grité.

Thomas pisó el freno a fondo y casi consigo convertirme en puré de mago sobre la acera. Me agarré con todas mis fuerzas, pero para cuando recuperé el equilibrio, el demonio ya se había puesto de nuevo en pie.

Gruñí de pura frustración, preparé otra andanada y apunté con cuidado.

—¿Qué haces? —gritó Thomas—. Está tocado, ¡vámonos!

—No —contesté—. Si lo dejamos aquí, la tomará con cualquiera.

—¡Pero no con nosotros!

Hice oídos sordos a las quejas de Thomas y me preparé para volver a disparar canalizando toda mi energía hacia la varita hasta que saltaron chispas y comenzó a salir humo por toda su superficie.

Después, me dispuse a darle entre ceja y ceja.

El fuego lo alcanzó como una bola de derribo, golpeándolo justo en la barbilla. La cabeza del demonio explotó en una nube de vapores luminosos de color violeta y centellas de luz roja en lo que, debo reconocer, fue un espectáculo bastante chulo.

Los demonios que se adentran en el mundo mortal no tienen cuerpo propiamente dicho, sino una recreación, algo así como un traje, y mientras la conciencia del demonio no deje ese cuerpo ficticio, su aspecto es totalmente real. Que le vuelen a uno la cabeza supone un desgaste demasiado grande para que la energía vital de un demonio pueda mantener la ilusión. El cuerpo de Monozinger se agitó en el suelo durante unos segundos y luego la forma terrenal del demonio King Kong dejó de moverse y comenzó a derretirse hasta transformarse en una masa grumosa de gelatina traslúcida: ectoplasma, materia del Más Allá.

La oleada de alivio que me invadió hizo que me mareara un poco, y volví al Escarabajo dando traspiés.

—Perdona si me repito —dijo Thomas entre jadeos un poco después—, pero ¿qué-coño-era-eso?

Me derrumbé sobre el asiento todavía sin resuello. Me puse el cinturón y comprobé que los cachorros y su caja estaban intactos. Así era. Luego cerré los ojos con un suspiro.

—Shen —dije—. Criaturas espirituales chinas. Demonios. Metaformos.

—¡Joder, Dresden! ¡Casi consigues que me maten!

—No seas quejica. No te ha pasado nada.

Thomas me miró furioso.

—¡Por lo menos me podrías haber avisado!

—Pero si te lo dije —repuse—. En Mac's te dije que te llevaría a casa, pero que antes tenía que hacer un recado.

Thomas me fulminó con la mirada.

—Un recado es llenar el depósito de gasolina, comprar un cartón de leche, esas cosas. No huir de un gorila con alas, morado y pirómano, que nos lanza boñigas incendiarias.

—La próxima vez coge el tren.

—¿Adónde vamos? —preguntó todavía enfadado.

—Al aeropuerto.

—¿Por qué?

Señalé con la mano el asiento de atrás.

—Tengo que devolver la propiedad robada a mi cliente. Quiere llevárselos al Tíbet cuanto antes.

—¿No te estarás dejando nada en el tintero, verdad? ¿Unos canguros ninja o algo así?

—Quería que supieras lo que se siente —dije.

—¿Qué quieres decir?

—Venga, Thomas. Tú nunca vas a Mac's para pasar el rato con los colegas. Estás forrado, tienes contactos, y eres un puñetero vampiro. No me necesitabas para llevarte a casa. Podrías haber cogido un taxi, una limusina, o convencer a alguna mujer para que te hiciera el favor.

Thomas dejó de fruncir el ceño y su rostro se convirtió en una cauta máscara inexpresiva.

—Ya. Entonces, ¿por qué estoy aquí?

Me encogí de hombros.

—No parece muy dispuesto a lanzarte sobre mí, así que supongo que quieres hablar.

—Qué intelecto más agudo. Deberías hacerte detective privado o algo así.

—¿Te vas a quedar ahí insultándome, o me lo vas a contar?

—Vale —dijo Thomas—. Necesito un favor.

Resoplé.

—¿Qué favor? ¿Se te olvida que en teoría estamos en guerra? Magos contra vampiros, ¿te suena de algo?

—Si quieres, podemos imaginar que esto es una táctica subversiva que forma parte de un terrible y elaborado plan destinado a manipularte —contestó Thomas.

—Vale —dije—. Porque si me tomo la molestia de empezar una guerra y tú no te das por aludido, herirías mis sentimientos.

Sonrió.

—Seguro que no sabes de qué parte estoy.

—Claro que sí —resoplé—. De la tuya.

Su sonrisa se ensanchó. Thomas tiene una de esas sonrisas superblancas y encantadoras que hacen que las bragas de las mujeres desaparezcan por combustión espontánea.

—Cierto, pero te he hecho varios favores en estos últimos años.

Fruncí el ceño. Era verdad, aunque nunca entendí por qué.

—Sí, ¿y?

—Y ahora te toca a ti —dijo—. Te he ayudado y quiero cobrarme el favor.

—Ya. ¿Qué quieres que haga?

—Quiero que aceptes el caso de un conocido mío. Necesita tu ayuda.

—No tengo tiempo —dije—. Tengo que ganarme la vida.

Thomas se quitó de un manotazo un trozo de mono flambeado y lo tiró por la ventanilla.

—¿A esto lo llamas vida?

—Esto es una parte de la vida. Quizá te suene el concepto, es conocido como «trabajo». Verás, funciona así: tú sufres haciendo una serie de cosas molestas y humillantes, y a cambio te dan dinero, aunque poco. Como en los programas de televisión japoneses, solo que sin toda esa gloria.

—Habló el proletario. No te pido que trabajes gratis. Te pagaré.

—Ya —murmuré—. ¿Por qué necesita ayuda?

Thomas frunció el ceño.

—Piensa que alguien intenta matarlo. Yo creo que tiene razón.

—¿Por qué?

—Se han producido varias muertes sospechosas en su entorno.

—¿Cómo cuáles?

—Hace dos días envió a su conductora, una chica llamada Stacy Willis, a buscar sus palos del golf al coche para hacer un par de hoyos antes de comer. Willis abrió el

maletero y se abalanzaron sobre ella unas veinte mil abejas que de alguna manera lograron colarse en la limusina durante el lapso que transcurrió desde que llegó a la puerta de la casa y volvió.

Asentí con la cabeza.

—Aja. Desde luego es sospechoso. Repugnantemente sospechoso.

—A la mañana siguiente, su asistente personal, una joven llamada Sheila Barks, fue atropellada por un coche que se dio a la fuga. Murió en el acto.

Fruncí los labios.

—Eso no es tan raro.

—Estaba haciendo esquí acuático.

Lo miré atónito.

—¿Cómo pudo ocurrir algo así?

—Según parece pasaba por debajo de un puente cuando un coche se salió de la carretera y aterrizó encima.

—¡Ag! —dije—. ¿Alguna idea de quién puede estar detrás?

—No. ¿Crees que es una maldición entrópica? —preguntó Thomas.

—Si es así, es de las chapuceras. Aunque desde luego muy potente. Las muertes son bastante espectaculares. —Eché un vistazo a los cachorros. Se habían hecho un ovillo entre todos y dormían. El cachorro de la oreja mellada estaba encima del montón. Abrió los ojos y me dedicó un soñoliento gruñido de aviso. Después se volvió a dormir.

Thomas miró la caja en el asiento de atrás.

—Qué bolitas de pelo tan monas, ¿qué son?

—Perros guardianes de no sé qué monasterio del Himalaya. Alguien se los llevó y los trajo aquí. Los monjes me contrataron para recuperarlos.

—¿Por qué? ¿No tienen perreras en el Tíbet?

Me encogí de hombros.

—Creen que estos perros son de estirpe Fu.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Qué saben artes marciales?

Resoplé, saqué la mano por la ventanilla con la palma hacia abajo y comencé a moverla hacia delante y hacia atrás, como si fuera un ala flotando en el viento que desplazaba el Escarabajo.

—Los monjes piensan que descienden de un espíritu animal divino. El espíritu guardián celestial. Son perros de Fu. Creen que eso los hace especiales.

—¿Y es verdad?

—¿Y cómo voy a saberlo, tío? Yo aquí solo soy un mandao.

—Menudo mago estás hecho.

—El universo es bastante grande —dije—. No lo puedo saber todo.

Thomas guardó silencio un rato mientras la carretera susurraba a nuestro paso.

—Oye, ¿te puedo preguntar qué le ha pasado a tu coche?

Eché un vistazo al interior del Escarabajo, que ya no se parecía al de los demás Volkswagen. Las fundas de los asientos habían desaparecido, al igual que el relleno. De la misma manera que la moqueta del suelo y unos grandes trozos del salpicadero hecho de madera. Quedaba aún un poco de vinilo, algo de plástico, y todo lo que estaba hecho de metal, pero de lo demás, ni rastro.

Yo había hecho unas cuantas reparaciones provisionales con tablas, hierros, espuma barata que compré en la sección de acampada del súper y un montón de cinta adhesiva. Todo aquello le daba al coche un toque postmoderno, y con esto quiero decir que parecía un superviviente de un cataclismo nuclear.

Por otro lado, el interior del Escarabajo estaba muy, muy limpio. Yo siempre procuro ver el lado positivo de las cosas.

—Demonios fúngicos —dije.

—¿Unos demonios fúngicos se comieron tu coche? —preguntó.

—Más o menos. Aparecieron en el interior del coche y utilizaron todo el material orgánico que vieron para fabricarse sus cuerpos.

—¿Los convocaste tú?

—¡Uf, qué va! Me los envió hace unos meses el malo de turno.

—Yo pensaba que había sido un verano tranquilo.

—Tengo una vida, tío. Y además de vérmelas con semidioses, mediar entre naciones en guerra y resolver misterios procurando no acabar muerto, hago otras cosas.

Thomas alzó una ceja.

—¿Cómo vértelas con demonios fúngicos y caca de mono en llamas?

—¿Qué quieres? Yo en lo mío soy lo más.

—Ya. Oye, Harry, ¿te puedo preguntar una cosa?

—Supongo.

—¿De verdad salvaste al mundo? Porque con la última ya serían dos veces seguidas.

Me encogí de hombros.

—Más o menos.

—Se dice por ahí que te cargaste a una princesa hada y que evitaste que estallara la guerra entre Invierno y Verano —dijo Thomas.

—Mi intención era salvar mi culo, pero resultó que el mundo estaba en el mismo sitio.

—Gracias por ser tan gráfico, tendré pesadillas con esa imagen —dijo Thomas—. ¿Y qué pasó con los demonios infernales del año pasado?

Negué con la cabeza.

—Pretendían desatar una horrible plaga, aunque no habría durado mucho. Su idea

era provocar después el apocalipsis. Sabían que no tenían muchas probabilidades, pero estaban dispuestos a intentarlo de todas formas.

—Como cuando juegas a la lotería —dijo Thomas.

—Sí, algo así. La lotería genocida.

—Y tú los detuviste.

—Yo contribuí a detenerlos y sobreviví para contarlo. Pero no hubo un final feliz.

—¿Ah, no?

—No me pagaron. En ninguno de los dos casos. Gano más dinero con la caca de mono en llamas. Es bastante absurdo, la verdad.

Thomas rió un poco y negó con la cabeza.

—No lo entiendo.

—¿Qué no entiendes?

—Por qué lo haces.

—¿Hacer el qué?

Se arrellanó en el asiento del conductor.

—Todo este rollo de Llanero Solitario que te traes. En cuanto te despistas, te dan más golpes que a una estera y apenas te puedes ganar la vida con el trabajo de detective. Vives en un apartamento húmedo y pequeño que más bien parece una cueva. Estás solo. No tienes mujer, no tienes amigos, y conduces este montón de chatarra. Tu vida es bastante patética.

—¿Es eso lo que piensas? —pregunté.

—Estoy siendo totalmente sincero.

Me reí.

—¿Por qué crees que lo hago?

Se encogió de hombros.

—Solo se me ocurren dos posibilidades: o te consume un profundo y sádico odio hacia tu propia persona, o estás loco. Y porque te doy el beneficio de la duda dejo fuera de la lista la estupidez crónica.

Seguí sonriendo.

—Thomas, no me conoces. No tienes ni idea de quién soy.

—Pues yo creo que sí. Te he visto bajo presión.

Me encogí de hombros.

—Sí, pero ¿con qué frecuencia? ¿Quizá un día o dos al año? Y generalmente siempre es cuando algún ser ha estado calentándome, zurrándome la badana con la idea de matarme después.

—¿Y?

—Que eso no refleja cómo es mi vida los trescientos sesenta y tres días restantes —dije—. No lo sabes todo sobre mí. No solo vivo para la magia violenta y la piromanía creativa de Chicago.

—¡Ah, es verdad! Tengo entendido que viajaste a la exótica Oklahoma hace unos meses por algo relacionado con un tornado y el Laboratorio Nacional de Tormentas Violentas.

—Era un favor para la señora del Verano. Fui en busca de una sílfide de tormenta rebelde. Iba a todas partes montado en uno de esos todoterrenos con los que se persiguen tornados. No veas la cara que puso el conductor cuando se dio cuenta de que el tornado nos perseguía a nosotros.

—Una historia muy bonita, Harry, pero ¿por qué me la cuentas? —preguntó Thomas.

—Para que veas que hay cosas de mi vida que desconoces. Tengo amigos.

—Cazadores de monstruos, licántropos y una calavera parlanchina.

Negué con la cabeza.

—No solo eso, además me gusta mi apartamento. E incluso me gusta mi coche.

—¿Te gusta esta... chatarra?

—Puede que no parezca gran cosa, pero tiene lo que hay que tener, chaval.

Thomas se arrellanó aún más en el asiento con expresión escéptica.

—Ahora me veo obligado a reconsiderar la opción de la estupidez crónica.

Me encogí de hombros.

—Mi Escarabajo azul y yo somos la caña. Dentro del mundo de los cuatro cilindros, pero la caña.

El rostro de Thomas perdió toda expresión.

—¿Y qué me dices de Susan?

Cuando me enfado me gustaría ser capaz de poner esa cara de póquer, pero a mí no me sale tan bien.

—¿Qué pasa con ella?

—La querías. Dejaste que formara parte de tu vida. Pero por tu culpa acabó mal. Se fijaron en ella cierta clase de criaturas indeseables y casi le cuesta la vida. — Continuó sin apartar los ojos de la carretera—. ¿Cómo puedes vivir con algo así sobre tus hombros?

Comenzaba a enfadarme, pero tuve un extraño momento de lucidez y mi ira se evaporó antes de que llegara a condensarse. Estudié el perfil de Thomas en un semáforo y vi como se esforzaba por mantener la mirada distante, como si nada de aquello le tocara de cerca. Lo que quería decir que le afectaba. Estaba pensando en alguien importante para él, y sabía muy bien de quién se trataba.

—¿Qué tal está Justine? —pregunté.

Sus rasgos se enfriaron aún más.

—Eso no es importante.

—Vale, pero ¿cómo está?

—Soy un vampiro, Harry. —Su voz sonó gélida y lejana, pero no pudo ocultar su

desasosiego—. Es mi novi... —Se trabó con la palabra e intentó disimularlo con una tos—. Es mi amante. Es comida. Y no hay más que hablar.

—¡Ah! —repuse—. Me cae bien, ¿sabes? Desde que me chantajeó para echarle una mano en la fiesta de Bianca. Fue muy valiente.

—Sí —dijo—. Valor le sobra.

—¿Cuánto tiempo llevas saliendo con ella?

—Cuatro años —respondió Thomas—, casi cinco.

—¿Y no has estado con nadie más?

—No.

—Burger King —dije.

Thomas me miró confundido.

—¿Qué?

—Burger King —repetí—. Me gusta comer en Burger King. Pero aunque pudiera permitírmelo, no comería allí todos los días durante casi cinco años.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Thomas.

—Quiero decir que resulta bastante obvio que Justine es algo más que comida para ti, Thomas.

Giró la cabeza y me observó fijamente durante un momento con ojos vacíos, extrañamente inhumanos.

—No es cierto. No puede serlo.

—¿Y por qué no te creo? —dije.

Thomas me miró, su expresión se terminó de endurecer.

—Déjalo. No quiero hablar de eso.

Decidí no presionarlo. Se esforzaba demasiado en ocultarlo, así que sabía que era todo fachada. Pero si no quería hablar del tema, no podía obligarlo.

Además, tampoco quería. Thomas era el típico listillo con la habilidad de despertar el instinto asesino en todo aquel que lo conocía, y cuando tengo tanto en común con alguien, no puedo evitar que me caiga bien. Así que decidí dejarlo tranquilo.

Por otro lado, me olvidaba con demasiada facilidad de su verdadera naturaleza y no me lo podía permitir. Thomas era un vampiro de la Corte Blanca. Los blancos no beben sangre. Se alimentan de emociones, de sentimientos y a través de ellos, absorben la energía vital de sus víctimas. Hasta donde yo sabía, lo hacían mientras mantenían relaciones sexuales, y muchos creían que podrían seducir a un santo. Vi una vez a Thomas alimentándose y fuera lo que fuera lo que le hacía inhumano, se apoderaba por completo de él. Lo convertía en un ser hecho de hambre; una criatura fría, hermosa y blanca como el mármol. La verdad, es un recuerdo bastante espeluznante.

Los blancos no eran tan fuertes ni estaban tan organizados, o militarizados, como

los de la Corte Roja, pero no sufrían de sus típicas flaquezas. La luz del sol no suponía un problema para Thomas y, por lo que había visto, las cruces y otros objetos sagrados tampoco tenían efecto sobre él. Pero solo porque no fueran tan inhumanos como los otros vampiros, no quería decir que los blancos fueran menos peligrosos. De hecho, tal y como yo lo veía, en muchos casos los convertía en una amenaza aún mayor. Sé cómo actuar cuando un bicho baboso e infernal surge de repente, pero con alguien que parece casi humano suelo bajar la guardia.

Y siguiendo ese hilo argumental, caí en la cuenta de que estaba a punto de aceptar el caso como si Thomas fuera un cliente más. No se puede decir que fuera una decisión muy inteligente y desde luego había muchas posibilidades de que me condujera a situaciones poco saludables.

Se quedó callado de nuevo. Ahora que había dejado de gritar y de luchar por mi vida, el coche comenzó a parecerme un lugar desapaciblemente frío. Subí la ventanilla para que no entrara más aire otoñal.

—Bueno —dijo—. ¿Me vas a ayudar?

Suspiré.

—Ni siquiera debería estar en el mismo coche que tú. Bastantes problemas tengo ya con el Consejo Blanco.

—¡Oh, a tu gente no le gustas! Pobrecito.

—Que te den —dije—. ¿Cómo se llama?

—Arturo Genosa. Es un productor de cine y está creando su propia empresa.

—¿Le has puesto sobre aviso?

—Más o menos. Es un tío normal, pero muy supersticioso.

—¿Por qué quieres que lo vea?

—Necesita tu ayuda, Harry. Si no le echas una mano, no creo que sobreviva una semana.

Miré a Thomas extrañado.

—Las maldiciones entrópicas ya resultan complicadas cuando son precisas, así que no digamos las chapuceras. Si intento desviarla, podría poner en peligro mi vida.

—Yo me la he jugado por ti.

Pensé en sus palabras por un momento. Luego dije:

—Sí, es cierto.

—Y tampoco te pedí dinero a cambio.

—Está bien —dije—. Hablaré con él. Pero no te garantizo nada. Aunque si acepto el caso, me tendrás que pagar por hacerlo, además de lo que ese tal Arturo me ofrezca.

—¿Así es como tú devuelves los favores?

Me encogí de hombros.

—Sal del coche.

Negó con la cabeza.

—Vale, cobrarás el doble.

—No —dije—. No quiero dinero.

Alzó una ceja y me miró por encima de los cristales de sus modernas gafas verdes.

—Quiero saber por qué —dije—. Quiero saber por qué me has estado ayudando. Si acepto el caso, me lo tienes que explicar.

—No me creerías.

—Ese es el trato. Lo coges o lo dejas.

Thomas frunció el ceño y condujo varios minutos en silencio.

—Vale —dijo entonces—. Trato hecho.

—Bien —respondí—. Venga esa mano.

Nos estrechamos las manos. Sus dedos estaban muy fríos.

Capítulo 2

Fuimos al aeropuerto O'Hare. El hermano Wang me esperaba en la capilla de la terminal internacional. Era un hombre asiático bajo y delgado que vestía una túnica del color del atardecer. Su cabeza calva brillaba y hacía que fuera difícil calcular su edad, aunque su rostro estaba surcado por las arrugas de alguien que sonreía a menudo.

—*Señora don* Dresden —dijo con una amplia sonrisa en cuanto me vio con la caja llena de cachorros dormidos—. Los perritos nos has traído para nosotros.

El inglés del hermano Wang era peor que mi latín, lo que ya es decir, pero su lenguaje corporal era inequívoco. Le devolví la sonrisa y le ofrecí la caja con una inclinación de cabeza.

—Ha sido un placer.

Wang cogió la caja, la dejó con cuidado en el suelo y comenzó a comprobar su contenido. Mientras esperaba, eché una ojeada al pequeño oratorio. Era una sobria habitación diseñada para la meditación, para que aquellos que creían en algo tuvieran un sitio donde manifestar su fe. El aeropuerto había redecorado la sala con una moqueta azul en lugar de la beis que había antes. También habían pintado las paredes y colocado un nuevo atril en la parte frontal, además de media docena de bancos acolchados.

Supongo que cuando hay tanta sangre, siempre queda alguna mancha, no importa cuánto disolvente utilices.

Pisé el lugar donde un amable anciano dio su vida por salvar la mía. Me puso triste, pero no sentí amargura. Si tuviéramos que hacerlo de nuevo, él y yo tomaríamos las mismas decisiones. Solo lamentaba no haber podido conocerlo mejor. No todos los días se encuentra a alguien que te pueda dar una lección de fe sin decir ni una palabra.

El hermano Wang frunció el ceño al ver a los cachorros manchados de polvo blanco y alzó una mano empolvada con expresión inquisitiva.

—¡Huy! —dije.

—¡Ah! —respondió Wang, asintiendo—. ¡Huy! Vale, huy. —Miró la caja algo confuso.

—¿Pasa algo?

—¿*Segura* están todos los perritos *en dentro*?

Me encogí de hombros.

—Saqué todos los que había en el edificio. No sé si alguien se llevó alguno antes de que yo llegara.

—Vale —dijo el hermano Wang—. Menos *más mejor* que nada. —Se enderezó y me ofreció la mano—. Muchas gracias de mis hermanos.

Se la estreché.

—De nada.

—El avión sale ya a casa. —Wang se llevó la mano a la túnica y sacó un sobre. Me lo dio, hizo una inclinación, luego cogió la caja de los perritos y salió de la sala.

Conté el dinero del monje, lo que da idea de mi escepticismo. Me había hecho con una buena suma con aquel caso. Primero tuve que descubrir el rastro del hechicero que había robado los cachorros, luego seguirlo y hacer guardia hasta averiguar cuándo salía a cenar. Necesité casi una semana, trabajando diecisiete horas diarias, para descubrir el lugar exacto donde había escondido a los perros. Me pidieron que los sacara de allí, así que tuve que identificar a los demonios que los custodiaban y crear un hechizo para neutralizarlos sin prender fuego al edificio, por ejemplo. ¡Huy!

Al final la suma total ascendía a dos hermosos montoncitos de billetes de cien. Les cargué un montón de horas por la investigación, además de un suplemento por sacarlos de allí. Si hubiera sabido lo de las boñigas en llamas habría aumentado el precio. Hay cosas que llevan recargo.

Volví al coche. Thomas estaba sentado sobre el capó del Escarabajo. Ni siquiera se había molestado en dejarlo en la plaza de aparcamiento, sino que había estacionado sobre la acera en una zona de carga fuera de la terminal. Una oficial de policía se había acercado para decirle que lo moviera, pero era una mujer bastante atractiva y Thomas era Thomas. Le quitó la gorra y se la puso un poco ladeada. La agente parecía muy relajada y reía cuando llegué al coche.

—Oye —dije—. Vámonos. Tengo cosas que hacer.

—Vale —dijo, quitándose la gorra y devolviéndosela a la agente con una pequeña inclinación—. A no ser que me quieras arrestar, Elizabeth.

—Por esta vez pase —contestó la oficial.

—Maldita sea mi suerte —dijo Thomas.

Ella le sonrió y a mí me miró con el ceño fruncido.

—¿No eres Harry Dresden?

—Sí.

La agente asintió con la cabeza mientras se ponía la gorra.

—Eso me parecía. La teniente Murphy dice que eres buena gente.

—Gracias.

—No era un cumplido. Hay mucha gente que no soporta a Murphy.

—Vaya —dije—. Me pongo rojo con tanto piropo.

La agente arrugó la nariz.

—¿A qué huele?

—A caca de mono chamuscada —dije con rostro impasible.

Me miró con desconfianza por un segundo para ver si le estaba tomando el pelo y

luego puso los ojos en blanco. La poli subió a la acera y se alejó caminando. Thomas se bajó de un salto y me tiró las llaves. Las cogí y ocupé el asiento del conductor.

—Vale —dije cuando se hubo sentado—. ¿Dónde puedo encontrar al tipo este?

—Esta noche da una pequeña fiesta para el equipo de la película en un apartamento de Gold Coast. Habrá bebida, música, algo para picar, esas cosas.

—Algo para picar —dije—. Me apunto.

—Pero prométeme que no te llenarás los bolsillos de cacahuets y galletas. — Thomas me dio la dirección de un bloque de apartamentos bastante pijos a unos cuantos kilómetros al norte y nos pusimos en camino. No dijo nada durante el viaje.

—Aquí gira a la derecha —dijo por fin. Luego me dio un sobre blanco—. Entrega esto a los de seguridad.

Giré donde me había indicado Thomas y me incliné para ofrecer el sobre al guardia que se encontraba en la caseta, a la entrada del aparcamiento.

De repente escuché un gruñido agudo y burbujeante justo debajo de mi asiento. Me estremecí.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Thomas.

Me acerqué a la caseta y detuve el coche. Convoqué mis sentidos de mago y los dirigí hacia la fuente de aquel gruñido continuo.

—Mierda, creo que es uno de...

Una especie de frío grasiento y nauseabundo inundó mi percepción, dejándome sin aliento. Con él capté un vago olor a osario, sangre rancia y carne putrefacta. Me quedé paralizado cuando vi de dónde provenía aquella sensación.

La persona a la que había tomado por guarda de seguridad era un vampiro de la Corte Negra.

Fue en su día un hombre joven. Sus rasgos me resultaban familiares, pero la deshidratación de su piel le había dejado el rostro demasiado demacrado para estar seguro. El vampiro no era alto. La muerte lo había consumido hasta convertirlo en la descarnada caricatura de un ser humano. Tenía los ojos cubiertos por un velo de legañas blancas, y jirones de carne muerta pendían de sus pútridos labios, balanceándose sobre sus dientes amarillos. El pelo, como quebradiza hierba seca, se elevaba sobre su cabeza y estaba cubierto por una especie de moho u hongo.

Me agarró con una rapidez inhumana, pero mis sentidos de mago me habían avisado con tiempo para evitar, por poco, que sus dedos esqueléticos se cerraran sobre mi muñeca. El vampiro se quedó con el extremo de la manga de mi guardapolvos de cuero entre los dedos. Aparté el brazo, pero el vampiro tenía tanta fuerza en las yemas de los dedos como yo en toda la parte superior de mi cuerpo. Tuve que tirar con fuerza y retorcer los hombros para liberarme. Ahogué un grito que la repentina oleada de miedo convirtió en un débil chillido.

El vampiro se abalanzó sobre mí a través de la ventana de la caseta como una

serpiente deshidratada. Tuve un momento de pánico al darme cuenta de que si se acercaba lo suficiente estando yo aún dentro del coche, tendrían que esforzarse para despegar mis órganos de aquel amasijo de metal y piezas de repuesto.

Y yo no era lo bastante fuerte para evitarlo.

Capítulo 3

Los sentidos de Thomas evidentemente no podían compararse con los míos porque el vampiro de la Corte Negra tenía ya medio cuerpo dentro del Escarabajo cuando por fin exclamó atónito:

—¡Joder!

Intenté golpearlo en la cara con el codo izquierdo. Sabía que no podía herirlo, pero quizá así ganara algo de tiempo. Le di de lleno y conseguí que girara la cabeza hacia un lado. Mientras tanto con la otra mano busqué una caja situada en el suelo, entre los dos asientos, justo al lado del freno de mano. Dentro guardaba el arma que quizá evitara que me hiciera cachitos. El vampiro se aferró a mí con sus manos esqueléticas, sus uñas se clavaban como garras. Si no hubiera protegido mi guardapolvos con varios conjuros, me habría destrozado el pecho y me habría sacado el corazón con una sola mano. Pero gracias al potente hechizo que reforzaba el cuero, mi abrigo aguantó durante uno o dos segundos, el tiempo suficiente para que yo contraatacara.

Los vampiros de la Corte Negra existen desde el albor de la memoria humana. Tienen todos los poderes que describe Stoker en su libro, pero también todas las debilidades: ajo, símbolos de fe, la luz del sol, agua en movimiento, fuego, decapitación. El libro de Bram Stoker sirvió para que todo el mundo supiera cómo acabar con ellos, y casi fueron exterminados a principios del siglo XX. Solo sobrevivieron los más inteligentes, los más rápidos, los más despiadados de su especie, aquellos con siglos de experiencia en asuntos de vida y muerte. Sobre todo en asuntos de muerte.

Pero a pesar de su longevidad, dudo mucho que a ninguno de ellos lo atacaran con un globo lleno de agua.

O al menos no con un globo lleno de agua bendita.

Siempre llevo tres a mano en el coche, dentro de una caja. Cogí uno, lo escondí en la palma de la mano y se lo arrojé con fuerza a la cara. El globo se rompió y el agua bendita se esparció por toda su cabeza. Cuando alcanzó al vampiro, se produjo un fogonazo de luz plateada y la carne muerta de repente apareció envuelta en unas llamas blancas y frías, tan brillantes como una bengala de magnesio.

El no muerto dejó escapar un grito ronco y rancio, y comenzó a convulsionar de dolor. Después se apartó, moviéndose como un bicho medio muerto. Golpeó sin querer el volante con un brazo y el metal se dobló con un crujido.

—¡Thomas! —grité—. ¡Ayúdame!

Ya se había puesto en marcha. Se arrancó el cinturón de seguridad, subió las rodillas a la altura del pecho y giró a la izquierda. Con un grito lanzó ambos pies contra la cara del vampiro. Thomas no era rival para un no muerto de la Corte Negra,

pero aun así, seguía siendo muy fuerte. La patada sacó al vampiro del coche y lo empotró contra la pared de madera de la caseta del guarda.

El agudo y burbujeante gruñido se convirtió en una serie de pequeños aunque feroces ladridos mientras el vampiro se revolvía débilmente. Intentó levantarse, con los ojos totalmente desorbitados y cubiertos de legañas blancas. Le faltaba un cuarto de su cabeza, aproximadamente, desde la oreja izquierda hasta la comisura de la boca. Los bordes de las quemaduras producidas por el agua bendita brillaban con una tenue llama dorada. Asquerosos cuajarones de un fluido blanco y grumoso salían de sus heridas.

Cogí otro globo de agua y alcé el brazo para lanzárselo.

El vampiro dejó escapar un sibilante alarido de rabia y terror, tras el cual se dio media vuelta y atravesó la pared negra de la caseta sin que le supusiera un gran esfuerzo. Se alejó corriendo por la calle.

—Se escapa —dijo Thomas mientras intentaba poner en marcha el coche.

—No —grité por encima de los ladridos—. Es una trampa.

Thomas pareció dudar.

—¿Cómo lo sabes?

—Sé quién es ese tío —repuse—. Estuvo en la fiesta de Bianca. Solo que entonces estaba vivo.

Thomas empalideció aún más, si eso era posible.

—¿Es uno de los que convirtió esa zorra chalada de la Corte Negra? ¿La que iba vestida como el psiquiatra de Hamlet?

—Se llama Mavra. Y sí.

—Mierda —murmuró—. Tienes razón. Es una trampa. Probablemente esté escondida por aquí, observándonos, esperando a que salgamos corriendo hacia algún callejón oscuro.

Intenté mover el volante. Estaba un poco duro, pero aún funcionaba. Bendito y todopoderoso Escarabajo azul. Encontré una plaza de aparcamiento y detuve el coche. Los ladridos del cachorro de nuevo se transformaron en feroces gruñidos.

—Mavra no necesita un callejón oscuro. Tiene mucho talento para los velos. Podría estar sentada en el capó y no la veríamos.

Thomas se humedeció los labios sin apartar la vista del aparcamiento.

—¿Crees que ha venido a por ti?

—Claro, ¿por qué no? Conseguí con engaños que no destruyera la espada *Amoracchius* y fue aliada de Bianca hasta que me la cargué. Además, estamos en guerra. Me sorprende que haya tardado tanto en aparecer.

—¡Joder, Harry! Esa tía me pone los pelos de punta.

—Y a mí. —Me agaché y metí una mano por debajo del asiento del conductor. Sentí un rabo peludo, lo agarré y saqué al animalito con todo el cuidado que pude.

Era el perrito chalado de la oreja mellada. No me miró, pero seguía gruñendo y moviendo la cabeza de un lado a otro con violencia—. Menos mal que teníamos a este polizón. Si no el vampiro nos podría haber comido a los dos.

—¿Qué lleva en la boca? —preguntó Thomas.

El cachorro soltó lo que estaba mordiendo y cayó al suelo del Escarabajo.

—*Puaj* —dije—. Es la oreja del vampiro. Se le habrá caído cuando le arrojé el agua bendita.

Thomas contempló la oreja en el suelo y se puso un poco verde.

—Se está moviendo.

El cachorro enseñaba los dientes y gruñía dando saltitos con la vista fija en la oreja podrida. La cogí con dos dedos y la tiré. El cachorro gris y negro pareció quedar muy satisfecho con el resultado final. Se sentó y abrió la boca con una sonrisa perruna.

—Menudos reflejos, Harry —dijo Thomas—. Cuando el vampiro se lanzó a por ti, quiero decir. Apabullantes. Eres más rápido que yo. ¿Cómo lo has conseguido?

—No ha sido para tanto. Había oído sus gruñidos y estaba buscando al pesado del chucho cuando sentí como el vampiro se acercaba unos segundos antes de que saltara sobre mí.

—¡*Uau!* —dijo Thomas—. Pues has tenido mucha suerte.

—Sí. Creo que es la primera vez que me pasa.

El cachorro se giró de repente y se quedó mirando el camino por el que se había marchado el vampiro. Volvió a gruñir.

Thomas se puso rígido.

—Oye, Harry, ¿sabes qué?

—No, ¿qué?

—Creo que deberíamos entrar.

Cogí al cachorro y escruté la oscuridad, pero no vi nada.

—Lo mejor de no haber muerto desangrados es que podemos elegir ser prudentes —dije—. Vamos allá.

Capítulo 4

Thomas y yo entramos en el edificio de apartamentos y encontramos al guardia que debería haber estado en la caseta de fuera, tomándose un café con otro tipo sentado tras una mesa. Cogimos el ascensor para subir al último piso. Solo había dos puertas en el pasillo y Thomas llamó a la más cercana. Mientras esperábamos, escuchamos como la música fluía y palpitaba desde el interior. Habían limpiado la alfombra con algo que olía a la planta boca de dragón. Thomas tuvo que llamar dos veces más hasta que la puerta por fin se abrió.

Una hermosa mujer de unos cuarenta y pocos años apareció en la puerta acompañada por una avalancha de música. Mediría casi un metro setenta y llevaba el pelo castaño oscuro recogido con unos palillos. Sostenía una pila de platos de papel en una mano y un par de copas vacías de plástico en la otra. Llevaba un vestido de punto color esmeralda que le llegaba a las rodillas y que revelaba las curvas de una *pin-up* de la Segunda Guerra Mundial.

Su rostro se iluminó inmediatamente con una sonrisa.

—¡Thomas, qué alegría verte! Justine dijo que te pasarías.

Thomas dio un paso adelante con su brillante sonrisa puesta y besó a la mujer en las dos mejillas.

—Madge —dijo—. Estás estupenda. ¿Qué haces aquí?

—Esta es mi casa —contestó Madge un tanto cortante.

Thomas rió.

—No me digas, ¿por qué?

—El viejo tonto me convenció para que invirtiera en su empresa. Tengo que asegurarme de que no malgasta el dinero. Así lo tengo vigilado.

—Ya —dijo Thomas.

—¿Te ha convencido por fin para que actúes?

Thomas se puso una mano sobre el pecho.

—¿A un pobre colegial como yo? Me sonrojo solo de pensarlo.

Madge rió, no sin cierta maldad, mientras acariciaba con los ojos el bíceps de Thomas. O le gustaba mucho hablar con Thomas o en el pasillo hacía más frío de lo que yo creía.

—¿Quién es tu amigo?

—Madge Shelly, este es Harry Dresden. Lo he traído para que hable de negocios con Arturo. Harry es amigo mío.

—Yo no diría tanto. —Sonreí un poco y le ofrecí la mano.

Intentó liberar una mano de todos aquellos platos y copas, pero acabó excusándose entre risas.

—Ya estrecharemos manos en otra ocasión. ¿Eres actor? —preguntó Madge con

ojos inquisitivos.

—«Ser o no ser» —dije—. «La lluvia en Sevilla es una maravilla.»

Sonrió y señaló con la cabeza al cachorro que sostenía en la cara interna de mi antebrazo izquierdo.

—¿Y quién es tu amigo?

—Es el perro sin nombre. Como Clint Eastwood, pero más esponjoso.

Volvió a reír y le dijo a Thomas:

—Ya veo por qué te gusta.

—Es moderadamente divertido —dijo Thomas.

—Y hace horas que debería estar en la cama —dije—. No quisiera parecer insociable, pero tengo que hablar con Arturo antes de que me quede dormido aquí de pie.

—Entiendo —dijo Madge—. La música está muy fuerte en el cuarto de estar. Thomas, ¿por qué no me acompañáis al despacho? Luego os llevaré a Arturo.

—¿Está aquí Justine? —preguntó Thomas. En su voz había una ligera nota de tensión contenida que no creo que Madge notara.

—Por alguna parte anda —dijo sin especificar dónde—. Le diré que has venido.

—Gracias.

Seguimos a Madge por el interior del apartamento. El cuarto de estar estaba tenuemente iluminado, pero pude ver a unas veinte personas entre hombres y mujeres. Algunos bailaban, otros estaban de pie bebiendo, riendo o charlando, como en cualquier fiesta. La habitación estaba llena de humo y solo parte procedía de cigarrillos. Unas luces de colores parpadeaban y cambiaban con la música.

Observé a Thomas mientras atravesaba la habitación. Su forma de caminar cambió ligeramente; lo noté aunque no habría sido capaz de decir en qué exactamente. No es que se moviera más rápidamente, pero sus pasos eran, de alguna manera, más ágiles. Echó un vistazo a la sala con los párpados un poco caídos y comenzó a llamar la atención de todas las mujeres junto a las que pasaba.

A mí no me miraba nadie, ni siquiera con un cachorro durmiendo en el brazo. No es que yo sea Quasimodo ni nada de eso, pero con Thomas caminando por la habitación como si fuera un ángel depredador, yo no tenía nada que hacer.

Una vez atravesamos el cuarto de estar, Madge nos condujo hasta una pequeña habitación con librerías y un escritorio con un ordenador.

—Poneos cómodos, voy a buscarlo —dijo.

—Gracias —contesté y me senté en la silla frente al escritorio. Madge dio media vuelta para marcharse, pero mantuvo los ojos sobre Thomas durante unos segundos más antes de salir. El vampiro de la Corte Blanca se sentó en una esquina del escritorio con expresión ausente—. Pareces pensativo —dije—, y no sé por qué, pero creo que no es bueno. ¿Qué pasa?

—Tengo hambre —dijo Thomas—. Y cosas en las que pensar. Madge es la primera ex mujer de Arturo.

—¿Y monta una fiesta para él? —pregunté.

—Ya, el caso es que nunca me pareció que le tuviera especial cariño.

—¿A qué se refería con lo de la inversión?

Thomas se encogió de hombros.

—Arturo dejó su puesto en un gran estudio de la Costa Oeste para fundar el suyo propio. Madge es muy práctica. Es el tipo de persona que aunque desprecie a alguien, es capaz de actuar como una profesional y trabajar con esa persona, sin negarle además su talento. Si cree que el negocio será rentable, no le preocupa quién lo dirija, aunque no lo soporte. No sería raro que invirtiera dinero en la nueva empresa de Arturo.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Pues no lo sé —dijo Thomas—. De siete cifras, quizá más. Ya le pediré a alguien que lo averigüe.

Silbé.

—Es mucha pasta.

—Supongo —dijo. Thomas era tan rico que seguramente no tenía muy claro cuál era el valor exacto de un dólar.

Iba a hacerle más preguntas, pero la puerta se abrió y un hombre alto y fuerte, de unos cincuenta años, entró en el despacho. Iba vestido con pantalones negros y una camisa gris de seda con las mangas subidas. En su pelo relucían magníficos mechones plateados que enmarcaban un rostro fuerte, con una barba oscura y corta. Estaba moreno, su piel parecía surcada de líneas más pálidas en torno a los ojos y la boca, y sus ojos eran grandes, oscuros y de mirada inteligente.

—¡Tommy! —gritó mientras se acercaba a Thomas—. Esperaba verte esta noche. —Hablabas con marcado acento griego. Dio unas palmadas con ambas manos en los hombros de Thomas y lo besó en las mejillas—. Estás estupendo, Tommy, estupendo de verdad. Deberías trabajar para mí, ¿eh?

—No doy bien en cámara —contestó Thomas—. Pero yo también me alegro de verte. Arturo Genosa, este es Harry Dresden, el hombre del que te he hablado.

Arturo me miró de arriba abajo.

—¡Qué alto es el cabrón!

—Nunca dejé cereales en el plato —dije.

—Hola, perrito —dijo Arturo y rascó al cachorro detrás de la oreja. El perro bostezó, lamió la mano de Arturo y volvió a dormirse enseguida—. ¿Es suyo?

—De momento —dije—. Lo he recuperado para un cliente.

Arturo asintió pensativo.

—¿Sabe lo que es un *strega*, señor Dresden?

—Un practicante de la brujería popular italiana —respondí—. Adivinaciones, pociones de amor, ritos de fertilidad y protecciones. También pueden echar mano de un nutrido surtido de maldiciones con una técnica que denominan *malocchio*. Mal de ojo.

Alzó las cejas sorprendido.

—Veo que conoce su oficio, ¿eh?

—Solo lo justo para meterme en líos —dije.

—¿Cree en ello?

—¿En el mal de ojo?

—Sí.

—Cosas más raras se han visto.

Arturo asintió.

—¿Le dijo Tommy lo que necesito?

—Me contó que le preocupaba una posible maldición. Que gente cercana a usted había muerto.

Arturo pareció titubear por un momento y vi como la tristeza minaba su confianza.

—Sí. Dos mujeres. Buenas personas, las dos.

—Ya —dije—. Suponiendo que todo eso se deba a una maldición, ¿por qué cree que va dirigida a usted?

—Ellas dos no tenían ningún tipo de relación —dijo Arturo—. Hasta donde yo sé, soy lo único que tenían en común. —Abrió un cajón del escritorio y sacó un par de carpetas de papel manila—. Informes —dijo—. Información sobre sus muertes. Tommy dice que quizá me pueda ayudar.

—Quizá —admití—. ¿Qué motivos podría tener alguien para lanzarle una maldición?

—El estudio —dijo Arturo—. Hay alguien empeñado en que esta empresa no despegue, en acabar con ella antes de que ruede su primera película.

—¿Qué quiere de mí?

—Protección —dijo Arturo—. Necesito que proteja al equipo de rodaje durante la filmación. No quiero que muera nadie más.

Fruncí el ceño.

—Va a ser complicado. ¿Tiene idea de quién quiere detener la producción?

Arturo me miró contrariado y se acercó a un armarito. Lo abrió y sacó una botella de vino que ya estaba abierta. Tiró del corcho con los dientes y dio un trago.

—Si lo supiera, no tendría que contratar a un detective.

Me encogí de hombros.

—Soy mago, no adivino. ¿Sospecha de alguien? ¿A quién le interesa que usted fracase?

—A Lucille —intervino Thomas.

Arturo miró a Thomas furioso.

—¿Quién es Lucille? —pregunté.

—Mi segunda ex mujer —contestó Arturo—. Lucille Delarossa. Pero ella no tiene nada que ver.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté.

—No sería capaz —argumentó—. Estoy seguro.

—¿Por qué?

Negó con la cabeza y se quedó mirando la botella de vino.

—Lucille... bueno. Digamos que no me casé con ella por su intelecto.

—No es necesario ser listo para reaccionar de manera hostil —dije, aunque no podía recordar la última vez que alguien tonto había utilizado una magia tan poderosa—. ¿Alguien más? ¿Tiene por ahí alguna otra ex mujer?

Arturo agitó una mano mientras respondía:

—Tricia no querría detener la película.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Es la protagonista.

Thomas resopló.

—¡Por amor de Dios, Arturo!

El hombre del pelo gris sonrió.

—¿Qué iba hacer? Tenía un contrato en vigor. Me habría machacado en los juzgados si no le doy el papel.

—¿Hay alguna otra ex mujer? —pregunté—. Me puedo acordar de tres, pero si hay más tendré que empezar a tomar notas.

—Todavía no —murmuró Arturo—. Estoy soltero. De momento solo son tres.

—Bueno, algo es algo —dije—. Verá, a no ser que quien le haya echado la maldición actúe delante de mí, no hay mucho que yo pueda hacer. Las maldiciones como el mal de ojo se llaman maldiciones entrópicas, y es prácticamente imposible descubrir al culpable.

—Pero tengo que proteger a mi gente del *malocchio* —dijo Arturo—. ¿Puede hacer eso?

—Si estoy presente cuando entre en acción, sí.

—¿Cuánto me va a costar eso? —preguntó.

—Setenta y cinco la hora, más gastos. Y mil por adelantado.

Arturo ni siquiera se lo pensó.

—Hecho. Comenzamos a rodar por la mañana, a las nueve.

—Tendré que estar cerca, dentro del estudio, si es posible —dije—. Y cuanta menos gente sepa por qué estoy ahí, mejor.

—Sí —añadió Thomas—. Habrá que inventarse alguna historia. Si se pasea como

si nada por el estudio, el malo esperará a que se marche o a que vaya al baño para actuar.

Arturo asintió.

—Que maneje el *boom*.

—¿Cómo dice?

—El micrófono de *boom* —explicó Thomas.

—*Uf*, no me parece muy buena idea —repuse—. Mi magia no se lleva muy bien con los aparatos electrónicos.

El rostro de Arturo reflejaba fastidio.

—Está bien. Pues ayudante de producción. —Oímos un sonido agudo procedente de sus pantalones y sacó un móvil del bolsillo. Nos indicó con una mano que esperaríamos y se apartó al otro lado de la habitación hablando en voz baja.

—Ayudante de producción. ¿Qué es eso? —pregunté.

—Chico para todo —dijo Thomas—. El chico de los recados. —Se puso de pie, estaba intranquilo.

Alguien llamó a la puerta y cuando se abrió apareció una joven que seguramente no habría cumplido aún los veintiuno. Tenía el pelo oscuro, ojos oscuros y era un poco más alta que la media. Llevaba un jersey blanco con una minifalda negra bastante corta que revelaba unas bonitas piernas. Incluso comparada con la gente guapa de la fiesta, aquella chica era un verdadero bombón. Aunque la última vez que la vi solo llevaba uno de esos lazos rojos que se ponen en los regalos de Navidad, así que es posible que no fuera del todo imparcial.

—Justine —dijo Thomas y en su voz noté una nota de alivio, como si fuera un marinero que gritara «¡tierra a la vista!». Se acercó a la joven y se inclinó para besarla.

Justine se puso colorada y dejó escapar una ahogada risita antes de que sus labios tocaran los de él. Después se besaron como si no hubiera nada más en el mundo.

El cachorro dormido en mi brazo se agitó y vi como miraba fijamente a Thomas mientras un gruñido casi inaudible de desaprobación hacía vibrar su peludo pecho.

El beso no duró tanto, la verdad, pero cuando Thomas finalmente apartó sus labios de los suyos, Justine estaba ruborizada y pude ver como le latía el pulso en el cuello. No vi nada en ella que indicara la voluntad de contenerse. La intensidad de su mirada me habría abrasado de haber estado más cerca, y por un momento pensé que iba a tumbar a Thomas sobre la alfombra justo delante de mí.

En su lugar, Thomas la hizo girar para que apoyara la espalda sobre su pecho, la atrajo contra sí, y la rodeó con sus brazos. Estaba aún más pálido y sus ojos eran ahora de un gris todavía más claro. Apoyó la mejilla contra su pelo por un momento y luego dijo:

—Ya conoces a Harry.

Justine me miró con ojos pesados y sensuales, y asintió.

—Hola, señor Dresden. —Inspiró por la nariz e hizo un visible esfuerzo por recuperar el control—. Estás frío —le dijo a Thomas—. ¿Qué ha pasado?

—Nada —dijo Thomas en voz baja.

Justine inclinó la cabeza y luego se apartó un poco de él. Thomas la miró sorprendido, pero no intentó retenerla.

—¿Cómo que nada? —dijo ella mientras le tocaba la mejilla—. Estás helado.

—No quiero que te preocupes —le dijo Thomas.

Justine me miró de reojo.

Yo busqué a Arturo que seguía hablando por teléfono, luego dije en voz baja:

—La Corte Negra. Creo que era uno de los matones de Mavra.

Los ojos de Justine se abrieron como platos.

—Dios, ¿ha habido algún herido?

—Solo el vampiro —respondí. Señalé al cachorro que de nuevo dormía en mi brazo—. Él lo vio venir.

—Thomas —dijo Justine volviendo su atención a él—, me dijiste que no tenías que preocuparte por Mavra.

—Primero, no sabemos si se trata de Mavra —dijo Thomas mientras me lanzaba una mirada asesina por encima de la cabeza de Justine—. Y, segundo, iba a por Dresden, pero como él está aquí por mí, lo ayudé un poco.

—Le pegó una patada en la cara —añadí—, y salió corriendo.

—Dios mío. Me alegro de que todo haya quedado en nada, señor Dresden, pero esto no debería haber pasado, Thomas. Ni siquiera deberíamos estar en Chicago, si no...

Thomas cogió a Justine por la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos.

Justine se estremeció y sus labios dejaron de moverse mientras la boca seguía aún ligeramente abierta. Sus pupilas se dilataron hasta que casi ocultaron los iris. Su cuerpo se balanceó de forma sutil.

—Tranquila —dijo Thomas—. Yo me ocuparé de todo.

En la frente de ella apareció una pequeña línea y balbució:

—Pero... no quiero que... te pase nada.

Los ojos de Thomas relucieron. Alzó una de sus pálidas manos y con la yema de un dedo tomó el pulso de Justine en el cuello. Luego fue bajando, describiendo una lenta espiral que se detuvo a unos centímetros de su clavícula. Justine volvió a estremecerse, su mirada estaba totalmente desenfocada. Cualquiera que fuera la idea que tenía en mente sufrió una muerte lenta y silenciosa que dejó a la joven balanceándose mientras emitía suaves sonidos entre rápidas respiraciones.

Y estaba encantada. Aunque por lo que pude ver, tampoco tenía otra elección.

El silencioso gruñido del cachorro vibró contra la piel de mi brazo. De repente la

furia se apoderó de mí con una ola de repentina rabia.

—Para —dije en voz baja—. Sal de su cabeza.

—Esto no es asunto tuyo —respondió Thomas.

—Claro que sí. Deja ahora mismo de jugar con su mente o tú y yo vamos a tener más que palabras.

Thomas apartó la mirada de Justine y se volvió hacia mí. Algo maligno iluminó sus ojos con una ira fría y apretó con fuerza los puños. Después negó con la cabeza y cerró los ojos por un momento. Antes de abrirlos dijo:

—Cuantos menos detalles conozca —dijo con voz tensa y áspera—, más segura estará.

—¿De quién? —pregunté.

—De cualquiera que me odie a mí o a mi casa —dijo escupiendo las palabras con una feroz mueca en sus labios—. Si no sabe más que cualquier otra persona, no hay razón para ir a por ella. Es una de las pocas cosas que puedo hacer para protegerla. No te metas, mago, o te aseguro que yo sí que tendré más que palabras contigo.

Justo en ese momento Arturo colgó el teléfono y se volvió hacia nosotros. Nos miró sorprendido y se acercó hasta donde estábamos.

—Lo siento, ¿me he perdido algo?

Thomas me miró con una ceja alzada.

Respiré hondo y dije:

—No. Discutíamos un tema un poco controvertido, pero podemos dejarlo para después.

—Bien —dijo Arturo—. Bueno, ¿por dónde íbamos?

—Tengo que llevar a Justine a casa —dijo Thomas—. Se ha pasado con la bebida. Mucha suerte, Arturo.

Arturo asintió con la cabeza y sonrió.

—Gracias, Tommy, gracias por todo.

—De nada. —Rodeó a Justine con un brazo y la atrajo hacia sí, luego me saludó con una inclinación de cabeza y dejó la habitación—. Hasta luego, Harry.

Yo también me puse en pie.

—¿Adónde tengo que ir mañana? —pregunté.

Dejó la botella de vino, cogió una libreta del escritorio y anotó una dirección. Después sacó un rollo de billetes de cien, apartó diez y los puso sobre la nota con la dirección. Lo cogí todo.

—No sé si creerle, señor Dresden —dijo Arturo.

Agité los billetes.

—Mientras me pague, no necesito que crea en mí. Hasta mañana, señor Genosa.

Capítulo 5

Volví a casa arrastrando los pies a eso de las tantas. *Mister*, el gato gris bobtail de casi trece kilos con el que comparto piso, me hizo una llave de judo al restregarse contra mis piernas y casi me tira al suelo con su ritual afectivo.

Inclinó la cabeza a un lado y olfateó el aire. A continuación me comunicó su aristocrático enojo con un maullido gutural de aviso y se encaramó al mueble más cercano desde el que estudió al cachorro que aún dormía en mi brazo.

—Es temporal —le dije y me senté en el sofá—. No se va a quedar.

Mister guiñó los ojos, se acercó a mí con sigilo y le lanzó un zarpazo de indignación.

—No te pases. Este pequeño lunático es un peso pluma. —Murmuré un conjuro y se encendieron varias velas por todo el apartamento. Marqué el número que utilizó el hermano Wang mientras estuvo en la ciudad, pero me salía una grabación diciendo que ese teléfono ya no estaba disponible. A veces los teléfonos hacen cosas raras cuando los uso así que volví a intentarlo. Nada. Bah. Me dolían los huesos y quería descansar a salvo y a gusto en mi guarida.

Mi guarida estaba en el sótano de un antiguo y quejumbroso edificio construido hacía más de cien años como pensión. Las ventanas, que desde fuera rozaban el nivel de la calle, se situaban en la parte más alta de las paredes y el apartamento no era más que una habitación grande con chimenea. Los muebles eran viejos, pero cómodos. Había un sillón, un sofá de dos plazas, un par de sillas con asiento reclinable... Nada pegaba con nada, pero todo parecía mullido y acogedor. El suelo de piedra estaba cubierto con varias alfombras y había suavizado el aspecto del hormigón de las paredes con varios tapices y fotos enmarcadas.

Toda la casa estaba impoluta y olía a pino. Hasta la chimenea estaba tan limpia que solo se veía la piedra. Las hadas no tienen rival como amas de casa. Pero no puedes hablar a nadie de ellas porque recogen sus bártulos y se marchan. ¿Por qué? No tengo ni idea. Son hadas, ellas funcionan así.

A un lado del cuarto de estar había un hueco en la pared con una estufa de leña, una nevera antigua de las que funcionan con bloques de hielo, y unos armarios donde guardo las cosas de cocinar y algo de comida. Al otro lado, una estrecha puerta conduce a mi dormitorio y al baño. Apenas había espacio para una cama pequeña y un armario de segunda mano.

Aparté la alfombra que cubría la trampilla en el suelo que daba al sótano. Como está a bastante profundidad, ahí abajo hace frío todo el año, así que intenté que no se me cayera el perrito mientras me ponía encima una gruesa bata de franela. Luego encendí una vela, abrí la trampilla y bajé por la escalera plegable a mi laboratorio.

Le había prohibido a mi servicio de limpieza que bajara al laboratorio y como

resultado, durante los últimos dos años, había ido perdiendo poco a poco la batalla contra el caos. Las paredes estaban cubiertas por estanterías metálicas llenas de *tupperwares*, cajas, bolsas, barreños, botellas, vasos, cuencos y urnas. La mayoría de los frascos tenían una etiqueta donde se especificaba su contenido: ingredientes para cualquier clase de poción o hechizo, invocaciones y objetos mágicos que de vez en cuando tenía tiempo de fabricar. Una gran mesa de trabajo ocupaba el centro de la habitación y en su extremo más lejano había un parche de hormigón que en ningún caso hacía juego con el suelo de la sala. El parche estaba rodeado por un círculo de invocaciones grabado en la piedra. Me permití el lujo de reemplazar el viejo anillo con uno nuevo hecho de plata y alejé de él todo lo posible lo que había en la habitación.

La cosa que tenía atrapada bajo el círculo había permanecido tranquila desde la noche en que la encerré en una cárcel espiritual, pero cuando se trata de sepultar a un ángel caído, os aseguro que toda precaución es poca.

—Bob —dije mientras encendía más velas—. Despierta.

Había una estantería que no iba con la decoración del cuarto. Estaba formada por dos simples riostras metálicas que sostenían un tablón de madera. Restos de cera vieja, procedente de velas derretidas, se acumulaban en montículos multicolores a ambos lados del tablón en cuyo centro descansaba un cráneo humano.

La calavera se estremeció un poco, rechinó los dientes y en sus cuencas vacías apareció una tenue luz naranja. Bob, la Calavera, no era realmente una calavera. Era un espíritu del aire, un ser de gran conocimiento y siglos de experiencia en magia. Desde que se lo robé a Justin DuMorne, el Darth Vader personal de mi infancia, la sabiduría y habilidad de Bob me han ayudado a salvar vidas. Principalmente la mía, pero las de otros también.

—¿Qué tal te fue? —preguntó Bob.

Comencé a rebuscar entre mis cosas.

—Tres de los cabrones se libraron de ese hechizo de parálisis del que estabas tan seguro —respondí—. Casi no salgo de una pieza.

—Qué guapo te pones cuando lloriqueas —dijo Bob—. Casi creo que... ¡gatos sagrados, Harry!

—¿Hum?

—¿Has robado uno de los perros del templo?

Acaricié al cachorro y me sentí un poco ofendido.

—Ha sido un accidente. Se quedó en el coche de polizón.

—¡Uau! —dijo Bob—. ¿Qué vas a hacer con él?

—Aún no lo sé —contesté—. El hermano Wang ya se ha ido. Acabo de llamar al número de contacto que utilizó aquí, pero está fuera de servicio. No puedo pedir a un mensajero que lo lleve al templo porque toda esa zona de las montañas está vigilada y

una carta tardaría meses en llegar. Si es que llega. —Por fin encontré una caja lo bastante grande. Después de buscar un poco más, metí dentro un par de albornoces viejos de franela y sobre ellos puse al agotado cachorro—. Además, tengo cosas más importantes de las que preocuparme.

—¿Cómo qué?

—Como la Corte Negra. Mavra y su... su... Oye, ¿qué nombre recibe un grupo de vampiros de la Corte Negra? ¿Una bandada? ¿Una manada?

—Una plaga —dijo Bob.

—Eso. Parece que Mavra y su plaga están en Chicago. Uno de ellos se me acercó tanto que casi me manda al otro barrio.

Las luces de Bob titilaron en sus cuencas de la emoción.

—Guay. ¿Y qué vas a hacer, lo de siempre? ¿Esperar a que lo vuelvan a intentar y luego seguir a los atacantes para llegar hasta Mavra?

—Esta vez no. Voy a encontrarlos antes, tiraré la puerta abajo y los mataré mientras duermen.

—¡Uau! Ese es un plan con más mala baba de la habitual, Harry.

—Sí, a mí también me gusta.

Cogí la caja con el cachorro dentro y continué:

—Quiero que te lleves a *Mister* a dar un paseo por la ciudad por la mañana. Averigua dónde se oculta Mavra durante el día y por lo que más quieras, no te lleves por delante más hechizos de protección.

Por alguna razón me pareció que Bob se estremecía.

—Sí, tendré mucho más cuidado. Pero los vampiros no son idiotas, Harry. Saben que están indefensos durante el día. Habrán tomado medidas para proteger su refugio. Siempre lo hacen.

—Yo me ocuparé de eso —dije.

—Quizá no puedas tú solo.

—Por eso les voy a achuchar a la Liga de la Justicia —dije, intentando no bostezar. Dejé la caja con el perrito sobre la mesa, cogí mi vela y me acerqué a la escalera.

—¿Eh oye, adónde crees que vas? —preguntó Bob.

—A la cama. Mañana madrugo. Caso nuevo.

—Y el chucho del templo se queda aquí ¿por qué?

—Porque no quiero que esté solo —contesté—. Y si me lo llevo arriba, creo que *Mister* esperará a que me duerma para comérselo.

—Joder, Harry. Soy un *voyeur*, no un veterinario.

Lo miré molesto.

—Necesito dormir.

—¿Y me encasquetas el perro?

—Sí.

—Este trabajo es una mierda.

—Monta un sindicato —le dije sin piedad.

—¿De qué va el nuevo caso? —preguntó.

Se lo conté.

—¿Arturo Genosa? —preguntó Bob—. ¿Arturo Genosa, el productor de cine?

Alcé las cejas.

—Sí, ese. ¿Has oído hablar de él?

—¿Qué si he oído hablar de él? ¡Joder, sí! ¡Es el mejor de los mejores!

Mi intuición dio la voz de alarma y me pareció que el estómago se me caía a los pies.

—*Hum*, ¿qué clase de pelis hace?

—¡Películas eróticas ampliamente aclamadas por la crítica! —dijo Bob, apenas capaz de hablar por la emoción.

Lo miré sorprendido.

—¿Hay críticos de cine erótico?

—¡Claro! —balbució Bob—. En todo tipo de revistas y publicaciones.

—¿Cómo cuáles?

—*Juggs, Hooters, Funkybuns, Busting out...*

Me froté los ojos.

—¡Bob, eso son revistas porno, no revistas normales!

—Cuatro estrellas, cuatro pollones, ¿qué más da? —preguntó Bob.

No iba a entrar en esa discusión.

La calavera suspiró.

—Harry, no pretendo llamarte idiota ni explicarte lo que es obvio, pero te contrató un vampiro de la Corte Blanca, un íncubo. ¿Qué clase de trabajo pensabas que ibas a hacer?

Miré a Bob furioso. Tenía razón. Debí suponer que no sería nada sencillo.

—Por cierto —dije—, ¿qué sabes de la Corte Blanca?

—Bueno, lo normal —contestó Bob, lo que en realidad quería decir que sabía mucho.

—Esta noche he visto a Thomas muy raro —dije—. No sé cómo describirlo exactamente. Apareció también Justine, dijo que estaba helado y se mostró muy preocupada por ello. Entonces él se sacó de la manga algún tipo de magia hipnótica y la dejó totalmente ida.

—Tenía Hambre —dijo Bob—. Es decir, Hambre con «h» mayúscula. El Hambre es una especie de... no sé cómo explicarlo. Un espíritu simbiótico dentro de un vampiro de la Corte Blanca. Todos nacen con uno.

—Claro —dije—. De ahí procede su fuerza, sus poderes y todo eso.

—Además de su inmortalidad —dijo Bob—. Pero deben pagar un precio. Por eso llevan a cabo todo el rollo ese de alimentarse. El Hambre tiene que sobrevivir.

—Ya lo pillo, ya lo pillo —dije con un bostezo—. Utilizan sus poderes, eso despierta el apetito del espíritu y entonces tienen que alimentarse. —Fruncí el ceño—. ¿Qué pasa si no se alimentan?

—¿A corto plazo? Cambios de humor, mal genio, comportamiento violento, paranoia. A largo plazo gastan toda la reserva de energía vital que tengan. Una vez que eso pasa, el Hambre se apodera del vampiro y lo obliga a cazar.

—¿Y si no pueden cazar?

—Se vuelven locos.

—¿Y las personas de las que se alimentan? —pregunté.

—¿Quieres saber qué pasa con ellas? —dijo Bob—. Los vampiros les arrebatan pedazos de su vida. Les producen daños espirituales, como cuando la Pesadilla se cebó con Mickey Malone. Los dejan vulnerables a la seducción y el control mental de los blancos, así les resulta luego más fácil volver a hincarles el diente.

—¿Qué pasa si no les dejan en paz?

—Si no «los» dejan en paz, iletrado. Si se siguen alimentando, el mortal acaba literalmente consumido. Se va sumergiendo en una especie de ensoñación. Es bastante usual que les de un ataque cardiaco durante el acto sexual.

—Sexo letal —dije—. Literalmente.

—Para morir —confirmó Bob.

Entonces se me ocurrió una idea extraña que me inquietó mucho más de lo que habría deseado.

—¿Y si el vampiro no quisiera alimentarse de alguien?

—Lo que quiera da igual —dijo Bob—. Se alimentan por instinto. Es su naturaleza.

—Así que si un vampiro está con alguien —dije—, al final lo acaba matando.

—Antes o después —dijo Bob—. Sí, siempre.

Negué con la cabeza.

—Lo tendré en cuenta —dije—. Aunque es difícil mantener la guardia con Thomas. Es tan... bueno, si fuera humano no me importaría invitarlo a una cerveza de vez en cuando.

La voz de Bob adquirió un tono más serio.

—Quizá sea un gran tío, Harry, pero eso no cambia el hecho de que no siempre tiene control sobre su poder, o su Hambre. No creo que pueda dejar en paz a esa novia tan guapa que tiene. Ni tampoco que pueda dejar de alimentarse de ella. —Bob hizo una pausa—. Aunque quisiera, claro. Porque está muy buena. ¿Quién no querría hincarle el diente a Justine de vez en cuando? ¿Verdad?

—Céntrate —gruñí—. Tú busca el escondite de Mavra. Yo volveré del trabajo

antes del anochecer, si puedo.

Bob suspiró, soñador.

—Unos tanto y otros tan poco. Genosa siempre contrata a las chicas más guapas. Montones y montones de chicas guapas. Yo deambularé por las calles, buscando a las espeluznantes criaturas de la noche, mientras tú estarás junto a unos bellezones en bolas sin perder detalle de lo que hacen. Qué cosas tiene la vida.

Sentí como me sonrojaba.

—Échale un ojo al perro. Tienes mi permiso para llevarte a *Mister* a dar una vuelta por la ciudad después de que haya salido el sol. Vuelve al anochecer.

—Eso haré —dijo Bob—. Harry, Harry, Harry. Qué no daría yo por estar en tu pellejo esta semana...

Semejante declaración demuestra que una cara bonita puede hacer que incluso un espíritu de intelecto sin cuerpo alcance cotas insospechadas de estupidez.

Capítulo 6

El gato empezó a pisotearme la cara poco tiempo después de amanecer. Mi cuerpo clamaba que al menos necesitaba dormir un par de horas más, pero arrastré los pies hasta la puerta y dejé salir a *Mister*. Antes de marcharse, me saludó con un movimiento de cabeza y ojos que brillaron con destellos naranjas casi invisibles. Bob había tomado temporalmente posesión del cuerpo de *Mister*. (De hecho, pensaba que *Mister* toleraba que Bob lo controlase solo porque así veía cosas nuevas cuando lo enviaba a cumplir alguna misión).

Bob era un ser espiritual, demasiado frágil para salir por ahí a la luz del sol. Podría evaporarse en solo unos segundos. Como espíritu, necesita algún tipo de protección durante el día, y esa era la función de *Mister*. De repente me entró el típico ataque de preocupación y murmuré:

—Ten cuidado con mi gato.

El minino puso los ojos en blanco y me dedicó un maullido desdeñoso. Después se frotó contra mis piernas, un gesto que nada tenía que ver con Bob, y se marchó escaleras arriba hasta que lo perdí de vista.

Me duché, me vestí y encendí la lumbre de la cocina para prepararme unos huevos revueltos y tostarme un poco de pan. A través de la trampilla abierta del sótano escuché sonido de arañazos. Después oí unos golpes y de nuevo los arañazos. Me asomé a ver qué era.

El cachorro gris se había escapado de su caja e intentaba subir por la escalera. Consiguió salvar cinco o seis escalones, se resbaló y cayó al suelo de piedra al comienzo de la escalera, según parecía, por segunda vez. No se quejó. Simplemente se quedó espatarrado unos segundos, luego se puso de nuevo en pie y comenzó a subir de nuevo la escalera lleno de... bueno, de determinación canina.

—Pero caray, perro. Tú estás loco. Loco de verdad.

El perrito subió el siguiente escalón y se detuvo para mirarme con la boca abierta formando una especie de sonrisa perruna. Meneó el rabo tan fuerte que casi se vuelve a caer. Bajé, lo cogí en brazos, lo dejé sobre el sofá y me senté a su lado para desayunar. Le di un poco de comida y agua. Aunque no me lo fuera a quedar, era un huésped al que había que tratar con la debida hospitalidad. Aunque fuera un bicho peludo.

Mientras comíamos, planeé lo que iba a hacer aquel día. Tendría que pasar casi toda la jornada en el estudio de Genosa si quería proteger al equipo ante otro posible ataque de la maldición.

Sin embargo, esa estrategia estaba condenada al fracaso. Antes o después, estaría en el lugar equivocado, o la maldición llegaría con demasiado empuje para detenerla. Lo inteligente sería averiguar de dónde provenían esas maldiciones. Alguien las

enviaba. Lo que tenía que hacer era encontrar a esa persona, darle una lección y el problema estaría resuelto.

Es más, estaba bastante seguro de que quien estaba detrás de aquellas maldiciones era alguien cercano a Genosa. Aunque no fuera tan incisiva o maligna como la magia ideada para atacar directamente el cuerpo de una persona, aquella maldición era bastante potente. Para que la magia funcione, tienes que creer en ella. Creer de verdad, sin ninguna duda ni reserva. No es muy habitual que alguien tenga ese tipo de convicción con fines asesinos. Y es todavía menos habitual que una persona sienta tanto encono hacia un completo desconocido.

Todo eso me llevaba a la conclusión de que el asesino era probablemente alguien próximo a su círculo. O perteneciente a él. Lo que significaba que al menos había una posibilidad de que hoy me viera las caras con el asesino en el estudio.

Así que podrían surgir problemas.

Y hablando de problemas, no tenía que preocuparme por que la Corte Negra se lanzara sobre mí en pleno día, pero no por eso iba a permitirme el lujo de bajar la guardia. Los vampiros tenían la costumbre de reclutar a matones a sueldo para que les hicieran el trabajo sucio a la luz del día, y un balazo entre los ojos me mataría igual de bien que un vampiro arrancándome la mandíbula inferior. De hecho, sería mucho mejor, porque entonces el vampiro ordenaría a su lacayo que se declarara culpable o que se suicidara, y las autoridades mortales, que podrían causar problemas, quedarían satisfechas.

Yo era bastante mejor que la mayoría en eso de mantenerme alerta, pero, aun así, no podía estar en guardia constantemente. Me cansaría, me aburriría, cometería errores. Eso sin mencionar el mal humor que se me pondría. Cuanto más retrasara la resolución del problema vampírico, más probabilidades había de que acabara muerto. Así que tenía que actuar con rapidez. Y eso significaba que necesitaría ayuda. Tardé unos diez segundos en decidir a quién quería llamar. Incluso tenía tiempo para ir a ver a uno de ellos al trabajo.

Terminamos de desayunar y dejé que el cachorro se encargara del prelavado de los platos. Saqué mi agenda Rolodex, cogí el teléfono y dejé dos mensajes en sendos contestadores. Después me puse mi pesado abrigo negro, metí el cachorro en uno de sus enormes bolsillos, cogí mi bastón y la mochila llena de diferentes utensilios para lanzar hechizos a la carrera, y salí para enfrentarme al día.

Mi primera parada: el gimnasio de *Huracán Dough Joe*, situado en la primera planta de un viejo edificio de oficinas no muy lejos del cuartel general de la policía de Chicago. El local era antes un bar estilo *country-and-western* que se veía a todas luces que no iba a durar mucho abierto. Cuando Joe apareció, tiró abajo todos los tabiques que no fueran maestros, arrancó las tejas baratas del techo, desnudó el suelo hasta dejarlo en el suave y duro hormigón y lo llenó todo de luz. A mi derecha había

dos cuartos de baño lo bastante grandes como para que sirvieran también de vestuarios. Sobre un gran cuadrado de moqueta acolchada había dispuestas unas treinta máquinas de musculación bastante usadas y varias estanterías con pesas y mancuernas cuya sola visión ya me provocaba agujetas por todo el cuerpo. Enfrente, un auténtico *ring* de boxeo, aunque al mismo nivel del suelo, y al otro lado, sobre una plataforma elevada, una larga fila de sacos de boxeo, sacos pesados, peras de velocidad y un par de esos sacos que se balancean y que yo casi nunca consigo golpear dos veces seguidas.

La última zona estaba cubierta con una gruesa colchoneta y era la mayor del gimnasio. Varias personas vestidas con el *judogi* estaban trabajando diferentes técnicas de ataque y defensa. Reconocí a casi todos como miembros del cuerpo de policía de Chicago.

Uno de los hombres, un novato alto y fuerte, dejó escapar un penetrante grito y se lanzó, junto con otro compañero, a por un mismo contrincante. Eran rápidos y se compenetraban bien. Si su oponente no hubiera sido Murphy, probablemente habrían ganado.

La teniente Karrin Murphy, la mujer a cargo de la división de Investigaciones Especiales de la policía de Chicago, apenas medía metro y medio. Llevaba el pelo rubio recogido en una coleta y el cinturón de su kimono estaba tan desgastado que más parecía gris que negro. Era atractiva en plan natural y sanote: tenía los ojos azules, la piel clara y la nariz respingona.

Y practicaba aikido desde que tenía once años.

El novato cachas subestimó su rapidez, y Murphy esquivó su patada antes de que el tipo se percatara de su error. Lo cogió por el tobillo, giró todo el cuerpo y lo mandó a cierta distancia dando tumbos, lo que le dio tiempo para encargarse del segundo atacante. Este la golpeó con más cautela. Murphy dejó escapar un grito seco, amagó un puñetazo, pero al final le dio una patada en el estómago. No le atizó con mucha fuerza y el contrincante encajó el golpe correctamente, pero aun así tuvo que dar varios pasos hacia atrás y alzó las manos aceptando su derrota. Si Murphy se hubiera empleado a fondo, lo habría machacado.

El novato volvió a atacar, pero no consiguió coger suficiente velocidad. Murphy bloqueó un puñetazo, luego otro, lo agarró de la muñeca y lo lanzó contra la colchoneta para inmovilizarlo después, retorciéndole la mano a la espalda, a la altura de los riñones. El rostro del novato se desfiguró por el dolor y golpeó el tatami tres veces. Murphy lo soltó.

—Eh, Stallings —dijo Murphy lo bastante alto para que todo el gimnasio la oyera — ¿qué ha pasado aquí?

El contrincante de más edad sonrió y dijo:

—Que a OToole le acaba de dar una paliza una chica, teniente.

Se produjeron aplausos y risas burlonas por parte de los demás agentes que había en el gimnasio, incluyendo comentarios del tipo: «¡págame!» o «¡ya te lo dije!».

OToole negó con la cabeza incrédulo.

—¿Qué he hecho mal?

—Vi venir la patada a un kilómetro —dijo Murphy—. Estás hecho un toro, OToole. No hace falta que imprimas mucha fuerza a tus patadas. No sacrifiques velocidad para conseguir más potencia. Los golpes deben ser rápidos y limpios.

OToole asintió y caminó hasta una esquina de la colchoneta junto a su compañero.

—Eh, Murphy —grité—. ¿Por qué no dejas en paz a estos chavalines y te metes con alguien de tu tamaño?

Murphy giró la cabeza y su coleta de caballo le acarició el hombro. Los ojos le brillaron cuando dijo:

—Eso no me lo dices a la cara, Dresden.

—Dame un minuto que me ampute las piernas y ya lo verás —respondí. Me quité los zapatos y los dejé apoyados contra la pared, junto con mi abrigo. Murphy sacó un bastón de madera pulida de un metro y medio de longitud de una estantería que había en la pared. Yo entré con el mío en un cuadrado delimitado con cinta sobre la colchoneta y nos saludamos con una inclinación de cabeza.

Calentamos con una secuencia sencilla, alternando golpes con un ritmo constante mientras nuestros bastones entrechocaban ruidosamente. Murphy no aumentó la velocidad de sus golpes.

—Hace por lo menos dos semanas que no te veo. ¿Vas a abandonar las clases de autodefensa?

—No —dije en voz baja—. Es que he tenido trabajo. Lo acabé anoche. —Me desconcentré, perdí el ritmo y el bastón de Murphy me golpeó con fuerza en los dedos de la mano izquierda—. ¡Ay, joder!

—Concéntrate, llorica. —Murphy me dio unos segundos para agitar un poco los dedos y luego comenzó otra vez desde el principio—. Tú te traes algo entre manos.

—Algo extraoficial —dije en un murmullo.

Murphy miró a su alrededor. No había nadie lo bastante cerca para oírnos.

—Vale.

—Necesito a alguien que me guarde las espaldas, ¿estás disponible?

Murphy alzó una ceja.

—¿Necesitas un matón?

—Un guardaespaldas matón —dije.

Murphy frunció el ceño.

—¿Qué tienes pensado?

—La Corte Negra —respondí—. Al menos hay dos vampiros, probablemente

más.

—¿Con ganas de bronca?

Asentí.

—Uno de ellos me sorprendió anoche.

—¿Estás bien?

—Sí, pero hay que pararles los pies y rápido. No son amables ni divertidos como los Rojos.

—Lo que quiere decir...

—Quiere decir que cuando se alimentan, sus víctimas no suelen sobrevivir. No comen con mucha frecuencia, pero cuanto más tiempo estén por aquí, más cadáveres irán apareciendo.

Los ojos de Murphy brillaron con un fuego repentino y furioso.

—¿Qué plan tienes?

—Encontrarlos y matarlos.

Abrió los ojos como platos.

—¿Y ya está? ¿Nada de bailes de gala, fiestas de disfraces, o encuentros clandestinos para ir haciendo boca?

—*Na*. He pensado que sería agradable ir directamente a por los malos para variar.

—Me gusta ese plan.

—Es simple —añadí.

—Como tú —dijo Murphy.

—Como yo.

—¿Cuándo?

Negué con la cabeza.

—En cuanto averigüe dónde se ocultan cuando luce el sol. Probablemente dentro de dos o tres días.

—¿Qué tal el sábado?

—*Hum* ¿por qué?

Puso los ojos en blanco.

—La reunión anual de los Murphy es este fin de semana. Siempre intento que me pille trabajando.

—¡Oh! —dije—. ¿Y por qué no te limitas a... no ir?

—Necesito una buena excusa para faltar, o mi madre no me dejará en paz.

—Pues miente.

Murphy negó con la cabeza.

—Lo sabría. Es telépata o algo así.

Llegó mi turno de alzar las cejas.

—Bueno, Murph, en ese caso intentaré arreglarlo todo para que la amenaza del monstruo mortífero coincida con tu fiesta anual y así puedas escaquearte. Tu escala

de prioridades no deja de sorprenderme.

Torció el gesto.

—Lo siento. Es que me paso el año temiendo la dichosa reunión. La relación con mi madre no es muy buena. La familia le vuelve a uno loco. No espero que lo entiendas porque...

Dejó de hablar de inmediato y sentí que me traspasaba una punzada de dolor. No esperaba que lo entendiera. No tenía madre. No tenía familia. Jamás la tuve. Hasta los difusos recuerdos de mi padre habían desaparecido ya. Murió cuando yo tenía solo seis años.

—¡Dios, Harry! —dijo Murphy—. Lo he dicho sin pensar. Perdona.

Tosí y me concentré en la secuencia.

—No será un trabajo largo. Encuentro a los vampiros, entramos, les clavamos unas cuantas estacas, cortamos unas cuantas cabezas, les echamos agua bendita y a otra cosa.

Murphy aumentó la velocidad, tan aliviada por mis palabras como por cambiar de tema. La fuerza de sus golpes me hacía sentir un hormigueo en las manos cada vez que su bastón golpeaba el mío.

—¿Entonces podremos vivir el topicazo? —preguntó—. ¿Estacas, cruces y ajo?

—Sí. Pan comido.

Murphy resopló.

—¿Y entonces para qué necesitas ayuda?

—Por si han contratado a algún sicario. Necesito matones con capacidad de neutralizar sicarios.

Murphy asintió.

—No vendría mal un par de manos más. —Volvió a incrementar la velocidad, su bastón comenzaba a verse borroso. Tuve que esforzarme para seguir su ritmo—. ¿Por qué no hablas con el caballero santo amigo tuyo?

—No —contesté, tajante.

—¿Y si lo necesitamos?

—Si se lo pidiese, Michael vendría sin pensárselo dos veces. Pero estoy harto de ver cómo se hace daño por mi culpa. —Fruncí el ceño y casi pierdo el ritmo, pero lo mantuve—. Dios, o lo que sea, es quien le prepara la agenda, y tengo la sensación de que es mucho menos invencible cuando funciona extraoficialmente.

—Pero es un hombre hecho y derecho. Quiero decir que conoce los riesgos. Tiene cerebro.

—Y también hijos.

Esta vez fue Murphy la que falló y la golpeé en un pulgar. Puso cara de dolor y señaló con la cabeza al poli novato al que había humillado.

—OToole es el sobrino de Mickey Malone. Caminaría sobre brasas por ti, si le

pido que venga.

—¡Dios, no! No quiero novatos en esto. Cualquier fallo tonto puede resultar mortal.

—Podría hablar con Stallings.

Negué con la cabeza.

—Murph, los chicos de Investigaciones Especiales son mucho mejores que los demás polis cuando se trata de enfrentarse a cosas raras del Más Allá, pero muchos todavía no creen ni lo que ven. Necesito a alguien listo y duro, que no se quede paralizado o salga corriendo, y esa eres tú.

—Son mejores que todo eso.

—¿Y qué pasa si algo sale mal? ¿Y si yo cometo un error? ¿O tú? Aunque consiguieran salir de una pieza, ¿cómo crees que asimilarían lo sucedido cuando tuvieran que volver al mundo real, ese donde la gente no cree en vampiros y donde hay que investigar las muertes?

Murphy frunció el ceño.

—De la misma manera que yo, supongo.

—Sí, pero tú eres su líder. ¿Quieres ser responsable de enviarlos a esa clase de locura? ¿Quieres exponerlos a algo así?

Murphy observó a algunos de los hombres del gimnasio y torció el gesto.

—Ya sabes que no. Pero lo que quiero decir es que yo soy tan vulnerable como ellos.

—Quizá, pero tú ya sabes cómo es esto. Ellos no. No del todo. Tú sabes lo suficiente para andar con cuidado y ser astuta.

—¿Y qué pasa con el Consejo Blanco? —preguntó Murphy—. ¿No estarían dispuestos a ayudarte? Al fin y al cabo eres uno de ellos.

Me encogí de hombros.

—A la mayoría no le caigo muy bien. Necesito su ayuda tanto como que alguien me clave un cuchillo en el cuello.

—Vaya. No me digas que no cayeron rendidos ante tu encanto y diplomacia.

—¿Qué quieres? No tienen gusto.

Murphy asintió.

—¿Pues a quién más vas a llamar?

—Contigo y con otro más bastará para agujerear ataúdes —dije—. Conozco a un tío al que se le dan bien los vampiros. Y también necesitaré un conductor que nos saque de allí cuando todo haya acabado.

—¿Cuántas leyes piensas quebrantar?

—Ninguna —contesté—. Si puedo evitarlo.

—¿Y si los vampiros tienen sicarios humanos?

—Los dejamos fuera de combate. Mi objetivo es solo la Corte Negra. Pero si

quieres hacer horas extra como hermanita de la caridad, me parece bien.

Terminamos la secuencia, dimos un paso atrás y nos saludamos con otra inclinación de cabeza. Murphy caminó conmigo hasta el borde de la colchoneta con el ceño fruncido, dándole vueltas a todo en su cabeza.

—No quiero infringir ninguna ley. Cazar vampiros es una cosa, pero hacer de superheroína es otra.

—Hecho —acepté.

Torció el gesto.

—Y me gustaría mucho, mucho que lo hiciéramos el sábado.

Resoplé.

—Si salimos pronto, quizá acabes en el hospital y todo, quién sabe.

—Ja, ja —se burló Murphy.

—Hazme un favor y estate al tanto de las denuncias de personas desaparecidas. Quizá nos den alguna pista sobre la localización de los vampiros. Quiero toda la información que pueda conseguir.

—Vale —dijo Murphy—. ¿Quieres que practiquemos combate cuerpo a cuerpo?

Recogí mi abrigo.

—No puedo. Dentro de media hora tengo que estar en mi nuevo trabajo.

—Harry, el aikido es una disciplina exigente. Si no practicas todos los días, olvidarás lo que has aprendido.

—Lo sé, lo sé, pero es que mi vida no hay una rutina diaria.

—Saber solo un poco es peligroso —dijo Murphy. Me sostuvo el bastón mientras me ponía el abrigo y de repente torció el gesto cuando me lo dio.

—¿Qué? —pregunté.

Su boca se retorció como cuando intentaba aguantar la risa.

—¿Eso que llevas en el bolsillo es un perrito, o es que te alegras de verme?

Bajé la vista. El cachorro se había despertado de su siesta y jadeaba contento asomando la cabeza por el bolsillo de mi abrigo.

—Ya, esto.

Murphy sacó al cachorro del bolsillo, lo puso boca arriba y comenzó a rascarle la tripa.

—¿Cómo se llama?

—No se llama. No me lo voy a quedar.

—¡Ah! —exclamó Murphy.

—¿Lo quieres?

Negó con la cabeza.

—Necesitan mucha atención, y yo no paro en casa.

—¿Qué me vas a decir? ¿Sabes de alguien que lo quiera?

—Pues no.

—Hazme un favor. Quédatelo un día.

Murphy me miró atónita.

—¿Por qué yo?

—Porque esta mañana tengo que ir a un trabajo nuevo y no he tenido tiempo de dejarlo con nadie. Venga, Murph. Es muy simpático. Es tranquilo. Ni te enterarás de que está ahí. Solo será un día.

Murphy me miró enfadada.

—No me lo voy a quedar.

—Lo sé, lo sé.

—No me lo voy a quedar —repitió.

—Ya lo has dicho, Murph.

—Es que quiero que comprendas que no me lo voy a quedar.

—Ya lo he pillado.

Asintió.

—Solo por hoy. Tengo papeleo que hacer en el despacho, pero más vale que vengas a recogerlo a las cinco.

—Eres un ángel, Murph. Gracias.

Puso los ojos en blanco y dejó al cachorro en el hueco de su antebrazo.

—Sí, sí, ¿qué trabajo nuevo es ese?

Suspiré y se lo conté.

Murphy rompió a reír.

—Eres un cerdo, Dresden.

—No lo sabía —protesté.

—*Oink, oink, oink.*

La miré furioso.

—¿No tenías que hacer papeleo?

—Te espero a las cinco, cerdo.

—A las cinco —suspiré. Refunfuñé durante todo el camino hasta el coche y puse rumbo a mi nuevo trabajo en el set de rodaje.

Capítulo 7

Chicago es una ciudad de negocios. Empresarios de toda clase y condición luchan ferozmente por conseguir el sueño americano, dejando a su paso los cadáveres de aventuras empresariales fallidas. La ciudad está repleta de cuarteles generales de antiguas empresas, en su mayoría en manos de longevos gigantes comerciales. Para las empresas nuevas es más barato instalarse en uno de los nuevos parques empresariales construidos en las afueras. Todos tienen el mismo aspecto: una red de edificios cuadrados, discretos y maleables, de dos o tres plantas, sin ventanas, sin jardines y con aparcamientos de gravilla. Parecen enormes y feos mazacotes de hormigón, pero son baratos.

Arturo había alquilado por poco tiempo un edificio en uno de esos parques empresariales a unos veinte minutos del centro, al oeste de la ciudad. Cuando yo llegué, ya había tres coches más en el aparcamiento. Llevaba una mochila de nailon llena de varias herramientas mágicas que quizá necesitase para ahuyentar las energías malévolas: sal, un puñado de velas blancas, agua bendita, un llavero, una campanita de plata y chocolate.

Sí, chocolate. El chocolate vale para repeler toda clase de cosas perversas y si te entra hambre mientras ahuyentas el mal, te lo puedes comer. Es una herramienta multiusos.

Por el borde de la mochila sobresalía el extremo de mi varita mágica por si, en caso de necesidad, tuviera que sacarla rápidamente. También llevaba mi brazalete escudo, el pentáculo de mi madre, mi anillo de fuerza y un aparatejo nuevo en el que estaba trabajando: una hebilla de cinturón de plata con la forma de un oso que se alzaba sobre sus patas traseras. Mejor ir con todo el arsenal mágico y no necesitarlo, que echarlo de menos y acabar muerto.

Salí del coche. Llevaba unos pantalones y un polo, porque no tenía ni idea de lo que debía ponerse un ayudante de producción de película porno. El cliente tendría que contentarse con este estilo de hombre de negocios *sport*. Me colgué la mochila de un hombro y cerré el coche. Justo en ese momento apareció un vehículo alquilado de color verde y aparcó junto al Escarabajo azul.

Se bajaron dos tipos. El conductor era un hombre con pinta de estar en forma, de unos treinta y tantos años. Era un poco más alto de lo habitual, y tenía la constitución de alguien que hace ejercicio, pero sin caer en el fanatismo. Tenía el pelo castaño claro y lo llevaba un poco largo, lo justo para parecer un tanto desaliñado. Llevaba gafas de montura redonda, una camiseta Nike, unos pantalones Levi's y unas deportivas que probablemente le habrían costado más de cien pavos. Me saludó con una inclinación de cabeza.

—Buenos días —dijo con un tono de genuina alegría.

—Hola —contesté.

—¿Eres el nuevo? —preguntó.

—El mismo.

—¿Cámara?

—No, doble.

—Guay. —Sonrió, sacó del maletero del coche alquilado una bolsa de gimnasio de diseño y se la echó al hombro. Luego se acercó con la mano extendida—: Soy Jake.

Estrechamos las manos. Las suyas tenían las durezas de alguien que trabajaba con ellas, y mostraba una seguridad que transmitía fuerza, aunque no intentó estrujarme los dedos. Me cayó bien.

—Harry —respondí.

El segundo hombre que había bajado del coche parecía un anuncio de levantamiento de pesas andante. Era alto, y bajo la camiseta de deporte sin mangas y los estrechos pantalones de cuero, se adivinaba una musculatura digna de Hércules. Lucía un falso bronceado de los buenos, el pelo negro como el carbón, y no creo que tuviera edad para pagar una cuota sensata por el seguro de su coche. Sin embargo, su rostro no iba con aquel cuerpo olímpico. Si hubiera que utilizar un gráfico para analizar su atractivo físico, yo diría que su cara estaría en la línea descendiente. Aunque para ser justos, quizá la cara de asesino con la que me estaba mirando influyera negativamente en mi percepción.

—¿Quién coño eres tú? —gruñó.

—Coño, yo soy Harry —contesté.

Sacó su propia bolsa de deporte y cerró la puerta del coche de un portazo.

—¿Siempre eres así de gracioso?

—No, a veces duermo.

Dio un par de pasos hacia mí y me incrustó la parte inferior de la palma de la mano en el hombro con un beligerante empujón. Un movimiento clásico del *machojitsu*. Yo podría haberle hecho toda una serie de cosas terribles en respuesta, pero procuro no meterme en peleas en los aparcamientos con gravilla, si puedo evitarlo. Encajé el empujón sin moverme y gruñí.

—Tienes la muñeca un poco floja —dije—. Si quieres te puedo enseñar un ejercicio o dos para fortalecerla un poco.

Su rostro se retorció con repentina furia.

—¡Hijo de puta! —dijo y tiró la bolsa para poder cerrar sus enormes manos en enormes puños.

—Eh —dijo Jake interponiéndose entre los dos y plantando cara al grandullón—. Eh, vamos, Bobby. Es demasiado temprano para estas gilipolleces.

Bobby se puso mucho más agresivo en cuanto Jake intentó contenerlo, y comenzó

a gruñir y a insultarme. Me he enfrentado a demasiados ogros de verdad como para que me impresionara uno metafórico, pero me alegré de que la cosa se quedara ahí. El chaval era mucho más fuerte que yo, y con que supiera moverse un poco, lo veía capaz de estropearme el día.

Bobby se calmó después de un minuto, recogió su bolsa y me miró con ojos asesinos.

—Sé lo que estás pensando y ya te puedes olvidar.

Alcé las cejas.

—¿Así que además lees el pensamiento?

—Mira qué gracioso es el doble —gruñó—. Solo pasó una vez. Jamás te harás un nombre a mi costa, así que ya te estás largando.

Jake suspiró.

—Bobby, no es un doble.

—Pero ha dicho que...

—Estaba bromeando —dijo Jake—. Joder, él es más nuevo en esto que tú. Oye, ve preparándote. Tómate un café o agua o lo que quieras. Olvida esto y céntrate en el rodaje.

El chico me miró con rabia de nuevo y me señaló con el índice.

—Te lo advierto, gilipollas. Aléjate de mí si no quieres acabar mal.

Intenté disimular todo el pánico y el terror que me inspiraba.

—Muy bien.

El chaval gruñó, escupió al suelo en mi dirección y luego entró como un huracán en el edificio.

—Alguien se ha levantando con la testosterona por las nubes —dije.

Jake observó cómo se alejaba Bobby y asintió.

—Está bajo mucha presión. No te lo tomes como algo personal, tío.

—Hombre —dije—, después de los insultos y de intentar pegarme...

Jake torció el gesto.

—No tiene nada que ver contigo, tío. Es que está preocupado.

—¿Le preocupa que lo reemplace un doble?

—Sí.

—¿En serio? ¿Y qué clase de trabajo hace un doble en una película porno?

Jake señaló disimuladamente su cinturón.

—Planos extremadamente cortos.

—Ah... ¿qué?

—La verdad es que no suele pasar. Y ahora con la viagra mucho menos. Pero no es tan raro que el director traiga a un doble para cerrar la escena, si el actor tiene problemas para rematar.

Lo miré sorprendido.

—¿Creía que era un doble de pene? Jake rió ante mi reacción.

—Tío, sí que eres nuevo.

—¿Llevas mucho en esto?

—Un tiempo —contestó.

—Parece el trabajo ideal, ¿eh? Mujeres guapas y todo eso.

Se encogió de hombros.

—No tanto como crees. Por lo menos no después de un tiempo.

—¿Entonces por qué lo haces?

—¿La costumbre? —preguntó con una media sonrisa—. Además de falta de otras opciones. En una ocasión pensé en formar una familia, pero no funcionó. —Guardó silencio y su rostro se ensombreció con un dolor lejano. Luego sacudió la cabeza para alejar el recuerdo y dijo—: oye, no te preocupes por Bobby. Se tranquilizará en cuanto elija un nombre artístico.

—¿Un nombre artístico?

—Sí. Creo que eso es lo que le pone tan nervioso. Esta es su segunda película, la primera ya está enlatada, pero aún falta un poco para que la editen y esas cosas. Tiene hasta la semana que viene para elegir su nombre artístico.

—Así que un nombre artístico...

—No te burles —dijo con expresión seria—. Los nombres tienen poder, tío.

—¿Tú crees? ¿De verdad?

Jake asintió.

—Un buen nombre inspira confianza. Y es importante para un tío joven.

—Como la pluma mágica de Dumbo —dije.

—Sí, exacto.

—Bueno, ¿y cuál es tu nombre artístico? —pregunté.

—Jack Pedernal —contestó enseguida y me observó durante un momento como esperando una reacción.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Es que no te suena ese nombre? ¿No te suena mi cara?

Me encogí de hombros.

—No tengo tele y tampoco voy a esa clase de cines.

Las cejas se le dispararon.

—¿De verdad? ¿Eres amish o qué?

—Sí, exacto. Soy amish.

Sonrió.

—Más vale que entres conmigo. Te presentaré a todo el mundo.

—Gracias.

—De nada —dijo Jake.

Entramos en el edificio, un lugar con estériles paredes en beis e inexpugnable

moqueta marrón. Jake me condujo a una puerta con un cartel con letra de ordenador donde se leía «Habitación verde» y la traspasamos.

En el centro de la sala, de tamaño considerable, había una larga mesa de reuniones y sobre ella bandejas de bollos, bebidas, fruta, medias noches rellenas y comida de todo tipo. La habitación olía a café recién hecho y enseguida me acerqué a la máquina para servirme una taza.

Entró una mujer de unos cuarenta años y rostro vulgar, vestida con vaqueros, una camiseta negra y una camisa de franela roja y blanca. Llevaba el pelo recogido hacia atrás debajo de un pañuelo rojo. Cogió un plato de papel y se sirvió comida al tuntún.

—Buenos días, Guffie.

—Joan —contestó Jake con tranquilidad—. ¿Conoces a Harry?

—Todavía no. —Me miró de reojo y asintió—. Caray, eres muy alto.

—En realidad soy enano, pero este peinado me hace parecer más alto.

Joan rió y se metió un donut en la boca.

—Eres el ayudante de producción, ¿no?

—Sí.

Asintió con la cabeza.

—Pues a producir.

—Creía que eso era lo que hacía Arturo.

—Él es el director y el productor ejecutivo. Yo soy la productora. Maquillaje, cámaras, iluminación, lo que sea. Yo me encargo del equipo y de los detalles. —Se volvió a mí y me ofreció la mano, no sin antes sacudirse el azúcar del donut—. Joan Dallas.

—Un placer —dije—. Harry Dresden.

Joan asintió.

—Pues venga. Aún tenemos mucho que hacer antes de empezar a rodar. Guffie, ve al camerino y aséate bien.

Jake asintió.

—¿Han llegado ya?

La voz de Joan mostró fastidio.

—Giselle y Emma sí.

Se produjo un silencio lleno de tensión. Jake se estremeció y se dirigió hacia la puerta.

—Harry, encantado de conocerte. Joan es maja, pero te hará trabajar hasta que no puedas más.

Joan le tiró una manzana. Jake la cogió cuando rebotó en su pecho, luego le hincó los dientes y la sostuvo en la boca para poder decir adiós con la mano cuando dejó la habitación.

—Pilla algo de comida, Zancos —dijo Joan—. Me vas a ayudar a colocar las

cámaras.

—Esperaba poder hablar con Arturo antes de empezar —dije.

Se dio media vuelta con dos platos llenos de bollos. No se le ocurrió coger nada de fruta.

—Eres un poco raro, ¿no? Probablemente aún no se haya levantado de la cama. Trae la caja de galletas. Si me baja mucho el nivel de azúcar quizá te arranque la cabeza.

Me condujo por un corto pasillo hasta una habitación cavernosa; el estudio de rodaje. Sobre una tarima había un decorado a oscuras que parecía un dormitorio bastante recargado. Dispuestas en fila frente al decorado había varias cajas de plástico negro y una lámpara de pie. Joan la encendió y comenzó a abrir cajas, mientras se metía algo de comida en la boca cada tres o cuatro movimientos.

—Esto está muy bien —dije.

—Sí, estupendo —dijo Joan entre bocado y bocado—. Se suponía que la última empresa que estuvo aquí se dedicaba a algo de ordenadores, pero yo creo que mentían. Cambiaron todo el cableado eléctrico y metieron más potencia de la que debían. Me llevó una semana ponerlo todo a punto y además tuve que reconvertir su viejo gimnasio en algo parecido a un camerino, pero este lugar todavía no está como debiera.

—El que sabe, sabe y el que no sabe es jefe —dije.

Rió.

—Amén.

—¿Eres ingeniera? —pregunté.

—Qué remedio —contestó—. Me he encargado de los decorados, de las luces, de la electricidad... Incluso de la fontanería. Y ahora —dijo mientras seguía abriendo más cajas—, de las cámaras. Acércate, chico de los recados, y ayúdame.

Me coloqué a su lado y vi como sacaba componentes de las pesadas cajas de plástico negras. Luego, con la destreza que da la práctica, fue montando las cámaras profesionales con sus trípodes, al tiempo que me daba instrucciones. Yo hice lo que pude para ayudarla.

El trabajo tenía un ritmo agradable y silencioso, algo que no había vuelto a experimentar desde la última vez que estuve en una granja, en Hog Hollow, Missouri. Y me sorprendió porque la tecnología es un territorio totalmente ajeno para mí.

Verás, todos los que manejamos las fuerzas primordiales de la creación tenemos un desencuentro con la física que viene de antiguo. Los equipos electrónicos, en particular, suelen comportarse de manera extraña justo antes de que se les fundan los plomos y dejen de funcionar. Las viejas tecnologías resultan más estables y esa es la razón de que conduzca por la ciudad un escarabajo Volkswagen anterior a la guerra de Vietnam. Pero los productos más nuevos, las videocámaras, las televisiones, los

teléfonos móviles, los ordenadores... suelen encontrar una muerte horrible y chisporroteante tras un prolongado periodo de tiempo en mi presencia.

Había una sensación de orden en lo que hacíamos, que me atraía hasta cierto punto. Ensamblar las diferentes piezas, colocarlas en su sitio, meter los enchufes en sus correspondientes tomas de corriente, pegar con cinta grupos de cables para que no se enredaran... Lo hice tan bien que al final Joan se sentó y observó como trabajaba en la última cámara yo solo.

—¿Y esto cómo funciona? —pregunté—. ¿Qué pasa ahora?

—Las luces. —Suspiró—. Las puñeteras luces son lo más complicado. Tenemos que colocarlas de tal forma que nadie brille demasiado ni resalten las arrugas. Una vez hayamos terminado, le diré al jefe técnico que se encargue del sonido y nosotros iremos a dar caña a los actores.

—Metafóricamente hablando, supongo.

Joan resopló.

—Sí. Algunos son buena gente, como ese atontado de Guffie. Pero si no estás encima de ellos para que se muevan, nunca estarán listos a tiempo. Maquillaje, vestuario, ese tipo de cosas.

—Aja. ¿Y algunos llegan tarde? —pregunté.

—Te refieres a Scrump —dijo y sus palabras salieron casi como un gruñido.

Presioné un poco.

—¿Quién?

—Tricia Scrump. Una actriz.

—¿No te cae bien? —pregunté.

—Odio a esa zorra engreída y egocéntrica —dijo Joan con alegría—. Hará su entrada de superdiva y todo el mundo pensará que no hay por qué ser puntual, ni estar listo a su hora, o venir completamente sobrio, porque su lasciva alteza Trixie Vixen^[1] aparecerá tarde y puesta hasta las cejas, para hacer exactamente lo que le dé la gana. Cómo me gustaría cruzarle la cara.

—No deberías reprimir tus emociones así —dije.

Dejó escapar una sonora carcajada.

—Perdona. No debería involucrar al chico nuevo en viejas rencillas. Supongo que estoy disgustada por trabajar con ella de nuevo. No lo esperaba.

Aja. Hostilidad hacia estrella del porno. En nuestro negocio eso es lo que llamamos «motivo». Joan no tenía pinta de ser una siniestra y asesina *strega*, pero he aprendido por las malas que una buena mentirosa puede parecer inocente, justo hasta el momento en que te apuñala por la espalda. Como buen detective seguí indagando.

—¿Por qué no?

Negó con la cabeza.

—Cuando Arturo dejó Silverlight Studios para crear su propia compañía, enfadó

a muchas personas.

—¿Y tú qué opinas de eso? Del cambio, me refiero.

Suspiró.

—Arturo es idiota. Es un tío majo y tiene buenas intenciones, pero es idiota. Cualquiera que trabaje con él corre el riesgo de que Silverlight los apunte en su lista negra.

—¿Incluso Trixie? Quiero decir, siendo una gran estrella, supongo que los del estudio le permitirán lo que sea.

Joan se inclinó para comprobar una conexión que yo había hecho y metió más el enchufe.

—¿Tú te pinchas o qué? Es una gran estrella con una vida limitada. La reemplazarían en un abrir y cerrar de ojos.

—Pues entonces es valiente.

Joan negó con la cabeza.

—No confundas valor con estupidez. En mi opinión es tan tonta que se cree demasiado importante para salir perdiendo de esta.

—Cualquiera que te oiga diría que no te cae muy bien.

—No importa si me cae bien o no —dijo Joan—. Pero si tengo que trabajar con ella, lo hago.

Vi como su boca se transformaba en una fina línea mientras comenzaba a cerrar y apilar cajas. Yo estaba casi seguro de que Tricia Scrump, alias Trixie Vixen, no mostraría la misma resolución en el trabajo.

Ayudé a Joan a recoger cajas y herramientas, y a amontonarlas contra la pared más alejada del decorado. Ella se movía con rapidez, con la tensión y el malestar palpando bajo la superficie de su expresión decidida. La estudié con todo el disimulo que pude. Era evidente que no estaba contenta de estar allí. ¿Podría ser ella quien lanzó a Arturo algún tipo de potente maldición entrópica?

No lo creía. No mostró ninguna hostilidad cuando habló de Arturo. Y si fuera una practicante lo bastante fuerte como para lanzar un hechizo tan mortífero, no podría trabajar entre tanta tecnología. Si deseaba vengarse de Arturo, era la mejor actriz que había visto.

Aunque eso entraba dentro de las posibilidades. Pero mi instinto me enviaba mensajes contradictorios. Por una parte me decía que Joan era sincera, y por otra que ocultaba algo. Tenía la sensación de que aquel asunto era más serio de lo que parecía y la situación mucho más peligrosa de lo que había pensado en un primer momento.

Eso me molestaba. Me molestaba mucho.

Joan cerró la última caja e interrumpió mi línea de pensamiento.

—Pues venga —dijo—. Vamos a darle energía al estudio.

—*Hum* —dije—. Creo que entonces debería irme.

Enarcó las cejas, evidentemente esperando una explicación.

—*Hum* —respondí también—. Tengo una placa metálica en la cabeza y no le va bien que ande cerca de campos eléctricos, equipos de alto voltaje y ese tipo de cosas. Lo mejor será que vuelva cuando ya esté funcionando, así podré apartarme si hay algún problema.

Joan me miró con expresión escéptica.

—¿No me digas?

—Sí.

Frunció el ceño.

—¿Cómo conseguiste este trabajo?

Joder, qué mal miento. Intenté pensar en una respuesta que no comenzara con «*hum*»...

Pero me interrumpieron.

Una ola silenciosa de energía invisible, fría y maligna inundó la habitación. El estómago se me encogió con una repentina arcada y se me puso la piel de gallina. Una magia oscura y peligrosa pasó junto a mí y se dirigió hacia la puerta. Era el tipo de magia que destruye, pervierte, pudre y corrompe.

El tipo de magia que se necesitaría para crear una maldición entrópica mortal.

—¿Qué ocurre? —Joan me zarandó con una mano—. Harry, estás temblando. ¿Te encuentras bien?

Conseguí salir de mi estupor.

—¿Quién más está en el edificio?

—Jake, Bobby, Emma y Giselle. Nadie más.

Llegué hasta mi mochila dando tumbos y la cogí. Si Joan no me llega a sujetar, me habría caído.

—Llévame con ellos —exigí.

Joan me miró atónita.

—¿Qué?

Aparté de mí lo mejor que pude la sensación provocada por la magia oscura y dije:

—Están en peligro. ¡Dime dónde están! ¡Vamos!

El tono de mi voz debió de asustarla, pero, por la expresión de su cara, parecía más preocupada que otra cosa. Asintió y salió corriendo del set de rodaje por una puerta lateral. Subimos un tramo de escaleras en espiral y después atravesamos otro pasillo. Corrimos hasta una habitación con un cartel donde decía «Camerino».

—Atrás —dije, y me puse delante de ella.

Aún no había tocado el pomo de la puerta cuando escuchamos gritar a una mujer.

Capítulo 8

Abrí la puerta de golpe y entré en una habitación del tamaño de mi apartamento llena de espejos de pie, mesas plegables y sillas. Una nube de energías péfidas me golpeó el rostro. Bobby estaba a mi derecha con expresión de sorpresa y confusión. A mi izquierda, vi por el rabillo del ojo a una mujer prácticamente desnuda. No me detuve a hacerle la ficha, en su lugar atravesé la habitación hacia una segunda puerta. Estaba entornada y se cerró sola.

La abrí y me encontré en un baño tan grande como mi dormitorio, lo que tampoco es decir gran cosa. El aire era caliente, húmedo y olía a jabón fresco. El grifo de la ducha estaba abierto y el cristal de la mampara roto y con los bordes dentados. El suelo estaba cubierto por más cristales rotos, un poco de agua y mucha sangre. También había dos cuerpos rígidos e inmóviles.

Mi instinto me puso en alerta y justo antes de pisar la piscina de agua ensangrentada, di un salto. Me golpeé en las espinillas con el lavabo y perdí el equilibrio. Me agarré al grifo e intenté incorporarme. Las espinillas me dolían como el demonio, pero por lo menos había conseguido no pisar el suelo. Mi cerebro por fin alcanzó a mi intuición y vio lo que estaba pasando. Las dos personas tiradas en el suelo no estaban inmóviles, estaban atrapadas en un espasmo de dolor.

Vi unas chispas en una esquina del cuarto. Una pesada lámpara de alto voltaje se había desprendido del techo y se había caído, arrastrando con ella los cables que ahora yacían sobre la fina capa de líquido rojo del suelo.

Como ya había dicho, no me llevo bien con la tecnología cuando intento utilizarla. Ahora bien, cuando se trata de escacharrarla, no tengo rival. Acerqué la mano derecha a la lámpara, murmuré algo incomprensible y lancé mi poder en bruto hacia la amenaza eléctrica como si fuera una bola de derribo invisible. El hechizo onduló en el aire y los enchufes explotaron en arcos azules de electricidad durante unos dos segundos.

Después se fue la luz. En todo el puñetero edificio.

¡Huy!

Escuché los gritos ahogados de las personas que estaban en el suelo, posiblemente Jake y una mujer llamada Giselle. Luego saqué mi pentáculo.

—¿Qué pasa? —El tono de Bobby era de desconfianza. Joder, menudo imbécil—. Eh, gilipollas, ¿qué crees que estás haciendo?

—¿Dónde están las puñeteras luces de emergencia? —dijo una voz de mujer con tono de fastidio. Una luz parpadeó en el camerino y Joan apareció en la puerta del baño sosteniendo una linterna de bolsillo unida a su llavero—. ¿Qué pasa?

—Llama a urgencias —dije—. Rápido, están sangrando.

—Necesitas una luz —me indicó Joan.

—Ya la tengo. —Canalicé mi energía a través del pentáculo de plata. Parpadeó y comenzó a brillar con una luz constante y azul que hacía que la sangre pareciera negra—. Rápido, y cuando vuelvas, trae todo el hielo que puedas.

Joan desapareció por la puerta. La oí decir:

—Quítate de en medio, *atontao* —y sus pasos se perdieron por el pasillo. Me bajé del lavabo, salté sobre el agua y me arrodillé junto a los dos cuerpos.

Jake, desnudo de cintura para arriba, se estremeció.

—¡Oh! —dijo con voz ronca— ...¡Oh!

—¿Estás bien? —pregunté.

Se sentó, temblando un poco.

—No te preocupes por mí. Giselle debió de resbalarse en la ducha. Yo entré para ayudarla.

Dirigí mi atención a la mujer. Era joven y demasiado huesuda para mi gusto, toda piernas, brazos y pelo largo. Le di la vuelta. Tenía un corte que le recorría todo el cuello, desde la base de la oreja hasta la clavícula. La sangre brillaba sobre su piel, tenía la boca entreabierta y sus ojos oscuros estaban vidriosos.

—Mierda —dije. Cogí una toalla de una gran estantería donde había varias y presioné con fuerza sobre la herida.

—Jake, necesito que me ayudes.

Me miró con los ojos brillantes por las lágrimas.

—¿Está muerta?

—Lo estará si no me ayudas. Sostén esto con mucha fuerza. Mantén la presión sobre la herida.

—Vale. —Parecía todavía confuso, pero apretó los dientes e hizo lo que le pedí. Mientras yo le elevaba un poco los pies con una toalla enrollada, Jake dijo—: No le encuentro el pulso. No respira.

—Joder. —Eché hacia atrás la cabeza de la mujer y comprobé que no tenía nada en la boca. Puse mis labios sobre los suyos y soplé con fuerza. Luego me aparté y coloqué la base de mis manos cerca de su esternón. No estaba seguro de cuánta fuerza debía aplicar. El muñeco de prácticas de la clase de primeros auxilios no tenía costillas que se pudieran romper. Hice lo que pude y deseé que saliera bien. Cinco compresiones torácicas y una insuflación. La luz azul de mi amuleto se mecía y balanceaba, haciendo que las sombras temblaran y bailaran.

Que conste que practicar la maniobra de resucitación durante un rato es muy cansado. Yo estuve unos seis o siete minutos, y empezaba a verlo todo borroso del mareo cuando Jake se ofreció a relevarme. Y eso hizo. Joan volvió con una gran palangana de acero llena de hielo. Le dije que lo envolviera en una toalla y luego presioné con ella sobre la herida.

—¿Qué haces? —preguntó Joan.

—Tiene un corte profundo. Si conseguimos que su corazón vuelva a latir, se desangrará —dije entre jadeos—. El frío hará que sus venas se contraigan y la hemorragia se detendrá poco a poco. Es una forma de ganar tiempo.

—¡Ay, Dios! —murmuró Joan—. Pobre chica.

Me incliné para estudiar su cara. La piel del lado izquierdo y de la garganta estaba cubierta por manchas de color rojo oscuro.

—Mira, quemaduras.

—¿De la electricidad? —preguntó Joan.

—Su cara no tocó el suelo —dije. Miré lo que había entre la chica y la ducha—. El agua —dije—, el agua la abrasó. Se quemó y cayó a través del puñetero cristal.

Joan se estremeció como si le hubieran clavado un puñal y su rostro se puso gris.

—Dios mío. Es culpa mía. Yo fui quien instaló la caldera.

—Menudo gafe —dijo Bobby desde el camerino—. Esta peli está gafada. Estamos jodidos.

Joan parecía mantener la calma, pero de su barbilla cayeron varias lágrimas sobre la chica desnuda. Seguí aplicando presión sobre la herida.

—No creo que sea culpa tuya. Quiero que salgas e indiques el camino a los de la ambulancia cuando lleguen.

Con el rostro todavía del color de la ceniza, se puso en pie y salió sin mirar atrás. Jake siguió con el boca a boca como si supiera lo que estaba haciendo. Yo aún jadeaba y aplicaba presión con la toalla con hielo, cuando por fin aparecieron los de urgencias con pesadas linternas y llevando entre los dos una camilla con ruedas.

Les expliqué lo que le había pasado a la chica y me quité de en medio. Me senté en la esquina de una encimera que recorría toda la pared llena de espejos. Jake se sentó a mi lado un minuto después.

—Me ha parecido sentir que respiraba —dijo entre jadeos y con un hilo de voz. Observamos cómo trabajaban los sanitarios—. Dios, qué desgracia. ¿Qué probabilidades hay de que pase algo así? Es increíble.

Fruncí el ceño y cerré los ojos mientras proyectaba mis sentidos por toda la habitación. De alguna manera, entre los nervios y el pánico, la nube asfixiante de magia destructiva se había disipado. Apenas quedaba una tenue traza. Pasado ya el peor momento y sin nada en lo que ocupar la mente, las manos me empezaron a temblar y vi estrellas por el rabillo del ojo. Una fantasmagórica oleada de pánico me disparó el pulso, así como el ritmo de la respiración. Incliné la cabeza y me di un masaje en la nuca, mientras esperaba que se me pasase. Los de urgencias manejaban unas linternas bastante antiguas, pero aun así oculté mi amuleto y dejé que la luz azul se apagara.

—¿Estás bien? —preguntó Jake.

—Lo estaré en un minuto. Espero que la chica se recupere.

Jake asintió con la cabeza sin dejar de fruncir el ceño.

—Quizá Bobby tenga razón.

—¿Sobre el gafe?

—Quizá. —Me miró fijamente durante un segundo con desconfianza—. ¿Cómo lo supiste?

—¿Saber qué?

—Que estábamos en apuros. O sea, creía que estabas en el set. Yo entré un par de segundos después de oír como se caía, y estaba solo a unos metros. Tú entraste unos pocos segundos después. ¿Cómo lo supiste?

—Cuestión de suerte. Acabábamos de montar las cámaras y Joan me trajo hasta aquí para presentarme a la gente, supongo.

—¿Y la luz?

Me encogí de hombros.

—Me lo regaló el hijo de un amigo. Es una cosa nueva que llevan ahora los chavales. Joyas con luz para lucir en discotecas y fiestas.

—Ahora se llaman *rave parties*.

—Ah, pues eso.

Jake me observó durante un momento y luego negó con la cabeza lentamente.

—Perdona. Estoy un poco paranoico.

—Te entiendo. No pasa nada.

Asintió y se puso de pie con visible esfuerzo.

—Pensé que era hombre muerto ahí dentro. Gracias.

Pensé que lo más inteligente era mantener mi identidad de mago en secreto durante el mayor tiempo posible. Alguien estaba jugando con energías malignas así que no tenía ningún sentido desvelar que era mago del Consejo Blanco.

—No hice más que entrar corriendo —dije—. Menos mal que se fue la luz.

—Sí.

Los sanitarios se incorporaron, subieron a Giselle a la camilla y la alzaron. Jake y yo nos pusimos de pie al momento.

—¿Se va a poner bien? —preguntó.

Los de urgencias no redujeron la marcha, pero uno de ellos dijo:

—Quizá. —El hombre me señaló con una inclinación de cabeza—. Sin el hielo ahora no tendría ni eso.

Jake frunció el ceño y se mordió el labio evidentemente preocupado.

—Cuidadla bien.

Los de urgencias se prepararon para ponerse en camino con gestos rápidos y firmes. Antes de marcharse se dirigieron a Jake:

—Señor, será mejor que nos acompañe al hospital para que los médicos le echen un vistazo.

—Estoy bien —dijo Jake.

Los dos hombres pasaron por delante de nosotros, pero el segundo se giró y dijo:

—La electricidad puede provocar daños bastante graves y quizá no lo note. Vamos, acompáñenos.

Pero Jake no se movió de donde estaba. Los dos técnicos de urgencias cogieron sus linternas y se marcharon, dejando el vestuario a oscuras por un momento, hasta que Joan volvió con su linterna.

—Guffie, mete ese culo prieto en la ambulancia.

Jake se miró en la pared cubierta de espejos. Tenía el pelo de punta, disparado en todas direcciones.

—Aunque parezca que acudo al mismo estilista que Einstein, la novia de Frankenstein y Don King, me siento bien. No te preocupes por mí.

—Supuse que dirías eso —dijo—. Vale. Te llevaré yo misma. Que todo el mundo se marche y no vuelva hasta que compruebe que la electricidad de este sitio no va a matar a nadie. Bobby y Emma ya están fuera. Harry, vuelve a las tres, ¿de acuerdo?

—¿Por qué? —pregunté.

—Para comenzar a rodar.

—El rodaje —balbució Jake—. ¿Después de esto?

Joan torció el gesto.

—No podemos parar. Que todo el mundo salga, tengo que cerrar. Guffie, sube a mi coche y no me discutas. Nos encontraremos con Arturo en el hospital.

—Vale —dijo Jake. No me pareció que le importara ceder—. ¿Y qué pasa con Bobby y Emma? ¿Tienen coche?

—Creo que no.

Jake cogió su bolsa de deporte, rebuscó en su interior y sacó un llavero.

—Toma. Dáselas a Emma, ¿vale?

Las cogí y nos dispusimos a salir del edificio.

—Vale —convine.

Joan suspiró.

—Quizá estemos gafados. Cualquiera diría que nos ha mirado un tuerto.

—Desde luego, esto es muy raro —añadió Jake.

Abracadabra pata de cabra. No dije nada, pero estaba seguro de que las cosas todavía empeorarían mucho más.

Pero que mucho más.

Capítulo 9

Salimos. Joan y Jake intercambiaron unas palabras con Bobby y una mujer que supuse que era Emma. Después Joan metió a Jake en el coche de un empujón y salieron a toda prisa, dejándome camino libre para investigar un poco. No había tiempo que perder con esa clase de magia letal por ahí suelta, y las llaves me proporcionaban la excusa perfecta para husmear un poco más.

Como no creía que Bobby *el Gorila*, guardara nada importante en su cabezota, me centré en la mujer y caminé hacia ellos.

—Hola. Soy Harry. Ayudante de producción.

—Emma —dijo la mujer. Era bastante guapa. Tenía esa clase de belleza que transmitía calidez y amabilidad; una de esas caras que siempre deberían sonreír. Sus ojos eran de un verde intenso, su piel pálida y su largo pelo rojizo estaba iluminado con mechas doradas. Llevaba unos pantalones vaqueros con un jersey negro que le quedaban estupendamente. Pero no sonreía. Me ofreció la mano.

—Encantada de conocerte. Me alegro de que llegaras a tiempo de echar una mano.

—Cualquiera habría hecho lo mismo —respondí.

—Venga, Emma —dijo Bobby con expresión ceñuda—. Vamos a llamar a un taxi y nos largamos de aquí.

Ella no le hizo ni caso.

—Creo que no te he visto por aquí antes.

—No, soy nuevo. Un amigo me presentó a Arturo, le dijo que necesitaba trabajo.

Emma apretó los labios y asintió con la cabeza.

—Es un blando —dijo—. Por si no te lo ha dicho nadie, este no es el típico día de rodaje.

—Eso espero. Siento lo de tu amiga.

Emma asintió.

—Pobre Giselle. Espero que se ponga bien. Es francesa, no tiene familia. Desde donde yo estaba no pude verla. ¿Se cortó en la garganta?

—Sí.

—¿Dónde? Quiero decir, ¿dónde exactamente tenía el corte?

Tracé una línea en mi propia cara, comenzando desde la parte posterior de mi mandíbula, cruzando el cuello, hasta la nuez.

—Así. De atrás hacia delante.

Emma se estremeció.

—Dios, qué cicatriz.

—Si sobrevive no creo que le preocupe.

—Por supuesto que sí —repuso Emma—. Se verá. Nadie la contratará.

—Podría haber sido peor.

Me miró fijamente.

—¿No apruebas su profesión?

—Yo no he dicho eso.

—¿Qué pasa? ¿Eres de los religiosos o qué?

—No, pero...

—Porque si lo eres, te digo desde ya que yo no, y no me gusta que la gente me juzgue por mi trabajo.

—No soy religioso. Pero...

—Estoy hasta las narices de los cabrones hipócritas que... —iba a decir algo más, pero hizo un esfuerzo muy visible para contenerse—. Perdona. No suelo ser tan suspicaz. A veces me pone de los nervios que la gente me diga lo malo que es mi trabajo. Cómo corrompe mi alma. Que debería dejarlo y vivir una vida acorde a la palabra de Dios.

—No te lo vas a creer —dije—. Pero sé exactamente a qué te refieres.

—Tienes razón —contestó—. No me lo creo.

Algo en su cinturón hizo *bip* y sacó un teléfono móvil.

—¿Sí? —hizo una pausa—. No, no, cariño. Mami ya te lo dijo antes de salir. Si la tía dice que solo te da una galleta, entonces solo tendrás una galleta. Ella es la jefa hasta que yo llegue a casa. —Escuchó durante un rato y luego suspiró—. Lo sé, cariño. Lo siento. Volveré a casa pronto, ¿vale? Yo también te quiero, cielo. Besos. Adiós.

—¿Tienes un hijo? —pregunté.

Me dedicó una media sonrisa y volvió a colocar el teléfono en su cinturón.

—Dos. Están con su abuela.

Fruncí el ceño.

—Vaya, nunca había pensado en actrices con hijos.

—No, los hombres no pensáis en esas cosas —dijo.

—¿Y a su padre no le importa tu trabajo?

Sus ojos se encendieron de furia por un momento.

—Se desentendió de los niños. Y de mí.

—Ya —repuse, y le di las llaves—. De parte de Jake, son de su coche. Perdona si te he ofendido. No era mi intención.

Suspiró y pareció que su enfado se desvanecía. Aceptó mis disculpas.

—No es culpa tuya, es que estoy tensa.

—Todo el mundo parece tenso por aquí —observé.

—Sí. Es por la película. Si no sale bien, acabaremos todos en el paro.

—¿Por qué?

Ladeó la cabeza.

—Es complicado. Todos tenemos contrato con Silverlight. Arturo se marchó, pero consiguió introducir en su acuerdo con el estudio una cláusula por la que podría contratar a gente de Silverlight durante los tres meses siguientes a su salida.

—Vaya —me sorprendí—. Jake mencionó otra película.

Emma asintió.

—Arturo quería rodar tres. Esta es la segunda. Si las películas funcionan bien, Arturo se hará con un nombre y nosotros podremos presionar a Silverlight para romper los contratos o renegociar al alza.

—Entiendo —dije—. Y si las películas son un fracaso, Silverlight tendrá la sartén por el mango.

—Exacto. —Frunció el ceño—. Hemos tenido un montón de problemas, y ahora esto.

—Venga, Emma —gritó Bobby—. Me muero de hambre. Vamos a comer algo.

—Deberías aprender a controlarte un poco. —Los ojos verdes de la mujer brillaron de pura irritación, pero consiguió borrar esa expresión de su rostro y se dirigió hacia mí—: Te veré entonces esta tarde, Harry. Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo.

Dio media vuelta y miró furiosa a Bobby mientras caminaba hacia el coche. Se subieron sin decir una palabra, Emma se colocó en el asiento del conductor y se marcharon. Yo caminé pensativo hasta mi coche. Thomas y Arturo tenían razón. Alguien había creado una maldición entrópica muy potente. A no ser, claro, que todo aquello se debiera únicamente a una concentración accidental de energía destructiva; el equivalente místico a que le caiga a uno un rayo.

A veces la energía se acumula por varias razones; grandes cantidades de emoción, sucesos traumáticos, o simple geografía. Esa energía afecta al mundo que nos rodea. Es lo que proporciona a los Chicago Cubs ventaja cuando juegan en casa (aunque la maldición de *Billy Goat* prácticamente la anule)^[2], lo que deja un aura intangible de miedo alrededor de sucesos trágicos y violentos, y hace que en algunos lugares ocurran cosas extrañas.

Yo no sentí ninguna acumulación especial de energías justo hasta el momento en que la maldición se cebó con Giselle y Jake, pero eso no quería decir que no fuera un simple accidente. Existe un amplio espectro de energías mágicas difíciles de definir o comprender. Reciben miles de nombres según las diferentes culturas: *mana*, energía psíquica, tótem, *juju*, *chi*, poder *bioetéreo*, fuerza, alma. Se trata de un sistema increíblemente complejo de energías interconectadas que afecta a la vieja madre Tierra, pero que al final se puede resumir en un concepto bastante simple: *te ha tocao*.

Pero el asunto es que no era la primera persona conocida de Arturo que salía mal parada. Puedo tragarme que te caiga un rayo una vez, pero si yo no hubiera

aparecido, esta ya sería la cuarta ocasión en unos días. Me parecía poco probable que se tratara de una coincidencia.

Por mucho que lo deseara, la energía que había provocado que Giselle resbalara, cayera sobre la mampara de cristal, se cortara el cuello y que luego las luces se desprendieran del techo y electrificaran el suelo, no emanaba de uno de esos puntos calientes. La sentí pasar junto a mí como una enorme serpiente maligna, y no fue a por la primera persona que se cruzó en su camino. Pasó de mí, de Joan, Jake, Bobby y Emma y fue directa a por la chica de la ducha.

Así que Arturo se equivocaba en al menos una cosa. Él no era el objetivo del *malocchio*, sino las mujeres que lo rodeaban.

Y eso me cabreó. Llamadme Neanderthal si queréis, pero me vuelvo bastante irracional cuando les suceden cosas malas a las mujeres. La violencia humana alcanza su punto más abyecto cuando la que recibe los golpes es una mujer, y con los depredadores sobrenaturales es aún peor. Por eso ver cómo Thomas hipnotizaba a Justine me puso malo. Sabía que a la chica no le disgustaba, seguro. Que Thomas no pretendía hacerle ningún daño. Pero la parte más primitiva de mí solo veía que era una mujer y que Thomas se había apoderado de su voluntad. No importa lo que piense la parte más racional de mi cerebro, cuando veo a alguien haciendo daño a una mujer, el *gigantophitecus* que hay en mí quiere pillar el hueso que tenga más a mano y, como en la peli de Kubrick, atizar con él al fulano en cuestión.

Me subí al coche con el ceño todavía más fruncido y me obligué a calmarme y pensar. Respiré hondo un par de veces hasta que me tranquilicé lo bastante para analizar lo que sabía. Los ataques tenían cierto regusto a *vendetta*. Alguien se la tenía jurada a Arturo y la había tomado con las mujeres que lo rodeaban. ¿Quién le guardaría un rencor tan terrible?

Una mujer celosa, quizá. Sobre todo si considerábamos que tenía tres ex esposas.

Sin embargo, Madge había invertido en el negocio de Arturo. Y no me pareció la clase de persona que pondría en peligro su dinero debido a algo tan primitivo e intangible como el odio vengativo. La esposa más reciente, Tricia, estaba en la misma situación, aunque aún no la había conocido. La otra ex, creo que Lucille, no iba a salir en la peli. ¿Estaría utilizando la magia para ajustar cuentas?

Negué con la cabeza y puse en marcha el coche. Una vez fui objeto de una maldición entrópica. Fue mucho más potente que el *malocchio* que casi mata a Jake y Giselle. Sobreviví por los pelos y eso que para alejar la maldición de mí contaba con un variopinto arsenal de magia y con el sacrificio de un buen hombre.

Logré salvar a Jake y Giselle, pero solo porque había tenido suerte. Podría haber acabado fácilmente electrocutado en un charco formado por mi propia sangre. A duras penas había mitigado el impacto del *malocchio*, pero eso no quería decir que no pudiera volver a ocurrir. Y era más que probable que la próxima vez, la flecha de

magia maligna fuera dirigida a mí.

Metí primera y me dirigí a mi despacho sin dejar de pensar durante todo el camino.

No tenía información suficiente para sospechar de nadie en particular. Quizá fuera más inteligente examinar el arma del crimen, por así decirlo, para descubrir cómo se había usado.

Después de todo, las maldiciones tenían las mismas limitaciones que cualquier otro hechizo. Es decir, que quienquiera que hubiera echado el mal de ojo tenía que disponer de los medios adecuados para dirigir la magia hacia un objetivo. Lo que mejor funciona son partes del cuerpo: mechones de pelo, trozos de uñas y sangre fresca son los más utilizados, pero hay muchos más. Una marioneta, una muñeca vestida como la víctima, también serviría para dirigir el hechizo malévolos. Incluso tengo entendido que se puede utilizar una foto buena.

Pero dirigir un hechizo era solo una parte del proceso. Antes de que el asesino pudiera dirigirlo hacia una persona en concreto, tendría que reunir energía para ponerlo en marcha. Una maldición tan fuerte requeriría mucho trabajo, ya que hay que reunir y concentrar una gran cantidad de magia en un solo lugar. Y después de eso, habría que dar forma a esa energía, modelarla hasta dar con la estructura deseada. Incluso entre aquellos que poseen el don de la magia, es una disciplina rara. Por supuesto, cualquiera del Consejo podría hacerlo con los ojos cerrados, pero en el Consejo Blanco no estaban todos los que tenían habilidades mágicas. En realidad, la mayoría de los iniciados carecen del talento necesario para ser aprendices. Y son muchos los que abandonan y jamás terminan sus estudios.

Una magia tan potente sería peligrosa para cualquier novato. Era muy poco probable que se tratara del capricho pasajero de un aficionado al ocultismo. Alguien con una inquietante habilidad estaba asesinando mujeres metódicamente.

Pero ¿por qué? ¿Por qué matar a las mujeres que trabajan para Arturo? ¿Qué consecuencias tenía aquello? El personal de sus películas estaba claramente nervioso. Quizá alguien pretendía causar terror, hacer que el negocio de Arturo fracasara.

La venganza podría ser un motivo, pero tras pensarlo un rato, decidí que la codicia abría un campo de posibilidades más amplio. La codicia es una motivación fácil y estéril. Si el dinero vale, no es necesario conocer a alguien para aprovecharse de él. No tienes que odiarlo, ni amarlo, ni tener ningún tipo de relación con él. Ni siquiera tienes que saber quién es. Solo tienes que desear dinero más que respirar, y si nos fijamos en la Historia, no es una motivación poco común.

Aparqué en el garaje del edificio y subí por las escaleras a mi despacho. ¿Quién ganaría con la ruina de Arturo? Los estudios Silverlight. Asentí. Ese argumento funcionaba mucho mejor que un arrebatos loco de venganza. Era un buen punto de partida y tenía un par de horas para indagar más. Con suerte, quizá consiguiera la

información necesaria para apoyar o echar por tierra la idea de un tío malo con el signo del dólar en el lugar donde debería tener la conciencia.

Abrí la puerta de mi despacho, pero, antes de entrar, sentí como algo frío y duro presionaba contra mi nuca: el cañón de una pistola. Mi corazón comenzó a latir frenético de puro pánico.

—Entra en el despacho —dijo suavemente una voz ronca, tranquila y masculina—. No queremos que esto sea más ruidoso de lo necesario.

Capítulo 10

Según parece, que me apunten con una pistola en la nuca produce en lo más profundo de mi alma la necesidad de cooperar y arrimar el hombro. Hice lo que me dijo.

Abrí la puerta de mi despacho y el pistolero entró detrás de mí. Mi despacho no es grande, pero hace esquina y tiene ventanas en dos paredes. Hay una mesa, una consola con mi vieja máquina de café, algunos archivadores metálicos y un escritorio con panfletos ideados para mejorar mis relaciones públicas con los seres normales. El escritorio estaba en la esquina, entre dos ventanas, con dos cómodas sillas enfrente, destinadas a los clientes.

El pistolero me acompañó hasta una de las cómodas sillas y dijo:

—Siéntate.

Me senté.

—Oye tío, mira...

Presionó aún más el cañón de la pistola contra mi nuca.

—Chsss.

Me callé. Un segundo más tarde algo me golpeó el hombro.

—Cógelo —dijo el pistolero—. Póntelo.

Me llevé la mano al hombro y encontré un antifaz para dormir de tela gruesa con un elástico.

—¿Por qué?

El pistolero debió de amartillar la pistola porque oí un *clic*. Me puse el puñetero antifaz.

—Quizá no lo sepas, pero como detective no funciona igual de bien con los ojos vendados.

—Esa es la idea —dijo arrastrando las palabras. Retiró la pistola de mi nuca—. Procura no ponerme nervioso —dijo en un bostezo—. Soy muy aprensivo e impresionable. Si haces algún ruido o ademán de levantarte, se me puede ir el dedo y este gatillo es muy sensible. Te estoy apuntando directamente a la nariz. La subsiguiente concatenación de causa y efecto te podría resultar desagradable.

—Creo que la próxima vez, con decir «quieto» valdrá —dije—. No hace falta que me sueltes estos rollos.

Me pareció que su voz sonó como si estuviera sonriendo.

—Solo quiero asegurarme de que comprendes la situación. Si te vuelvo la cabeza por un tonto malentendido, nos pondríamos rojos de la vergüenza. —Hizo una pausa—. Bueno, al menos yo.

A mí no me parecía un tío nervioso. Más bien sonaba aburrido. Le oí moverse por el despacho durante un minuto, luego se produjo una repentina vibración del aire.

Sentí como si la piel de la cara se hubiera transformado en cuero reseco y me tirase de los pómulos.

—Bueno —dijo—. Con esto vale. Quítatelo.

Me quité el antifaz y vi al pistolero sentado en el borde de mi escritorio con una semiautomática compacta en la mano. Me apuntaba como quien no quiere la cosa. Era un tío grande, casi tan alto como yo, con el pelo rubio oscuro y lo bastante largo para darle un aire un tanto exótico. Tenía unos ojos azules grisáceos a los que no se les escapaba nada y su mirada era firme. Llevaba pantalones de *sport* negros y chaqueta negra sobre una camiseta gris. Su constitución se parecía más a la de un nadador que a la de un levantador de pesas. Tenía la fuerza y elegancia de un león.

Miré alrededor y vi que mi silla estaba dentro de un círculo de sal de dos dedos de grosor. Había un paquete de sal Morton en el suelo. Y unas manchas de color rojo que salpicaban la línea de la circunferencia: sangre. La utilizó para dar poder al círculo y sentí como su energía atrapaba toda la magia en su interior, incluyendo la mía.

La circunferencia había formado una barrera que contenía toda la energía mágica. Si quería utilizar la magia contra el pistolero, antes tendría que romper el círculo de sal y traspasar la barrera. Supongo que esa era la idea.

Lo miré y dije:

—Kincaid. No esperaba saber nada de ti hasta mañana, por lo menos.

—Ya sabes lo que dicen de los culos de mal asiento, cielo —respondió el mercenario—. Estaba por Atlanta cuando recibí tu mensaje. No tuve ningún problema en coger un vuelo directo hasta aquí.

—¿Y a qué vienen estos modales de la Gestapo?

Se encogió de hombros.

—Eres un tío bastante impredecible, Dresden. No me importa hacerte una visita, pero tenía que estar seguro de que tú eras realmente tú.

—Te aseguro que yo soy yo.

—Qué bien.

—¿Y ahora qué?

Encogió un hombro.

—Ahora podemos charlar.

—¿Mientras me apuntas con esa pistola? —pregunté.

—Solo quiero hablar tranquilamente sin que ninguno de los dos acabe con el cerebro deshecho gracias a la magia.

—Yo no puedo hacer eso —repuse.

Movió un dedo de lado a lado diciendo que no.

—El Consejo quemará vivo a todo aquel al que pille haciéndolo, que es distinto. —Señaló el círculo con la cabeza—. Pero desde ahí dentro, no puedes hacer nada. He venido a hablar de negocios, no a morir a lo tonto. Si quieres, te puedes tomar todas

estas precauciones como un cumplido.

Me crucé de brazos.

—Porque no hay nada tan adulator como que te apunten con una pistola a la cabeza.

—Amén —dijo Kincaid. Dejó la pistola sobre la mesa y la cubrió con su mano izquierda—. Dresden, yo soy un tío normal. Sigo vivo porque ando con cuidado y siempre sé dónde me meto.

Intenté controlar mi mal humor y asentí.

—Vale, pues nos olvidamos y aquí no ha pasado nada.

—Bien. —Consultó el reloj de correa de nailon que llevaba en la mano izquierda—. No tengo todo el día. Querías hablar conmigo. Pues habla.

Estaba lo bastante cabreado como para ponerme a gritar, pero me obligué a contenerme.

—Hay una plaga de vampiros en la ciudad.

—¿De la Corte Negra?

—Sí —dije.

—¿De quién es la plaga?

—Mavra.

Kincaid apretó los labios.

—La vieja bruja de Cagey. Según tengo entendido dirige un grupo bastante grande.

—Sí. Pero yo voy a reducirlo.

Kincaid dio unos golpecitos con el índice sobre la pistola.

—Los de la Corte Negra son duros de pelar.

—A no ser que los ataques cuando estén dentro de sus ataúdes —apunté—. Los puedo encontrar.

—¿Y quieres que hasta entonces sea tu guardaespaldas?

—No. Quiero que me acompañes y me ayudes a matarlos a todos.

Una sonrisa dejó entrever sus dientes blancos.

—Estaría bien pasar a la ofensiva. Estoy harto de tener que defenderme. ¿Cuál es el plan?

—Encontrarlos y matarlos —expliqué.

Kincaid asintió.

—Una cosa sencilla.

—Sí, esa es la idea. ¿Cuánto me vas a costar?

Me lo dijo.

Se me cortó la respiración.

—¿Y no ofreces cupones o vales descuento?

Kincaid puso los ojos en blanco y se incorporó.

—Joder, ¿por qué me haces perder el tiempo, Dresden?

—Espera —intenté detenerle—. Oye, ya encontraré la forma de pagarte.

Alzó una ceja.

—Te lo garantizo —insistí.

—Quizá —dijo—, pero es curioso cómo ganarte la vida como mercenario te vuelve un poco cínico.

—Dame una oportunidad —dije—. Te pagaré. Y te deberé una.

Sus ojos brillaron, destellos de malicia y diversión compartían espacio en ellos.

—El infame Dresden estaría en deuda conmigo. Supongo que no pierdo nada si te doy una oportunidad.

—Genial.

—Con dos condiciones —apuntó.

—¿Cuáles?

—Quiero que nos acompañe al menos alguien más. Y tiene que saber luchar.

—¿Por qué?

—Porque si alguien sale herido, se necesitarán dos personas para sacarlo de allí vivo. Una para llevarlo y otra para el fuego de cobertura.

—No pensaba que eso te importara.

—Claro que me importa —respondió—. El herido podría ser yo.

—Vale —repuse—. ¿Cuál es la segunda condición?

—Tienes que comprender que si intentas engañarme, tendré que proteger mis intereses. —Alzó una mano—. No me malinterpretes. Son negocios. No es nada personal.

—No habrá problemas —convine—. De todas formas, no creo que te gustara tragarte mi hechizo de muerte, ¿no?

—No, por eso dispararía a mil metros. La bala viaja más rápido que el sonido del disparo y no oirías nada. Antes de darte cuenta, estaría muerto.

Eso me asustó. Me he enfrentado a bastantes criaturas repugnantes y monstruosas, pero ninguna de ellas se había mostrado tan tranquila y práctica. Kincaid creía que podía matarme, llegado el caso.

Y tras pensarlo un poco, yo también lo creí.

Estudió mi expresión por un momento y su sonrisa adquirió tintes lobunos.

—¿Seguro que me quieres a bordo?

Hubo un pesado silencio de medio segundo.

—Sí.

—Muy bien. —Kincaid dio un paso hacia delante y deshizo el círculo con el pie. La tensión de la barrera se desvaneció—. Pero no tengo mucho tiempo. Debo estar en casa de Ivy antes del domingo.

—Entendido —dije—. ¿Cómo te puedo encontrar?

Se metió la pistola en el bolsillo de la chaqueta y sacó una tarjeta de color gris. La dejó sobre mi escritorio y dijo:

—Es mi busca.

Se dio media vuelta dispuesto a marcharse. Yo me puse en pie y me dirigí a él:

—Oye, Kincaid...

Se giró. Le tiré el antifaz para dormir y lo cogió al vuelo.

—¿Eres un normal? —pregunté.

—Sí.

—¿Nada de sobrenatural?

—Ojalá —dijo—. Pero no, soy del montón.

—Mentiroso.

Sus rasgos se transformaron en una máscara inexpresiva.

—¿Cómo dices?

—He dicho que eres un mentiroso. Te observé durante la pelea en el estadio Wrigley, Kincaid. Disparaste docenas de tiros sin dejar de moverte y sin dejar de esquivar vampiros.

—¿Y qué tiene eso de sobrenatural?

—En una pelea, los tíos normales fallan a veces. Puede que incluso muchas veces. Pero tú, ni una.

—¿Y qué sentido tiene disparar si vas a fallar? —Sonrió, formó una pistola con el índice y el pulgar, y me apuntó. Dobló el pulgar y dijo—: soy tan humano como tú, Dresden. Nos vemos.

Y se marchó.

No sabía si sentirme mejor o peor. Por un lado, Kincaid era un mercenario con experiencia, y absolutamente letal en una pelea. Humano o no, quizá necesitara a alguien así a mi lado cuando me enfrentara a Mavra.

Por otro, no tenía ni idea de cómo iba a pagarle, y lo creí cuando me dijo que me mataría si no lo hacía. El concepto en sí ya daba mucho miedo. La amenaza del hechizo de muerte que caería sobre el asesino de un mago era una cosa muy seria. Significaba que todo aquello que atacara a un miembro del Consejo Blanco se lo pensaría dos veces antes de arriesgarse a sufrir la explosión del poder destructivo que un mago puede liberar en los últimos instantes de su vida.

Pero esos instantes serían demasiado cortos como para actuar antes de recibir las balas de un francotirador emboscado. Ya lo estaba viendo: un fogonazo, un golpe en la nuca, medio segundo de sorpresa y luego la oscuridad total antes siquiera de ser consciente de la necesidad de pronunciar mi hechizo.

Kincaid tenía razón: podría funcionar. La doctrina táctica de las autoridades mágicas del mundo solía ir con un par de siglos de retraso con respecto a la tecnología del resto del planeta. Era totalmente posible que los miembros más

antiguos del Consejo Blanco jamás hubieran considerado esa posibilidad. Puede que ni siquiera los vampiros. Pero desde luego, podría funcionar.

De repente el futuro me pareció un lugar bastante desagradable para los magos profesionales.

Limpié la sal y me senté ante mi pequeño escritorio mientras ponía en orden mis ideas. Tenía que descubrir más sobre las víctimas del *malocchio*. Tenía que averiguar más cosas sobre la aventura de Arturo Genosa dentro del mundo del cine erótico.

Y, por si fuera poco, mientras hacía todo eso también tenía que pensar cómo conseguir el dinero para que mi sicario no me pegara un tiro en la cabeza.

Para la mayoría de los mortales sería una situación desesperada. Pero la mayoría de los mortales no las vivía tan a menudo como yo. Noté como la angustia y la preocupación comenzaban a crecer, pero al mismo tiempo, me sentí extrañamente reconfortado por la familiaridad de aquellas emociones. De hecho, para mí era agradable comprobar como mi instinto de supervivencia me advertía de la probabilidad de una muerte prematura.

Qué cosas, ¿estoy loco, no?

Capítulo 11

Incrementé el importe de mi factura del teléfono considerablemente, investigando a Genosa. Llamé a una docena de organizaciones y empresas diferentes de Los Ángeles, pero en casi todos los casos me contestaban ordenadores, y cuando conseguía que me atendiera una persona, esta me remitía a su página web en Internet. Parecía que hablar con un ser humano era ya cosa del pasado. Mierda de Internet.

Me di contra un par de paredes, me golpeé la cabeza contra varias puertas cerradas, conseguí un poco de información y me quedé sin tiempo. Apunté varias direcciones de Internet, pillé algo de comida y fui a ver a Murphy.

Investigaciones Especiales tiene sus oficinas en uno de los mazacotes que forman el variopinto complejo de edificios donde tiene su cuartel general la policía de Chicago. Me acerqué a un agente que estaba sentado frente a una mesa y le enseñé la tarjeta de colaborador que me había dado Murphy. El hombre me hizo firmar y me dejó pasar. Subí por las escaleras hasta la planta donde están los calabozos e Investigaciones Especiales.

Abrí la puerta del departamento y entré. La sala principal tendría unos quince metros de largo por seis de ancho y estaba repleta de mesas. Las únicas paredes prefabricadas que había en la habitación servían para delimitar una pequeña sala de espera con un par de viejos sofás, una mesa con algunas revistas, para adultos aburridos, y varios juguetes, para niños aburridos. Uno de esos juguetes, un peluche de Snoopy cubierto de manchas, estaba tirado en el suelo.

El cachorro se había abalanzado sobre él y le estaba mordiendo una oreja. Sacudió la cabeza y su oreja mellada se agitó con ella. Luego arrastró el muñeco de Snoopy describiendo un pequeño círculo sin dejar de emitir agudos gruñidos. El cachorro me miró, meneó la cola con energía y atacó al muñeco con más entusiasmo todavía.

—¡Eh! —le dije—. Se supone que Murphy iba a cuidar de ti. ¿Qué haces?

El cachorro gruñó y meneó a Snoopy con más fuerza.

—Eso ya lo veo —suspiré—. Menuda niñera está hecha.

Un hombre alto, con una creciente calvicie y vestido con un arrugado traje marrón alzó la vista de su mesa.

—Eh, ¿qué pasa Harry?

—Sargento Stallings —contesté—. Buen combate el de hoy con Murphy. La forma en que le golpeaste el pie con el estómago me pareció inspiradora.

Sonrió.

—Esperaba una llave, pero con esa mujer nunca se sabe. Intentamos avisar a OToole, pero aún es lo bastante joven para creerse invencible.

—Me parece que Murphy se lo dejó claro —objeté—. ¿Está por aquí?

Stallings dirigió la mirada hacia la puerta cerrada del diminuto y barato despacho de Murphy.

—Sí, pero ya sabes cómo se pone cuando tiene papeleo. Está a punto de arrancarle la cabeza a alguien.

—No se lo tomes en cuenta —dije y cogí al cachorro.

—¿Ahora tienes perro?

—Solo por un tiempo. Se suponía que Murphy iba a echarle un ojo. ¿Le dices que estoy aquí?

Stallings negó con la cabeza y puso el teléfono frente a mí.

—Me gustaría llegar a la jubilación. Hazlo tú.

Sonreí y me dirigí hacia el despacho de Murphy. De camino saludé con una inclinación de cabeza a un par de tipos de Investigaciones Especiales. Llamé a la puerta.

—¡Maldita sea! —dijo Murphy desde el otro lado—. ¡He dicho que ahora no!

—Soy Harry —dije—. He venido a llevarme al perro.

—¡Joder! —gruñó—. Apártate de la puerta.

Eso hice.

Un segundo después la puerta se abrió de golpe y apareció Murphy con expresión furibunda y ojos brillantes y fríos.

—Más atrás. Llevo todo el día peleándome con el ordenador. Juro por Dios que si me jodes el disco duro otra vez, te lo meteré por el culo.

—¿Por qué querrías guardar tu disco duro en mi culo? —pregunté.

Murphy entornó los ojos.

—Ah, eh, hum. Sí, bueno. Pues creo que me marchó ya. —Me pareció lo mejor.

—Pues vale —dijo y cerró la puerta de su despacho de un portazo.

Fruncí el ceño. Murphy no era una persona de «pues vale». Intenté recordar la última ocasión en que la había visto tan borde y seca. Cuando estuvo sumida en aquel estrés postraumático se mostró ausente, pero no enfadada. Cuando intuía que habría pelea o cuando se sentía amenazada se ponía furiosa, pero no apartaba a sus amigos.

La única vez que la había visto así fue cuando pensaba que yo estaba involucrado en una sucesión de asesinatos sobrenaturales. Desde su punto de vista, creyó que había traicionado su confianza y expresó su enfado con un rechazazo que casi me salta los dientes.

Algo la preocupaba. Y mucho.

—¿Murph? —le hablé a través de la puerta—. ¿Dónde han escondido los alienígenas tu vaina?

Abrió la puerta lo bastante para lanzarme una mirada asesina.

—¿Y eso qué significa?

—No hay vaina, ¿eh? Bueno, quizá seas la gemela malvada de otra dimensión o

algo así.

Los músculos de su mandíbula se tensaron, y su rostro se afiló aún más.

Suspiré.

—No pareces tú. No soy psiquiatra ni nada de eso, pero tengo la sensación de que hay algo que te preocupa. Es un palpito.

Desestimó la idea con un movimiento de mano.

—Es el papeleo...

—No, de eso nada —la atajé—. Venga, Murphy. Soy yo.

—No quiero hablar.

Me encogí de hombros.

—Quizá lo necesites. Estás a punto de tener un brote psicótico.

Volvió a asir el pomo de la puerta, pero esta vez no la cerró.

—He tenido un mal día.

No la creí, pero dije:

—Ya, vale. Siento habértelo complicado aún más con el perro.

De repente pareció cansada. Se apoyó contra el marco de la puerta.

—No. No, se ha portado muy bien. Casi no ha hecho ruido. No ha dicho ni mu en todo el día. Incluso hizo sus cosas en un periódico que le puse.

Asentí.

—¿Seguro que no quieres hablar?

Sonrió y echó un vistazo a la oficina.

—Pero aquí no. Ven conmigo.

Salimos y nos dirigimos por el pasillo hasta una máquina expendedora. Murphy no dijo nada hasta que se compró un tentempié.

—He hablado con mi madre —dijo.

—¿Malas noticias? —pregunté.

—Sí. —Cerró los ojos y dio un mordisco a la barra de chocolate—. Más o menos. Bueno, en realidad, no.

—Ya —dije como si su respuesta tuviera sentido—. ¿Qué ha pasado?

Comió más chocolate y contestó:

—Mi hermana, Lisa, se ha prometido.

—¡Ah! —repuse. En caso de duda, vete por las ramas—. No sabía que tenías una hermana.

—Es mi hermana pequeña.

—*Hum.* ¿Te doy el pésame? —pregunté.

Me miró furiosa.

—Lo ha hecho aposta. Con vistas a la reunión. Sabía exactamente lo que hacía.

—Bueno, pues me alegro de que por lo menos alguien lo sepa, porque yo desde luego no tengo ni puñetera idea.

Murphy se terminó la barrita.

—Mi hermana pequeña se va a casar. Irá a la reunión de este fin de semana con su prometido, y yo voy a presentarme sin prometido, sin marido. Sin ni siquiera un novio. Mi madre no va dejarme en paz.

—Bueno, pero ¿has estado casada, no? Dos veces, creo.

—Los Murphy son irlandeses católicos —dijo al límite de su paciencia—. Mis dos bodas para ellos cuentan como dos divorcios, y con eso no me quitaré de encima el estigma.

—Ya, pero bueno, supongo que el tío con el que estés saliendo seguro que te acompaña, ¿no?

Miró hacia las oficinas de Investigaciones Especiales. Si las miradas matasen, la suya habría hecho saltar por los aires toda esa sección del edificio y la habría enviado al lago Michigan.

—¿Estás de coña? No tengo tiempo. Hace dos años que no salgo con nadie.

Quizá lo mejor habría sido tirar de comentario manido y soltarle aquello de que a los bajitos no los quiere nadie. En cambio, decidí darle un poco en el orgullo. Otras veces había salido bien.

—La poderosa Murphy. La asesina de diversos y terribles monstruos, vampiros y demás...

—Y trols —añadió Murphy—. Cayeron dos más cuando estuviste fuera este verano.

—Aja. Y ¿vas a dejar que una fiestecita familiar te ponga así?

Negó con la cabeza.

—Oye, es una cosa personal. Entre mi madre y yo.

—¿Y tu madre se sentirá menos orgullosa de ti porque estés soltera, porque seas una mujer con una carrera profesional? —La observé con escepticismo—. Murphy, no me digas que bajo esa apariencia de tía dura resulta que eres una niña de mamá.

Me miró durante un momento con expresión de enfado y tristeza al mismo tiempo.

—Soy la hija mayor —admitió—. Y... bueno, siempre pensé que yo sería su sucesora, supongo. Que seguiría su ejemplo. Las dos lo creíamos. Es una de las cosas que nos mantenían unidas. Y toda la familia lo sabía.

—Y si tu hermana pequeña de repente es la que se parece más a ella, ¿qué? ¿Amenaza eso la relación que tienes con tu madre?

—No —dijo con un tono de fastidio—. No es eso. Pero un poco sí. Más o menos. Es complicado.

—No, eso ya lo veo —dije.

Se apoyó sobre la máquina expendedora.

—Mi madre es estupenda —aclaró Murphy—. Pero en los últimos años me

resulta muy difícil llevarme bien con ella. O sea, el trabajo no me deja tiempo libre. Ella piensa que no debí divorciarme de mi segundo marido y eso nos separa un poco. Además, he cambiado. Los últimos dos años han sido terroríficos. Ahora sé más de lo que me gustaría.

Torcí el gesto.

—Ya, bueno, intenté advertirte.

—Sí —me dio la razón—. Y tomé una decisión. Puedo vivir con ello. Pero no soy capaz de sentarme y hablar con ella de todo eso. Así que ya hay otra cosa de la que no puedo hablar con mi madre. Esas pequeñas cosas se van juntando, ¿entiendes? Y acaban siendo muchas, y nos separan cada vez más.

—Pues habla con ella —dije—. Dile que hay cosas que no le puedes contar. Y que eso no quiere decir que no quieras verla.

—No puedo hacer eso.

La miré sorprendido.

—¿Por qué no?

—Porque no —contestó tajante—. Las cosas no funcionan así.

Murphy parecía realmente preocupada, tenía los ojos empapados en lágrimas y yo ya no sabía qué decirle. Quizá porque se trataba de un asunto familiar. La verdad es que me resultaba totalmente ajeno y no lo entendía.

A Murphy le preocupaba su relación con su madre. Murphy debería hablar con su madre, ¿no? Valor y al toro. Así es como habría reaccionado si hubiera tenido un problema con cualquier otra persona.

Pero me he dado cuenta de que la gente se vuelve bastante irracional cuando se trata de su familia, y pierden simultáneamente su capacidad para distinguir entre razón y locura. Yo lo llamo demencia familiar.

Quizá no comprendiera el problema, pero Murphy era mi amiga. Era evidente que estaba sufriendo, y eso era todo lo que necesitaba saber.

—Oye, Murph, quizá estés haciendo de un grano una montaña de arena. Creo que si tu madre te quiere, estará dispuesta a hablar contigo.

—No aprueba mi trabajo —adujo Murphy con voz cansada—. Ni mi decisión de vivir sola después del divorcio. De esos temas ya no tenemos nada más que hablar, y ninguna de las dos dará su brazo a torcer.

Vale, eso sí que lo entendía. Alguna vez me ha tocado soportar la testarudez de Murphy y tengo un diente mellado que puede demostrarlo.

—Así que hace dos años que no vas a esas reuniones familiares para no tener que hablar de estos temas polémicos.

—Más o menos —asintió Murphy—. Los demás ya comienzan a comentarlo. Y todos somos Murphy, así que antes o después alguien dará un consejo sin que nadie se lo pida, y luego se armará el lío. Pero no sé qué hacer. Que mi hermana se vaya a

casar hará que todo el mundo hable sobre ciertos temas que preferiría no tocar con mis tíos y tías.

—Pues no vayas —apunté.

—¿Y volver a herir los sentimientos de mi madre? —dijo—. Joder, daré todavía más que hablar que si voy.

Negué con la cabeza.

—Bueno, por lo menos tienes razón en una cosa. No lo entiendo, Murph.

—Da igual —dijo.

—Pero me gustaría comprenderlo —insistí—. Ojalá me preocupara la opinión de mis tíos y tuviera problemas con mi madre. Joder, me conformaría con saber cómo sonaba su voz. —Puse una mano sobre su hombro—. Es un topicazo, pero es cierto, no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes. La gente cambia. El mundo cambia. Y antes o después pierdes a tus seres queridos. Si no te importa que te dé un consejo alguien que no sabe mucho de familias, te puedo decir una cosa: no descuides a los tuyos. Quizá pienses que siempre estarán ahí, pero no es cierto.

Bajó la mirada para que no la viera llorar, supongo.

—Habla con ella, Karrin.

—Probablemente tengas razón —se rindió, asintiendo—. Así que no te mataré por hacerme tragar tus bien intencionadas palabras en un momento de debilidad. Solo por esta vez.

—Un detalle por tu parte —dije.

Respiró hondo, agitó una mano delante de los ojos y luego alzó la vista con una expresión más profesional.

—Eres un buen amigo por aguantar todo este rollo. Algún día te lo compensaré.

—Tiene gracia que digas eso —repuse.

—¿Por qué?

—Estoy siguiendo la pista del dinero, pero la información que busco está, según parece, en Internet. ¿Podrías visitar un par de webs por mí y ayudarme a concretar un poco?

—Sí.

—Gracias. —Le di las direcciones y le hice un resumen de lo que estaba buscando—. Voy a estar por ahí, ¿te llamo en una o dos horas?

Suspiró y asintió.

—¿Has encontrado ya a los vampiros?

—Todavía no, pero tengo ayuda.

—¿Quién? —preguntó.

—Un tío llamado Kincaid. Es duro.

—¿Un mago?

—No. Es uno de esos soldados de fortuna. Un buen asesino de vampiros.

Murphy alzó una ceja.

—¿Está limpio?

—Por lo que yo sé, sí —dije—. Debería tener noticias del que llevará como conductor esta noche. Si hay suerte, encontraré su guarida y caeremos sobre ellos.

—Eh, verás como al final resulta que tenemos que atacar un...

—Sábado —completé la frase por ella—. Lo sé.

Me marché y le conté al cachorro mi teoría sobre la demencia familiar mientras bajábamos las escaleras.

—Es solo una teoría, ¿sabes? Pero se basa en una tonelada de pruebas empíricas.

—Sentí una pequeña punzada de dolor mientras hablaba. Yo jamás había tenido problemas familiares. Ni los tendría. Quizá la situación familiar de Murphy fuera complicada y desagradable, pero al menos tenía familia.

Siempre que creía que había superado lo de ser huérfano, me pasaba algo así. Quizá no quería admitir lo mucho que me dolía. Ni siquiera a mí mismo.

Rasqué la oreja mellada del cachorro mientras caminaba hacia el Escarabajo.

—Es solo una teoría —le dije—. Porque ¿cómo voy a saberlo de verdad?

Capítulo 12

Pasé por mi apartamento para comer, darme una ducha y ponerme algo que no estuviera manchado de sangre. Un viejo y castigado Volkswagen Golf recibió un empujoncito por detrás de un Chevrolet Suburban y estuvimos atascados durante un rato. Como resultado, llegué unos minutos tarde al estudio.

Una chica que me resultaba vagamente familiar y que sostenía una carpeta me recibió en la puerta. Aún no habría cumplido los veintiuno, pero compensaba su inmadurez con lo que solo puedo describir como una actitud notablemente desenvuelta. Era guapa, tirando a delgaducha, y su piel era del color de la nata. Llevaba el pelo oscuro recogido como la princesa Leia, en dos rodetes. Vestía unos vaqueros, una camisa estilo campesino y unas sandalias con pinta de ser bastante incómodas.

—Hola —dijo.

—Hola a ti también.

Consultó su carpeta.

—Tú debes de ser Harry, supongo. Eres el último que queda y llegas tarde.

—Esta mañana fui puntual.

—Bueno, así que llegas tarde la mitad de las veces. Vaya, menudo logro. — Sonrió para hacerme ver que estaba bromeando—. ¿No te vi hablando con Justine en la fiesta de Arturo?

—Sí, estuve allí. Me tuve que marchar antes de convertirme en calabaza.

La joven rió y me ofreció una mano.

—Me llamo Inari. Soy ayudante de producción.

Le estreché la mano. Llevaba una colonia dulce y suave que me gustó, me recordaba a la canción de las cigarras y a las tranquilas noches de verano.

—Encantado de conocerte, a no ser que me vayas a quitar el puesto. No habrás venido a reemplazarme, ¿no?

Inari sonrió y ese gesto transformó su cara de moderadamente atractiva a maravillosa. Se le marcaban unos hoyuelos encantadores.

—Soy una especie de ayudante del ayudante, estoy por debajo de ti en el escalafón, así que tu trabajo no corre peligro. —Consultó su reloj de plástico—. ¡Oh, Dios, tenemos que darnos prisa! Arturo me pidió que te llevara a su despacho en cuanto llegaras. Por aquí.

—¿Qué quiere?

—Ni idea —dijo Inari. Comenzó a caminar a buen paso y tuve que esforzarme un poco para seguir su ritmo mientras me conducía hacia el interior del edificio. Pasó página en su carpeta y cogió un boli que guardaba en uno de los rodetes de pelo—. Oh, ¿qué ingredientes quieres para tu pizza vegetariana?

—Vacas y cerdos muertos —dije.

Me miró y arrugó la nariz.

—Son bichos vegetarianos —dije en mi defensa.

Me miró escéptica.

—¡Con todas las hormonas y aditivos que le echan a la carne! ¿No sabes que comer carne puede tener efectos negativos? ¿Tienes idea de los daños a largo plazo que las carnes grasientas pueden provocar en el tracto intestinal?

—Prefiero disfrutar de mi estatus como último eslabón en la cadena alimenticia y me río del colesterol.

—Con semejante actitud acabarás con las arterías petrificadas.

—Pues muy bien —me resigné.

Inari negó con la cabeza con expresión amable, pero inflexible.

—Todo el mundo se apuntó a la verdura cuando yo pedí mi pizza. Si alguien elige carne, la grasa se extenderá por toda la pizza, por eso estuvieron de acuerdo con las verduras.

—Vale, pues yo también.

—Pero ¿qué quieres en la tuya? O sea, se supone que estoy aquí para dar gusto a todos.

—Pues sacrifica a algún animalito —dije—. Es por las proteínas.

—Ah, haberlo dicho antes —repuso Inari sonriéndome. Nos detuvimos frente a una puerta y escribió sobre la hoja—: Extra de queso, con judías y cereales. O espera. Tofu. Proteínas. Pues ya lo tienes.

Pizza de tofu, Dios santo. Debería cobrar más.

—Muy bien. —El cachorro se revolvió en mi bolsillo y me detuve—. Hay una cosa con la que sí me podrías ayudar.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Ah, sí?

Metí la mano en el bolsillo y saqué al cachorro. Estaba durmiendo, totalmente grogui.

—¿Podrías hacerle compañía a mi amigo mientras hablo con Arturo?

La joven se derritió de ternura como solo las chicas saben hacerlo, cogió al perrito y comenzó a acunarlo mientras cantaba.

—Es una monada. ¿Cómo se llama?

—No tiene nombre —respondí—. Solo lo cuido durante unos días. Quizá tenga sed o hambre cuando se despierte.

—Me encantan los perros —dijo—. Lo cuidaré bien.

—Muchas gracias.

Comenzó a alejarse.

—Ah, Harry, casi se me olvida. ¿Qué quieres para beber? ¿Qué tal una Coca-

Cola?

La miré con desconfianza.

—¿Con toda su cafeína, espero?

Inari alzó una ceja.

—Me gusta la comida sana, pero no estoy loca.

—Bien dicho —dije. Me dedicó otra radiante sonrisa y se marchó por el pasillo, sosteniendo el cachorro como si fuera de cristal. Yo entré en el despacho.

Arturo Genosa estaba sentado en la esquina de una mesa. Su pelo plateado parecía enredado y un puro a medio terminar se consumía en el cenicero que estaba a su lado. Logró esbozar una sonrisa cansada al verme entrar.

—Hola, Harry. —Se acercó y me dio un abrazo de macho mediterráneo, de esos que te dejan sin respiración—. Dios te bendiga, Dresden. Sin ti creo que los habría perdido a los dos. Gracias.

Me besó en las dos mejillas. Yo no soy de los que besan y abrazan, la verdad, pero pensé que sería otra de esas costumbres europeas. Eso, o me había sentenciado a muerte. Di un paso hacia atrás y pregunté:

—¿La chica se va a poner bien?

Arturo asintió.

—Vivirá. ¿Cómo? Eso ya no lo sé —agitó una mano señalando el cuello—. Las cicatrices. Le van a quedar varias.

—Malo para una actriz.

Asintió con la cabeza.

—En tu anuncio de la guía telefónica también dices que das consejos.

—En realidad, los vendo —admití—. Pero es más para...

—Necesito saberlo —dijo—. Necesito saber si debería detener el rodaje.

Alcé una ceja.

—¿Cree que esa es la causa de todo lo que está pasando?

Cogió su puro y jugueteó con él.

—Ya no sé qué creer. Esta última vez yo no estaba aquí, no creo que los ataques estén dirigidos a mí.

—Estoy de acuerdo —convine—. Y es un mal de ojo, de eso estoy seguro.

—Dresden, si un hombre me amenaza, me enfrento a él. Pero este individuo, quienquiera que sea, se está cebando con personas de mi entorno. Ya no es solo cosa mía.

—¿Por qué querría nadie detener el rodaje, señor Genosa? —pregunté—. Quiero decir, discúlpeme si lo que voy a decir le molesta, pero parece una película erótica como hay miles.

—No lo sé. Quizá sea cuestión de dinero —respondió—. Soy un pequeño empresario que puede constituir una amenaza para otros de mayores dimensiones.

Así que se unen y deciden presionar. Sin armar mucho jaleo, ya me entiende.

—Si no le he entendido mal, me acaba de decir que se siente perseguido por una supuesta organización secreta de empresarios de pornografía.

Genosa se puso el puro en la boca, sin dejar de darle vueltas. Tamborileó con los dedos en la mesa y bajó la voz.

—Tú te lo tomarás a broma, pero en los últimos años alguien ha ido comprando productoras poco a poco.

—¿Quién?

Negó con la cabeza.

—No lo sé. He investigado, pero yo no soy detective. ¿Crees que tú podrías...?

—Ya estoy en ello. Le avisaré si descubro algo.

—Gracias —dijo—. Y ¿qué hago hoy? No puedo permitir que nadie más salga herido.

—¿Se está quedando sin tiempo, verdad? Si no acaba la película su negocio irá a la quiebra.

—Sí.

—¿De cuánto tiempo dispone?

—Hoy y mañana —me informó.

—Entonces debe preguntarse hasta qué punto está dispuesto a dejar que su ambición ponga en peligro la vida de sus colaboradores. Y luego debe considerar si va a permitir que alguien lo asuste hasta el punto de controlar su vida. —Fruñí el ceño—. Incluso puede que las vidas de más personas. Tiene razón cuando dice que esto no solo le atañe a usted.

—¿Cómo voy a tomar semejante decisión? —preguntó.

Me encogí de hombros, y pasé a tutearle:

—Mira, Arturo. Debes decidir si vas a proteger a estas personas o a ser su jefe. Son cosas distintas.

Hizo rodar el puro hacia delante y hacia atrás entre los dedos, y luego asintió lentamente.

—Son adultos. No soy su padre. Pero no puedo pedirles que arriesguen sus vidas si no están dispuestos. Les diré que pueden marcharse si así lo desean, sin problemas.

—¿Y tú te quedarás?

Asintió con firmeza.

—El jefe, entonces —sentencié—. Quién sabe, puede que la próxima vez te compre una gran mesa redonda, Arturo.

Tardó un segundo, pero se rió.

—Ya, Arturo y Merlín.

—Sí —contesté.

Me miró pensativo.

—Das buenos consejos. Para ser un hombre joven, tienes mucho sentido común.

—Eso lo dices porque aún no has visto mi coche.

Arturo rió. Me ofreció un puro, pero lo rechazé con una sonrisa.

—No, gracias.

—Pareces preocupado.

—Sí. Hay algo en todo esto que no encaja. Resulta muy *hinky*.

Genosa me miró confuso.

—¿Cómo has dicho?

—*Hinky* —repetí—. *Hum*, es una palabra que se utiliza aquí en Chicago. Quiero decir que hay algo que no está bien.

—Sí —dijo—. Han muerto personas.

—No es eso —intenté explicarme—. Los ataques han sido brutales. Eso significa que la intención de quienquiera que esté detrás, es igualmente brutal. No puedes manejar esa clase de magia si no crees realmente en ella. No es algo que utilizaría un simple competidor en el negocio, ni siquiera suponiendo que unos peces gordos de la industria decidieran optar por la magia negra en lugar de contratar los servicios de unos matones de a cincuenta dólares la hora para que te dieran una paliza.

—¿Piensas que es algo personal? —preguntó.

—Todavía no pienso nada —le dije—. Tengo que investigar más.

Asintió con expresión sombría.

—Si te quedas, ¿seguirás protegiendo a mi gente?

—Eso creo.

Apretó los labios, parecía decidido.

—Entonces les diré que...

La puerta se abrió de golpe y una diosa hecha mujer irrumpió en la habitación. Debía de medir uno sesenta, y llevaba el pelo rojo con mechas rubias largo hasta la cintura. Calzaba unos zapatos de tacón alto y vestía un conjunto de dos piezas de lencería de color verde oscuro con pinta de costar caro y lo bastante transparente para que uno se preguntara cuál era realmente el objetivo de llevar aquello puesto. Quizá fuera porque resaltaba las agradables proporciones de su cuerpo tonificado y atlético.

—Arturo, cerdo europeúcho —gruñó—. ¿Qué crees que estás haciendo, trayendo a esa mujer aquí?

Genosa acusó el tono y no miró a la mujer.

—Hola, Trish.

—No me llames así, Arturo. Te lo he dicho mil veces.

Genosa suspiró.

—Harry, esta es mi más reciente ex mujer, Tricia Scrupp.

¿Y dejó que se le escapara esta joya? Alucinante.

La mujer entornó los ojos.

—Trixie Vixen. Me lo he cambiado.

—Vale —admitió Arturo, conciliador—. ¿A qué viene todo esto?

—Sabes perfectamente a qué viene —le espetó—. Si crees que en esta película van a salir dos estrellas, estás muy equivocado.

—No es eso lo que había planeado —contestó—. Pero con Giselle en el hospital, tuve que buscar una sustituta y con tan poco tiempo...

—No seas condescendiente conmigo —dijo Tricia rechinando los dientes—. Lara está retirada. Re-ti-ra-da. Esta es mi película. Y no voy a permitir que utilices mi gancho con el público para publicitar la vuelta de esa... guarra.

En ese momento, algo me hizo recordar aquel dicho sobre las pajas en ojos ajenos y las vigas en los propios.

—No te preocupes —medió Genosa—. Actuará bajo seudónimo. Tú eres la estrella, Tricia. Eso no ha cambiado.

Trixie Vixen se cruzó de brazos, aumentando exponencialmente su canalillo.

—Muy bien —respondió—. Que quede bien claro.

—Está claro —dijo Arturo.

Se echó el pelo hacia atrás en un gesto lleno de arrogancia y luego me miró con cara de asco.

—¿Y quién es este?

—Harry —contesté—. Ayudante de producción.

—Muy bien, Larry. ¿Dónde coño está mi café? Lo pedí hace una hora.

Me pareció evidente que la realidad no formaba parte de la vida de Tricia Scrup. Probablemente su idea de realidad la guardaba en el mismo lugar que los buenos modales. Iba a mandarla a hacer puñetas, pero la mirada de pánico de Arturo evitó que dijera lo primero que se me había venido a la cabeza.

—Lo siento, ahora me ocupo de eso.

—Eso espero —me advirtió. Luego dio media vuelta sobre uno de sus tacones, enseñándonos el mini-tanga y un culo que probablemente mereciera una mención especial en los títulos de crédito. Después, salió del despacho.

O al menos esa era su intención inicial, porque se detuvo de repente, paralizada, con todo el cuerpo en tensión.

Una mujer que hacía que Trixie Vixen pareciera la hermanastra fea apareció en la puerta y le bloqueó la salida. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no quedarme mirándola embobado.

La belleza de Tricia Trixie Scrup, antes Genosa y ahora Vixen, respondía a un código. Se podía hacer una lista: boca preciosa, ojos profundos, grandes pechos, cintura estrecha, caderas redondas y unas piernas largas y bonitas. *Sile, sile, sile*. Parecía hecha de encargo según un catálogo. Era una mujer increíble pero prefabricada, como de mentira.

La recién llegada en cambio era otra cosa. Pura elegancia. Belleza. Arte. Y como tal, no era tan fácil de catalogar.

Era alta, pero aun así llevaba unas botas de tacón de estilo Victoriano y cuero italiano. Su cabello era tan oscuro que mostraba un brillo azulado y contenía el torrente de relucientes rizos con un par de horquillas de marfil. Tenía los ojos verdes oscuros con toques de violeta en el centro. Vestía con una elegancia innata: tejidos naturales, una falda negra, una chaqueta bordada con un dibujo abstracto de rosas rojas y una camisa blanca.

Cuando me puse a pensar después, la verdad es que no podía recordar con claridad cómo eran su cara, o su cuerpo, más allá de la noción de que me parecieron increíbles. De hecho, su apariencia era irrelevante. Al menos, no más importante que la copa de cristal que contiene el vino. En el mejor de los casos debe resultar invisible y resaltar el espíritu que lo alberga. Más allá de la mera presencia física, pude sentir su naturaleza, su fuerza, su inteligencia sazónada con un agudo ingenio y con un deseo lánguido y sensual.

O quizá el deseo partiera de mí. En tan solo cinco segundos dejé de fijarme en los detalles y me limité a desearla. La quería en el sentido más primitivo y de todas las formas que podía imaginar. Todo lo que podía tener en mi alma de caballerosidad y ternura se esfumó. La cabeza se me llenó de imágenes en las que daba rienda suelta a mis deseos. Segundos después, la conciencia se hizo a un lado y algo hambriento, sólido y amoral ocupó su lugar.

Me di cuenta, como en sueños, de que algo no iba bien, pero esa idea carecía de toda concreción tangible y real. Estaba dominado por los instintos y solo atendía al más feroz y lascivo de los impulsos.

Me gustó.

Mucho.

Mientras el Neanderthal que llevo dentro se golpeaba el pecho, Trixie Vixen se apartó de la mujer de pelo oscuro. No podía verle la cara, pero su voz se quebró de la rabia. También parecía tener miedo.

—Hola, Lara.

—Trish —la saludó la mujer, tiñendo de un tenue desprecio la pronunciación del nombre. Su voz sonó tan ardiente, grave y deliciosa que los dedos de los pies se me estremecieron—. Estás preciosa.

—No esperaba verte aquí —dijo Tricia—. No hay cadenas ni látigos en el estudio.

Lara se encogió de hombros, totalmente relajada.

—Siempre he pensado que las mejores cadenas y látigos están en la cabeza. Si se tiene un poco de imaginación, las de verdad son innecesarias. —Lara miró desde arriba a Tricia por un momento y luego preguntó—: ¿Has pensado en mi oferta?

—Yo no hago películas de *bondage* —dijo Tricia adornando sus palabras con un gesto de desprecio—. Eso se lo dejo a las viejas y arrugadas glorias. —Y se dispuso a salir del despacho.

Lara no se movió. Tricia se detuvo a solo unos centímetros y sus ojos se encontraron. La estrella pelirroja comenzó a temblar.

—Quizá tengas razón —dijo Lara. Sonrió y se apartó del umbral de la puerta—. Estaremos en contacto, Trish.

Trixie Vixen salió volando, o mejor dicho todo lo rápido que sus tacones de quince centímetros le permitieron. La mujer de pelo oscuro la observó con una sonrisa de satisfacción en la cara y luego dijo:

—Y sale de escena. Debe de resultar complicado ser el centro del universo. Buenas tardes, Arturo.

—Lara —dijo Arturo. Su tono era el de un tío reprimiendo a su sobrina favorita. Rodeó el escritorio y caminó hacia la mujer con los brazos abiertos—. No deberías tomarle el pelo así.

—Arturo —pronunció con afecto. Le cogió de ambas manos y se besaron en las mejillas. Aproveché ese momento para sacudir la cabeza y echar a mi libido del asiento del conductor en mi cerebro. De nuevo dueño de mí mismo, (aunque la zona oculta bajo mis pantalones estuviera considerando amotinarse), comencé a poner orden en mis pensamientos y a construir una barrera para aislarme de ellos.

—Eres un ángel —le dijo Arturo. Su voz sonaba tranquila y firme y no como la de un hombre con acumulación de sangre más abajo del ombligo. ¿Cómo demonios era capaz de no reaccionar ante su presencia?—. Un ángel por venir tan rápido. Por ayudarme.

Ella agitó una mano con un movimiento lento. No llevaba las uñas muy largas y tampoco estaban pintadas.

—Siempre estoy dispuesta a ayudar a un amigo, Arturo. ¿Te encuentras bien? —preguntó—. Joan me dijo que se te había olvidado pedir las recetas.

Arturo suspiró.

—Estoy bien. Y que me bajara la presión arterial no le habría servido de nada a Giselle.

Lara asintió.

—Lo que ha pasado es terrible. Lo siento mucho.

—Gracias —expresó Arturo—. No estoy seguro de si debo mantener a Inari aquí. Es una niña.

—Eso es discutible —dijo Lara—. Después de todo, ya tiene edad para actuar, que es lo que realmente quiere.

Arturo pareció sorprendido y un poco disgustado.

—Lara...

Ella rió.

—No estoy diciendo que deba hacerlo, tonto. Solo que mi hermana pequeña toma sus propias decisiones.

—Cómo crecen —dijo Arturo con tristeza en la voz.

—Sí. —Los ojos de Lara se posaron en mí—. ¿Y quién es este? Alto, moreno y silencioso. Creo que me gusta.

—Harry —contestó Arturo y me indicó con un gesto que me acercara—. Lara Romany, este es Harry, nuestro nuevo ayudante de producción. Ha empezado hoy, así que sé amable con él.

—Eso no será difícil —dijo y deslizó la mano por el brazo de Genosa—. Joan me ha pedido que te diga que ya tiene las medicinas y que te necesita en el set.

Arturo asintió con una sonrisa tensa, pero sincera.

—Y tú me vas a acompañar abajo para que me tome la medicación, ¿no?

—Y para obligarte a ello utilizaré mis armas de mujer —confirmó Lara.

—Harry —dijo Arturo.

—Necesito hacer una llamada —repuse—. Enseguida estoy contigo.

Los dos se marcharon. Lara me echó otra miradita de reojo con expresión de desconfianza. Y deseo. Madre mía. Si me hubiese indicado con un dedo que la siguiera, creo que estaría en grave peligro de salir flotando sobre el suelo siguiendo la estela de su perfume. Como la mofeta Pepe le Pew.

Me llevó medio minuto reiniciar mi cerebro después de su marcha. Tras lo cual hice un rápido análisis de lo que había sucedido con ayuda de la materia gris.

Guapa, pálida, supersexi de manera natural y con capacidad para amedrentar. La respuesta era evidente. Además estaba casi seguro de que Romany no era su verdadero apellido.

Tenía mucha más pinta de ser una Raith.

Hay que joderse. La Corte Blanca estaba aquí.

Un súcubo en el set. Pero eso no era todo, la jovencita de la dieta saludable era otro... ¡toma ya! Dos *succubuses*. ¿*Succubuses*? ¿*Succubi*? Mierda de curso de latín por correspondencia. O quizá no, porque cuando estuve cerca de la pequeña Inari no sentí la misma atracción que por Lara Romany.

Entonces me di cuenta de que me había metido en un lío, que a pesar de lo embarazoso y tonto que pareciera, podría poner mi vida en peligro. Ahora no solo me las tenía que ver con las conspiraciones del sindicato de la pornografía, sino también con un súcubo de la Corte Blanca. O quizá con más de uno, aunque por razones gramaticales esperaba que no fuera el caso.

Así que además de contar con un nuevo y agresivo compañero de baile de la Corte Negra en la guerra entre el Consejo y las Cortes de los Vampiros, tenía lascivas estrellas de cine, maldiciones letales y un trabajo bastante embarazoso como tapadera

de mi investigación.

Ah, y una pizza de tofu, algo ya maligno en sí mismo.

Menudo lío.

Hice una nota mental: la próxima vez que viera a Thomas, iba a darle un puñetazo en la nariz.

Capítulo 13

Después de dos o tres intentos, conseguí que el teléfono de Genosa me pusiera en contacto con Murphy.

—Soy yo, Murphy. ¿Conseguiste la información que te pedí?

—Sí. Y también he hablado con algunas personas que conozco y he descubierto alguna cosilla.

—Genial, ¿cómo qué?

—Nada que se pueda utilizar en un juicio, pero quizá te sirva para hacerte una idea de lo que está pasando.

—*Uau*, Murph. Ni que fueras inspectora de policía.

—Que te den, Dresden. Esto es lo que sé de Genosa. Tiene doble nacionalidad, griega y estadounidense. Es el hijo menor de una familia de mucho dinero venida a menos. Por ahí se dice que se marchó de Grecia para eludir a los acreedores de sus padres.

—¡Aja! —asentí. Seguí registrando el escritorio de Genosa y encontré un viejo álbum de fotos con las tapas de piel—. Te escucho.

—Acabó produciendo y dirigiendo películas pornográficas. Invirtió bien el dinero y ahora su fortuna personal alcanza los cuatro millones.

—El sexo vende. —Fruncí el ceño mientras hojeaba el álbum de fotos. Estaba lleno de recortes de periódicos, notas y fotos de Genosa en el set de varios programas de televisión nacionales. Había una foto en la que posaba junto a Hugh Hefner y ambos estaban rodeados de mujeres guapas y jóvenes—. Eso es mucha pasta, ¿algo más?

—No —dijo Murphy—. Le pasa tres pensiones a sus tres ex mujeres y el dinero sale de no sé qué fundación creada a tal efecto. Casi todo lo demás lo ha invertido en su nuevo estudio.

Gruñí.

—Entonces Genosa está metido en un buen lío.

—¿Ah, sí?

—Solo tiene treinta y seis horas para terminar esta peli —dije—. La primera ya está acabada, pero si no logra filmar dos películas rentables, perderá el estudio.

—¿Crees que alguien pretende echarlo del negocio?

—Según Occam, yo diría que sí^[3]. —Pasé página y leí atónito el artículo que se presentó ante mí—. Mierda.

—¿Qué?

—Es un revolucionario.

—¿Qué es qué? —preguntó Murphy.

Me repetí una vez más a riesgo de resultar redundante.

—Según parece, Arturo Genosa está considerado como un revolucionario dentro de su campo.

Casi pude oír como Murphy subía una ceja escéptica.

—¿Un revolucionario en lo del *folleteo*?

—Eso parece.

Resopló.

—Explícame cómo exactamente se convierte uno en un revolucionario del porno.

—¿Práctica, práctica, práctica? —conjeturé.

—Qué listo eres.

Seguí pasando páginas, hojeando el álbum.

—Le han entrevistado en unas treinta revistas.

—Ya —dijo Murphy—. Seguro que en publicaciones con nombres tan ilustres como *Tetorras de aquí y de allí*, *Colegialas guarrillas casi menores de edad...*

Seguí hojeando.

—Además de en *People*, *Time*, *Entertainment Weekly*, y *USA Today*. También ha estado en los programas de Larry King y Oprah.

—Estás de coña —se sorprendió—. ¿En el de Oprah? ¿Por qué?

—Espera, estoy leyendo. Parece que está convencido de que todo el mundo debería disfrutar en la cama sin desquiciarse intentando alcanzar ideales imposibles. Cree que el sexo es algo natural.

—Y lo es —dijo Murphy—. El sexo es bueno. No todo el mundo lo hace, pero desde luego, deberían.

—Eh, aquí el listillo soy yo. Tú eres la poli. No te metas en mi terreno. —Seguí leyendo—. Genosa también contrata a actores de diferentes edades en lugar de llamar solo a bailarinas veinteañeras. Según una transcripción del programa de Larry King, evita los primeros planos de los genitales y escoge a los actores por su sensualidad genuina y su actuación más que por su aspecto físico. Y no cree en alterar quirúrgicamente... eh...

Me sonrojé. Murphy era probablemente mi mejor amiga, pero también era una chica y un caballero no dice según qué cosas delante de una señorita. Apoyé el auricular en el hombro y con las manos hice la señal internacional de los pechos.

—Bueno, ya sabes.

—¿Las tetas? —dijo Murphy divertida—. ¿Las teresas? ¿Los melones? ¿Las domingas?

—Sí, eso.

Pero Murphy continuó.

—¿Los limones? ¿Las agarraderas? ¿Los globos? ¿Las tetorras? ¿Los pitones? ¿Las mamellas?

—¡Ya está bien, Murph!

Se rió de mí.

—Te pones muy mono cuando algo te da vergüenza. Yo creía que los implantes de mamas eran un requisito indispensable en ese negocio. Como el casco y las botas con refuerzos de acero en la construcción.

—No, según Genosa —dije—. Aquí le citan diciendo que la belleza natural y el deseo verdadero hacen que el sexo sea mejor que toda la silicona del valle de California.

—No sé si me sorprende o si simplemente me da asco —dijo Murphy.

—A fin de cuentas, lo mismo da —apunté—. Lo importante aquí es que no es el típico artista del porno.

—No sé si eso es decir mucho, Harry.

—Si me hubieses hecho ese comentario antes de conocerlo, probablemente estaría de acuerdo contigo. Pero ahora no estoy tan seguro. No me da malas vibraciones. Parece un tío bastante decente. Es responsable y se atreve a desafiar el *status quo*, aunque gane menos dinero.

—Estoy segura de que no hay un premio nobel de pornografía.

—Lo que quiero decir es que le está dando cierto toque de integridad. Y la gente está respondiendo bien.

—Salvo por los que intentan matarlo —adujo Murphy—. Harry, no quiero ser cínica, pero las personas que eligen ese tipo de vida acaban encontrándose con problemas antes o después.

—Tienes razón. Eres una cínica.

—No puedes ayudar a todo el mundo. Te volverás loco si lo intentas.

—Oye, este tío tiene problemas y es un ser humano. No me tiene que gustar su estilo de vida para procurar que no le pasen cosas malas.

—Ya. —Murphy suspiró—. Creo que esa canción ya me la sé.

—¿Crees que te podría convencer para que...?

Sentí frío en la nuca, un ligero hormigueo y la piel se me humedeció. Me giré hacia la puerta del despacho a tiempo para ver como las luces del pasillo se apagaban. El miedo hizo que el corazón comenzara a latir más rápido. Una figura sombría apareció en el umbral.

Cogí lo primero que encontré, un pesado cenicero de cristal, y se lo lancé. El cenicero rebotó en el quicio de la puerta y golpeó a quien estaba allí. Oí un quejido. Al mismo tiempo algo pasó siseando junto a mi oído y escuché un sonido fuerte procedente de la pared a mis espaldas.

Grité con todas mis fuerzas y corrí hacia delante, pero el pie se me enredó en el cable del teléfono. No llegué a caer, aunque tropecé y la sombra tuvo tiempo de huir. Cuando por fin recuperé el equilibrio y salí al pasillo, no vi ni oí nada.

El pasillo estaba a oscuras y no me acordaba de dónde estaban los interruptores

de la luz ni las puertas, lo que hacía la persecución algo bastante desaconsejable. Entonces se me ocurrió que allí plantado, en el umbral de la entrada al despacho tenuemente iluminado, ofrecía un blanco perfecto, así que volví a entrar y cerré la puerta con cerrojo.

Me acerqué a ver lo que había golpeado la pared a mis espaldas y encontré, y esto es bastante curioso, un pequeño dardo adornado con plumas amarillas con ribetes rosas, de apariencia exótica. Arranqué el dardo de la pared. La punta parecía estar hecha de hueso y no de metal, y sobre el hueso había manchas de color rojo oscuro o marrón. No sé por qué me pareció que aquello no era cera para el coche.

Un dardo envenenado disparado con cerbatana. Me han tendido emboscadas antes, pero esto era bastante insólito, incluso para mí. Yo diría que hasta algo tonto. ¿Quién se dedica a asesinar con dardos envenenados?

Oí un zumbido procedente del auricular del teléfono. Cogí un envase tubular vacío, de puro, que había junto al estuche del tabaco y metí allí el dardo; luego lo cerré, antes de coger de nuevo el teléfono.

—¿Harry? —gritaba Murphy—. Harry, ¿estás bien?

—Sí —contesté—. Y parece que voy por buen camino.

—¿Qué ha pasado?

Sostuve el envase y miré el dardo. La punta envenenada, untada con una sustancia gelatinosa, brillaba.

—Ha sido una cosa un poco torpe, pero han intentado matarme.

Capítulo 14

—Sal de ahí, Harry.

—No, Murph —contesté—. Oye, creo que en realidad su intención era asustarme, o si no habría utilizado una pistola. ¿Podrías acceder a esa documentación hoy mismo?

—Si se trata de informes públicos, sí —dijo—. Tenemos la diferencia horaria a nuestro favor. ¿Qué esperas encontrar?

—Más información —respondí—. Todo este asunto apesta. Es difícil resolver un rompecabezas cuando te faltan piezas.

—Llámame si descubres algo —pidió Murphy—. Con magia o sin ella, los intentos de asesinato son asunto de la policía. O sea, asunto mío.

—En este caso, desde luego —dije.

—Ten cuidado, Scooby.

—Como siempre. Gracias otra vez, Murph.

Colgué y seguí hojeando el álbum de recortes de Genosa convencido de que solo encontraría más artículos. Pero tuve suerte con las últimas páginas. Allí había fotografías grandes, con brillo y en color, de tres mujeres, de las cuales reconocí a dos.

Debajo de la primera foto se podía leer «Elizabeth Dos Pistolas». La foto era de Madge, la primera mujer de Genosa. Parecía tener veintitantos y estaba casi desnuda. Tenía el pelo muy cardado, tieso y de un extraño color rojizo. Para quitarse todo el maquillaje que llevaba encima probablemente tuviera que utilizar una lijadora eléctrica.

Debajo de la segunda foto se podía leer «Terciopelo Negro» y en ella se veía a una morenaza a la que no reconocí. Tenía una constitución solo al alcance de las atletas profesionales: sus músculos estaban bien definidos y evidenciaban una fuerza sobresaliente, pero eran lo bastante suaves y redondeados como para resultar más bonitos que formidables. Llevaba el pelo cortado a tazón y al principio me pareció que tenía un rostro dulce, casi amable. Pero miraba a la cámara con expresión altanera y seria. Ex Genosa dos, supuse. Él la llamó Lucille.

La última foto era de la tercera ex señora Genosa. Tenía por subtítulo «Trixie Vixen», pero alguien había escrito por encima, con un rotulador negro, «Púdrete en el infierno, cerda». No había ninguna firma que indicara quién había escrito aquello. Caray. ¿Quién sería?

Hojeé el álbum una vez más, pero no encontré nada nuevo. Entonces me di cuenta de que estaba retrasando el momento de bajar al set. Porque bueno, sí, habría mujeres desnudas haciendo toda clase de cosas interesantes. Y sí, llevaba tantos meses sin comerme una rosca, que con poco que hicieran ya me resultaría excitante. Sin

embargo, hay un lugar y un momento para todo, y sabía que no podría disfrutar de aquello con un montón de gente alrededor y una decena de cámaras rodando.

Pero yo era un profesional, joder. Y este era mi trabajo. No podría proteger a nadie si no estaba lo bastante cerca. Jamás descubriría la fuente del mal de ojo si no averiguaba qué estaba sucediendo. Y para eso, necesitaba observar y hacer preguntas... preferiblemente sin que nadie supiera cuál era mi misión. Eso era lo más inteligente, lo más profesional. Tenía que interrogar al personal mientras iconos de belleza sensual se lo montaban bajo los focos del decorado.

Pues adelante. Me armé de valor, salí del despacho con cautela y bajé al set tenuemente iluminado.

Me sorprendió que hubiera tanta gente. La sala era enorme, pero aun así parecía repleta. Había un par de tíos tras de cada una de las cuatro cámaras, y unos cuantos más sobre el andamio que sostenía los focos. Había gente trabajando en el decorado que consistía en un par de paneles que parecían paredes de ladrillo, un par de contenedores, una papelería, algunos palés y algo de basura esparcida por el suelo. Arturo y la campechana Joan estaban en medio de todo el ajeteo, hablando entre ellos mientras se movían por el decorado y situaban las cámaras a su gusto. Inari los seguía y apuntaba posiciones en una tabla. El cachorro de la oreja mellada caminaba tras ella torpemente. Le había atado alrededor del cuello una cuerda rosa cuyo extremo opuesto se enganchaba a sus vaqueros. El cachorro movía el rabo alegremente.

Se suponía que yo era ayudante de producción, así que me acerqué a Genosa. El cachorro me vio y corrió hacia mí, yo me agaché y le rasqué detrás de las orejas.

—¿Qué quieres que haga, Arturo?

Señaló a Joan con una inclinación de cabeza.

—Quédate con ella. Joan te pondrá al día. Observa, haz preguntas.

—Muy bien —asentí.

—¿Conoces ya a Inari? —preguntó Arturo.

—Sí, ya nos hemos presentado —contesté.

La chica sonrió y asintió.

—Me cae bien. Es gracioso.

—Las apariencias no lo son todo —dije.

La risa de Inari se vio interrumpida por un pitido procedente de sus pantalones. Metió la mano en un bolsillo y sacó un móvil, bastante caro, del tamaño de dos sellos de correos. Yo cogí al perro y lo sostuve en el hueco de mi antebrazo mientras Inari se desataba la cuerda y me la daba, para después alejarse unos pasos con el teléfono en la oreja.

Una mujer con expresión de angustia y vestida con una falda larga y una blusa de estilo jipi entró corriendo en el estudio y fue directa hacia donde estaban Joan y

Arturo.

—Señor Genosa, creo que debería ir al vestuario. Ahora mismo.

Genosa abrió los ojos como platos y se puso pálido. Me lanzó una mirada inquisitoria. Negué con la cabeza y alcé los pulgares. Suspiró de alivio y luego dijo:

—¿Qué ocurre?

Joan, a sus espaldas, consultó su reloj, puso los ojos en blanco y dijo:

—Será Trixie.

La mujer asintió con un suspiro.

—Dice que se va.

Arturo exhaló.

—Claro que sí. Venga, vamos Marión.

Se marcharon y Joan dijo, frunciendo el ceño:

—No tenemos tiempo para sus chorradas de *prima donna*.

—¿Acaso lo hay alguna vez?

Su expresión ceñuda dio paso a la de simple cansancio.

—Supongo que no. Es que no entiendo a esa mujer. Este proyecto es tan importante para su futuro como para el del resto de nosotros.

—Ser el centro del universo debe de ser muy duro. Puede que incluso demasiado para ella.

Joan echó la cabeza hacia atrás y rió.

—Eso debe de ser. Venga, en movimiento.

—¿Qué viene ahora?

Fuimos a uno de los otros sets, en este caso estaba decorado como un bar cutre, y comenzamos a abrir cajas de botellas y vasos para terminar de ambientarlo. Dejé el cachorro sobre la barra y la recorrió de un extremo a otro con el hocico pegado a su superficie, olfateando. Después de unos minutos pregunté:

—¿Desde cuándo conoces a Arturo?

Joan dudó por un segundo y luego prosiguió con la decoración del set.

—Desde hace dieciocho o diecinueve años, creo.

—Parece un buen hombre.

Volvió a sonreír.

—Pues no lo es. Es un buen niño.

Arqué las cejas.

—¿Y eso?

Alzó un hombro.

—Es excesivo en todo. Es impulsivo, más apasionado de lo que se puede permitir y se enamora con demasiada facilidad.

—¿Y eso es malo?

—A veces —repuso—. Pero lo compensa con otras cosas. Se preocupa por la

gente. Toma, tú llegas a esa estantería, no te hace falta la escalera.

Hice lo que me pidió.

—Pronto me ascenderán y pondré las estrellas y las bolas en lo más alto de los árboles de Navidad. Yo, yo mismo y el yeti, en *Rudolph, el reno de la nariz roja*.

Joan volvió a reír y me contestó, pero no pude distinguir las palabras, solo vi como movía los labios. El corazón me comenzó a latir más deprisa y sentí una punzada de hambre y lujuria en el estómago que luego descendió por mi espalda. La cabeza se me giró sola y vi a Lara Romany entrar en la habitación.

Se había recogido el pelo al estilo de las antiguas griegas o romanas. Llevaba un vestido de seda negra muy corto, con medias y zapatos a juego. Se deslizaba sobre el suelo con una especie de gracilidad fascinante y viperina. Quería observar sin moverme, pero cierta parte de mí sumergió mi cerebro en una ducha fría virtual. Era un vampiro peligroso, y yo sería idiota si seguía reaccionando así.

Aparté la vista y me di cuenta de que el cachorro se encontraba ahora al borde de la barra, a mi lado. Estaba en posición de ataque, agachado, con los ojos clavados en Lara, y gruñía con su vocecilla de cachorro.

Eché un vistazo a mi alrededor y conseguí mantener los ojos apartados de ella con gran esfuerzo. Todos los hombres de la sala se habían quedado quietos, y la seguían con la mirada mientras ella avanzaba por el set.

—Esa mujer es Viagra andante —murmuró Joan—. Pero tengo que admitir que sabe cómo hacer una entrada.

—*Hum*, sí.

Lara se sentó en una silla plegable, Inari se puso de rodillas a su lado y comenzaron a charlar. Aquel deseo casi eléctrico y el impulso sexual amainaron un poco. Ayudé a Joan, con el cachorro siempre a mi lado, y en media hora comenzó el rodaje de la primera escena con Jake Guffie y una malhumorada Trixie Vixen en el decorado del callejón.

Bueno, tengo que aclarar una cosa. El sexo del porno y el de verdad son parientes lejanos. En el rodaje, los actores sufren interrupciones continuas. Tienen que mantener la cara vuelta en la dirección correcta, y las posturas que tienen que adoptar para que la cámara los encuadre harían llorar a un contorsionista. Cada poco tiempo les tienen que retocar el maquillaje, que por cierto no solo llevan en la cara. Ni os podéis imaginar dónde se lo ponen. Las luces los deslumbran, hay gente con cámaras que se mueven para todos lados y además está Arturo, que les da indicaciones desde detrás de los focos.

Cierto que mi experiencia sexual es limitada, pero nunca había necesitado ninguna de esas cosas. Estar allí me resultaba embarazoso. Puede que luego, a la hora de editar, la escena quedara sensual y excitante, pero en el set parecía más que nada algo raro e incómodo. Intenté distraerme y fijarme en otras cosas que, por supuesto,

no fueran la guapísima vampiresa. Y me mantuve atento a cualquier brote de magia mortal.

Llevábamos una hora rodando cuando miré hacia un lado y vi a Inari caminando arriba y abajo, hablando por el móvil en voz baja. Cerré los ojos, me concentré y comencé a escucharla.

—Sí, papá —dijo—. Sí, lo sé. Lo haré. No. —Hizo una pausa—. Sí, está aquí. — De repente sus mejillas se sonrojaron—. ¡Eso que has dicho es horrible! —protestó—. Creía que los padres solían perseguir a los chicos escopeta en mano. —Rió, recorrió el estudio con la mirada y se apartó un poco más—. Bobby, papá. Se llama Bobby.

Aja. La trama se complica. Seguí la mirada de Inari hasta el otro lado del estudio y vi a Bobby *el Borde*, sentado en una silla plegable junto a Lara y vestido con un albornoz. Había cruzado sus impresionantes brazos sobre el pecho, y parecía pensativo y ausente. No estaba prestando ninguna atención a la escena, ni a Lara. Luego Inari se alejó y quedó fuera del alcance de mi sentido mágico del oído.

Fruncí el ceño, medité y seguí alerta ante cualquier señal de magia negra. No ocurrió nada extraño, dejando a un lado que saltaron chispas de un monitor cuando pasé al lado y finalmente el aparato se estropeó. Grabaron tres escenas más después de aquella, y yo me esforcé en no ver demasiado. En ellas salían tres personas a las que no reconocí, dos mujeres y un hombre. Supongo que se trataría de los otros actores que, según Joan, seguirían el ejemplo de Trixie y llegarían tarde.

Por supuesto, una de las actrices que había llegado puntual estaba ahora en la UCI, y eso porque había tenido la suerte de no acabar en la morgue. La puntualidad no ofrecía protección contra la magia negra.

Un poco antes de la medianoche, el cachorro se quedó dormido en la cama que le hice con mi abrigo. La mayor parte de la comida (sin carne, casi me parece una blasfemia llamarlo pizza) había desaparecido. A Trixie le dio un arrebató y la tomó con un operario de cámara y con Inari, para luego salir echando pestes del estudio, sin nada encima salvo los zapatos. Los demás estábamos cansados. El equipo lo estaba preparando todo para la última escena en la que participaban Emma, Bobby *el Cachas*, y Lara Romany. Sentí como todo mi cuerpo se ponía tenso cuando Lara se levantó y me alejé hasta el fondo del set para mantener la cabeza fría.

Noté movimiento en la oscuridad, a solo unos centímetros de donde yo estaba, y di un salto hacia atrás de forma instintiva, fruto de la sorpresa y el miedo. Una figura oscura surgió de una esquina y se dirigió a la salida más cercana. Tras la sorpresa inicial me di cuenta de que aquella era una buena oportunidad, así que no me lo pensé dos veces y corrí tras de ella.

Abrió la puerta y salió a la noche de Chicago. Saqué la varita mágica al pasar al lado de la mochila y corrí en su busca, alimentado por la rabia y la adrenalina, y

decidido a atrapar a aquel misterioso individuo antes de que ningún otro miembro del equipo resultara herido.

Las persecuciones por los callejones oscuros de Chicago comenzaban a ser pura rutina para mí. Aunque técnicamente aquello no era realmente lo que se llama Chicago, y los espacios que separaban los edificios en el polígono industrial eran mayores y no podrían entrar en la categoría de callejones. Pero las carreras a pie también se sucedían con tanta frecuencia que acabé por elegir el *footing* como deporte de esparcimiento. Generalmente yo suelo ir delante, sobre todo debido a mi política personal de evitar los enfrentamientos cara a cara con cualquier cosa que pese más que un coche pequeño o a la que se le pueda aplicar el adjetivo de quitinoso.

Fuera quien fuera el que corría delante de mí, no era muy grande. Pero era rápido, y seguro que también hacía *footing*. El polígono industrial no estaba bien iluminado y mi presa se dirigía hacia el oeste, es decir, se estaba alejando de la fachada frontal, para adentrarse, por supuesto, en zonas más oscuras.

Con cada paso que daba me alejaba más y más de cualquiera que pudiera prestarme ayuda y corría un mayor riesgo de topar con algo a lo que no fuera capaz de enfrentarme solo. Tuve que elegir entre esa opción y la posibilidad de detener al autor del mal de ojo antes de que hiciera daño a nadie más. Quizá si sus víctimas no fueran principalmente mujeres, y quizá si fuera un poco más listo, habría tardado un poco más en decidirme.

La misteriosa figura a la que perseguía llegó a la parte de atrás del complejo industrial y se dispuso a atravesar a toda velocidad los seis metros de negro asfalto que lo separaban de una valla de tres metros y medio de altura. Lo alcancé cuando estaba a medio camino y conseguí pisarle un talón. Como corría a toda velocidad, el pisotón hizo que tropezara y cayera al suelo. Yo me lancé sobre su espalda y juntos rodamos por el asfalto.

El impacto casi me deja sin respiración, así que supongo que para él fue peor. El quejido que oí justo cuando se golpeó contra el suelo correspondía a la voz de un hombre, y me sentí aliviado. Durante la carrera me convencí de que perseguía a un hombre porque si hubiera creído que era una mujer, no me habría mostrado igual de violento, y ese es un error clásico que puede acarrear trágicas consecuencias.

El tipo intentó levantarse, pero lo golpeé con el antebrazo en la nuca unas cuantas veces, haciendo que su cabeza rebotara contra el asfalto. Era un tío duro. Los golpes lo lentificaron, aunque no demasiado, y de repente se revolvió con la sinuosa fuerza de una serpiente. Me eché a un lado, se levantó y saltó hacia la valla.

Pegó un brinco de un metro o metro y medio de altura y comenzó a escalar. Yo apunté con mi varita mágica a lo alto de la valla, reuní mi voluntad y grité:

—¡Fuego!

Una lengua de fuego fustigó la parte superior de la valla, brillante y tan caliente

que el aire rugió como un trueno al expandirse de repente. El metal de la parte superior se puso rojo y se derritió a solo unos centímetros por encima de la cabeza del hombre; después, comenzó a gotear como si fuera lluvia del mismísimo infierno.

El hombre gritó de dolor o sorpresa y se soltó. Lo golpeé en la cabeza y los hombros con mi varita; debido a la pesada madera de la que está formada, en este caso sirvió como porra admirablemente bien. El segundo y el tercer golpe lo aturdieron, y luego le pasé la varita por el cuello como si lo fuera a asfixiar, le inmovilicé un brazo a la espalda con un movimiento que Murphy me había enseñado y le aplasté la cara contra la valla, echando todo mi peso sobre él.

—No te muevas —gruñí. Trozos de metal derretido se deslizaban por la valla hacia el suelo—. No te muevas o dejaré que se te derrita la cara.

Intentó soltarse. Era fuerte, pero yo tenía ventaja, así que no consiguió gran cosa. Gracias, Murphy. Le retorcí el brazo hasta que gritó de dolor.

—¡Quieto! No te muevas —le ordené.

—¡Por Dios santo! —balbució Thomas, con dolor en la voz. Dejó de luchar y levantó la otra mano en señal de rendición. Reconocí su voz y también su perfil—. Harry, soy yo.

Lo miré furioso y le retorcí aún más el brazo.

—¡Ah! —gritó—. Dresden, ¿qué haces? Suéltame, soy yo.

Gruñí y lo solté. Lo empujé con fuerza contra la valla y me puse en pie.

Thomas se incorporó poco a poco mientras se daba la vuelta con las manos en alto.

—Gracias tío. No era mi intención sorprenderte como...

Le di un puñetazo en la nariz con la derecha.

Creo que fue lo inesperado del golpe, más que el impacto, lo que hizo que se cayera de culo. Se quedó allí sentado, cubriéndose la cara con las manos mientras me miraba.

Alcé mi varita mágica y me preparé para lanzar otra llamarada. El extremo de la varita se encendió con una luz roja como las brasas, a solo unos centímetros de la cara de Thomas. Su palidez habitual había adquirido una tonalidad gris ceniza y su expresión era de incredulidad. Además, tenía la boca manchada de sangre.

—Harry... —comenzó.

—Cállate —exigí. Lo hice en voz baja. Eso siempre da mucho más miedo que los gritos—. Me estás utilizando, Thomas.

—No sé de qué me estás ha...

Me incliné hacia delante y el extremo brillante de mi varita mágica lo obligó a apartarse.

—He dicho que te calles —dije en el mismo tono calmado—. Hay alguien en el estudio que creo que conoces y del que no me has hablado. Creo que también me has

mentido sobre otras cosas, lo que me ha puesto en peligro de muerte una vez y media, solo hoy. Bueno, dame una buena razón para que no te arranque la boca de la cara ahora mismo.

El pelo de la nuca de repente intentó separarse de mi piel. Oí dos *clics* metálicos detrás de mí, los martillos de dos pistolas, y la increíblemente seductora voz de Lara murmuró:

—Yo te daré dos.

Capítulo 15

Lo primero que pensé fue: *Uau, ¡qué voz más sexi!* Lo segundo: *¿Cómo demonios nos ha alcanzado tan rápido?*

Ah, y entre uno y otro pensamiento mi lado más práctico introdujo otra idea: *No es bueno que te disparen.*

Pero lo que en realidad salió de mi boca fue:

—¿De verdad te apellidas Romany?

No oí pisadas, pero su voz sonó más cerca cuando dijo:

—Es mi nombre de casada. Duró poco tiempo. Ahora por favor, apártate de mi hermano pequeño.

Toma ya, ¿era su hermana? Demencia familiar. Quizá no reaccionara de forma lógica ante una amenaza. Respiré hondo y me recordé a mí mismo que en semejantes circunstancias había que ser muy idiota para tensar más la cuerda con Lara Raith.

—Supongo que cuando lo haga, bajarás las armas —consulté.

—Mejor considera que si no lo haces, te pegaré un tiro.

—¡Oh, por amor de Dios! —Thomas suspiró—. Lara, ¿por qué no te relajas? Estábamos hablando.

Chasqueó la lengua y aquello casi sonó a reprobación maternal.

—Tommy, Tommy. Cuando dices chorradas como esa, tengo que esforzarme por recordar que mi hermano pequeño no es tan idiota como nos quiere hacer creer.

—¡Oh, venga! —dijo Thomas—. Esto es una pérdida de tiempo.

—Cállate —dije con un movimiento de varita no muy afortunado. Miré de reojo a Lara. Llevaba algo negro con medias y tacones...

¿Cómo coño nos había alcanzado con esos taconazos? Incluso para un mago, hay cosas que simplemente son increíbles.

Pero además sostenía en ambas manos dos pistolas. Seguramente no utilizaban la munición de gran calibre de armas más pesadas, pero hasta una balita pequeña me podría matar sin problemas. Las sostenía como si supiera lo que hacía. Salió lentamente de las sombras. Su piel brillaba. Llevaba poca ropa. Y estaba impresionante.

Apreté los dientes y luché contra el repentino impulso de hincarle el diente a las voluptuosas curvas de su vientre y muslos, y mantuve la varita encendida, apuntando a Thomas.

—Atrás, guapa. Baja las armas, corta el rollo hechicero superseductor y hablemos.

Se detuvo entre un paso y el siguiente, con expresión de contrariedad en el rostro. Entornó los ojos y su voz se deslizó por el aire como la miel y la heroína.

—¿Qué has dicho?

Luché contra la presión de aquella voz y gruñí:

—Atrás. —El Quijote que llevo dentro todavía resistía y añadí—: Por favor.

Me miró durante un momento, y luego pestañeó lentamente, como si de repente me viera por primera vez.

—¡Vaya por Dios! —murmuró con el tono de alguien que maldice—. Eres Harry Dresden.

—No te fustigues. En un alarde de ingenio se me ocurrió camuflar mi identidad bajo la de Harry, el ayudante de producción.

Apretó los labios (en un gesto igualmente delicioso) y dijo:

—¿Por qué te has lanzado a por mi hermano?

—La cosa estaba muy parada y todos los demás tenían cosas que hacer.

Ni siquiera me avisó. Una de las pistolitas disparó, sentí un fogonazo de dolor escarlata en la cabeza y caí sobre una rodilla.

Sin dejar de apuntar con mi varita a Thomas me llevé una mano a la oreja. Cuando la aparté estaba manchada de sangre, pero el dolor ya había empezado a desvanecerse. Lara alzó una de sus delicadas cejas. Caray. La bala pasó rozando la oreja. Con semejante puntería, no le sería difícil meterme una bala entre ceja y ceja.

—Normalmente apreciaría esa clase de réplica ocurrente —dijo con un murmullo aterciopelado, probablemente porque pensaba que daba más miedo que hablar en voz alta—. Pero cuando está en juego la vida de mi hermano, no estoy de humor para juegucitos.

—Entendido —dije con voz temblorosa. Bajé la varita mágica hasta que dejó de apuntar a Thomas y dispersé la energía que había concentrado en ella. El fuego de su extremo se apagó.

—Estupendo —dijo Lara, y dejó de apuntarme. La fría brisa del otoño enredó su oscuro y brillante pelo alrededor de la cabeza y sus ojos verdes brillaron como la plata a media luz.

—Harry —dijo Thomas—, te presento a mi hermana mayor, Lara. Lara, Harry Dresden.

—Un placer —susurró—. Thomas, quítate de detrás del mago. No quiero que te alcance un disparo que lo atraviese.

El estómago se me encogió. Aún sostenía mi varita mágica en la mano, pero Lara tardaría menos en apretar el gatillo que yo en apuntar y descargar sobre ella.

—Espera —dijo Thomas. Se incorporó sobre una rodilla y se interpuso entre la vampiresa blanca y yo—. No lo mates.

Aquella reacción hizo que su hermana arqueara una ceja, pero en su boca había una media sonrisa.

—¿Por qué no?

—Para empezar, es posible que tuviera tiempo de liberar su hechizo de muerte.

—Cierto, ¿y?

Thomas se encogió de hombros.

—Y por otras razones personales. Te agradecería que primero habláramos del tema.

—Yo también —apostillé.

Lara mantuvo aquella cruel sonrisa en sus labios.

—Lo cierto es que me gustas, mago, pero... —suspiró—. No hay muchas posibilidades de negociación, Thomas. La presencia de Dresden aquí es inaceptable. La aventura empresarial de Arturo es un asunto interno de la Corte Blanca.

—No estoy aquí para interferir con la Corte Blanca —afirmé—. Esa no era mi intención en absoluto.

Lara me contempló un momento.

—Todos sabemos lo que valen las intenciones. Pues ¿por qué estás aquí, mago?

—Esa es una buena pregunta —dije volviéndome hacia Thomas—. Y me encantaría contestarla.

Thomas, de repente, parecía asustado. Miró a Lara y me dio la impresión de que se estaba preparando para lanzarse contra ella.

Lara frunció el ceño y se dirigió a su hermano:

—¿Thomas? ¿De qué está hablado?

—Esto es como matar moscas a cañonazos, Lara —respondió Thomas—. No es nada, de verdad.

Lara abrió los ojos como platos.

—¿Tú lo metiste en esto?

—Eh... —comenzó a decir Thomas.

—Pues claro que me metió él —corroboré—. ¿Qué pensabas? ¿Qué había venido a pasar el rato?

Lara miró a Thomas boquiabierta.

—¿Cómo se te ocurre meterle en esto justo ahora?

Thomas apretó los labios durante unos segundos, después se levantó lentamente. Puso cara de dolor y se llevó una mano a los riñones.

—Pues ya ves.

—Te matará —dijo Lara—. Te matará, o algo peor. No tienes ni una décima parte de la fuerza necesaria para ser una amenaza.

—Eso depende —dijo Thomas.

—¿De qué? —preguntó.

—De a quién apoyen los restantes miembros de la casa.

Lara dejó escapar una corta risotada de incredulidad.

—¿Crees que alguno de nosotros te apoyará en este asunto?

—¿Por qué no? —dijo Thomas con calma—. Piénsalo. Padre es fuerte, pero no

invencible. Si consigo dominarlo con mi influencia, me dejará al cargo, y yo soy mucho más fácil de derrocar que él. Pero si pierdo, siempre puedes alegar que te hipnoticé o que te esclavicé. Sería el chivo expiatorio perfecto. La vida seguiría para ti y el único que pagaría sería yo.

Entornó los ojos.

—¿Has estado leyendo a Maquiavelo otra vez?

—Sí, a Justine, en la cama.

Lara guardó silencio durante un momento con expresión pensativa.

—No es una buena idea, Thomas.

—Pero...

—Y no podías haber escogido peor momento. La posición de Raith ya es precaria entre las Casas. La inestabilidad interna ahora podría hacernos vulnerables a Skavis, Malvora o a gente del estilo. Si detectan la más mínima debilidad, no dudarán en destruirnos.

—Papá no está bien —replicó Thomas—. Hace años que no lo está y todos lo sabemos. Se está haciendo viejo. Es solo cuestión de tiempo que otro decida ocupar su puesto, y cuando eso ocurra, todos caeremos con él.

Lara negó con la cabeza.

—¿Sabes cuántos hermanos y hermanas me han dicho esas palabras en todos estos años? Acabó con todos ellos.

—Se alzarón contra él en solitario. Yo hablo de que trabajemos juntos. Podemos hacerlo.

—¿Pero por qué precisamente ahora?

—¿Por qué no?

Lara torció el gesto y lo miró fijamente durante más de sesenta segundos. Después se estremeció, respiró hondo y me apuntó con una pistola a la cabeza. Con la otra encañonó a Thomas.

—Lara... —protestó.

—Pon esa mano donde pueda verla, vamos.

Thomas se puso tenso, pero apartó la mano de la espalda; estaba vacía. Alcé la vista y vi un bulto en su camisa a la altura del cinturón.

Lara asintió.

—Lo siento, Tommy. Te tengo mucho cariño, pero no conoces a padre como yo. No eres el único Raith que saca provecho de que los demás lo subestimen. Padre sospecha que te traes algo entre manos, y si piensa por un momento que estoy de tu lado, me matará. Sin dudar.

La voz de Thomas sonó desesperada.

—Lara, si nos unimos...

—Moriremos juntos. Si no nos mata él, lo hará Malvora o gente de esa calaña. No

tengo otra elección. No voy a disfrutar matándote.

—¡Pues no lo hagas! —exclamó.

—¿Y dejarte a merced de padre? Hasta yo tengo mis principios. Te quiero como la que más, pero no he sobrevivido tantos años corriendo riesgos innecesarios.

Thomas tragó saliva. No me miró, pero se inclinó ligeramente hacia un lado y su camisa se deslizó lo suficiente para mostrarme la empuñadura de una pistola que llevaba oculta a la espalda, sujeta con la cinturilla de los vaqueros. No lo miré. No habría tenido tiempo de cogerla y disparar antes de que Lara me matara, pero si Thomas la distraía un momento, quizá tuviéramos una oportunidad.

Thomas respiró hondo y dijo:

—Lara.

Algo en su voz había cambiado. El tono parecía el mismo, al menos en la superficie, pero había algo por debajo que hacía que el aire restallara con un soterrado poder de seducción. Demandaba atención. Qué cojones, demandaba un montón de cosas y era espeluznante escuchar aquello de su boca. Me alegré de que Thomas no se dirigiera a mí, porque habría resultado muy confuso.

—Lara —dijo de nuevo. La vi balancearse ligeramente—. Déjame hablar.

Evidentemente aquel balanceo se debía más a la fría brisa de la noche y los tacones que a la voz de Thomas.

—Me temo que lo único que tienes que decir es adiós, hermanito. —Lara amartilló las dos pistolas con expresión tranquila y ausente—. Y ya te puedes ir despidiendo del mago también.

Capítulo 16

He estado en circunstancias más espeluznantes. De hecho, me deprimó con solo pensar lo a menudo que me suceden cosas de este estilo. Pero si la experiencia me ha enseñado algo, es que no importa lo jodida que sea la situación, siempre puede empeorar.

¿Un ejemplo? Nuestra pequeña maniobra destinada a neutralizar a Superzorra.

Thomas gritó y se tiró a la izquierda, cruzándose delante de mí. En ese momento, me lancé a por la pistola que llevaba en los pantalones. A juzgar por la empuñadura, debía de ser una semiautomática, quizá uno de esos caros modelos alemanes tan pequeños como letales. La cogí, y justo cuando empezaba a creer que aquello funcionaría, el asunto se torció. Thomas llevaba los puñeteros vaqueros tan apretados que no pude sacar el arma. Me incliné demasiado por el esfuerzo y acabé espatarrado en el suelo. Lo único que conseguí con mi inteligente artimaña fue rasparme los dedos y una buena vista de Lara Raith lista para disparar.

Oí como una bala pasaba cerca, una especie de zumbido sibilante en el aire que proporcionaba acento al suave zumbido de la pistola. Hubo varios disparos en el espacio de dos o tres segundos. Dos alcanzaron a Thomas con desagradables sonidos de impacto, uno en la pierna, y el segundo en el pecho.

Al mismo tiempo, Thomas le arrojó un llavero, lo que probablemente me salvó la vida. Ella lo apartó con la pistola con la que me había estado apuntando. Eso me dio unos valiosísimos segundos, el tiempo suficiente para alzar mi varita mágica y lanzar un golpe aterrizado contra Lara. Resultó una chapuza mayúscula, y eso que tenía el poder de la varita para ayudarme a dirigir mi voluntad. En lugar de lanzar una llama medio coherente del grosor de mi muñeca, de la punta salió un cono de fuego de unos diez metros de diámetro.

Eso sí que hizo ruido... se produjo una explosión atronadora cuando el calor desplazó el frío aire de la noche. Desgraciadamente, Lara Raith tenía los reflejos típicos de todos los vampiros, y se apartó de las llamas de un salto. Aún en el aire, alzó ambas pistolas y me apuntó con ellas como en una de esas pelis de acción chinas. Pero resultó evidente que incluso la habilidad sobrehumana de la vampiresa no bastaba para sobreponerse a la sorpresa, al movimiento lateral, a una tormenta de fuego y a los tacones de aguja. Dios bendiga a la industria de la moda y a la suerte ciega que protege a los tontos y a los magos. Lara falló.

Agité mi brazalete-escudo y transformé mi voluntad en una pared de fuerza invisible pero sólida, justo delante de mí. Los últimos disparos de Lara alcanzaron el escudo, iluminándolo con un fogonazo de energía azulada. Sostuve el escudo con firmeza en su sitio, preparé de nuevo la varita mágica y me dispuse a enfrentarme a Lara.

La vampiresa se deslizó hacia las sombras que crecían entre el edificio más cercano y un par de enormes contenedores industriales, y luego desapareció.

Me acerqué a Thomas sin bajar la protección del escudo sosteniéndolo en la dirección en que había desaparecido Lara.

—Thomas —susurré—. Thomas, ¿estás bien?

Tardó un poco en contestar. Su voz sonó débil y temblorosa.

—No lo sé. Me duele.

—Te han pegado un tiro. Eso siempre duele. —Miré fijamente a las sombras y proyecté mis sentidos todo lo que pude—. ¿Puedes caminar?

—No lo sé —dijo entre jadeos—. No puedo respirar. No siento la pierna.

Aparté la vista de la oscuridad, lo miré y de nuevo me concentré en las sombras. La camiseta negra de Thomas estaba pegada al pecho en un lado. Una bala le había alcanzado un pulmón, por lo menos. Si había alguna arteria o vena importante comprometida, tenía un problema serio, fuera vampiro o no. Los vampiros de la Corte Blanca eran bastante resistentes, pero en muchos aspectos podían ser tan frágiles como los humanos de los que se alimentaban. Se curaban muy rápido. Yo había visto a Thomas recuperarse de unas costillas rotas en solo unas horas, pero si se le reventaba una arteria, se desangraba como cualquiera.

—No te muevas —recomendé—. No te muevas hasta que sepamos adónde ha ido.

—Así seguro que acabamos con ella —jadeó Thomas—. La vieja táctica de esperar a que nos mate.

—Dame la pistola —le pedí.

—¿Por qué?

—Para que la próxima vez que abras la boca, te pueda pegar un tiro.

Comenzó a reírse, pero la risa se convirtió en un agónico y húmedo ataque de tos.

—Mierda —murmuré y me agaché junto a él. Dejé mi varita mágica a un lado y deslicé la mano derecha y una rodilla bajo su espalda con la idea de mantenerlo en posición vertical de la cintura para arriba.

—Más vale que te vayas. Ya me las arreglaré.

—¿Por qué no te callas ya? —le dije. Intenté evaluar la gravedad de sus heridas ayudándome de la mano que me quedaba libre, pero yo no soy médico. Encontré el agujero del pecho y sentí como salía la sangre a borbotones. Los bordes de la herida se contrajeron y tensaron ante el tacto de mi mano—. Vale —pronuncié—. La herida tiene mala pinta. Venga. —Le cogí la mano derecha y presioné con ella la herida—. Manten la mano ahí, tío. No dejes de aplicar presión. Yo no puedo hacerlo y llevarte a cuestas al mismo tiempo.

—Ni se te ocurra llevarme en brazos —dijo con voz ronca—. No seas idiota. Nos matará a los dos.

—Tenemos el escudo —dije.

—Si no puedes responder a su fuego, no servirá de gran cosa. Vete de aquí, llama a la poli y luego vuelve a por mí.

—Tú deliras —respondí. Si lo dejaba allí solo, Lara lo remataría. Coloqué su brazo izquierdo sobre mi hombro derecho y lo alcé. No pesaba tanto como había imaginado, pero ponerlo en pie así debió de dolerle bastante. El dolor bloqueó el aire en su garganta—. Venga —gruñí—, tienes una pierna buena. Ayúdame.

Su voz sonó hueca, casi fantasmal, cuando dijo en un susurro:

—Vete. No puedo.

—Sí puedes. Cállate y ayúdame.

Comencé a caminar tan rápido como pude hacia la calle del polígono industrial. Mantuve el escudo alzado, con mi voluntad centrada en una barrera que nos rodeara por todas partes. No era tan resistente como un escudo dirigido solo en una dirección, pero yo no tenía ojos en el cogote y un oponente con un mínimo de astucia me atacaría por detrás.

Thomas habría gritado todo el camino de haber tenido aliento suficiente. Durante los dos minutos siguientes, empalideció; quiero decir, aún más de lo habitual. Siempre había sido muy blanco, pero ahora su piel había adquirido el tono grisáceo de un cadáver, y bajo los ojos se le estaban formando bolsas oscuras. Aun así, consiguió echarme una mano. No fue gran cosa, pero sirvió para seguir avanzando sin tropezar.

Ya comenzaba a pensar que lo íbamos a lograr cuando oí unos pasos a la carrera y vi a una mujer doblar la esquina frente a nosotros con su pálida piel reluciendo en la oscuridad.

Maldije nuestra suerte, imbuí el escudo de más poder y me agaché, dejando que Thomas se derrumbara sobre la gravilla del aparcamiento. Busqué su pistola, la encontré y me preparé para disparar. Amartillé el arma, me tomé medio segundo en apuntar y apreté el gatillo.

—No —susurró Thomas en el último momento. Se inclinó sobre mí justo en el instante en el que disparaba el arma; el cañón se movió y la bala arrancó chispas de una pared de hormigón a quince metros. Aterrado, volví a apuntar aunque sabía perfectamente que ya no tenía sentido. Quizá podría haberla alcanzado con un ataque sorpresa, pero después del disparo fallido no había ni una posibilidad de vencer en un tiroteo a Lara Raith.

Pero no era Lara. No podía ver bien en aquella oscuridad, pero Inari se detuvo de repente a solo unos centímetros de mí, con los ojos y la boca abiertos.

—¡Oh, Dios mío! —gritó— ¡Thomas! ¿Qué ha pasado? ¿Qué le has hecho?

—¡Nada! —respondí—. Está herido. Por amor de Dios, ayúdame.

Dudó un segundo con los ojos como platos, y luego se abalanzó sobre Thomas.

—Dios mío, ¡cuánta sangre! ¡Está sangrando!

Le pasé mi varita mágica.

—Sostén esto —grité.

—¿Qué le has hecho? —preguntó. Había comenzado a llorar—. ¡Oh, Thomas!

Me entraron ganas de gritar de frustración y miré a mi alrededor, en un intento desesperado por descubrir dónde se ocultaba Lara. El instinto me decía que se estaba acercando y yo lo único que quería era salir de allí corriendo.

—Ya te he dicho que nada. Tenemos que seguir avanzando, abre las puertas. Tenemos que volver al estudio y llamar a urgencias.

Me agaché para coger a Thomas de nuevo.

En ese momento Inari Raith cogió mi varita mágica con las dos manos, gritó de rabia y pena, y me golpeó en la nuca con tanta fuerza que la partió en dos. Vi una explosión de estrellas y de repente me encontré con la cara pegada a la gravilla del aparcamiento.

Todo se volvió borroso durante un par de minutos, y cuando por fin empecé a recuperar la consciencia escuché a Inari llorar.

—Lara, no sé qué ha pasado. Me disparó y Thomas no se despierta. Quizá esté muerto.

Oí unas pisadas sobre la tierra y Lara dijo:

—Dame la pistola.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Inari todavía llorando.

Lara accionó la corredera con un par de *clics* y echó un vistazo a la recámara.

—Entra —dijo con tono firme y seguro—. Llama a urgencias y a la policía. Rápido.

Inari se levantó y comenzó a correr, dejándonos a Thomas y a mí solos con la mujer que casi lo había matado. Intenté incorporarme, pero era complicado. Todo daba vueltas a mi alrededor.

Conseguí ponerme de rodillas justo cuando un escalofrío me recorrió la espalda.

Los tres vampiros de la Corte Negra no anunciaron su llegada. Simplemente aparecieron como si estuvieran hechos de sombras.

Uno de ellos era el vampiro de una sola oreja al que le lancé el globo lleno de agua bendita. A su lado había dos vampiros más de la Corte Negra, ambos machos, ambos vestidos con atuendo funerario, y ambos con pinta de adolescentes. Hacía poco que eran muertos vivientes. El primero aún presentaba livideces en los brazos y dedos, y sus rostros no parecían cadavéricos en absoluto. Al igual que su mutilado compañero, también tenían las uñas largas y sucias. En su cara y garganta había restos de sangre seca, y sus ojos eran como dos pozas de agua estancada y turbia.

Inari gritó como en las películas de terror, y volvió corriendo junto a su hermana. Lara cogió aire y alzó la pistola lista para disparar mientras daba media vuelta

lentamente para ver a cada uno de los vampiros de la Corte Negra.

—Vaya, vaya —dijo el vampiro mutilado—. Qué suerte. El mago y tres blancos a los que machacar. Esto va a ser divertido.

Y en ese momento sentí la llegada de una fuerte oleada de magia maligna y mortal.

El *malocchio*. Se estaba formando de nuevo, esta vez con más energía que antes. El hechizo se acercaba a mí al tiempo que reunía poder maléfico. Aún en estado de *shock*, no había nada que pudiera hacer.

—Matadlos —susurró el vampiro de la Corte Negra—. Matadlos a todos.

¿Lo ves? Eso es a lo que me refería.

Las cosas siempre pueden empeorar.

Capítulo 17

No soy ningún inútil en el combate cara a cara, pero tampoco soy especialmente bueno. Me habrán dejado sin sentido una o dos veces. Bueno. En realidad muchas más. Pero no es de extrañar, porque muchas de las cosas que me han aporreado podrían subir en volandas a todo un equipo de baloncesto profesional, y en cambio yo solo soy un humano. Y eso en mi mundo significa ser poco más resistente que una tacita de porcelana.

He conseguido sobrevivir a las palizas gracias a mi buena suerte, a los amigos valientes y a una malvada hada madrina, pero estaba convencido de que antes o después se me acabaría el chollo y me encontraría solo, en peligro, y al límite de mis fuerzas. Aquella noche me dio la razón.

Menos mal que iba preparado.

Me llevé la mano a la hebilla del cinturón, labrada en forma de oso. La figura era de plata y el oso lo hice yo mismo, a mano. Tardé meses, no me quedó especialmente bonito ni logrado, pero tampoco soy un tipo con inquietudes artísticas.

Mi intención era prepararme para, como diría el Gallo Claudio, una situación desesperada.

Toqué la hebilla del cinturón con la mano izquierda y susurré: *fortius*.

Sentí que la fuerza se concentraba en la boca de mi estómago como una repentina oleada caliente de energía vital; óxido nitroso para cuerpo, mente y alma. Mis huesos se llenaron de vida en estado puro y su energía me recorrió de arriba abajo como un relámpago. La confusión, el cansancio y el dolor se desvanecieron tan rápido como la oscuridad ante el amanecer.

No era un simple subidón de adrenalina, aunque algo de eso había. Llamadlo *chi* o *mana*, o cualquiera de las mil acepciones que lo describen. Era magia pura, la esencia misma de la energía vital, y entró en mí desde el depósito que había creado en la plata de la hebilla. De repente, sentí el corazón henchido de emoción, mi cabeza llena de esperanza, confianza en mí mismo y expectación, y si hubiera que ponerle banda sonora a mi vida, en aquel momento sonaría el *Himno a la alegría* mientras un estadio lleno de fans de Harry me hacía la ola al completo. Tuve que esforzarme para no estallar en carcajadas o ponerme a cantar. El dolor seguía allí, pero me desembaracé de los golpes y el cansancio, y de repente me sentí listo para luchar.

Aunque ahora me encontrara bien gracias a la magia, estas cosas no salen gratis. Sabía que el dolor volvería, pero tenía que concentrarme. *Sobrevive ahora, preocúpate de las consecuencias luego*.

—Lara —dije—. Me doy perfecta cuenta de que te has empeñado en matarme, pero me parece que la situación ha cambiado.

El súcubo miró a los vampiros y luego a Inari.

—Estoy de acuerdo, Dresden.

—¿Formamos equipo y sacamos a la chica de aquí?

—¿Te puedes mover?

Me puse en pie y me sentí bastante animoso, dadas las circunstancias. Lara me estaba dando la espalda, más o menos, e intentaba no quitarles ojo a los tres vampiros de la Corte Negra. Estos, a su vez, simplemente se quedaron donde estaban mientras algo hambriento se movía detrás de sus ojos muertos, la única señal de que no eran meros cadáveres andantes.

—Sí, estoy bien.

Lara me miró por el rabillo del ojo con expresión de incredulidad.

—Impresionante. ¿*Pax*, entonces?

Alcé la barbilla para asentir.

—¿Veinticuatro horas?

—Hecho.

—Guay.

—¡Qué caras! —gritó Inari—. ¡Qué caras! Dios mío, ¿qué son?

Miré sorprendido a la joven aterrorizada y luego a Lara.

—¿No lo sabe? ¿No le has hablado de estas cosas?

El súcubo se encogió de hombros sin dejar de mirar al vampiro que tenía más cerca y dijo:

—Es la política de mi padre.

—Tienes una familia muy rara, Lara. De verdad. —Recogí del suelo las dos mitades de mi varita mágica. Los grabados y conjuros de la madera eran difíciles, caros y llevaba mucho tiempo hacerlos. En estos años, he tenido que reemplazar una media docena de varitas, y para fabricar una nueva se necesitan por lo menos dos semanas. La chavala me había roto la varita, lo que me cabreaba un montón, pero el chute de energía vital que me recorría todo el cuerpo me hizo ver el lado positivo: ahora tenía dos manejables estacas de madera con los extremos puntiagudos. Me coloqué entre Inari y el vampiro más cercano y le pasé una de las mitades de la varita.

—Toma —dije—. Si ves la oportunidad, haz como Buffy.

Inari me miró aterrorizada.

—¿Qué? ¿Estás de coña?

—Hazlo —dijo Lara. Su voz sonó como si estuviera forjada en hierro—. No preguntes, Inari.

El acero en la voz del súcubo dejó galvanizada a la joven. Cogió el palo de madera sin dudar aunque su expresión de terror no cambió.

Sobre nuestras cabezas, la energía oscura de la maldición giraba y giraba, con una presión intimidatoria y constante sobre mi cabeza. Intenté bloquear todas las distracciones y centrarme en la maldición para descubrir hacia quién iba dirigida esta

vez. Necesitaba saber cuál era su objetivo, no solo por mi investigación, sino también para salir vivo de allí.

Aquella maldición era maligna a varios niveles distintos. Pero dio la casualidad de que en ese momento se me ocurrió un objetivo más constructivo y útil para aquel montón de mal rollo. Saqué mi pentáculo de plata y puse palabras a una duda inquietante.

—¿Por qué se han quedado ahí parados?

—Se están comunicando con su señor —dijo Lara.

—Detesto que me pongan en espera —dije, mientras enrollaba la cadena de mi pentáculo alrededor del puño—. ¿No deberíamos zurrarles ahora?

—No —dijo Lara cortante—. Siguen alerta. No te muevas. Solo conseguirás que se lancen a por nosotros y el tiempo es nuestro aliado.

Una repentina avalancha de frío casi físico me puso los pelos de la nuca en desbandada. La maldición estaba a punto de aterrizar y aún no sabía sobre quién. Miré hacia arriba con la esperanza de detectar alguna señal.

—Yo no estaría tan segura de eso, señorita Raith.

Uno de los vampiros, el más pequeño de los dos que habían aparecido con Uniorejo, de repente se estremeció. Sus ojos muertos se movieron buscando algo hasta que se posaron sobre mí, y entonces, habló. Cabría pensar que no habría mucha diferencia entre la aspereza de una laringe reseca y muerta y otra, pero sí la había. Esta voz sonó como si no fuera la voz del vampiro cuyos labios se estaban moviendo. Era una voz de alguien mayor. Más viejo, más frío y más perverso, con un toque ligeramente femenino.

—Dresden —dijo la voz—. La mano derecha de Raith. El hijo bastardo de Raith. Y la niña de sus ojos. Esta sí es una buena noche.

—Buenas noches, Mavra —la saludé—. Si no te importa, ¿podrías dejar de jugar a las marionetas con el nosferatu omega e ir al grano? Mañana será un gran día y querría irme pronto a la cama.

—¡Joder, Harry! —dijo una voz entre jadeos. Miré hacia atrás y vi a Thomas en el suelo, con los ojos abiertos. Tenía una pinta horrible y parecía que le costaba verme, pero al menos estaba lúcido—. ¿Estás borracho o qué?

Le guiñé un ojo.

—Es el poder del pensamiento positivo.

El vampiro marioneta siseó con la rabia de Mavra y su voz adquirió un tono tembloroso, contenido y cavernoso.

—Esta noche saldaremos muchas cuentas pendientes. A por ellos, mis niños. Matadlos a todos.

Y entonces pasaron muchas cosas.

Los vampiros pasaron al ataque. Uniorejo se abalanzó sobre Lara. La marioneta

fue a por mí, y el tercero a por Inari. Todo ocurrió muy rápido. Mi atacante quizá fuera nuevo en el oficio y algo patoso, pero se movía a tal velocidad que mis ojos apenas lograban registrar sus movimientos. Sin embargo, mi cuerpo aún estaba achispado con la inyección de energía positiva y reaccioné a su ataque como si fueran los primeros pasos de un baile que conocía de sobra. Me eché a un lado cuando se lanzó sobre mí y le clavé la mitad de mi varita en la espalda, a lo Buffy.

Quizá en la tele funcione mejor. La madera hirió al vampiro, pero no llegó a atravesar su chaqueta, así que mucho menos el corazón. Pero de alguna manera conseguí desequilibrarlo y que pasara por mi lado dando tumbos. A lo mejor incluso le hice daño de verdad, porque la criatura dejó escapar un terrible y estridente chillido de rabia y sorpresa.

Inari gritó y agitó su estaca, pero su interpretación de Buffy no le estaba saliendo mucho mejor que a mí. El vampiro la cogió por el brazo, le retorció la muñeca y le fracturó los huesos con un crujido sordo. Inari gritó y cayó de rodillas. El vampiro la tumbó y se inclinó sobre ella con la mandíbula desencajada, mostrando los dientes (no colmillos, me fijé, solo los dientes amarillentos de un cadáver), dispuesto a desgarrarle la garganta y bañarse en su sangre.

Y por si eso fuera poco, la maldición de repente se aglutinó con un aullido y tomó forma en la noche para poner fin a la vida de Inari.

No había tiempo que perder. Me concentré en el vampiro, me eché hacia atrás, imaginé que había una lata de cerveza a unos centímetros de su boca y le di una patada en la barbilla con el tacón. Aquello ya no era un combate entre la fuerza normalita de Harry y la superfuerza de un muerto viviente. Conseguí alcanzarlo de lleno y, aunque el vampiro fuera capaz de echar abajo una pared de ladrillo, su peso corporal era el de un cadáver reseco... Además, carecía de la experiencia suficiente para adelantarse a mi ataque. Le di bien, con fuerza. Después todo quedó en manos de la física y cayó hacia atrás con un grito de sorpresa.

Cogí a Inari por el brazo derecho con mi mano izquierda. La energía sale del cuerpo por el lado derecho. El izquierdo la absorbe. Proyecté mis sentidos y percibí la energía oscura de la maldición precipitándose sobre Inari. Esta la alcanzó un segundo después, pero yo ya estaba preparado y, con un esfuerzo de voluntad, atrapé la fuerza negativa de la maldición que se cernía sobre ella antes de que le hiciera daño alguno.

Sentí una punzada de dolor en la mano izquierda. Era una energía fría, pero no como el frescor ligero de las montañas, sino más bien viscosa y nauseabunda, como algo que hubiera salido arrastrándose de las profundidades de un enorme océano subterráneo. En aquel instante en el que establecí contacto, la cabeza me explotó de terror. Había algo en aquel flujo de energía, en aquella magia negra, que estaba mal. Intrínseca, horrorosa e intensamente mal.

Desde que empecé a ejercer como mago, siempre había pensado que la magia era

una energía neutra que emanaba de la vida; algo así como la electricidad, el gas natural o el uranio. Y aunque sus orígenes fueran positivos, era su aplicación la que la convertía en buena o mala. No creía que existiera una genuina y verdadera magia negra, maligna y diabólica.

Pues estaba equivocado.

Puede que mi magia funcionara de esa manera, pero aquella energía era algo totalmente diferente. Solo tenía un propósito: destruir. Causar horror, dolor y muerte. Sentí como entró retorciéndose en mí al contacto con Inari, y me dolió tanto, que no podría encontrar una palabra específica, ni siquiera una idea, que lo describiera. Me desgarró por dentro como si hubiera encontrado un punto débil en mis defensas y se hubiera puesto a escarbar para abrir una grieta mayor, en su intento por hacerse camino.

Yo me resistí. La lucha duró solo un instante, pero todavía fue más doloroso enfrentarme a la oscuridad, obligarla a pasar a través de mí y dejarla salir de nuevo. Gané la batalla. Pero sentí, con un terror repentino, que aquello me había arrebatado algo; el simple contacto con esa energía oscura me había dejado alguna señal. Ahora estaba marcado.

O quizá me hubiera cambiado.

Me oí gritar, no de miedo ni de rabia, sino de dolor extremo. Alcé la mano derecha y la magia negra salió como un torrente invisible, lanzándose contra el vampiro que se estaba incorporando y se preparaba para atacarme de nuevo. La expresión del vampiro no cambió, y entonces supe que no había sentido la presencia de la maldición.

De ahí su sorpresa cuando algo le cayó desde arriba, demasiado rápido para verlo. Se produjo un sonido de impacto, un grito ronco y seco, y el vampiro se desplomó.

Se quedó tumbado en el suelo como una mariposa pinchada en un corcho, agitando las piernas y los brazos inútilmente. Tenía el pecho y la clavícula hundidos...

Por obra y gracia de un pavo congelado. Yo diría que de unos nueve kilos.

El pavo desplumado debió de caer de algún avión, sin duda por intervención de la maldición. Cuando por fin llegó al suelo, ya había alcanzado su velocidad máxima y seguía duro como una piedra. Sus patas sobresalían del pecho aplastado del vampiro, con los extremos manchados de una sustancia de color rojo.

El vampiro jadeó y se retorció un poco más.

En ese momento, saltó la chincheta roja que indicaba que el pavo estaba hecho.

Todos nos quedamos paralizados, mirando perplejos aquello durante unos segundos. Porque, no me jodas, había caído muerto por un misil de pavo congelado. Incluso según los estándares de las criaturas casi inmortales de la noche, aquello no era algo que se viera todos los días.

—Y en el próximo truco —dije entre jadeos ante el silencio asombrado de los demás—, haré que caigan yunques.

Tras lo cual seguimos con la pelea.

Inari, que estaba de rodillas en el suelo, gritó de dolor. Lara Raith cogió la pistolita de Thomas, disparó a Uniorejo y del cañón salieron lenguas de fuego. Le apuntaba a las piernas. Yo me dispuse a ayudarla, pero ya había probado suerte en otros combates parecidos con los vampiros de la Corte Negra y era complicado sorprenderlos.

El vampiro al que había esquivado en los primeros segundos de la pelea, me atizó en los hombros con un brazo. El golpe fue abierto y poco hábil, pero increíblemente potente. Conseguí acompañarlo un poco con el cuerpo, pero aun así me envió directo al suelo y me dejó sin aliento. Sentí como se me clavaban las piedrecitas de grava en una docena de lugares distintos, pero el dolor no me detuvo. Por el momento. De todas formas, tardé un segundo en poner mi cuerpo de nuevo en marcha.

El vampiro pasó por encima de mí y se acercó a Inari, que aún estaba en el suelo. Con un simple y brutal movimiento, la cogió del pelo, le empujó la cara contra el suelo del aparcamiento y le descubrió la nuca. Luego se inclinó sobre ella.

Thomas gritó:

—¡Apártate de ella! —Se arrastró con la ayuda de la pierna buena y un brazo, y con la otra mano cogió el tobillo del vampiro. Tiró de él y la criatura cayó al suelo, pero en seguida se retorció como una serpiente artrítica para plantarle cara.

Thomas le hizo frente, mano a mano, sin trucos ni argucias. El muerto viviente cogió a Thomas por la garganta con una mano e intentó arrancarle la cabeza. Pero el vampiro blanco se escabulló sinuosamente del poder de la criatura y rodó por el suelo un par de veces. Thomas agarró aquella cosa por las muñecas e intentó apartarle las manos de su cuello.

Y entonces fue cuando cambió.

No fue nada espectacular como pasa con los vampiros de la Corte Roja, cuyas formas demoníacas se revuelven bajo una máscara de carne humana de apariencia normal. Fue algo mucho más sutil. A su alrededor se produjo un remolino de un viento frío, sus rasgos se alargaron y todo su rostro cambió: sus pómulos se marcaron, sus ojos se hundieron, su rostro se endureció. Su piel adquirió un brillo, un lustre casi luminiscente, como una perla bajo la luz de la luna. Y los ojos también se transformaron. Sus iris adoptaron un tono gris plata, y luego pasaron a teñirse por completo de blanco.

Soltó un par de tacos mientras luchaba y su voz también sonó diferente; de nuevo el cambio era sutil. Me pareció más feroz, más maligna, y su tono no era humano. Thomas, a pesar de sus graves heridas, le estaba plantando cara a una máquina de matar de la Corte Negra en un concurso de fuerza bruta y estaba ganando. Consiguió

zafarse de entre sus manos, giró para sacar su pierna buena de debajo del vampiro y, con la fuerza de ambos brazos, lo lanzó contra la pared de ladrillo del edificio más cercano.

Los ladrillos se rompieron y pequeños fragmentos salieron despedidos en una nube de punzante metralla. El vampiro cayó al suelo atontado por un momento. Pero, un segundo después, se recuperó y se puso de nuevo en pie. Thomas intentó incorporarse con mucho esfuerzo para seguir con la pelea, pero parecía que el combustible que había propulsado su metamorfosis y le había dado fuerza se había agotado.

Se desplomó, incapaz de mantenerse en pie, con el rostro vacío de toda expresión. Su mirada blanca se desenfocó y quedó inmóvil.

A Lara Raith no le estaba yendo mal. El viento hacía que su escueto vestido de seda se le pegara al cuerpo, así que toda ella era seda negra y piel pálida, lo que iba de maravilla con la pistola. Uniorejo había caído de costado. De las heridas de bala de sus muslos y rodillas sobresalían astillas de hueso reseco. Intentó incorporarse, pero Lara le disparó al brazo en el que se estaba apoyando. El codo de Uniorejo explotó en una nube de jirones de ropa, carne putrefacta y trocitos de hueso, y la criatura cayó de nuevo al suelo.

Lara le disparó al ojo izquierdo. El olor era cada vez más nauseabundo. Lara apuntó al otro ojo.

—Esto no me matará —gruñó la criatura.

—No hace falta —respondió Lara—. Solo quiero ganar tiempo.

—Iré a por ti en unas horas —dijo Uniorejo, ahora también Uniojo.

—Búscame en un lugar soleado —respondió—. *Au revoir*, guapo.

El martillo del arma bajó, pero no se oyó disparo alguno.

Lara tuvo tiempo de mirar, atónita, la pistola. Después, el vampiro al que Thomas había dejado medio inconsciente atacó a Lara por detrás. La criatura se movió con gran rapidez aunque su figura no quedó distorsionada por la velocidad. Intenté avisarla, pero de mi garganta salió una especie de graznido.

Lara miró hacia atrás de reojo, dispuesta para la acción, pero mi aviso llegó demasiado tarde. El vampiro la cogió por su oscura melena y la zarandeó. Después la golpeó con un amplio movimiento de su brazo y literalmente la sacó de sus zapatos de tacón alto. Salió volando hacia la pared más cercana, dio media vuelta en el aire y chocó con fuerza contra el muro. Lara perdió el arma y se desplomó. En sus ojos abiertos como platos había miedo, en su rostro, confusión. Tenía un corte en la mejilla, en la comisura de la boca y en la frente. De las heridas manaba una sangre extraña, espesa y de un rojo pálido.

El vampiro se estremeció, saltó a por ella y aterrizó a cuatro patas. Fue un movimiento grácil, pero extraño, más arácnido que felino. El muerto viviente se

acercó a ella, la cogió por la garganta y le empotró la espalda contra la pared. Luego sacó una lengua larga y reseca, y comenzó a chupar su sangre mientras siseaba de placer.

Uniorejo también avanzó hacia ella con un movimiento ondulante de todo su cuerpo y la ayuda de su brazo sano.

—La segunda al mando de la Casa Raith —dijo el vampiro con voz ronca—. Y el blanco que nos traicionó. Ahora los dos sois míos.

Lara intentó apartar al vampiro que le estaba lamiendo la sangre, pero no era lo bastante fuerte y aún parecía aturdida por el golpe.

—Aléjate de mí.

—Es mía —dijo Uniorejo y le apartó el pelo de la garganta. El otro vampiro la cogió de las manos y las sujetó contra la pared, por encima de su cabeza.

Uniorejo le pasó la lengua por la boca y se estremeció.

—Yo te enseñaré cómo es un vampiro de verdad. Pronto lo verás todo de otra manera. Y seguirás igual de guapa. Al menos durante un tiempo. Contigo voy a disfrutar.

Lara se revolvió, pero el velo de confusión que había en sus ojos no se había disipado y sus movimientos eran torpes, como si estuviera en un sueño. Su rostro se transformó en una mueca de terror al ver que los dos vampiros se inclinaban sobre ella mostrándole sus dientes medio podridos. La mordieron, y ella arqueó la espalda de miedo y dolor. Por debajo de los gritos de Lara, oí como los vampiros sorbían su sangre.

Justo el momento que había estado esperando. Cuando vi como la mordían, reuní fuerzas lo más silenciosamente posible, recorrí los últimos metros con unas cuantas zancadas dignas de un combate de esgrima y clavé con todas mis fuerzas los quince centímetros de tacón de uno de los zapatos de Lara entre los omóplatos del vampiro que aún estaba ileso. Apliqué la fuerza de mi brazo y todo el peso de mi cuerpo. Fue un golpe seco y limpio, de modo que el tacón penetró por la espalda, a la izquierda de la columna vertebral, y fue directo al corazón marchito de la criatura.

No obtuve la respuesta que más me habría gustado. El vampiro no se desintegró ni explotó en una nube de polvo, sino que comenzó a convulsionar con un repentino aullido. Su cuerpo parecía presa del mismo tipo de espasmos que sufrió el vampiro con el pavo incrustado en el pecho. Se tambaleó y cayó al suelo con su rostro de cadáver contorsionado en una mueca de sorpresa y dolor desesperado.

Uniorejo reaccionó con lentitud. Cuando logró apartar su boca de la destrozada curva del pecho izquierdo de Lara, yo ya había sacado el pentáculo de mi madre y me estaba concentrando en él.

Algunos dicen que el poder de la fe no es más que otro aspecto de la magia. Otros en cambio creen que se trata de una fuerza muy distinta, que no tiene nada que ver

con la energía vital que uno siente a su alrededor. La verdad es que la reacción de algunos entes sobrenaturales ante la fe es diferente de la que suele provocar la magia, así que quizá no tuvieran nada que ver.

Pero eso en aquel momento daba igual. Lo que sostenía ante el rostro del vampiro no era un crucifijo, sino el símbolo de mi fe. La estrella de cinco puntas del pentáculo representaba las cinco fuerzas del universo; aire, fuego, agua, tierra y energía espiritual, unidas bajo un patrón de orden y vida dentro del círculo del pensamiento humano: la voluntad. Creía en la magia como una fuerza de vida, algo bueno, pensado para proteger y conservar. Creía que aquellos que la conocían tenían la responsabilidad de usar ese poder para los propósitos para los que fue creada, y esa creencia bastó para invocar el inmenso poder de la fe y dirigirlo contra Uniorejo.

El pentáculo se iluminó con una luz argentada y azul, de un resplandor tan potente como el de una bengala. La arrugada piel del rostro de Uniorejo comenzó a desprenderse y el líquido espeso que salía de la cuenca vacía de su ojo se prendió con un fuego plateado. El vampiro gritó y se apartó de aquella luz brillante. Si le hubiesen quedado más compinches, se habrían lanzado a por mí desde direcciones opuestas para que la brillante luz del pentáculo solo hiriera a uno. Pero estaba solo y perseguí a Uniorejo con el pentáculo en alto, totalmente concentrado.

Uniorejo tropezó con el vampiro del pavo incrustado en el pecho que aún convulsionaba, y la criatura, quizá más joven o más vulnerable que su líder, simplemente ardió en cuanto la luz del pentáculo lo alumbró. Tuve que dar un paso atrás ante aquella explosión de calor. Las llamas consumieron al vampiro hasta que no quedó nada.

Cuando mis ojos se acostumbraron de nuevo a la oscuridad del aparcamiento, Uniorejo había desaparecido. Me volví y pude ver a una Lara Raith transformada. Estaba sentada a horcajadas sobre el vampiro al que herí con su zapato. Sus ojos brillaban con reflejos plateados y su piel relucía como la de Thomas. Le lanzó varios golpes a la cabeza: con los primeros le hundió la cara, con los siguientes le perforó el cráneo con un nauseabundo ruido de chapoteo. No se detuvo; continuó atizándolo mientras gritaba con todas sus fuerzas hasta que dejó la cara y se concentró en el cuello, que acabó convirtiéndose en un amasijo de carne informe.

Después le arrancó la cabeza y lo mató.

Se levantó lentamente, con los ojos blancos, distantes e inhumanos. Su pálida piel estaba salpicada de gotas de líquido negro, marrón y verde oscuro que se mezclaba con la sangre rosa de sus heridas. Ya no llevaba el pelo recogido, sino que se derramaba en torno a su cabeza como una maraña salvaje. Daba un miedo de muerte, pero también resultaba increíblemente sexi.

El súcubo volvió su rabiosa mirada hacia mí y comenzó a acercarse lentamente. Dejé que la luz de mi pentáculo se apagase. De poco me serviría contra Lara.

—Hicimos un trato —dije. Mi voz sonó dura, fría, aunque no era esa mi intención—. No me obligues a acabar contigo.

Se detuvo en seco. En su rostro me pareció ver duda y miedo; además parecía mucho más baja sin esos taconazos tan sexis. Se estremeció, apretó los brazos contra el estómago y cerró los ojos por un momento. Su piel dejó de brillar, sus rasgos se hicieron más humanos, aunque no menos seductores.

—Mi familia —señaló—. Tengo que sacarlos de aquí. El trato sigue en pie. ¿Me ayudarás?

Miré a Inari, tirada en el suelo y paralizada por el dolor. Thomas no se movía. Quizá estuviera muerto.

Lara respiró hondo y se explicó:

—Señor Dresden, no los puedo proteger. Necesito que me ayude a llevarlos a un lugar seguro. Por favor.

Las últimas palabras seguro que le costaron bastante. Sin embargo, fui incapaz de acceder a su petición por puro acto reflejo. *Es una idea muy mala, Harry*, me dije. Me olvidé de la dichosa caballerosidad de pringado y miré furioso a Lara.

Estaba de pie frente a mí, con la orgullosa barbilla alzada. Sus heridas parecían graves y tenían que dolerle mucho, pero no permitió que se notara. Salvo cuando por un momento miró a Thomas y a Inari, y sus ojos de repente brillaron. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas, pero ni siquiera pestañeó.

—¡Joder! —Resoplé cabreado conmigo mismo—. Voy a por el coche.

Capítulo 18

Pensé en hablar con Arturo antes de irme, pero al final decidí no hacerlo. Thomas e Inari estaban heridos, y cuanto antes recibieran atención médica mejor. Además, Uniorejo había dejado que sus esbirros se inmolaran para escapar. Y si tenía alguna forma misteriosa de comunicarse con Mavra, o un teléfono móvil, puede que su jefa ya estuviera de camino con refuerzos.

Uniorejo aún era bastante nuevo dentro del mundo de los vampiros, sus dos compinches eran prácticamente unos bebés y aun así, casi acaban con nosotros. Mavra estaba a otro nivel. Llevaba siglos matando. Los humanos llevaron a la Corte Negra al borde de la extinción, pero sobrevivieron algunos vampiros, los más listos, fuertes y letales. Uniorejo era bastante peligroso, pero si Mavra nos sorprendía, acabaría con nosotros.

Corrí a por el Escarabajo azul que había dejado aparcado cerca del estudio de Arturo. No tardé mucho, estaba a solo un par de manzanas de allí. Entré en el edificio, solo me vio un par de personas a las que ignoré al cruzar las puertas del estudio. Cogí mi mochila, al cachorro dormido, mi abrigo, y rebusqué en los bolsillos hasta que encontré las llaves. Me lo llevé todo y salí hacia el coche.

Obligué al Escarabajo a volver a la vida y desdibujé las líneas de gravilla con toda la velocidad que su pequeño motor podía alcanzar. El único faro del Escarabajo alumbró a Lara, que llevaba a Thomas sobre los hombros, estilo bombero. Se había quitado el vestidito negro y había hecho con él un improvisado cabestrillo para Inari, que avanzaba dando tumbos detrás de su hermana mayor.

Abrí las puertas, la ayudé a bajar a Thomas y a dejarlo en la parte de atrás del Escarabajo. Lara se quedó mirando por un momento el interior de mi coche. No parecía que le gustara su estilo minimalista y parcheado.

—No hay asiento atrás —observó.

—Por eso he puesto la manta —contesté—. Sube. ¿Cómo está?

—Vivo, de momento —dijo Lara—. Respira, pero no le quedan reservas. Necesitará renovarlas.

Me detuve y la miré.

—Querrás decir que necesita alimentarse de alguien.

Sus ojos se volvieron hacia Inari, pero la chica estaba muy ocupada procurando mantenerse en posición vertical a pesar del dolor, y probablemente no habría oído ni el despegue de un transbordador espacial. De todas formas Lara bajó la voz.

—Sí, y a fondo.

—Maldita sea —rezongué. Abrí la puerta a Inari y la ayudé a sentarse en el asiento del acompañante, le abroché el cinturón y dejé al cachorro en su regazo. Ella lo agarró con el brazo sano, entre sollozos.

Saqué al Escarabajo del polígono industrial a toda pastilla. Tras unos primeros momentos de conducción temeraria, comencé a relajarme. Me mantuve alerta, pero no percibí que nos siguiera nadie. Puse en práctica algunos trucos para perder a un posible perseguidor, por si las moscas, y por fin pude hablar.

—Os llevaré a mi casa —le dije a Lara.

—¿No pensarás que el sótano de una antigua pensión es un escondite seguro?

—¿Cómo sabes dónde vivo? —pregunté.

—Oí el informe de la Corte sobre la vulnerabilidad de tu casa —contestó mientras descartaba la idea con un despreocupado movimiento de mano.

La sola idea de que alguien hubiera evaluado la seguridad de mi apartamento me parecía aterradora. Pero preferí ocultar mis sentimientos.

—Pues a mí me ha mantenido con vida hasta la fecha. En cuanto llegemos, nos protegeremos tras mis potentes defensas. No podremos salir, pero estaremos seguros hasta el amanecer.

—Como quieras, pero si no se alimenta, Thomas morirá dentro de una hora.

Solté un taco.

—Además, Mavra sabe dónde vives, Dresden. Seguro que ya tendrá a alguien emboscado cerca de tu apartamento.

—Cierto —admití—. ¿Pues adónde vamos entonces?

—A la casa de mi familia.

—¿Vivís todos en Chicago?

—Claro que no —dijo Lara con voz cansada—. Pero tenemos casas en varias ciudades de todo el mundo. Thomas lleva unos dos o tres años residiendo con cierta regularidad en Chicago, entre vacaciones y vacaciones. Justine está en la casa, esperándolo.

—A Inari tiene que verla un médico.

—Tengo uno —dijo. Luego añadió—: En la reserva.

La miré por el retrovisor durante un momento (aquel espejo jamás había reflejado nada tan bonito) y luego me encogí de hombros.

—¿Por dónde se va?

—Está al norte, junto al lago —me indicó—. Lo siento, no sé los nombres de las calles. Gira a la derecha en el siguiente semáforo.

Lara me fue indicando y yo seguí sus instrucciones sin olvidar que aquello no debería convertirse en una costumbre. Tardamos más de media hora en llegar a una de esas lujosas urbanizaciones que suelen surgir junto a cualquier masa de agua de mediana extensión. He visto construcciones parecidas durante el curso de mis investigaciones, pero la zona a la que me llevó Lara era más elegante y suntuosa que cualquiera de las que había visto nunca.

La casa frente a la que nos detuvimos tenía varias alas, varias plantas y un par de

torreones. Debía de haber costado varios centenares de millones y habría quedado fenomenal como cuartel general del malo en una peli de James Bond. La mansión estaba rodeada de viejos árboles y el cuidado jardín tenía el aspecto de un idílico bosque de colinas verdes y setos de hermosas formas, adornados con enredaderas y hojas otoñales. Había pequeños espacios de luz aquí y allí, rodeados de su propia nube de niebla vespertina.

Avanzamos por aquel pequeño Sherwood durante casi un kilómetro y yo empecé a ponerme nervioso. Si algo intentaba matarme, estaría demasiado lejos de la carretera para buscar ayuda. O para pedirla a gritos. Agité la mano para escuchar el tintineo de los escuditos de plata de mi brazalete y me aseguré de que estuviera listo para entrar en acción en cualquier momento.

Vi por el espejo retrovisor como los pálidos ojos grises de Lara me observaban antes de decir:

—Dresden, tú y mi hermano no tenéis nada que temer de mí esta noche. Respetaré nuestro trato y disfrutaréis del derecho de invitados mientras estéis en la casa de mi familia. Lo juro.

Fruncí el ceño y no me atreví a mirarla a los ojos, ni siquiera a través del espejo. No hacía falta. Había algo en su voz que pude reconocer. Lo llamo el anillo de la verdad.

La única ventaja de vértelas con enemigos sobrenaturales es que todos aceptan y respetan el código de honor del Viejo Mundo. Un juramento y las obligaciones que conlleva la hospitalidad son más coercitivos que la amenaza de la fuerza bruta. Lo que Lara me había ofrecido significaba que no solo no intentaría hacerme daño, sino que además estaría obligada a protegerme en caso de que alguien me atacara. Si no cumplía con su deber como anfitriona, incurriría en un terrible desprestigio una vez que se corriera la voz.

Pero por lo que sabía, Lara no era la que tomaba las decisiones en la Casa Raith. Si alguien por encima de ella en la cadena alimenticia familiar, por ejemplo, papi Raith, pensaba que podría salirse con la suya sin que nadie se enterara, quizá decidiera sustraerme de la vieja ecuación de la vida. Era un riesgo real, y no me apetecía correrlo.

El último vampiro que me ofreció su hospitalidad fue una tal Bianca y me drogó, casi me mató, me manipuló para que comenzara una guerra (que después me obligó a aceptar un caso peligrosísimo que me ofreció la reina de las hadas), e intentó convertirme en la comida de su adquisición vampírica más reciente, mi ex novia Susan. No había razón para creer que Lara no fuera capaz de traicionarme de la misma manera.

Desgraciadamente, no se podía decir que tuviera muchas más opciones. No tenía ni idea de cómo ayudar a Thomas y mi apartamento era el único lugar de la ciudad

donde yo estaría a salvo. Si me largaba de allí, era probable que Thomas no sobreviviera. Lo único que tenía era la intuición de que Lara respetaría nuestro acuerdo. Dos segundos después de que terminara la tregua, remataría lo que había empezado, seguro, pero mientras tanto, estaríamos bien.

Una vocecita paranoica dentro de mí me recordó que Lara tiene la capacidad de mostrar mayor o menor sinceridad, y que eso debería mantenerme alerta. Su aspecto casi humano era lo que convertía a los vampiros de la Corte Blanca en seres tan peligrosos. Jamás se me ocurrió pensar que quizá Bianca fuera una buena persona debajo de aquel monstruo sediento de sangre. Sabía que no era humana y jamás bajé la guardia durante todo el tiempo que traté con ella.

Con Lara ocurría como con Thomas, no tenía la sensación de estar ante una criatura sobrenatural. Pero debía tener siempre en mente que estaban cortados por el mismo patrón. Eran seres mentirosos. Tenía que ser paranoico, que en este caso podría equipararse a ser listo. No podía permitirme el lujo de confiar en Lara si quería evitar la secuela del clásico «Harry casi muere por ser un panoli caballeroso».

Me prometí a mí mismo que a la más mínima sospecha saldría de aquella casa a través de la pared más cercana, incinerando antes y preguntando después. No sería la huida más sutil del mundo, pero seguro que los Raith podían pagar los desperfectos. Me pregunté si los vampiros tendrían problemas en conseguir un seguro multirriesgo del hogar.

Conduje el Escarabajo hasta la curva de la entrada del Château Raith. El motor vibró, tosió y finalmente murió antes de que yo lo apagara. Ante nosotros aparecieron dos gárgolas de piedra con pinta de malvadas, de algo más de un metro de altura, y tras ellas un camino que se adentraba en una roaleda donde la tierra estaba cubierta por gravilla de color blanco inmaculado.

Los rosales eran viejos, algunos tenían unos troncos tan gruesos como mi pulgar. Sus ramas formaban una maraña por todo el jardín y alrededor de las patas de las gárgolas. La iluminación era suave, en tonos azules y verdosos, y hacía que las rosas parecieran negras. Alrededor de las ramas crecían gruesas hojas, pero también pude ver los puntiagudos extremos de unas espinas más grandes de lo normal. Su ligero y embriagador perfume impregnaba el aire.

—Ayuda a Inari —me indicó Lara—. Yo me encargo de Thomas.

—Como fuiste tú quien le disparó, creo que será mejor que yo lleve a Thomas —aduje—. Tú ayuda a Inari.

Apretó ligeramente los labios, pero asintió con la cabeza.

—Como quieras.

Pues claro que como yo quiera.

Lara se inclinó para sacar a Inari del coche, pero antes de que pudiera tocar a la chica, el cachorro de la oreja mellada se despertó de golpe y comenzó a ladrar y

gruñir con furia chillona. Lara apartó la mano y frunció el ceño ante aquella contrariedad.

—¿Qué le pasa a tu animal?

Suspiré, me puse el abrigo de cuero y rodeé el coche hasta el asiento del acompañante.

—Que no es mío. —Cogí al psicópata en miniatura y lo metí en uno de mis bolsillos. Se revolvió allí dentro durante un minuto y luego consiguió asomar la cabeza. El cachorro miró a Lara fijamente sin dejar de gruñir—. Ya está. Ahora la bestia no puede hacerte daño.

Lara me lanzó una mirada de perdonavidas y ayudó a Inari a ponerse en pie. Después me echó una mano para sacar a Thomas del coche con el mayor cuidado posible. Su cuerpo estaba laxo y frío, sus ojos completamente blancos, pero pude escuchar su trabajosa respiración. Como no conocía la gravedad de las heridas de su torso, no me quise arriesgar a llevarlo bocabajo sobre mis hombros, así que coloqué un brazo debajo de sus omóplatos, el otro bajo sus muslos y lo alcé como si fuera un bebé. Pesaba bastante. Los hombros comenzaron a dolerme y los oídos a pitar con un tono sordo y agudo.

Me sentí mareado por unos instantes, pero me libré de esa sensación con un esfuerzo de voluntad. No podía mostrar ninguna debilidad en aquel momento.

Seguí a Lara y a Inari por el camino hasta la casa. Lara pulsó un botón en un pequeño panel de plástico junto a la puerta y pronunció en voz alta:

—Lara Raith. —Se produjo un pesado y metálico *clic-clac* y una de las puertas se abrió lentamente.

Justo entonces las luces de otro coche nos iluminaron. Una limusina blanca apareció junto al Escarabajo azul en la entrada y se detuvo. Un momento después, un coche blanco aparcaba detrás de la limusina.

La limusina la conducía una mujer de más de uno ochenta de altura, vestida con un uniforme gris. Llevaba el pelo hacia atrás, recogido en una trenza, y pintalabios de color rojo oscuro. Un hombre alto y musculoso, con un traje de seda gris salió del lado del acompañante de la limusina. Me pareció ver la funda de una pistola pegada a su costado mientras se colocaba bien la chaqueta. Miró a su alrededor abarcándolo todo: nosotros en la puerta, el camino, el jardín, los árboles, el tejado de la casa... Estaba comprobando posibles líneas de fuego. Era un guardaespaldas.

Al mismo tiempo, otro hombre y otra mujer salieron del coche blanco. Al principio creí que eran las mismas dos personas. Los miré atónito. El hombre era igual al guardaespaldas, pero la segunda mujer llevaba un traje gris muy parecido al del hombre que la acompañaba. Entonces lo comprendí, dos parejas de gemelos idénticos. Los cuatro parecían despiertos, competentes y peligrosos. Se colocaron alrededor de la limusina con silenciosa coordinación, como si lo hubieran hecho ya

un millón de veces.

Entonces, la conductora abrió la puerta de la limusina.

El ambiente de repente se hizo más frío, como si el Todopoderoso hubiese puesto en marcha el aire acondicionado. Un hombre salió del coche. Medía alrededor de un metro ochenta, tenía el pelo oscuro y la piel pálida. Iba vestido con un traje de lino blanco, camisa de seda gris plata y zapatos de piel italianos. En el lóbulo de su oreja izquierda lucía una piedra preciosa de color rojo que quedó a la vista cuando la brisa apartó los mechones de pelo liso y negro bajo los que se ocultaba. Tenía dedos largos, espaldas anchas, los ojos de un jaguar adormecido y era aún más guapo que Thomas.

A mi lado, Lara se estremeció y la oí susurrar:

—¡Joder, no!

El recién llegado caminó hasta nosotros, muy despacio, con cautela. Los gemelos se colocaron en posición, a su lado y tras él, y entonces se me ocurrió que parecían muñecos; dos ejemplares de Barbie y Ken guardaespaldas. El hombre pálido se detuvo junto a una de las gárgolas y arrancó una rosa de uno de los rosales. Después siguió avanzando, sin ninguna prisa, mientras arrancaba las hojas y las espinas del tallo, una a una.

Cuando estuvo a poco más de un metro se detuvo, y por fin alzó la vista de la flor.

—¡Ah, Lara, cariño! —murmuró. Su voz era profunda, queda y suave como la miel caliente—. Qué agradable sorpresa encontrarte aquí.

El rostro de Lara se transformó en una máscara inexpresiva para ocultar la ansiedad que sin embargo pude sentir por la tensión de su cuerpo. Saludó con una cortés inclinación de cabeza y fijó la mirada en el suelo.

El hombre sonrió. Sus ojos, distantes y extraños, se posaron sobre el resto de nosotros.

—¿Estás bien?

—Sí, mi señor.

El recién llegado frunció los labios.

—No seas tan formal, Larita. Te he echado de menos.

Lara suspiró. Me miró a los ojos por un segundo con expresión de alarma. Luego se acercó al hombre, lo besó en la mejilla sin alzar la vista y susurró:

—Y yo a ti, padre.

¡Joder!

Capítulo 19

Lord Raith miró a Lara de arriba abajo.

—Ese modelito que llevas es muy moderno.

—Hemos tenido una noche movida.

Raith asintió y se acercó a Inari. Le acarició con suavidad el hombro mientras contemplaba el brazo que llevaba en cabestrillo.

—¿Qué te ha ocurrido, hija mía?

Inari lo miró con ojos llenos de dolor y cansancio, y se explayó:

—Nos han asaltado. O algo así. Yo creo que era una banda. ¿Qué iba a ser si no?

Raith no dudó ni un segundo.

—Cierto, claro. —Clavó los ojos en Lara y le recriminó—: ¿Cómo has permitido que le pase esto a tu hermana pequeña?

—Perdóname, padre —dijo Lara.

Raith agitó una mano para quitarle importancia.

—Tiene que verla un médico, Lara. Creo que en los hospitales hay muchos.

—Bruce está aquí —respondió Lara—. Seguro que él se puede encargar.

—¿Qué Bruce?

Habría esperado detectar fastidio en la respuesta de Lara, pero si lo sentía lo supo disimular bien.

—El médico.

—¿Ha venido contigo desde California? Qué casualidad.

Yo ya no tuve más remedio que saltar.

—Bueno, ya está bien. Se acabó la charla. Esta chica está a punto de desmayarse y Thomas se está muriendo. Así que callaos los dos y ayudadlos.

Raith se volvió hacia mí y me miró con ojos asesinos. Su voz sonó tan fría que me hizo comprender los fundamentos físicos de la escala Kelvin.

—A mí no me da órdenes nadie.

Apreté los dientes y dije:

—Callaos los dos y ayudadlos. Por favor.

Y luego dicen que no tengo tacto.

Irritado, Raith agitó una mano en dirección a la brigada sujeta velas. Los barbies y kens guardaespaldas desenfundaron sus pistolas al mismo tiempo y me apuntaron.

—¡No! —dijo Lara colocándose delante de Thomas y de mí—. No puedes.

—¿Ah, no? —se sorprendió Raith. Su voz sonó peligrosamente suave.

—Podrían herir a Thomas.

—Confío en su puntería. No le darán —dijo Raith en un tono que daba a entender que si lo alcanzaban tampoco iba perder el sueño.

—Son mis invitados —repuso Lara.

Raith la miró fijamente durante un momento y luego, en el mismo tono de voz suave preguntó:

—¿Por qué?

—Hemos acordado una tregua de veinticuatro horas mientras nos ayudaba —contestó Lara—. Si no fuera por él, probablemente todos estaríamos muertos.

Raith inclinó la cabeza a un lado. Me miró durante un rato y luego sonrió. En cuestión de sonrisas, Thomas le ganaba de cabeza. La sonrisa de Thomas estaba tan llena de vida que casi la podías sentir. La de lord Raith me recordaba a tiburones y calaveras.

—Supongo que sería una grosería no reconocer que estoy en deuda contigo, joven. Respetaré la tregua, así como la invitación y la hospitalidad de mi hija. Gracias por tu ayuda.

—Vale —contesté—. ¿Podrías callaros de una vez y ayudarlos, por favor? Porfa, porfa, *please*.

—Yo antes admiraba ese tipo de cabezonería monolítica. —Raith volvió a agitar la mano, aunque su mirada seguía siendo igualmente fría. Los matones guardaron las armas. Un hombre y una mujer se acercaron a Inari, y la ayudaron a entrar en la casa—. Lara, lleva al médico a su cuarto, por favor. Suponiendo que todavía tenga la mente lo bastante clara como para atenderla.

Lara inclinó la cabeza una vez más, aunque algo me dijo que no le resultó fácil.

—Os espero a Thomas y a ti en mis aposentos al amanecer para que me informéis de lo que ha sucedido. Y en cuanto a usted, mago Dresden...

El rey de la Corte Blanca me reconoció al momento. Esto se ponía cada vez mejor.

—Lara lo conducirá hasta el cuarto de Thomas. Su chica está allí, imagino. —Y a continuación, lord Raith entró en la casa seguido de su guardia personal.

Según mis cuentas, quedaban dos guardaespaldas disponibles para llevar a Thomas a cuestas, pero gruñí como un tío duro y me propuse hacerlo yo solo. Comenzamos a caminar hacia la casa.

—Un tío muy majo —le comenté a Lara entre jadeos—. Y pensar que me preocupaba conocerlo...

—Ya —murmuró Lara—. La verdad es que se ha mostrado muy amable.

—Pero en sus ojos no había amabilidad —dije.

Lara me miró de nuevo y en su expresión vi algo parecido al respeto.

—Te has dado cuenta.

—Pues sí, a eso me dedico.

Asintió.

—Entonces, por favor, créeme cuando te digo que nosotros nos dedicamos al engaño, mago. A mi padre no le gustas. Sospecho que desea tu muerte.

—Me pasa mucho.

Lara me sonrió y sentí como me invadía otra oleada de lujuria, aunque esta vez no estaba provocada por su hechizo de seducción. Era una mujer lista, dura y muy valiente. Y eso lo tenía que reconocer. Pero además caminaba a mi lado vestida solo con un escasísimo conjunto de lencería negra. La verdad es que la sangre y el icor daban un poco de grima, pero así pude mirarla bien de arriba a abajo.

Subimos por una estrecha escalera en curva y luego recorrimos un largo pasillo. Intenté memorizar cosas concretas para reconocer el camino de vuelta si tenía que salir de allí por piernas. Por un momento no pude ver con claridad, y el pitido de mis oídos aumentó de volumen. Respiré hondo y me apoyé contra la pared.

—Espera —me pidió Lara. Se volvió hacia mí y cogió a Thomas. Y, o era más fuerte que yo o se le daba muy bien fingir que aquello estaba chupado. Probablemente ambas cosas.

Roté un par de veces los hombros doloridos con gran alivio.

—Gracias. ¿Cómo está?

—Las balas no lo van a matar —dijo—. Porque si no, ya habría muerto. El Hambre quizá sí.

Alcé una ceja inquisitiva.

—El Hambre —repitió—. Nuestra necesidad de alimento. El ángel de nuestra naturaleza más oscura. Podemos recurrir a él para que nos proporcione fuerza extra, pero es como el fuego. Se puede volver contra ti si no lo mantienes bajo control. Ahora mismo, Thomas tiene tanta hambre que no puede ni pensar. No se puede mover. Pero en cuanto se alimente, estará bien.

Sentí un cosquilleo en la nuca y miré hacia atrás por el rabillo del ojo.

—La conductora de tu padre nos está siguiendo.

Lara asintió con la cabeza.

—Ella se deshará del cuerpo.

La miré atónito.

—¿No has dicho que se iba a poner bien?

—Él sí —dijo Lara, con tono cuidadosamente neutro—. Justine, no.

—¿Qué?

—Demasiada Hambre —explicó Lara—. No podrá parar.

—Y una mierda —le espeté—. No lo voy a permitir.

—Entonces el que morirá será él —dijo Lara con voz cansada—. Esta es la puerta de su cuarto.

Se detuvo delante y le abrí la puerta sin pensar, como si llevara el piloto automático puesto. Entramos en una habitación bastante grande dominada por una especie de foso. La alfombra que cubría el suelo era de un rojo oscuro y sensual. Había almohadones por todas partes y un brasero humeante en el centro del foso. El

aire era pesado y olía a incienso. Una suave música de *jazz* flotaba sobre nuestras cabezas, procedente de altavoces ocultos a la vista.

Al otro lado de la habitación algo se movió detrás de una cortina que servía para separar esa estancia de otra contigua. Y entonces apareció Justine. Su pelo oscuro y largo estaba adornado con mechones en color azul oscuro y morado. Llevaba un albornoz varias tallas mayor de la suya y parecía que acabara de despertarse. Pestañeó varias veces y nos miró con ojos todavía adormilados. Pero de repente ahogó un grito y se acercó corriendo a nosotros.

—¡Thomas! ¡Dios mío!

Miré hacia atrás disimuladamente. La conductora permanecía fuera, en el pasillo, hablando en voz baja por su teléfono móvil.

Lara llevó a Thomas hasta el foso y lo dejó con cuidado sobre las almohadas y los cojines, Justine no se apartó de su lado. En el rostro de la joven había preocupación.

—¡Harry! ¿Qué le ha pasado?

Lara me miró y dijo.

—Tengo que asegurarme de que están atendiendo a Inari. Así que si me perdonas... —Yo no la perdoné, pero se marchó de la habitación de todas formas.

—Lara le disparó —dije en voz baja—. Y luego unos gorilas de la Corte Negra se nos echaron encima.

—¿Lara?

—No me pareció que la idea le hiciera mucha gracia, pero apretó el gatillo de todas formas. Dice que se ha quedado sin reservas tras la lucha y que morirá si no se alimenta.

Los ojos de Justine se fijaron en la puerta, donde esperaba la conductora y se puso pálida.

—¡Oh! —susurró.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡Oh, no! No, no —gimió—. Mi pobre Thomas.

Di un paso hacia delante.

—No tienes por qué hacerlo.

—Pero si no lo hago, morirá.

—¿Crees que él te lo permitiría?

Le temblaron los labios y cerró los ojos por un momento.

—No lo sé. Pero lo he visto. Sé que hay algo dentro de él que lo desea.

—Y hay otra parte que no —respondí—. Otra parte que quiere que sigas viva y feliz.

Se sentó sobre sus talones junto a Thomas, mirándolo fijamente. Le acarició la mejilla y el vampiro se movió por primera vez desde su enfrentamiento con Uniorejo. Giró la cabeza y besó con suavidad la mano de Justine.

La joven se estremeció.

—Quizá no necesite mucho. Siempre intenta controlarse. No quiere hacerme daño. Quizá consiga parar.

—¿De verdad lo crees?

Justine guardó silencio por un momento y luego añadió:

—No importa. No voy a dejarlo morir cuando sé que puedo ayudarlo.

—¿Por qué no?

Alzó la vista y me miró con ojos tranquilos.

—Lo quiero.

—Eres adicta a él —la corregí.

—Eso también —admitió—. Pero tampoco cambia nada. Lo quiero.

—¿Aunque te acabe matando? —pregunté.

Asintió con la cabeza mientras acariciaba con dulzura la mejilla de Thomas.

—Por supuesto.

Me disponía a refutar su razonamiento cuando, justo en ese momento, el subidón de energía procedente de la hebilla de mi cinturón se desvaneció. Comencé a temblar con violencia. El dolor de mis heridas regresó de golpe. El cansancio cayó sobre mí como una mochila llena de plomo. El cerebro se me hizo papilla.

Luego recuerdo vagamente que Justine me ayudó a mantenerme en pie y me condujo hasta un cuarto profusamente decorado que se escondía tras las cortinas. Me ayudó a recostarme en la cama y se dirigió a mí:

—¿Se lo dirás, verdad? —dijo entre lágrimas—. ¿Le dirás lo que te he dicho? ¿Qué lo amo?

La habitación me daba vueltas, pero le prometí que lo haría.

Me besó en la frente y me sonrió con tristeza.

—Gracias Harry. Siempre nos has ayudado.

Mi visión se convirtió en un túnel gris cada vez más estrecho. Intenté levantarme, pero apenas podía girar la cabeza.

Así que lo único que pude hacer fue contemplar como Justine se quitaba el albornoz y acudía a ayudar a Thomas.

Y a una muerte segura.

Capítulo 20

A veces uno se levanta con una vocecita en la cabeza que le dice que aquel va a ser un día especial. A algunos críos les sucede el día de su cumpleaños, por ejemplo, o la mañana de Navidad. Yo recuerdo perfectamente una de esas navidades. Yo era un chaval y mi padre aún vivía. Lo volví a sentir ocho o nueve años después, la mañana que Justin DuMorne vino a sacarme del orfanato. Lo sentí una vez más, la mañana que DuMorne trajo a Elaine a casa desde no sé qué otro hospicio.

Y ahora la vocecita me estaba diciendo que me levantara, que aquel iba a ser un día especial.

Mi vocecita es una psicópata.

Abrí los ojos y me encontré tumbado en una cama del tamaño de un portaaviones pequeño. La luz entraba por debajo de una cortina, pero era escasa y apenas bastaba para distinguir algunas formas. Tenía una docena de cortes y heridas que me escocían. La garganta me ardía de sed y el estómago me dolía de hambre. Mi ropa estaba manchada de sangre (y de otras cosas peores), la cara me raspaba por la barba incipiente, tenía el pelo tan enredado que parecía que había pasado horas frente al espejo cardándolo, y no quiero ni pensar en cómo debía de oler para cualquiera que entrara en el cuarto. Necesitaba una ducha.

Salí de la cama, me deslicé hasta el otro cuarto, y rodeé el foso y sus almohadas. No vi ningún cadáver, pero bueno, para eso había subido allí la conductora. La pálida luz del amanecer iluminaba el cielo todavía de un azul profundo en una ventana cercana. Había estado sin sentido solo un par de horas. Aun así, era el momento de subir al coche y volver a casa.

Intenté abrir la puerta para salir del cuarto de Thomas, pero estaba cerrada. Eché un vistazo y el cierre estaba asegurado con dos candados y alguna otra clase de cerrojo. Aquello no había forma de abrirlo.

—Vale, pues lo haremos por las malas. —Di un par de pasos hacia atrás, elegí la pared que me pareció la más cercana al exterior y comencé a reunir mi voluntad. Me tomé mi tiempo y me concentré mucho para tener más posibilidades de controlar el hechizo—. Venga, no me falles —murmuré a la pared—. Cuando me enfado me pongo muy feo.

Iba ya a mandarlo todo a hacer puñetas y a volar la pared por los aires cuando oí varios *clics* metálicos, el picaporte se movió, la puerta se abrió y apareció Thomas con el mismo aspecto de siempre, aunque en esta ocasión vestía unos pantalones caqui con un jersey de algodón de cuello alto. Llevaba una chaqueta tres cuartos de cuero marrón sobre los hombros, y una bolsa de deporte en la mano. Se paró en seco en cuanto me vio. Su rostro reflejaba algo que no creí haber visto jamás en él: vergüenza. Bajó los ojos para no encontrarse con los míos.

—Harry —dijo en voz baja—. Siento lo de la puerta. Quería asegurarme de que nadie te molestara mientras dormías.

No dije nada. Pero entonces recordé a Justine. Una ola de ira pura y simple me recorrió el cuerpo.

—Te he traído ropa y toallas. —Thomas me tiró la bolsa de deporte. Aterrizó a mis pies—. Hay un cuarto de invitados dos puertas más allá, en el lado izquierdo. Puedes ducharte allí.

—¿Cómo está Justine? —pregunté. Mis palabras sonaron secas y duras. Thomas permaneció allí parado, sin levantar los ojos del suelo.

Sentí como mis manos se transformaban en puños furiosos y me di cuenta de que estaba a punto de liarme a puñetazos con Thomas.

—Lo que yo creía —dije y pasé a su lado, camino de la puerta—. Ya me ducharé en casa.

—Harry.

Me detuve. Su voz tembló de emoción y dio la impresión de que intentaba hablar con la garganta llena de amargura.

—Quería que supieras que Justine... Intenté parar, yo jamás le habría hecho daño. Nunca.

—Ya —asentí—. Tus intenciones no eran malas, ¿crees que con eso lo arreglas todo?

Cruzó los brazos sobre el estómago, como si tuviera náuseas, y agachó la cabeza. Su largo pelo le ocultó el rostro.

—Yo jamás he fingido ser otra cosa, soy un... un depredador, Harry. Y siempre tuve claro lo que ella era para mí: comida. Tú lo sabías. Ella lo sabía. No he engañado a nadie.

Me vinieron a la cabeza un par de contestaciones llenas de veneno, pero al final simplemente dije:

—Anoche, antes de salvarte la vida, Justine me pidió que te dijera que te quería.

Creo que si le hubiera rajado las tripas con una sierra no le habría hecho más daño. Su respiración se hizo entrecortada y comenzó a temblar. Todavía con la vista fija en el suelo pudo pronunciar:

—No te vayas todavía. Tengo que hablar contigo. Por favor. Están pasando cosas que...

Yo casi había salido, pero me detuve y puse todo el desprecio que pude en mis palabras:

—Pide cita en mi despacho.

Dio un paso tras de mí.

—Dresden, Mavra conoce la existencia de esta casa. Por favor, al menos espera a que amanezca.

En eso tenía razón. Joder. El sol mandaría a los de la Corte Negra de vuelta a sus escondrijos, y aunque contaran con algún cómplice mortal, eso solo implicaba que tendría que enfrentarme a armas y tácticas del montón. Probablemente Arturo aún estaría durmiendo y Murphy estaría vistiéndose o camino del gimnasio. Bob no volvería a casa hasta el último momento, así que tenía que esperar a que amaneciera para hablar con él. Podía matar el tiempo allí mismo.

—Está bien —me conformé.

—¿Te importa si te cuento unas cuantas cosas?

—Sí —le dije—. Me importa.

Entonces se le quebró la voz.

—¡Joder! ¿Acaso crees que yo quería que terminara así?

—Creo que has herido y utilizado a una persona que te quería. A una mujer. Por lo que a mí respecta, no existes. Pareces un ser humano, pero no lo eres. Es un detalle que a veces se me olvida.

—Harry...

La rabia prendió en mí como una pared de llamas rojas detrás de mis ojos. Lancé una mirada de reojo a Thomas que le hizo retroceder.

—Conténtate con eso, Thomas —le atajé—. Tienes suerte de no existir. Es lo único que te mantiene con vida.

Cerré de un portazo la puerta de su cuarto al salir. Abrí de golpe la puerta de la habitación de invitados que me había indicado. Y una vez dentro, volví a cerrar la puerta con otro portazo, lo que por otra parte ya comenzaba a parecerme un poco infantil, y eso a pesar de la rabia que me nublaban el entendimiento. Probé a respirar hondo un par de veces y luego abrí el grifo de la ducha.

Agua caliente. ¡Ah, Dios! No hay palabras para describir lo bien que siento una ducha caliente después de varios años de vivir sin caldera en casa. Me cocí durante un rato y encontré jabón, champú, espuma de afeitar y una maquinilla esperándome en una estantería dentro de la ducha. Mientras me frotaba comencé a calmarme un poco. Pensé que después de un café caliente estaría casi estable de nuevo.

Es de suponer que si lord Raith podía permitirse una casa de aquel tamaño, también se habría hecho con una caldera que estuviera a la altura. Y así era, porque estuve bajo el grifo media hora con el agua todo lo caliente que pude soportar y la temperatura no bajó ni un grado. Cuando salí, el espejo del baño estaba empañado y el aire era tan denso y húmedo que casi costaba respirar. Me sequé bien con la toalla, me la coloqué a la cintura y salí del cuarto de baño a la habitación de invitados. Allí el aire era más frío y seco, lo que hacía que fuera un placer respirarlo.

Abrí la bolsa de deporte que Thomas me había dado. Había unos vaqueros azules que parecían más o menos de mi talla y un par de calcetines de deporte de color gris. Luego encontré algo que al principio me pareció una tienda de campaña, pero que

luego resultó ser una enorme camisa hawaiana con un estampado de flores azules y naranjas.

Miré aquella cosa con escepticismo mientras me ponía los vaqueros. Me estaban bastante bien. Thomas no había incluido ropa interior limpia, pero casi mejor. Prefería ir en plan comando que llevar unos gayumbos que hubieran sobrevivido a su antiguo dueño. Me subí la cremallera de los pantalones con bastante precaución. Había un vestidor cerca con un espejo y me acerqué para peinarme mientras reunía valor para ponerme la camisa.

El reflejo de Inari en el espejo me observaba por la espalda. El corazón se me escapó del pecho, subió a la garganta, atravesó el cerebro y salió por la coronilla.

—¡Joder! —grité.

Me di la vuelta. Llevaba uno de esos camiones tan monos de color rosa con la imagen de Winnie the Pooh por todas partes. En una chica más baja, o más joven, el camisón le habría llegado a medio muslo, pero en Inari apenas le cubría nada. Llevaba el brazo derecho envuelto hasta el codo en una escayola negra. El izquierdo lo tenía pegado al cuerpo y en él descansaba el cachorro de la oreja mellada. Parecía inquieto e infeliz.

—Hola —dijo Inari. Su voz era suave y sus ojos parecían distantes y desenfocados. En mi cabeza se dispararon todas las alarmas—. El perrito se escapó y estuvo merodeando por la casa anoche. Padre me pidió que lo encontrara y te lo devolviera.

—¡Vaya! —dije—. Sí, pues gracias. No te entretengas por mi culpa. Déjalo sobre la cama y ya está.

En lugar de hacer eso, se quedó mirándome fijamente, concretamente el pecho.

—Tienes más músculos de lo que había pensado. Y cicatrices. —Bajó la vista un momento hacia el cachorro. Cuando volvió a mirarme, sus ojos habían adquirido una tonalidad gris pálido, y unos segundos después adoptaron un lustre metálico—. He venido a darte las gracias. Anoche me salvaste la vida.

—De nada —respondí—. ¿Dejas el cachorro en la cama, por favor?

Se inclinó hacia delante y depositó el perrito en la cama. Parecía cansado pero comenzó a gruñir sin apartar la vista de Inari. Después de dejar al animal, comenzó a avanzar lenta y sinuosamente hacia mí.

—No sé qué me pasa contigo. Me pareces fascinante. He estado toda la noche esperando el momento de poder hablarte.

Hice lo que pude para no recrearme en la gracilidad casi felina de sus movimientos. Si me fijaba demasiado, comenzaría a ignorar todo lo demás.

—Jamás había sentido esto antes —prosiguió Inari, casi hablando para sí. Sus ojos permanecían fijos en mi pecho—. Por nadie.

Se acercó lo suficiente para que pudiera oler su perfume, un aroma que hizo que

las rodillas me temblaran por unos momentos. Sus ojos ahora eran de un color plata muy brillante, de una intensidad inhumana, y me estremecí cuando un escalofrío de deseo me recorrió el cuerpo. Fue diferente del que sentí cuando Lara me lanzó su hechizo seductor, pero igualmente potente. Tuve una visión de mí mismo encima de Inari: estábamos tumbados sobre la cama y yo le arrancaba aquel bonito camisón. Pero cerré los ojos e intenté alejar aquella imagen de mí.

Debí de tardar más de lo que creí porque cuando volví a abrirlos, Inari se apretaba contra mí. Tembló y me pasó la lengua por la base del cuello. Casi salgo de un salto de los pantalones prestados. Abrí los ojos como platos, alcé una mano y abrí la boca para protestar, pero Inari puso sus labios sobre los míos y guió mi mano hasta algo desnudo, suave y delicioso. Hubo un segundo de pánico en el que parte de mí se dio cuenta de que las precauciones que había tomado no habían servido de nada. Me habían puesto un cebo y había caído. Pero esa parte enseguida se desvaneció porque la boca de Inari era lo más dulce que había probado jamás. El cachorro siguió gruñendo en señal de aviso, pero no le hice ni caso.

Estábamos en ese punto en el que las respiraciones se hacen más ruidosas cuando Inari separó su boca de la mía, jadeante, con los labios hinchados por los apasionados besos. Sus ojos eran puro fuego blanco y vacío, y su piel comenzaba a adquirir aquella tonalidad perla luminiscente. Intenté pronunciar unas palabras para que se detuviera, pero no pasaron de mis labios dormidos. Me rodeó la pierna con una de las suyas, se apretó contra mí con una fuerza repentina e inhumana, y comenzó a dibujar con la lengua una línea de besos y lametones alrededor de mi garganta. Sentí como el frío se extendía por mi cuerpo, un frío delicioso y dulce que me arrebató el calor y la fuerza sin dejar de sentir placer.

Y entonces ocurrió lo impensable.

Inari dio un grito de pánico y se apartó de mí bruscamente. Cayó al suelo, al otro lado de la habitación de invitados, jadeando como si le faltara el aire. Alzó la cabeza un momento después para mirarme y sus ojos, de nuevo de su color original, eran pura confusión.

Se había quemado la boca. Tenía llagas alrededor de los labios.

—¿Qué? —masculló—. ¿Qué ha pasado, Harry? ¿Qué haces aquí?

—Yo ya me iba —dije. Aún estaba sofocado, como si hubiese estado corriendo un esprín en lugar de besando a una mujer apasionadamente. Me di media vuelta, guardé la ropa sucia en mi mochila y me planté el abrigo. Metí al cachorro en su bolsillo habitual y dije—: Tengo que salir de aquí.

Justo entonces Thomas abrió la puerta de golpe con ojos de loco. Miró a Inari, luego a mí y de nuevo a Inari, y suspiró ruidosamente, intentando relajarse.

—Gracias a Dios. ¿Estáis los dos bien?

—La boca —dijo Inari todavía adormilada y confusa—. Me duele. ¡Thomas!

¿Qué me ha pasado? —Entonces comenzó a hiperventilar—. ¿Qué está pasando? Esas cosas de anoche, y tú estabas herido, y tenías los ojos blancos, Thomas. Yo... ¿Qué...?

Uau. Daba pena verla. He sido testigo de cómo algunas personas perdían la inocencia y descubrían la existencia de lo sobrenatural, pero generalmente no sucedía de forma tan repentina y aterradora. Quiero decir que, joder, la familia de esta chica no era lo que ella creía. Formaban parte de aquella nueva realidad de pesadilla y no la habían preparado para lo que se le venía encima.

—Inari —le habló Thomas, con dulzura—. Tienes que descansar. Apenas has dormido y tu brazo necesita tiempo para curarse. Deberías volver a la cama.

—¿Cómo? —dijo. La voz se le quebró y le tembló como si estuviera llorando, pero de sus ojos no salió ni una lágrima—. ¿Cómo voy a hacer eso? No sé quién eres tú. No sé quién soy yo. Jamás había sentido nada semejante. ¿Qué me está pasando?

Thomas suspiró y la besó en la frente.

—Hablaremos pronto, ¿vale? Te daré algunas respuestas, pero primero tienes que descansar.

Se apoyó contra él y cerró los ojos.

—Me sentía muy vacía, Thomas. Y me duele la boca.

La cogió en brazos como si fuera una niña y la intentó tranquilizar:

—¡*Chss!* Ya nos ocuparemos de eso. Hoy puedes dormir en mi cama si quieres, ¿vale?

—Vale —contestó. Cerró los ojos y descansó su cabeza sobre el hombro de su hermano.

Aún húmedo de la ducha, me quedé lo bastante frío como para hacer de tripas corazón, quitarme el abrigo, y ponerme la camisa hawaiana. Luego me volví a poner el abrigo de cuero, que no conseguía ni de lejos neutralizar el horror de la camisa. Recogí todas mis cosas y me dirigí hacia la puerta. Thomas salía de su habitación y volvió a cerrar con cerrojo tras él.

Lo observé de perfil. Quería a Inari. Eso era evidente. Y lo admitiera o no, también había querido a Justine. Sentí una rabia fría y amarga recorrerme el cuerpo al recordar a Justine, que había arriesgado el pellejo por él en, al menos, otra ocasión y que finalmente le había entregado su vida aquella misma noche. La simple y feroz pasión de mi furia me sorprendió. Y entonces me di cuenta de algo.

Él no quiso que pasara aquello. Thomas quizá había herido o matado a la mujer que amaba, pero la rabia que yo sentía no era solo una reacción a lo que él había hecho. Esta vez era un mero espectador, pero había vivido algo similar cuando la Corte Roja le destrozó la vida a Susan. Yo jamás le habría hecho daño, ni en un millón de años, pero si no hubiese sido mi novia, probablemente aún viviría en Chicago, seguiría escribiendo su columna para el *Midwest Arcarte*, y seguiría siendo

humana.

Por eso sentía esa inquina y esa vergüenza cuando miraba a Thomas. Estaba ante un espejo, y no me gustaba lo que veía.

Entré en una espiral de autodestrucción tras la transformación de Susan. Y por lo que sabía, en aquel momento Thomas debía de estar todavía peor. Al menos yo logré salvar la vida de Susan. La perdí como amante, pero aún era una mujer vital, de fuerte temperamento y decidida a volver a empezar, aunque no conmigo. Thomas no tenía ese consuelo. Él fue quien apretó el gatillo, por así decirlo, y sus remordimientos lo estaban destrozando por dentro.

No debí decirle aquellas cosas. No debí hacer leña del árbol caído.

—Sabía lo que estaba haciendo —le espeté sin más—. Conocía el riesgo. Quería ayudarte.

La boca de Thomas se retorció en una amarga sonrisa.

—Sí.

—En ese momento tú no podías decidir nada, Thomas.

—Pues allí no había nadie más. Si no es responsabilidad mía, ya me dirás de quién.

—¿Tu padre y Lara sabían lo que Justine significaba para ti?

Asintió con la cabeza.

—Fue una trampa —dije—. Podían haber mandado a cualquier otra, pero sabían que Justine estaba aquí. Tu padre ordenó a Lara que te llevara a tu habitación. Y por lo que dijo Lara en el coche de camino aquí, sabía lo que iba a hacer.

Thomas alzó los ojos. Miró su puerta por un momento y luego habló:

—Ya. —Su mano se convirtió en un puño—. Pero ahora eso ya no importa.

En eso llevaba razón.

—Lo que dije antes estuvo mal.

Negó con la cabeza.

—No, tenías razón.

—Tener razón y ser cruel son cosas distintas. Lo siento.

Thomas se encogió de hombros y no hablamos más del tema.

—Tengo cosas que hacer —dije mientras me dirigía hacia el pasillo—. Si quieres hablar, acompáñame hasta la puerta.

—Por ahí no —dijo Thomas en voz baja. Me miró a los ojos por un minuto y luego asintió, liberando algo de la tensión que lo atenazaba—. Ven. Es mejor evitar a los de seguridad y los monitores. Si mi padre ve que te marchas quizá intente matarte otra vez.

Di media vuelta y comencé a caminar junto a Thomas. El cachorro gimió y le rasqué detrás de las orejas.

—¿Cómo que otra vez?

Thomas habló lentamente, con ojos inexpresivos.

—Inari. Te la envió al ver que salías de mis aposentos.

—Si me quiere muerto, ¿por qué no viene él a hacer el trabajo?

—Así no es como funciona la Corte Blanca, Harry. Nosotros engañamos, seducimos, manipulamos. Utilizamos a los demás para nuestros fines.

—Así que tu padre utilizó a Inari.

Thomas asintió con la cabeza.

—Pretendía que tú fueras su primero.

—*Hum*, ¿su primer qué?

—Su primer amante —aclaró Thomas—. Su primera víctima.

Tragué saliva.

—No creo que supiera lo que estaba haciendo —aventuré.

—Y así era. En mi familia, venimos a la vida como cualquier otro bebé. Somos personas. No hay Hambre. No nos alimentamos de nadie. No hacemos cosas de vampiros ni nada de eso.

—No lo sabía.

—Casi nadie lo sabe. Pero al final todo llega, y ella ya está en la edad. El pánico y el trauma han debido de despertar su Hambre. —Se detuvo junto a un panel y lo golpeó con la cadera. El panel se deslizó y desveló un pasadizo tenuemente alumbrado que discurría entre paredes interiores. Thomas entró—. Entre eso, los analgésicos y el cansancio, no sabía lo que estaba haciendo.

—Déjame adivinar —dije—: La primera vez es letal para la víctima.

—Siempre —dijo Thomas.

—Pero es joven y se le puede perdonar que pierda el control bajo esas circunstancias. Así que yo acabo muerto, todos lo consideran un accidente y Raith sale de rositas.

—Sí.

—¿Por qué nadie le ha dicho nada, Thomas? No sabe lo que es. Ni cómo es este mundo.

—Está prohibido —dijo Thomas en voz baja—. No podemos decirle nada. Así es como lo quiere mi padre. Yo tampoco tenía ni idea cuando tenía su edad.

—Pero es una locura —dije.

Thomas se encogió de hombros.

—Si le desobedecemos nos matará.

—¿Qué le pasó en la boca? O sea, *hum*, en esos momentos no pensaba con claridad. No estoy seguro de lo que vi.

Thomas frunció el ceño. Dejamos el pasadizo secreto y aparecimos en una habitación mal iluminada a medio camino entre una madriguera y una biblioteca. Estaba llena de libros, cómodos sofás de piel y olía a tabaco de pipa.

—No es que me interesen tus intimidades —dijo Thomas—, pero ¿quién es la última persona con la que has estado?

—Bueno, contigo, en este paseo.

Puso los ojos en blanco.

—No, hombre. En el sentido bíblico.

—Ya. —La pregunta me hizo sentir incómodo, pero dije—: Susan.

—¡Ah! —dijo Thomas—. Entonces no me extraña.

—¿No te extraña el qué?

Thomas se detuvo. Tenía la mirada ausente, pero hizo un claro esfuerzo por concentrarse en la respuesta.

—Verás, cuando nos alimentamos... mezclamos nuestra vida con la presa. Nos fundimos con ella. Transformamos una porción de su vida en parte de la nuestra y luego nos la llevamos con nosotros. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—No es tan diferente de lo que hacen los humanos —explicó—. El sexo es más que una sensación. Es la unión de la energía de dos vidas. Y es explosiva. Es el proceso por el que se crea vida. Por el que se crean almas nuevas. Piensa en eso. No hay un poder más peligroso y volátil que ese.

Asentí con el ceño fruncido.

—El amor es otra clase de poder, lo que supongo que tampoco te sorprende. La magia procede de las emociones, entre otras cosas. Y cuando dos personas se unen en ese acto tan íntimo, cuando de verdad se aman abiertamente, ese amor los cambia a los dos. Permanece en la energía de sus vidas, incluso cuando no están juntos.

—¿Y?

—Y para nosotros es letal. Los vampiros blancos podemos inspirar lujuria, pero es solo una sombra. Una ilusión. El amor es una fuerza peligrosa. —Negó con la cabeza—. El amor acabó con los dinosaurios, tío.

—Lo que mató a los dinosaurios fue un meteorito, Thomas.

Se encogió de hombros.

—Ahora circula una teoría que dice que cuando el meteorito se estrelló contra la Tierra solo mató a los bichos más grandes. Quedaron muchos reptiles más pequeños, más o menos del mismo tamaño que los mamíferos de la época. Los reptiles deberían haber recuperado su posición de privilegio, pero no lo hicieron porque los mamíferos podían amar. Podían consagrar sus vidas, total y casi irracionalmente a su pareja y sus crías. Eso los hacía más aptos para la supervivencia. Los lagartos no podían hacer eso. El meteorito dio a los mamíferos una oportunidad, pero fue el amor el que cambió las tornas.

—¿Y qué tiene eso que ver con que Inari se quemara?

—¿Es que no me escuchas? El amor es una energía primaria, Harry. Solo tocar

esa clase de poder ya nos hace daño. Nos quema. No podemos tomar ninguna energía que haya sido tocada por el amor. Además merma nuestra habilidad para provocar lujuria. Incluso los símbolos de amor entre dos personas pueden ser peligrosos. Lara tiene una cicatriz circular en la palma de la mano izquierda por coger el anillo de boda equivocado. Mi prima Madeline recogió una rosa que había sido un regalo entre amantes, y las espinas la envenenaron de tal manera que estuvo en cama una semana.

»La última vez que estuviste con alguien, fue con Susan. Os queréis. Su roce, su amor, aún están en ti y te protegen.

—Si eso es cierto, entonces ¿por qué me aprietan los pantalones cada vez que veo a Lara?

Thomas se encogió de hombros.

—Eres humano. Ella es preciosa y hace bastante que no te comes un rosco. Pero te lo aseguro, Harry. Nadie de la Corte Blanca podría controlarte del todo o alimentarse de ti ahora.

Fruncí el ceño.

—Pero de eso hace ya un año.

Thomas negó con la cabeza.

—Si no ha habido nadie más, entonces sigue siendo la impronta más fuerte que otra vida ha dejado en la tuya.

—¿Cómo defines el amor?

—No sabría decirlo, Harry. No lo sé. Solo lo reconozco cuando lo veo.

—¿Pues qué pinta tiene el amor?

—Puedes tenerlo todo en este mundo, pero sin amor, no valdrá una mierda —soltó sin pararse a pensar—. El amor es paciente, es benigno. El amor todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor jamás dejará de existir. Cuando todas las estrellas del cielo se enfríen y el silencio se apodere del universo, solo tres cosas permanecerán: la fe, la esperanza y el amor.

—Y la más importante de estas tres cosas es el amor —apostillé—. Eso es de la Biblia.

—Primera carta a los Corintios, capítulo 13 —confirmó Thomas—. He parafraseado el texto. Padre nos obliga a todos a memorizar ese pasaje. Es como cuando los mortales ponen pegatinas de aviso en los productos de limpieza que guardan debajo del fregadero de la cocina.

Me pareció que tenía sentido.

—¿De qué querías que habláramos?

Thomas abrió la puerta de la biblioteca y entró en una habitación larga y silenciosa. Encendió las luces. Había una alfombra gris sobre el suelo. Las paredes también eran grises y las luces del techo lanzaban su cálida luz sobre una fila de retratos que colgaban de las tres paredes de la habitación.

—Ya hemos llegado. La verdad es que jamás pensé que te vería en una de nuestras casas... ni siquiera en esta, que está tan cerca de Chicago. Quiero enseñarte una cosa —me confió en voz baja.

Lo seguí.

—¿El qué?

—Retratos —dijo Thomas—. Padre siempre pinta retratos de las mujeres que le han dado hijos. Míralos bien.

—¿Qué estoy buscando?

—Tú fíjate.

Lo miré extrañado, pero comencé por la pared de la izquierda. Raith no era malo con el pincel. El primer retrato era de una mujer alta, de aspecto mediterráneo, vestida con ropa que sugería que había vivido en el siglo XVI o XVII. Una placa dorada bajo el cuadro decía «Emilia Alexandria Salazar». Seguí con los demás retratos del cuarto. Para alguien que supuestamente se alimentaba a través del sexo, Raith no parecía ser un padre muy prolífico. Era solo una suposición, pero tenía la impresión de que entre un retrato y el siguiente habrían pasado entre veinte y treinta años. Los trajes iban evolucionando a través de la historia de la moda, acercándose cada vez más al presente.

El siguiente y último retrato era de una mujer con el pelo y los ojos oscuros, y facciones angulosas. No era precisamente guapa, pero desde luego tenía un atractivo un tanto misterioso y peculiar. Estaba sentada sobre un banco de piedra, llevaba una larga falda negra y una camisa de algodón rojo oscuro. Tenía la cabeza inclinada con cierto aire altivo, en los labios una divertida media sonrisa, y los brazos descansaban en el respaldo del banco a cada lado, como si reclamara todo el espacio para sí.

El corazón comenzó a latirme más rápido. Muy rápido. Vi lucecitas de colores. Luché por concentrarme sobre la placa dorada bajo el retrato. En ella había un nombre escrito: Margaret Gwendolyn Lefay.

La reconocí. Solo tenía una foto suya, pero la reconocí.

—Mi madre —susurré.

Thomas negó con la cabeza. Se metió la mano bajo el jersey de cuello alto y sacó una cadena de plata. Me la pasó y vi que de la cadena colgaba un pentáculo de plata muy parecido al mío.

De hecho, era exactamente igual que el mío.

—No es tu madre, Harry —dijo Thomas con voz baja, pero seria.

Lo miré atónito.

—Es nuestra madre —dijo.

Capítulo 21

Lo miré fijamente, con el corazón en la garganta y mi visión comenzó a estrecharse en un túnel gris cuyo centro era Thomas. Se hizo el silencio en la habitación.

—Mientes —dije.

—No.

—No puede ser.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Porque eso es lo que hacéis vosotros, Thomas. Mentís. Utilizáis a la gente y mentís.

—Esta vez no miento.

—Ya, seguro. No tengo tiempo para estas chorradas —y caminé hacia la puerta.

Thomas se interpuso en mi camino.

—No puedes ignorar esto, Harry.

—Aparta.

—Pero somos...

Entonces lo vi todo rojo de la rabia y le di un puñetazo en la cara por segunda vez en seis horas. Cayó al suelo, giró las caderas y con una patada a ras del suelo me barrió las piernas. Caí al suelo y Thomas se puso encima de mí con la idea de inmovilizarme. Yo tenía una pierna debajo del cuerpo y cuando intentó rodearme el cuello con el brazo le pegué un mordisco. Empujé hacia arriba, lo empotré contra la pared y los dos nos caímos. Thomas se puso en pie y se miró la mordedura en el brazo. Yo me apoyé contra la pared, jadeando.

—Es cierto —dijo. No estaba tan sofocado como yo por la breve refriega—. Lo juro.

Se me escapó una carcajada medio histérica y repliqué:

—Espera, creo que esto me suena. Y ahora es cuando dices eso de «Busca en tu corazón, sabes que es cierto».

Thomas se encogió de hombros.

—Querías saber por qué te he ayudado. Por qué me he arriesgado por ti. Ahora ya lo sabes.

—No te creo.

—Ya —dijo Thomas—. También te dije que no me creerías.

Negué con la cabeza.

—Tú mismo lo has dicho: utilizáis a las personas. Creo que me quieres usar para luchar contra tu padre.

—Puede que tengas razón —admitió—, pero no te pedí que ayudaras a Arturo por eso.

—¿Entonces por qué?

—Porque es un hombre decente que no se merece que lo maten y yo solo no podía hacer nada.

Pensé en eso durante unos momentos y luego dije:

—Pero eso no es todo.

—¿Qué quieres decir?

—Inari. Te volviste loco cuando el vampiro se lanzó a por ella. ¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

Thomas se reclinó contra la pared junto al retrato de mi madre. Se apartó el pelo oscuro de la cara con una mano.

—Su Hambre aún no la domina —dijo—. En cuanto comience a alimentarse ya no habrá vuelta atrás. Será como todos nosotros. Mi padre la está empujando en esa dirección. Yo intento evitarlo.

—¿Por qué?

—Porque si... porque si esa primera vez lo hace por amor, mataría a su Hambre y sería libre. Creo que ya es lo bastante madura para ser capaz de amar. Hay un chico que parece que le gusta.

—¿Bobby? —Casi escupí—. ¿Superbordeman?

—No te pases con él. ¿Cómo estarías tú si el plan del día fuera follar ante una cámara mientras la chica a la que te gustaría invitar a cenar lo ve todo?

—Quizá esto te sorprenda, pero es la primera vez que me planteo una pregunta semejante.

Thomas apretó los labios durante un momento y luego dijo:

—Si él también la quiere, entonces podrían tener una vida normal. No tendría que preocuparse de... —Se le quebró la voz. Tuvo que aclararse la garganta antes de seguir—. De hacerle a nadie lo que yo le he hecho a Justine. O lo que mi padre les ha hecho a mis otras hermanas.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Deja claro que él es su superior. Las somete. Mide su Hambre con la de ellas. El estómago se me revolvió.

—¿Quieres decir que se alimenta de sus...? —No pude terminar la frase.

—Si hace falta te hago un dibujo... Esa es la forma tradicional de arreglar las diferencias familiares en todas las casas de la Corte Blanca.

Me estremecí y alcé la vista hacia el retrato de mi madre.

—Dios, es asqueroso.

Thomas asintió con expresión sombría y seria.

—Lara es una de las personas más capaces e inteligentes que he conocido nunca. Pero cuando está con él, se convierte en un perro obediente. La tiene totalmente sometida. Vive pendiente de él. No dejaré que eso le pase a Inari. No cuando podría

tener su propia vida.

Fruncí el ceño.

—¿Y eso no va a cabrear a tu padre? ¿No querrá hacerte lo mismo que a tus hermanas?

Thomas sonrió.

—Sus gustos no van por ahí.

—Bueno, pues menos mal, ¿no?

—Yo no diría tanto. No me quiere cerca. Es solo cuestión de tiempo que venga a por mí. Sus hijos, todos y cada uno de ellos, han muerto en extrañas circunstancias aunque nadie le ha podido relacionar con sus muertes. Yo soy el primero en sobrevivir tanto. En parte gracias a ti. —Cerró los ojos—. Y en parte gracias a Justine.

—Caray —dije en voz baja. Todo aquel asunto era casi ridículo—. A ver si lo he entendido bien. Quieres que te ayude a salvar a la chica, derrocar al señor oscuro y defender a unos inocentes aterrorizados por la magia negra —resumí—. Y quieres que lo haga porque eres mi hermanastro perdido, que necesita a alguien que luche a su lado en una desesperada batalla por defender lo que es correcto.

Sonrió.

—Hombre, yo no le habría puesto tanto melodrama, pero más o menos.

—Tienes que estar de coña. Eso no hay quien se lo trague.

—Ten un poco de fe en mí, Dresden. —Suspiró—. Sé cómo engañar. Si quisiera timarte, me habría inventado una historia mejor.

—Ni hablar —dije—. Si hubieras sido sincero conmigo desde el principio, quizá te ayudaría. Pero toda esa chorrada acerca de mi madre sobra.

—También es mi madre —dijo—. Harry, tú intuías que no era exactamente pura como la nieve. Sé que con los años has ido averiguando cosas. Era una bruja realmente peligrosa y no frecuentaba muy buenas compañías. Una de esas malas compañías era mi padre.

—Mientes —gruñí—. ¿Qué pruebas tienes?

—¿Servirían de algo? —preguntó—. Las pruebas se usan para convencer a las personas racionales y tú ahora mismo no lo eres.

La furia cedió un poco. Ya no me quedaba mucha, y estaba cansado de alimentarla. Me dolía. Me deslicé con la espalda pegada a la pared hasta que terminé sentado y me froté los ojos.

—No tiene ningún sentido. ¿Qué hacía con tu padre?

—Quién sabe —dijo Thomas—. Yo solo sé que se traían alguna clase de negocio entre manos. Luego eso se transformó en otra cosa. Padre intentó atraparla para siempre, pero ella resultó ser demasiado fuerte y jamás consiguió dominarla por completo. Escapó cuando yo tenía unos cinco años. Por lo que luego averigüé,

conoció a tu padre al año siguiente y después volvió a desaparecer.

—¿De quién huía?

Se encogió de hombros.

—Quizá de mi padre. Quizá de alguien de las Cortes o del Consejo. No lo sé. Estaba metida en un mal asunto y pretendía desentenderse de él, pero su socio o socios no querían que se marchara. La querían muerta. —Extendió los brazos con las palmas hacia arriba—. Y eso es prácticamente todo lo que sé, Harry. Intenté descubrir más, pero nadie parece dispuesto a hablar.

Me pesaban los párpados y me dolía el pecho. Alcé la vista hacia el retrato de mi madre. Parecía una mujer vital, incluso en el cuadro se veía que la vida fluía a través de y en torno a ella. Pero no tuve la oportunidad de conocerla. Murió en el parto.

Joder, ¿y si Thomas decía la verdad? Eso explicaría en parte por qué el Consejo Blanco me vigilaba como si fuera *Lucifer, el retorno*. Pero también implicaría aceptar que estaba involucrada en algún asunto turbio. Algo grande, malo y terrorífico.

Y también significaría que quizá no estuviera totalmente solo en este mundo. Quizá tuviera una familia. Sangre de mi sangre.

La sola idea hizo que el pecho me doliera aún más. De niño, fantaseaba durante horas con la idea de tener una familia. Hermanos y hermanas, padres que me quisieran, abuelos, primos, tías y tíos, como todo el mundo. Un grupo de gente que se mantuviera siempre unida, porque eso es lo que hacen las familias. Una familia que me aceptase, me echase de menos y que incluso se sintiera orgullosa de mí, y deseara mi compañía.

Nunca celebré la Navidad después de la muerte de mi padre. Era demasiado doloroso. Joder, aún me ponía triste.

Pero si tenía una familia de verdad, entonces la cosa cambiaba.

Alcé la vista. Thomas nunca dejaba traslucir sus emociones, pero me vi reflejado en su cara. Por su cabeza pasaban los mismos pensamientos que por la mía. Me pregunté si se habría sentido solo, como yo. Quizá él también soñó con tener una familia que no intentara manipularlo, controlarlo o simplemente matarlo.

Pero me detuve antes de seguir por esa línea de pensamiento. La situación era muy peliaguda y ese tema demasiado delicado. La verdad es que quería creer a Thomas. Quería creerlo con todas mis fuerzas.

Y justo por eso no podía permitirme ese lujo.

Tras un largo momento dijo:

—No te estoy mintiendo.

Escuché mi voz suave, callada y tranquila cuando contesté:

—Pues demuéstralo.

—¿Cómo? —preguntó. Parecía cansado—. ¿Cómo cono voy a demostrar algo así?

—Mírame.

Se quedó paralizado con los ojos clavados en el suelo.

—No creo... no creo que eso sirva para nada, Harry.

—Vale —concluí, y comencé a levantarme—. ¿Por dónde se va a mi coche?

Alzó una mano.

—Espera. Está bien —sonrió—. No quería llegar a esto. No sé qué vas a ver si miras en mi interior. Y no sé si eso cambiará tu concepto de mí.

—Ni yo —dije—. Será mejor que nos sentemos.

—¿Cuánto tardará? —preguntó.

—Unos segundos —dije—. Aunque parecerá más.

Asintió con la cabeza. Nos sentamos con las piernas cruzadas bajo el retrato de mi madre y con medio metro de distancia entre los dos. Thomas respiró hondo y luego clavó sus ojos grises en los míos.

Los ojos son las ventanas del alma. Literalmente. Mirar a alguien a los ojos durante cierto tiempo resulta siempre incómodo y es una experiencia intensa para cualquiera. Si no me crees, escoge a algún desconocido, acércate a él y míralo a los ojos hasta que sientas que se han bajado las barreras, hasta alcanzar ese momento de incómodos silencios e incremento de la frecuencia cardiaca. Los ojos revelan mucho de una persona. Expresan emociones y nos dan pistas sobre los pensamientos que pasan por su cabeza. Una de las primeras cosas que un humano aprende a reconocer siendo todavía un bebé, son los ojos de la persona que cuida de él. Desde la cuna sabemos lo importantes que son.

Para los magos como yo, ese tipo de contacto visual directo es todavía más intenso y mucho más peligroso. Cuando miro a alguien a los ojos veo quién es esa persona. Lo veo con la luz elemental de la verdad, de forma tan clara y luminosa que su impronta queda grabada en mi cabeza para siempre. Veo la verdadera naturaleza de aquel a quien miro a los ojos y ellos me ven a mí de la misma manera. No se puede esconder nada, no hay posibilidad de engaño. No veo todos los pensamientos ni todos los recuerdos de esa persona, pero sí tengo acceso a su corazón, desnudo y sin artificios. No es un motor de búsqueda de alta precisión, pero me indicaría si Thomas estaba mintiendo o no.

Concentré mi mirada profunda en los ojos grises de Thomas y las barreras cayeron entre nosotros.

Me encontré de pie en una cámara oscura que parecía una especie de monte Olimpo abstracto después de que los dioses hubieran muerto. Todo estaba hecho de frío y hermoso mármol, que alternaba un negro profundo con un blanco puro. El suelo era como un tablero de ajedrez. Había varias estatuas, todas de figuras humanas labradas en piedra a juego con el decorado. Unos pilares bicolors, de mármol, se elevaban por encima de nuestras cabezas hacia la oscuridad. No había techo. No

había paredes. La luz era plateada y fría. El viento suspiraba triste entre las columnas. A lo lejos se escuchó el rugido de un trueno y mi nariz se llenó con el distintivo olor del ozono.

En el centro de aquel paisaje desolado había un espejo del tamaño de una puerta de garaje. Estaba engastado en un marco de plata que parecía surgir del mismo suelo. Frente a él había un hombre joven con un brazo extendido.

Caminé hacia él. Mis pasos retumbaban entre los pilares. Me acerqué al hombre joven y lo miré con atención. Era Thomas. No el Thomas que había visto con mis propios ojos, pero era Thomas. Esta versión no tenía su belleza letal. Su rostro parecía algo más vulgar. Incluso daba la impresión de ser un poco corto de vista. Su expresión estaba retorcida por una mueca de dolor, y sus hombros y espalda estaban tensos.

Entonces miré hacia el espejo. Allí vi una de esas cosas que querría olvidar, pero gracias a aquella visión permanecerá en mi memoria, para siempre.

A primera vista, la habitación reflejada en el espejo parecía igual a la original. Pero al fijarme con más atención comprobé que en lugar de mármol blanco y negro, el suelo estaba cubierto de sangre oscura y seca, y huesos blanqueados por el sol. Había una criatura en el espejo, justo frente a Thomas. Era humanoide, más o menos de su misma estatura, y su piel relucía con un luminoso brillo plateado.

Era un ser retorcido, deforme y grotesco, aunque al mismo tiempo había una extraña belleza en él. Sus brillantes ojos blancos ardían como una llama silenciosa. Su rostro de bestia miraba con anhelo a Thomas, desesperado por lo que parecía un apetito insaciable.

El brazo de la criatura también estaba extendido hacia el espejo y entonces me di cuenta con un sobresalto de que su mano había sobrepasado la superficie del espejo en unos treinta centímetros. Sus relucientes garras estaban hincadas en el antebrazo tembloroso de Thomas, y de las heridas caían gotas de sangre. El brazo de Thomas, mientras tanto, se había incrustado en el espejo, y vi sus dedos clavados con fuerza en el antebrazo de la criatura. Estaban atrapados y me dio la sensación de que cada uno tiraba para un lado. Thomas intentaba deshacerse de la cosa. La criatura pretendía atraerlo hacia el espejo, hacia la sangre seca y los huesos blanquecinos.

—Está cansado —pronunció una voz de mujer.

Mi madre apareció en el espejo vestida con un vaporoso vestido de un azul profundo. Observó la silenciosa lucha mientras se acercaba. El retrato no le hacía justicia. Era una criatura llena de vida y fuerza, y resultaba más hermosa en movimiento que en aquella imagen congelada. Era una mujer alta, de casi un metro ochenta, y eso que llevaba sandalias planas.

Se me hizo un nudo en la garganta. Sentí lágrimas caer por mis mejillas.

—¿Eres real?

—¿Por qué no iba a serlo? —preguntó.

—Podrías formar parte del paisaje mental de Thomas. Perdona.

Sonrió.

—No hijo, soy yo. Al menos, en cierta medida. Os he preparado a los dos para este día. Dejé esta impronta en ambos. Una pequeña porción de quién y qué soy. Quería que supierais lo que sois el uno para el otro.

Cogí aire entre temblores.

—¿Es de verdad hijo tuyo?

Mi madre sonrió y vi una chispa en sus ojos.

—Tienes una intuición perfectamente capaz, hijo. ¿Qué te dice?

Las lágrimas me nublaron la visión.

—Que lo es.

Ella asintió.

—Debes escucharme. No puedo estar allí para protegerte, Harry. Los dos debéis cuidar el uno del otro. Tu hermano necesitará tu ayuda, y tú la de él.

—No lo entiendo —dije, señalando el espejo—. ¿Qué quieres decir con que está cansado?

Mi madre señaló a Thomas con la cabeza.

—La chica que amaba. Se ha ido. Era su fuerza. Y lo sabe.

—¿Quién lo sabe? —pregunté.

Inclinó la cabeza hacia el espejo.

—El Hambre. Su demonio.

Seguí con la mirada aquel movimiento. La imagen de Thomas dijo algo entre dientes. El Hambre, en el espejo, siseó con un tono de voz tan quedo que no pude comprender.

—¿Por qué no lo ayudaste?

—Hice lo que pude —respondió mi madre. En sus ojos vi brillar algo oscuro, el destello de un odio antiguo—. Me encargué de que su padre fuera castigado con dureza por lo que nos ha hecho.

—¿A Thomas y a ti?

—Y a ti, Harry. Raith aún vive. Pero está debilitado. Juntos, tu hermano y tú podéis vencerlo. Ya lo comprenderás.

El Hambre siseó unas palabras más a Thomas.

—¿Qué dice? —pregunté.

—Le dice que se rinda. Que no tiene sentido seguir luchando. Que jamás lo dejará en paz.

—¿Es eso cierto?

—Quizá —contestó.

—Y aun así sigue luchando —repuse.

—Sí. —Sus ojos se centraron en mí, tristes y orgullosos—. Quizá lo destruya, pero no se rendirá jamás. Él es sangre de mi sangre. —Caminó hacia el borde del espejo y extendió un brazo. Salió del espejo como si fuera la superficie de una laguna inmóvil.

Me acerqué a ella, e intenté rozarle una mano. Sus dedos eran suaves y cálidos. Los cerró sobre los míos y apretó. Luego alzó la otra y me acarició la mejilla.

—Como tú, Harry. Tan alto como tu padre. Y creo que también tienes su corazón. No pude decir nada. Me quedé allí, llorando en silencio.

—Tengo algo para ti —dijo—. Si lo quieres.

Abrí los ojos. Mi madre estaba delante de mí sosteniendo lo que pensé que era una pequeña gema o una joya entre sus largos dedos. Parpadeaba, como una luz suave y débil.

—¿Qué es? —pregunté.

—Agudeza —contestó.

—¿Conocimiento? —pregunté.

—Y el poder que va con él —dijo. Me dedicó una media sonrisa salpicada de ironía. Me resultó familiar—. Considéralo como un consejo de madre, si quieres. No compensará mi ausencia, hijo. Pero es todo lo que te puedo dar.

—Lo acepto —susurré. Porque eso era lo único que podía darle a cambio.

Me entregó la gema. Se produjo un fogonazo y sentí un hormigueo en la cabeza y después un dolor sordo y prolongado. Por alguna razón no me sorprendió. No se aprende nada sin un poco de sufrimiento.

Me acarició la cara otra vez y dijo:

—Fui muy arrogante. Te dejé una carga demasiado pesada para soportarla tú solo. Espero que algún día me perdones. Pero debes saber que estoy muy orgullosa del hombre en que te has convertido. Te quiero, hijo mío.

—Te quiero —susurré.

—Dile a Thomas que también lo quiero —dijo. Volvió a acariciarme la cara con una sonrisa triste y llena de cariño. Ella también tenía lágrimas en los ojos—. Cuídate, hijo.

Entonces volvió a meter el brazo en el espejo y la visión del alma de Thomas terminó. Estaba sentado en el suelo, frente a él. Tenía el rostro bañado en lágrimas. Los dos nos miramos y luego alzamos la vista hacia el retrato de mi madre.

Tras un momento le ofrecí su pentáculo. Él lo cogió y se lo puso.

—¿La viste? —preguntó con voz temblorosa.

—Sí —contesté. Por un momento solo sentí nostalgia y soledad, pero de repente, me encontré riendo. Había visto a mi madre, con mi vista. Había visto su sonrisa, había oído su voz, y eso era algo que jamás olvidaría. Algo que nadie jamás podría arrebatarme. No podía compensar toda una vida de soledad y pena, pero era más de lo

que jamás pensé que tendría.

Thomas me miró a los ojos y luego comenzó a reír también. El cachorro encontró la forma de salir del bolsillo de mi abrigo y se puso a dar saltitos arriba y abajo, y a moverse en círculo, de pura alegría y emoción. El pequeñajo no tenía ni idea de por qué estábamos tan contentos, pero evidentemente no necesitaba saberlo para unirse a la celebración.

Cogí al cachorro y me levanté.

—En realidad nunca le había visto la cara —dije—. Nunca había oído su voz.

—Y ella lo sabía —replicó Thomas—. Quizá por eso hizo todo esto, para que la escucharas y la vieras.

—Me pidió que te dijera que te quería.

Thomas sonrió, aunque había tristeza y amargura en sus ojos.

—Y a mí me pidió que te dijera lo mismo.

—Bueno —comencé—, esto cambia las cosas.

—¿Ah, sí? —preguntó. Parecía algo confuso, hasta frágil.

—Sí —contesté—. No voy a decir que empecemos de cero, pero ahora todo es distinto.

—Para mí no, Harry —repuso Thomas. Sonrió—. Quiero decir que... yo ya lo sabía. Por eso siempre he intentado ayudarte cuando he podido.

—Sí, claro —dije en voz baja—. Pensaba que lo hacías para que te debiera un favor. Pero no era por eso. Gracias.

Se encogió de hombros.

—¿Qué vas a hacer con respecto a Arturo?

Fruncí el ceño.

—Protegerlo a él y a su gente, claro. Si puedo. ¿A qué se refería Lara cuando dijo que el proyecto de Arturo era un asunto que concernía a la Corte Blanca?

—No tengo ni idea. —Thomas suspiró—. Yo creía que solo lo conocía del trabajo.

—¿Tiene tu padre algún tipo de relación con él?

—Mi padre no publicita lo que hace, Harry. Y en los últimos diez años no creo haber intercambiado con él más de diez palabras. No lo sé.

—¿Y Lara? ¿Lo sabrá ella?

—Probablemente. Pero desde que descubrió que yo no era un pene andante con la cabeza hueca, no baja la guardia cuando hablo con ella. Nunca he logrado sacarle gran cosa. Así que, en general, me limito a sentarme, asentir, parecer listo y hacer algún comentario vacío. Ella supone que sé algo que ella desconoce y que el comentario vacío es en realidad una observación con segundas. Lara jamás moverá ficha contra mí sin descubrir antes qué le oculto.

—No es mala táctica si el otro está paranoico perdido.

—¿En la familia Raith? La paranoia nos viene de serie, la tenemos siempre lista para usar y acompañada de una variada gama de neurosis.

—¿Y qué me dices de tu padre? ¿Sabe algo de magia?

—¿De maldiciones entrópicas, por ejemplo? —Thomas se encogió de hombros—. He oído historias sobre cosas que ha hecho en el pasado. Puede que algunas sean ciertas. Además tiene una biblioteca enorme que guarda bajo llave. Pero no necesita la magia para acabar con la vida de cualquiera que le moleste.

—¿Cómo?

—Es como cuando nos alimentamos. Es algo lento, gradual. Pero él no necesita esa clase de tiempo o intimidad. Solo un toque, un beso, y *pum*, está muerto. ¿Recuerdas ese rollo del beso de la muerte de *El padrino*? Él inventó esa frase, solo que en su caso es literal.

—¿De verdad?

—Eso dicen. Yo jamás le he visto hacerlo, pero Lara sí, muchas veces. Madeline una vez me contó que le gustaba comenzar así las reuniones porque era una forma de captar la atención de todo aquel que aún respirara.

—Quizá sean solo historias. Para ser alguien de dentro, no me estás dando una información muy valiosa.

—Lo sé —admitió—. Me cuesta pensar con claridad. Lo siento.

Negué con la cabera.

—No te flageles.

—¿Qué hacemos? —preguntó—. Me... me siento perdido. No sé qué hacer.

—Creo que yo sí —dije.

—¿Qué?

En lugar de contestarle, le ofrecí la mano. La cogió y ayudé a mi hermano a ponerse en pie.

Capítulo 22

Esperé hasta que la claridad del amanecer dio paso a una deprimente mañana lluviosa para dejar Château Raith. Mientras tanto, Thomas me ayudó a resolver unas cosas y cogí prestado un teléfono para hacer varias llamadas.

Después, el perrito y yo volvimos al Escarabajo, pasamos por un McDonald's y luego fuimos directos a mi apartamento. Al salir del coche, descubrí un par de manchas negras en el suelo. Fruncí el ceño, me acerqué para verlas mejor y me fijé en que seguían una pauta. Alguien había intentado traspasar mis protecciones; una especie de barrera mágica que levanté alrededor del edificio. No lo habían conseguido, pero el hecho de que alguien o algo lo hubiera intentado me hacía sentir especialmente incómodo. Preparé el brazalete escudo mientras bajaba las escaleras, por si acaso, pero no vi nada ni a nadie frustrado por no entrar en mi casa, esperándome en la entrada. *Mister* apareció de debajo del coche de mi casera y me siguió escaleras abajo.

Entré en mi apartamento rápidamente y cerré la puerta detrás de mí. Mascullé el hechizo que hizo que se encendiera media docena de velas por toda la habitación y tomé posiciones ante el previsible saludo de bienvenida de *Mister*. Como siempre, intentó arrancarme las piernas frotándose con fuerza contra ellas. Dejé al cachorro en el suelo, donde resopló contento y meneó el rabo a modo de saludo amistoso a *Mister*. El gato no pareció muy impresionado.

Seguí moviéndome, no podía perder la concentración. No tenía tiempo que perder. Aparté la alfombra que tapaba la trampilla del suelo que daba al laboratorio, la abrí y bajé las escaleras.

—Bob —reclamé—. ¿Qué has averiguado?

Mister se asomó desde lo alto de las escaleras y una nube de lucecitas naranjas salió del gato y flotó escaleras abajo, hacia el laboratorio. Las luces volaron hasta la calavera en su estantería y las cuencas de Bob volvieron a la vida.

—Ha sido una noche larga y fría —dijo—. He descubierto un lugar, cerca del aeropuerto, donde se han instalado un par de *ghouls*.

—¿Has encontrado a Mavra?

—Sabes, Harry, la Corte Negra últimamente se ha vuelto muy cauta a la hora de escoger su base de operaciones.

—¿Has encontrado a Mavra?

—Tienen siglos de experiencia —continuó Bob—. Y Chicago es enorme. Es como buscar una aguja en un pajar.

Dirigí a Bob una mirada de aburrimiento y dije con voz igualmente flemática:

—Bob, eres el único ser en dos mil kilómetros a la redonda capaz de encontrarlos. Eres un activo de valor incalculable y un aliado cuyo conocimiento solo es

equiparable a tu voluntad para darte a los demás. Bueno, ya está, eso es para tu ego. ¿Has encontrado a Mavra?

Bob parecía molesto.

—Le quitas toda la gracia a que lo halaguen a uno, ¿lo sabías? —Murmuró algo entre dientes, creo que en chino, y añadió—: No, aún no.

—¿Qué? —pregunté.

—Pero he reducido el círculo —dijo Bob.

—¿Ah, sí?

—Sí —respondió la calavera—. No está en ningún club de estriptis.

—¡Bob! —grité—. ¿Te has pasado la noche en clubes de estriptis?

—Pero lo hice por ti, Harry —respondió contestó Bob.

—¿Qué?

—Verás, muchas de las personas que salen en tu película también se dedican al baile erótico para sacarse un dinero extra, y quería asegurarme de que, bueno, de que el malo no iba a cargarse a ninguna bailarina... para ir calentando, ya sabes. —Bob carraspeó—. ¿Me entiendes, no?

Entorné los ojos y respiré hondo. No me sirvió para calmar el cabreo, pero hizo que mi reacción fuera un poco menos violenta.

—Y te alegrará saber que todas las bailarinas eróticas de Chicago están vivas y bien de salud. Gracias a la vigilancia de tu fiel espíritu amigo —dijo Bob—. *Hum*, oye, Harry, se te están poniendo ojos de asesino.

Di un par de vueltas y busqué con la mirada por el laboratorio hasta que encontré el martillo de orejas. Lo cogí.

Bob empezó a hablar de forma apresurada y a trompicones.

—Y aunque sé que esa no fue exactamente la misión que me encomendaste, tienes que admitir que mis nobles intenciones cuadran a la perfección con tu propósito de proteger la vida.

Practiqué un par de veces con el martillo. Me quité el guardapolvo, lo doblé, lo dejé sobre la mesa, y probé de nuevo. Mucho mejor. Clavé mi mirada asesina en la calavera que descansaba sobre la repisa.

—Jopé, Harry —dijo Bob—. Creo que tetas... quiero decir que te estás equivocando de medio a medio.

—Bob —dije con un tono de voz bastante razonable—, no necesito saber nada de las estripers, pero de Mavra sí.

—Bueno. Sí, claro, jefe. *Hum*, me he percatado de que tienes un martillo en la mano y que los nudillos se te están poniendo blancos. Además parece tenso...

—Tranquilo —dije—, dentro de un momento me voy a sentir mucho mejor.

—¡Ja! —respondió Bob con una falsa carcajada—. Ja, ja, ja. Muy gracioso, Harry.

Alcé el martillo.

—Bob —le amenacé—, vas a sacar tu etéreo culo de la calavera, vas a entrar de nuevo en *Mister* y vas a dar con Mavra antes del mediodía o convertiré tu puñetera calavera en polvo de talco.

—Pero estoy cansado, está lloviendo y no sé si...

Alcé el martillo y di un paso hacia delante.

—¡Ag! —dijo Bob. La nube de lucecitas naranjas salió de la calavera apresuradamente y volvió a subir las escaleras. Las seguí y vi las últimas revolotear alrededor de las orejas de *Mister* mientras Bob lo poseía de nuevo. Abrí la puerta y mi enorme gato salió a la mañana.

Cerré la puerta de un portazo entre juramentos. Aunque pareciera tranquilo, las ideas bullían en mi cabeza. Sentí algo nuevo, una especie de regusto amargo en la boca que me bajaba hasta el estómago.

La ira y el miedo eran viejas conocidas mías. Emociones que me habían salvado la vida en más de una ocasión. Pero aquella sensación era diferente, se parecía a la preocupación que siento cuando envío a *Mister* fuera con Bob, pero era más callada y más perseverante, y no disminuía con el paso del tiempo.

Tenía que ver con Thomas. Antes de aquella mañana, en mi vida no había más que unos cuantos buenos amigos, algunos conocidos del trabajo, mi gato, y uno o dos enemigos devotos que me visitaban tanto como mis amigos. Pero ahora tenía un hermano. Un pariente, como diría Ebenezer. Y eso cambiaba las cosas.

Estaba acostumbrado a cuidar solo de mí; no es que no contara con mis amigos, pero en el día a día siempre me las apañaba solo, con la única compañía de una manada de pensamientos deprimentes. Pensaba en que tenía una tumba con una lápida de mármol blanco esperándome en el cementerio Graceland, por cortesía de un enemigo que ya estaba muerto, pero que igualmente esperaba mi llegada. Pensaba en cómo gracias a mi ineptitud en el amor probablemente conservaría mi estatus de solterón durante unas cuantas décadas. Pensaba en cuántos malos estarían encantados de quitarme de en medio y en que la gente tardaría semanas en darse cuenta de mi desaparición.

Y pensaba en cómo envejecería. Solo. No es extraño que un mago viva más de trescientos años, pero el tiempo también pasa para nosotros. Antes o después me convertiría en un viejo débil, quizá cansado de vivir. Y morir. No tendría a nadie con quien compartir esos últimos momentos, o que me cogiera de la mano cuanto tuviera miedo.

En cierto sentido extraño, inexplicable e irracional, la presencia de Thomas había cambiado todo eso. Compartíamos una misma sangre, y saber eso había creado una conexión especial que nunca había sentido antes. El corazón me latió un poco más deprisa de pura alegría ante aquella idea.

Pero no importaba la felicidad que me produjera el saber que tenía un hermano, sería idiota si no tenía en cuenta el lado más oscuro de aquella situación.

Después de una vida solo, tenía un hermano.

Y podía perderlo.

La sensación de amargura se intensificó y supe que lo que sentía era preocupación por mi familia.

Cerré la trampa del laboratorio y la cubrí con la alfombra. Rebusqué en mi pequeña despensa hasta encontrar un bote de aspirinas. El perrito me seguía de cerca y se lanzó a por los cordones de mis zapatos en cuanto me detuve. Abrí el bote, me metí en la boca tres aspirinas y me las tragué, a palo seco. Tengo entendido que tomarse los medicamentos así es una mala señal.

Fruncí el ceño en una mueca de dolor, me froté la cabeza e intenté calmar la cascada de emociones que me recorría el sistema nervioso. Tenía varias cosas pendientes y necesitaría mantener la mente clara si quería sobrevivir. Lo primero que debía hacer era repasar la lista de mis problemas:

Múltiples heridas, incluyendo un horrible dolor de cabeza provocado por el golpe que me dio Inari.

Por un lado, había un misterioso sujeto creador de una maldición chapucera pero letal.

Por el otro, un vampiro homicida y su panda de asesinos.

Eso sin olvidar que en algún lugar se ocultaba un frío y eficaz mercenario que iba a matarme si no le pagaba sus honorarios... y no tenía ni idea de dónde iba a sacar tanta pasta.

Menudo lío. Y aún no eran ni las doce. Conforme pasaban las horas me sentía cada vez más cansado y magullado. Eso significaba que la opción más inteligente era atacar el problema de frente, sin más dilaciones, cuando aún tenía las ideas relativamente claras.

Tenía que ponerme en movimiento antes de que los malos se reorganizaran y vinieran de nuevo a por mí.

Joder, si por lo menos supiera por dónde empezar.

Y si al menos no tuviera la inquietante sensación de que quizá fuera ya demasiado tarde...

Capítulo 23

Estaba esperando en el aparcamiento de la central del departamento de policía de Chicago cuando Murphy llegó del gimnasio. Iba en su moto, llevaba unas pesadas botas, un casco negro y una chaqueta de cuero oscura. Vio mi coche al entrar y detuvo la moto en la plaza de garaje de al lado. Su motor dejó escapar un rugido felino y relajado antes de apagarse.

Murphy se bajó de la moto y se quitó el casco. Sacudió el pelo rubio y decidí que le quedaba mejor cuando lo llevaba un poco revuelto.

—Buenos días, Harry.

Al oír su voz, el cachorro comenzó a revolverse en mi bolsillo hasta que consiguió sacar la cabeza para ladrar alegremente a Murphy.

—Buenas —dije—. Pareces bastante animada.

—Y lo estoy —contestó. Rascó la cabeza del cachorro—. A veces me olvido de lo mucho que me gusta ir en moto.

—Os pasa a muchas —dije—. Es por la vibración del motor y todo eso.

Los ojos azules de Murphy brillaron molestos e inquietos.

—Cerdo. Te encanta meter a todas las mujeres en el mismo saco, ¿verdad?

—No es culpa mía que a todas las mujeres les gusten las motos, Murph. Básicamente son vibradores gigantes con ruedas.

Intentó poner cara de enfadada, pero se le escapó una especie de carcajada y la mueca se convirtió en sonrisa.

—Eres un perverso, Dresden. —Entonces frunció el ceño y se acercó un poco más—. ¿Qué te ha pasado?

—Ayer me zurraron un poco —dije.

—Te he visto magullado antes y esto es nuevo.

Murph me conocía desde hacía mucho.

—Es un asunto personal —aclaré—. Prefiero no hablar de eso.

Asintió con la cabeza y guardó silencio.

Después de unos segundos le expliqué:

—He descubierto que quizá tenga familia.

—¡Oh! —Frunció el ceño, pero en un gesto de preocupación más que de poli mosqueado—. No te haré más preguntas. Pero si un día te apetece hablar del tema...

—Quiero contártelo —dije—, pero no ahora. ¿Tienes tiempo de desayunar conmigo?

Consultó su reloj. Luego miró una cámara de seguridad y se volvió hacia mí pidiéndome cautela con la mirada.

—¿Es sobre el asunto del que hablamos?

Ajá. Las paredes tenían oídos, lo que implicaba que era el momento de usar

eufemismos.

—Sí. Nos encontraremos con otro sujeto para hablar de la situación.

Asintió.

—¿Tienes la información?

—Más o menos —contesté.

—Bueno, ya sabes la ilusión que me hace ir al picnic familiar de hoy, pero quizá me pueda escapar un rato. ¿Adónde quieres ir?

—A *La Casa Internacional de las Tortitas*.

Murphy suspiró.

—Mis caderas te odian, Dresden.

—Pues espera a que se acomoden en mi elegante auto.

Subimos al coche y dejé al perrito dentro de la caja que llevaba en la parte de atrás y que estaba acolchada con ropa sucia. Comenzó a luchar con un calcetín. Creo que el calcetín le estaba ganando. Murphy lo contemplaba con una sonrisa mientras yo conducía.

Era sábado por la mañana y esperaba que *La Casa Internacional de las Tortitas* estuviera a rebosar. Pero no. De hecho habían separado toda una zona con unas pantallas con cortinas de acordeón para las mesas reservadas, y aun así no había suficiente público para llenar el espacio restante. Tenían puesta la emisora de radio habitual. La gente que estaba desayunando parecía hacerlo casi en total silencio, y solo se oía el tintineo de los cubiertos en los platos.

Murphy alzó la vista hacia mí y luego miró la sala con el ceño fruncido. Cruzó los brazos sobre el estómago con lo que su mano derecha quedó muy cerca de la pistola que colgaba de su hombro.

—¿Qué pasa en este sitio? —preguntó.

Un movimiento en la zona reservada llamó mi atención, Kincaid apareció e hizo una señal para que nos acercáramos. El fibroso mercenario iba vestido de gris y azul apagado, muy discreto, y llevaba el pelo recogido hacia atrás en una cola de caballo bajo una gorra de béisbol.

Asentí y me acerqué a Kincaid con Murphy a mi lado. Pasamos a la zona reservada.

—Buenas —saludé.

—Dresden —replicó Kincaid. Sus fríos ojos apenas se posaron sobre Murphy—. Espero que no te importe que haya reservado una zona para nosotros.

—No, está bien. Kincaid, esta es Murphy. Murph, Kincaid.

Kincaid ni siquiera la miró. Bajó las cortinas.

—Dijiste que era un asunto de trabajo. ¿Por qué te traes un ligue?

A Murphy se le desencajó la mandíbula.

—No es ningún ligue —dije—. Viene con nosotros.

Kincaid me miró fijamente durante un segundo, todo frío y duro. Luego soltó una ronca carcajada.

—Ya me habían dicho que eras un tío peculiar, Dresden. En serio, ¿qué hace esta aquí?

Los ojos de Murphy se volvieron inexpresivos de la rabia.

—Me parece que no me gusta su actitud.

—Ahora no, guapa —dijo Kincaid—. Estoy hablando de negocios con tu novio.

—No es mi novio —gruñó Murphy.

Kincaid miró a Murphy, luego a mí y de nuevo a Murphy.

—Estarás de coña, Dresden. Esto no es para aficionados. Si vamos contra la Corte Negra, ni tú ni yo tendremos tiempo para hacer de niñera de la pequeña Laura Ingalls aquí presente.

Iba a decir algo, pero lo pensé mejor. Murphy me arrancaría la cabeza si intentaba defenderla cuando ella consideraba que no lo necesitaba. Así que fui prudente y me aparté de ellos un paso.

Murphy clavó los ojos en Kincaid y dijo:

—Ahora lo tengo claro, no me gusta tu actitud.

Los labios de Kincaid se separaron y movió el brazo izquierdo para mostrar a Murphy el arma que escondía debajo de la chaqueta.

—Me encantaría charlar contigo mientras desayunamos, chata. ¿Por qué no pides una trona para que podamos empezar ya?

La expresión de Murphy no flaqueó. Miró a los ojos a Kincaid, luego a su pistola y de nuevo a sus ojos.

—¿Por qué no nos sentamos? Esto no tiene por qué ponerse feo.

Kincaid sonrió más abiertamente y resultó bastante espeluznante. Le puso una de sus manazas sobre el hombro y dijo:

—Este es un asunto para mayorzotes, guapa. ¿Por qué no eres buena chica y te vas a ver tus cintas de Xena o algo así?

Los ojos de Murphy se deslizaron hasta la mano de Kincaid sobre su hombro. Su voz sonó suave, pero también firme.

—Esto es resistencia a la autoridad. Te lo digo una vez. Y no lo pienso repetir. No me toques.

El rostro de Kincaid se deformó de rabia y la empujó.

—Largo de aquí, zorra.

Murphy no se lo repitió. Apenas logré ver sus manos cuando agarró a Kincaid por la muñeca, lo desequilibró con una flexión de rodilla, le retorció el brazo y lo arrojó con fuerza contra una pared. Kincaid cayó sobre una mesa y luego chocó contra la pared, pero dio media vuelta casi de forma instantánea y echó mano de la pistola.

Cuando Kincaid desenfundó, Murphy le inmovilizó la mano que sostenía el arma

con un brazo y el peso de su cuerpo. A continuación, una pistola apareció con una rapidez casi mágica bajo la barbilla del mercenario.

—Lámame eso otra vez —dijo en voz baja—. Atrévete. Hazme ese favor.

La expresión de rabia de Kincaid se desvaneció tan rápidamente que solo podía explicarse porque fuera fingida. En su lugar, una ligera sonrisa apareció en su boca, incluso en sus ojos.

—Oye, me gusta —dijo—. Había oído hablar de ella, pero quería verlo por mí mismo. Esta me gusta, Dresden.

Seguro que siempre sacaba la pistola cuando le gustaba una mujer.

—Quizá no deberías hablar de ella como si no te estuviera apuntando con una pistola a la barbilla.

—Quizá tengas razón —admitió. Luego miró a Murphy y alzó la mano izquierda vacía, muy lentamente. Ella le soltó el brazo, bajó el arma y dio un paso atrás, todavía enfadada. Kincaid bajó el arma y se sentó con las palmas de las manos apoyadas sobre la mesa, junto a la pistola.

—Espero que no me guardes rencor, teniente —dijo—. Necesitaba comprobar si estabas a la altura de tu reputación antes de seguir adelante.

Murphy me dirigió su mirada patentada de Harry-eres-idiota y luego contempló con expresión opaca a Kincaid.

—¿Te has quedado a gusto?

—Sí, estoy satisfecho —replicó Kincaid—. Te picas con mucha facilidad, pero al menos eres competente. ¿Eso que llevas es una Beretta?

—Una Sig —respondió Murphy—. ¿Tienes licencia de armas?

Kincaid sonrió.

—Naturalmente.

Murphy resopló.

—Claro que sí. —Miró a Kincaid durante un minuto y luego añadió—: Que te quede clara una cosa desde ya. Soy poli. Y eso significa mucho para mí.

Él la miró pensativo.

—Eso también me lo habían comentado.

—Murph —dije mientras me sentaba en la mesa—. Si tienes algo que decirle, háblalo conmigo. Ahora mismo yo soy su jefe.

Murphy alzó una ceja.

—¿Y tienes la seguridad de que no va a hacer nada ilegal?

—Kincaid —advertí—, nada de saltarse la ley sin consultarlo antes conmigo, ¿estamos?

—Sí, señorito —dijo Kincaid.

Extendí el brazo con la palma hacia arriba.

—¿Lo ves? Sí, señorito.

Miró a Kincaid poco convencida, pero asintió y apartó una silla. Kincaid se puso de pie al ver que ella se iba a sentar, y Murphy lo asesinó con la mirada. Kincaid se volvió a sentar otra vez. Murphy volvió a hacer ademán de sentarse y entonces yo me levanté de la silla. Murphy se puso una mano en la cadera y me miró bastante molesta.

—No cuenta como gesto de caballerosidad si lo haces porque lo ha hecho él.

—Tiene razón —admitió Kincaid—. Adelante, teniente. No seremos educados.

Murphy dijo algo entre dientes y volvió a hacer ademán de sentarse. Yo ya me disponía a incorporarme otra vez, pero ella me dio una patada en la espinilla y se sentó.

—Bueno —dijo—, ¿y qué hacemos ahora?

—Yo me muero de hambre —intervine—. Esperad un momento. —No quise tratar de nada hasta que no pedimos el desayuno y la camarera lo trajo a nuestra mesa. Cuando todo estaba listo y por fin estábamos comiendo, cerramos el acceso al reservado.

—Vale —dije, después de un rato con la boca todavía llena de nirvana gastronómico. La gente podrá decir lo que quiera, pero en La Casa Internacional de las Tortitas saben cómo hacerlas—. Esta reunión es para informaros de lo que averigüé ayer y para trazar un plan de acción.

—Encontrarlos —dijo Murphy.

—Matarlos —añadió Kincaid.

—Sí, eso —dije—, pero he pensado que quizá deberíamos ahondar un poco más en la segunda parte del plan.

—No hace falta —dijo Kincaid—. Por lo que yo sé, matarlos es prácticamente imposible si no sabes dónde se ocultan. —Alzó las cejas y levantó la vista del plato—. ¿Sabes dónde están?

—Aún no —contesté.

Kincaid consultó su reloj y luego volvió a concentrarse en la comida.

—Pues yo tengo poco tiempo.

—Ya lo sé —dije—. Los encontraré hoy.

—Antes del anoecer —dijo Kincaid—. Sería un suicidio ir a por ellos después de la puesta de sol.

Murphy lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué clase de actitud es esa?

—Una muy profesional. Tengo que coger un vuelo a medianoche, me espera otro encargo.

—A ver si lo he entendido —dijo Murphy—. ¿Dejarías a esos bichos asesinos sueltos porque tienes otro compromiso?

—Sí —dijo Kincaid sin dejar de comer.

—¿No te importa que maten a personas inocentes?

—No mucho —contestó Kincaid, y dio un sorbo a su café.

—¿Cómo puedes decir eso y quedarte tan tranquilo?

—Porque es la verdad. La gente inocente muere constantemente. —El cuchillo y el tenedor de Kincaid arañaron su plato al cortar el jamón y los huevos—. De hecho se les da mejor que al típico monstruo asesino.

—¡Dios! —dijo Murphy y clavó su mirada en mí—. Harry, no quiero trabajar con este gilipollas.

—Cuidado, Murph —repuse.

—En serio. ¿Cómo puedes aguantar semejante pasotismo?

Me pasé el pulgar por la ceja.

—Murph, este es un mundo cruel. Y no es culpa de Kincaid.

—Pero le da igual —dijo Murphy—. ¿De verdad este es el tío que quieres tener a tu lado cuanto todo se vaya a la mierda?

—Ha aceptado acompañarnos y luchar —dijo Harry—. Yo le voy a pagar. Es un profesional. Luchará.

Kincaid me apuntó con un dedo y asintió mientras masticaba otro bocado.

Murphy negó con la cabeza.

—¿Y qué pasa con el conductor?

—Llegará hoy —dije.

—¿Quién es?

—No lo conoces —contesté—. Es de fiar.

Murphy me contempló durante un segundo y luego asintió.

—¿Contra qué nos vamos a enfrentar?

—Vampiros de la Corte Negra —dije—. Son al menos dos, puede que más.

—Además de los esbirros que trabajen para ellos —apostilló Kincaid.

—Pueden levantar coches con una sola mano —dije—. Son rápidos, tanto como Jackie Chan. No podemos andarnos con tonterías con ellos, por eso el plan es atacarlos de día.

—Cuando todos estén durmiendo —dijo Murphy.

—Quizá no —dijo Kincaid—. Los más viejos a veces no lo necesitan. Mavra podría estar funcional.

—Pero eso no es todo —dije—, es una iniciada en la magia. Por lo menos, una hechicera.

Kincaid inhaló y espiró lentamente por la nariz. Terminó de masticar la comida y luego dijo «Mierda» antes de seguir con el siguiente bocado.

Murphy frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con que «por lo menos es hechicera»?

—Es jerga de magos —dije—. Hay mucha gente que puede hacer magia. Cosas

pequeñas. Pero a veces los aficionados mejoran con la práctica, o se topan con alguna clase de fuente de poder que los convierte en peligrosos. Una hechicera es alguien que puede hacer serios destrozos con su magia.

—Como el Hombre Sombra —dijo Murphy—. O Kravos.

—Sí.

—Menos mal que nosotros vamos con un mago, ¿no? —dijo Kincaid.

Murphy me miró.

—Los magos podemos hacer hechizos si hace falta —dije—, pero tenemos otras habilidades. El poder de un mago no se limita a hacer saltar las cosas por los aires, o a invocar demonios. Un buen mago puede adaptar su magia a casi cualquier situación. He ahí el problema.

—¿Qué quieres decir? —dijo Murphy.

—A Mavra se le dan bien los velos —dije, mirando a Kincaid—. Mejor que bien. Y la otra noche se comunicó mentalmente a distancia.

Kincaid dejó de comer.

—¿Estás diciendo que es vampiro y mago? —preguntó Murphy.

Kincaid me miró fijamente.

—Es posible —dije—. Quizá hasta probable. Eso explicaría por qué Mavra ha sobrevivido tantos años.

—Este trabajito cada vez pinta peor.

—¿Lo quieres dejar? —pregunté.

Guardó silencio durante un minuto y luego negó con la cabeza.

—Pero si Mavra va a estar despierta y activa, y si es capaz de atacarnos con magia en un espacio cerrado, también podríamos tomarnos un Bacardi con estricnina y ahorrarnos el viaje.

—Le tienes miedo —dijo Murphy.

—Desde luego —contestó Kincaid.

Frunció el ceño.

—Harry, ¿podrás bloquear su magia, como hiciste con la de Kavros?

—Eso depende de lo fuerte que sea —aduje—. Pero un mago podría aplacarla. En teoría.

Kincaid movió la cabeza de lado a lado.

—Bloqueo mágico. Lo he visto hacer —dijo—. Y una vez también vi cómo fallaba. Todo el mundo murió.

—¿Menos tú? —pregunté.

—Yo estaba detrás, cubriendo a nuestro hechicero cuando le explotó la cabeza. No llegó ni a la puerta. —Kincaid rebañó el plato con un trozo de salchicha—. Aunque consiguieras bloquearla, Mavra será muy dura de pelar.

—Por eso me cobras lo que me cobras —concluí.

—Cierto.

—Vamos a entrar con toda la parafernalia clásica —dije—. Ajo, cruces, agua bendita, lo típico.

—Oye —atajó Murphy—. ¿Y por qué no llevas también el sol de bolsillo del que me has hablado? ¿Y el pañuelo blanco que utilizaste contra Bianca hace unos años?

Torcí el gesto.

—No puedo —respondí.

—¿Por qué no?

—Es imposible, Murph. Da igual la razón. —Encaucé la conversación de nuevo hacia el tema en cuestión—. Deberíamos poder contener a Mavra mientras nos ocupamos de sus matones. Luego iremos a por ella, ¿alguna pregunta?

Kincaid tosió ostensiblemente y señaló con la cabeza la nota que nos había dejado la camarera sobre la mesa. Fruncí el ceño y rebusqué en los bolsillos. Conseguí reunir bastante para pagar, pero solo porque encontré unas monedas sueltas en los bolsillos de mi abrigo. Dejé el dinero sobre la mesa. No había suficiente para la propina.

Kincaid contempló la montaña de billetes pequeños y monedas y luego me estudió con una mirada distante y calculadora que a más de uno habría puesto muy nervioso. Por ejemplo, a esos que dicen que van a pagar mucho dinero por algo y luego resulta que no tienen nada.

—Pues por ahora eso es todo —dije, mientras me levantaba—. Coged todo lo que vayáis a necesitar y nos veremos más adelante. Quiero caer sobre ellos en cuanto los encuentre.

Kincaid asintió y volvió a su plato. Yo me marché. Sentí un picor en la espalda y me di la vuelta para mirar a Kincaid. Murphy me seguía y nos dirigimos directamente hacia el Escarabajo.

Murphy y yo no hablamos en el camino de vuelta a la Central. Una vez allí, detuve el coche y ella echó una ojeada al interior.

—¿Qué le ha pasado al Escarabajo?

—Demonios fúngicos.

—Ya.

—¿Murph?

—¿Hum?

—¿Estás bien?

Apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea.

—Estoy haciendo los ajustes mentales pertinentes. Cuando pienso en ello, creo que estamos haciendo lo correcto y lo más responsable. Pero soy agente de policía desde antes de que tuviera edad para beber y todo este rollo de *cowboy* no me parece... bien. Un buen poli no hace estas cosas.

—Eso depende del poli, creo —dije—. Mavra y su plaga están por encima de la

ley, Murph, en todos los sentidos. La única forma de detenerlos es que aparezca alguien y acabe con ellos.

—Eso lo sé aquí. —Se señaló la frente con un dedo. Después cerró la mano en un puño y se lo puso sobre el corazón—. Pero no lo siento aquí. —Guardó silencio durante un momento y dijo—: Los vampiros no son el problema. Puedo enfrentarme a ellos. Sin miramientos. Pero también habrá seres humanos. No sé si podré apretar el gatillo sabiendo que hay personas que podrían salir heridas. Mi trabajo es protegerlas, no matarlas en un fuego cruzado.

Ante eso, poco podía argumentar.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo después de un minuto.

—Claro.

Me estudió con una ligera mueca de preocupación.

—¿Por qué no puedes hacer lo de la luz del sol? Creo que nos vendría muy bien. Y tú no te sueles dar por vencido diciendo que algo es imposible.

Me encogí de hombros.

—Lo volví a intentar hace un par de años —le expliqué—. Después de que estallara la guerra. Y resultó que tienes que ser feliz para poder desplegar la luz del sol en un pañuelo. Si no, no funciona.

—¡Ah! —dijo Murphy.

La miré resignado.

—Bueno, estaré en Wolf Lake Park, en el picnic, al menos un par de horas durante el almuerzo. Pero llevaré el busca —dijo.

—Vale. Siento no haber podido arrastrarte a la horripilante, sangrienta y moralmente cuestionable carnicería a tiempo.

Sonrió, más con los ojos que con la boca.

—Nos vemos dentro de un rato, Harry. —Salió del coche. Consultó su reloj y suspiró—. Tenemos dos horas y continúa la cuenta atrás.

La miré atónito.

—¡Uau!

Murphy me dedicó una mirada escéptica.

—¿Qué?

—¡Uau! —repetí. Una idea comenzó a tomar forma en mi cabeza e intenté hacer memoria para comprobar si los hechos encajaban—. Una cuenta atrás, hijo de puta.

—¿De qué estás hablando?

—¿Tienes los informes policiales de las dos mujeres que murieron en California?

Murphy enarcó una ceja, pero dijo:

—En el coche. Espera un segundo. —Recorrió unos metros hasta su coche. Oí como abría el maletero y luego lo volvía a cerrar. Reapareció con una gruesa carpeta de papel manila y me la pasó.

Encontré los informes dentro y los ojeé con avidez.

—Aquí está —dije, dando golpecitos con el dedo en el informe—. Ya sé cómo lo están haciendo. ¡Joder, debería haberlo imaginado antes!

—¿Cómo están haciendo el qué? —preguntó Murphy.

—El mal de ojo —dije. Las palabras salieron apresuradamente de mi boca, y el nerviosismo creció—. El *malocchio*. La maldición que se cierne sobre la gente de Genosa. Es como una cuenta atrás.

Inclinó la cabeza a un lado.

—¿Está automatizada?

—No, no —dije, agitando las manos—. Sigue un horario. Las dos mujeres fueron asesinadas por la mañana, un poco antes de las diez. —Cerré los ojos, intentando recordar los informes que me había dado Genosa—. Vale... concretamente a las nueve y cuarenta y siete y a las nueve cuarenta y ocho. Murieron a la misma hora.

—Esa no es la misma hora, Harry.

Agité una mano, impaciente.

—Claro que sí. Te apuesto lo que quieras. La hora de la muerte la apunta cualquier agente en la escena del crimen, ¿y qué más da un minuto arriba o abajo?

—¿Por qué es tan importante? —preguntó Murphy.

—Porque las dos maldiciones que cayeron sobre Chicago llegaron a las once y cuarenta y siete de la mañana, y anoche a esa misma hora. Añade dos horas a las muertes de California para compensar la diferencia horaria. Alguien lanzó la maldición a la misma hora. Trece minutos antes del mediodía o de la medianoche. — A partir de ahí seguí la lógica del argumento—. ¡Caray! —dije asombrado.

—No voy a pedir que te expliques cada vez que haces una pausa, Harry, porque sabes perfectamente que no tengo ni puñetera idea de lo que estás hablando o lo que eso significa.

—Significa que el asesino no ha lanzado la maldición él solo —dije—. Significa que la única razón de hacerlo así es porque no tiene otro remedio. El asesino está usando magia ritual. Cuenta con un patrocinador.

—¿No quieres decir una empresa? —preguntó Murphy.

—No —contesté—. ¿Qué hora es?

—Las diez y media —dijo Murphy.

—Sí —susurré mientras metía primera—. Si me doy prisa llegaré a tiempo.

—¿A tiempo de qué?

—De proteger a Genosa y a su gente —dije—. La maldición entrópica caerá sobre ellos dentro de una hora más o menos. —Hundí el pie en el acelerador y grité a través de la ventanilla, por encima del hombro—: ¡Esta vez estoy preparado!

Capítulo 24

Esperaba encontrar a Genosa con un aspecto horrible a la mañana siguiente, pero según parecía yo tenía el monopolio de las noches duras en Chicago. Me estaba esperando en la puerta cuando llegué al estudio. Vestía unos pantalones y una camiseta de jugar al tenis, iba perfectamente peinado y estaba estupendo. Me dio otro de esos abrazos a la europea antes incluso de haber sacado todo el cuerpo del Escarabajo.

—El *malocchio*, ha vuelto a ocurrir —dijo—. ¿Verdad? Anoche, cuando saliste corriendo.

—Sí —respondí.

Se humedeció los labios.

—¿Contra quién?

—Inari. Pero está bien.

Arturo pareció bastante sorprendido.

—¿Inari? Esto es de locos. Pero si no es una amenaza para nadie.

No, solo un súcubo en potencia. Ahí es nada.

—Tiene que haber una razón para que la eligieran como objetivo. Pero aún no sabemos cuál puede ser.

—Pero si es solo una niña —dijo Genosa, y por primera vez me pareció detectar algo parecido a la ira en su voz. Eso era algo a tener en cuenta. Cuando los mansos se enfadan, las cosas se acaban complicando—. ¿Tienes idea de quién está detrás de todo esto?

—Aún no —dije, y abrí el maletero que se oculta bajo el capó de mi Escarabajo—. Pero no hay un solo implicado. Y se trata de un asunto personal. Creo que volverán a intentarlo esta mañana, y creo que les voy a tener preparada una sorpresa cuando eso ocurra.

—¿En qué puedo ayudar?

—Que todo en el estudio transcurra con normalidad. Tengo que preparar un hechizo.

Arturo frunció el ceño ante mi respuesta y la piel se le arrugó marcándole líneas de expresión que no le había visto antes.

—¿Y eso es todo?

—De momento.

Suspiró.

—Está bien. Ojalá te sonría la fortuna, Dresden.

—No creo que empiece a hacerlo ahora —repuse, al tiempo que le dedicaba una rápida sonrisa para animarlo un poco.

Genosa me sonrió a su vez y entró de nuevo en el edificio. Lo seguí un par de

minutos después con la mochila donde guardaba quince metros de cuerda con polvo de tiza, un espejo, un rollo de papel de aluminio y media docena de velas. Entré a toda prisa y eché un vistazo a la habitación verde y al vestuario antes de encontrar a Jake Guffie vestido con unos calzoncillos grises oscuros y una bata rosa de seda que llevaba abierta. Sostenía un libro de bolsillo en una mano y una botella de Gatorade en la otra, y estaba tirado sobre su silla en una postura con la que quería dar la impresión de estar tranquilo y seguro de sí. No sé muy bien por qué me pareció que fingía, pero lo vi claro antes de hablar con él.

—Jake —dije—, contigo quería yo hablar.

Saltó de la silla como un gato nervioso y me miró con resentimiento.

—¡Ah, buenos días, Harry! ¿En qué puedo ayudarte?

—Necesitaré que me eches una mano durante unos diez minutos.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Ah, sí? ¿Con qué?

Dudé por un momento y luego me encogí de hombros.

—Estoy preparando un hechizo para protegeros a todos de la magia maligna.

—Ya —dijo Jake entornando los ojos—. No pretendo ser irrespetuoso con tu religión, tío, pero ¿no achisparía alguien los cereales de tu desayuno con LSD, no?

—¿Qué quieres que te diga, Jake? Estoy pirado, pero soy inofensivo. Ven conmigo, ayúdame a dibujar unas líneas sobre el suelo con la cuerda y después te dejaré en paz. —Me dibujé una equis sobre el pecho, con el índice—. Te lo juro.

Miró a su alrededor, quizá en busca de una excusa para irse, pero luego negó con la cabeza y se puso de pie.

—Qué coño —dijo—. Quizá aprenda algo.

Me siguió escaleras arriba hasta el último piso del edificio. Encontré el pasillo más al norte, dejé la mochila en el suelo y comencé a buscar en su interior. Jake me observó durante un minuto y luego dijo:

—¿Esto tiene algo que ver con el *feng shui*?

—*Hum*, pues ahora que lo dices, creo que sí —respondí—. El *feng shui* se ocupa de la canalización de las energías positivas y negativas, ¿no? Toma, coge esto. Lo que estoy haciendo es colocar una especie de... bueno, un pararrayos, a falta de una analogía mejor. Lo reorganizo todo para que si se vuelve a producir otra acumulación de energía negativa, acabe en el lugar que yo quiero, y no sobre ningún otro objetivo. Como una persona.

—*Feng shui* —dijo—. Vale, eso ya me parece más normal.

—Espera que prepare esto —dije mientras dejaba una línea de tiza azul sobre el suelo—. Ya está. Venga. —Comencé a avanzar por el pasillo y tras unos segundos, Jake hizo lo propio.

Era cierto que necesitaba ayuda y si tenía que pedir a alguien del estudio que me

echara una mano, prefería que fueran Jake o Joan, porque me parecieron los menos raros y los menos amenazantes de todos los que había conocido allí. Y como Joan era mujer y, por lo tanto, más proclive a ser el objetivo de la maldición, preferí no tenerla presente durante la preparación del conjuro de concentración. La idea era alejar el mal rollo todo lo posible. Habría sido una tontería mantenerla a mi lado, en medio de todo.

Y aunque Jake no creyera en lo sobrenatural, al menos había demostrado tener los nervios templados y ser un buen ayudante. Hice que me siguiera por todo el edificio con un extremo de la cuerda en la mano. En cada planta intenté cubrir casi todo su perímetro, dejando marcas de tiza en el suelo y las paredes. Bajaba la cuerda y la rozaba contra alguna superficie para que quedara la señal de la tiza azul, y mientras lo hacía, añadía un poco de mi voluntad y cierta cantidad de energía. Mi objetivo era sembrar suficientes cuñas de energía direccional para que cuando la maldición cayera de nuevo, cruzara al menos una de ellas.

Si todo salía según lo planeado, la maldición volaría hacia su objetivo, se toparía con una o más de mis cuñas que la canalizarían a través de las líneas de tiza. Después, en el centro aproximado del edificio, que resultó ser una oscura esquina del estudio de sonido, dejé el espejo sobre el suelo, bocarriba, y coloqué velas en los puntos cardinales, dentro de un círculo trazado a su alrededor. Las cuñas de fuerza conducían directamente hacia el espejo y me tomé la molestia de dibujar otro círculo e iluminarlo con velas. Después lo imbuí de una sutil resonancia de energía.

—Muy bien —comentó Jake—. Alguna vez he leído sobre esto. Los espejos sirven para alejar las malas energías...

—Más o menos —contesté mientras me incorporaba y me sacudía el polvo de las manos—. Si lo he hecho bien, la maldición entrará volando, dará en el espejo y recaerá sobre quien la envíe.

Jake arqueó las cejas.

—Eso es un poco violento, ¿no, tío?

—No, que va —dije—. Si alguien nos estuviera enviando buenas vibraciones, rebotarían hacia esa persona. Ahora, si intentan cometer otro asesinato... bueno. El que la hace, la paga.

—Eh, esa es la esencia de muchas religiones —dijo Jake—. La regla de oro, tío.

—Sí, así es —admití—. Quizá en este caso, nos pasemos de literales.

—¿De verdad crees que este lugar está maldito? —preguntó Jake con expresión seria.

—Creo que alguien no quiere que la empresa de Arturo despegue —repuse—. Eso, entre otras cosas.

Jake frunció el ceño.

—¿Crees que Silverlight está en el ajo?

—Es posible —respondí—. Pero el culpable ha ido demasiado lejos para que la motivación económica tenga sentido.

—El materialismo no es bueno para el alma —dijo Jake—. Esa gente es capaz de todo, cuando lo que busca es enriquecerse.

—El dinero está bien —contesté—. Pero el poder está mejor. El poder es el quid. Dinero, votantes, petróleo, cochazos... todos son símbolos de poder.

—Para ser un artista del *feng shui* eres muy profundo, tío.

Me encogí de hombros.

—Es la primera vez que alguien me dice eso.

—¿Tienes pareja?

Comencé a recoger la cuerda.

—La tenía. Pero no funcionó.

—Eso lo explica todo —dijo Jake—. Arturo se pone como tú cuando está en sus periodos entre mujeres. Menos mal que eso se acabó.

Abrí los ojos como platos y miré a Jake.

—¿Se acabó?

—Sí —dijo Jake—. Hombre, no nos ha enviado invitaciones ni nada de eso, pero lo conozco. Hace ya un par de meses que le flotan corazoncitos alrededor de la cabeza y ahora está en la cuenta atrás para la siguiente boda.

Aquello era importante. Aquello era muy importante.

—¿Estás seguro? —pregunté.

Jake se encogió de hombros con expresión desconcertada.

—Hombre, no lo aseguraría frente a un jurado federal ni nada de eso, tío. Pero en un tribunal popular, desde luego.

Escuchamos pisadas detrás de una esquina y Bobby *el Borde*, apareció vestido con unos pantalones cortos, una camiseta y con una pequeña libreta y un lapicero en la mano.

—Jake —dijo—. Por fin, tío. Arturo dice que de hoy no puede pasar. ¿Qué te parece Rocko Stone? ¿O Rack McGranito?

—Rocko está muy visto —contestó Jake—. Y McGranito suena a loción para el acné.

—Oh, vale.

—Piensa en algo poco habitual, tío, ¿qué tal Gowan?^[4]

—¿Cómo Gowan Knight? —preguntó Bobby.

—Sí, suena a caballero medieval.

—¿Cómo esos tíos de la Mesa Redonda?

—Sí, como esos —respondió Jake.

—Me parece un poco blandito, ¿no crees?

—Quizá —dijo Jake—. Pero puedes endurecerlo con un apellido rotundo. Algo

así como Comando.

Bobby frunció el ceño.

—Gowan Comando —repitió, y por su tono yo diría que no lo veía muy claro—. Bueno, podría funcionar. Gracias, tío. —Se detuvo y cayó en la cuenta de que yo también estaba allí—. ¡Oh!, hola, Harry, ¿verdad?

—Sí, como ayer —dije con un tono un poco borde—. Buenas.

—Sí, buenos días. —Bobby tosió y miró a Jake, que cerró un puño y le hizo un gesto de «adelante, machote»—. Harry —dijo Bobby—. Ayer me comporté como un gilipollas, tío. Lo siento.

La verdad es que no se me pasó por la imaginación que fuera sincero hasta que lo vi toser y acercarse a mí arrastrando un poco los pies con la mano extendida.

—¿Lo olvidamos? —preguntó.

Lo miré sorprendido. Por lo general casi nadie me pide perdón, pero había visto suficientes programas de Barrio Sésamo para comprender la teoría.

—Qué coño —nos dimos la mano y dije—: Claro que sí, está olvidado.

Sonrió un poco y añadió:

—Guay. Bueno, ¿y qué estáis haciendo?

—*Feng shui* —dijo Jake.

—¿Sabes de artes marciales? —me preguntó Bobby.

Ahora que no estaba en plan amenazador, me di cuenta de que aquel chaval era una joya. Tenía el potencial para proporcionar a algún listillo frases lapidarias por el resto de sus días, y eso no tiene precio.

—Un poco.

—Guay.

Jake negó con la cabeza e intentó no sonreír.

—¿Necesitas alguna otra cosa, Harry?

—Pues ahora mismo no.

Asintió.

—Venga, Gowan. Vamos a ver si Joan necesita que le ayudemos con algo.

—Eh —llamé—, Jake.

—¿Sí?

—¿Ha venido Lara?

Arqueó una ceja.

—Sí, ¿porqué?

—No, por nada —contesté—. Enseguida estaré con vosotros.

Se marcharon y yo me senté a pensar en la oscura esquina donde había puesto la trampa mágica.

El hecho de que Arturo estuviera enamorado era importante. El instinto me decía que era importante, pero no conseguía que mi agotado cerebro me dijera por qué. Me

froté los ojos. Si quería pensar, necesitaba dormir un poco antes, pero tuve que conformarme con la otra mejor opción, un café y un cerebro de repuesto.

Murphy cogió el teléfono y la saludé mientras masticaba un donut y sostenía el café.

—No te entiendo nada, Harry —dijo Murphy—. Habla más claro.

Di un sorbo de café, me abrasé la boca y luego dejé el vaso a un lado para que se enfriara un poco.

—Perdona, me he quemado la lengua. ¿Has averiguado algo más sobre Arturo Genosa? —pregunté.

—Algo —dijo Murphy—. Llamé a un tipo que conozco en Los Ángeles. Me ha pasado algunos informes municipales e incluso varios archivos sobre el abogado de Genosa, pero no hay nada especialmente interesante.

—No importa, es para hacerme una idea general.

Oí cómo sacaba una carpeta y la abrió.

—Vale. En su testamento lo deja todo a un par de organizaciones benéficas y a su familiar más próximo, su madre, pero como murió en Grecia hace unos años supongo que todo va a dichas organizaciones.

—¿Y qué pasa con sus esposas? —pregunté.

—Su madre habría sido la que controlara el fondo, pero como está muerta, pues nada. De todas formas ellas no pueden meter mano a ese dinero. Así está estipulado en los acuerdos prematrimoniales.

—¿De las tres? —pregunté. Caray, menos mal que el tío estaba enamorado—. ¿Habla de una cuarta mujer?

—No.

—¿Y hay una cuarta licencia de matrimonio?

Oí como buscaba entre las hojas mientras yo probaba de nuevo el café. ¡Ah, qué maravilla!

—Qué mierda de papel de fax. Es muy fino y las páginas están todas pegadas. — Después se detuvo por un segundo y dijo—: Qué hijo de puta. Aquí está.

—¿Para cuándo es?

—Para el próximo miércoles.

—¿Con quién se casa?

—No lo sé. Hay una mancha —dijo Murphy—. Debe de ser cosa del fax. Pero desde luego hay una cuarta licencia de matrimonio.

—Pero no hay acuerdo prematrimonial para esta cuarta mujer.

—No, no hay un cuarto acuerdo prematrimonial.

—Pues ahí tienes al familiar más cercano —dije.

—Y ahí tienes un buen motivo —añadió Murphy—. Y un nuevo sospechoso.

La puerta de la habitación verde se abrió y alcé la vista a tiempo para ver a una

mujer, vestida con un *body* y una fina bata, entrar en la habitación con un gran revólver en las manos. Me apuntó con él, encontró el cable del teléfono por el que estaba hablando, tiró con fuerza y lo desconectó de su clavija, después dijo por un móvil:

—Lo tengo.

Me quedé allí sentado sosteniendo el auricular del teléfono en una mano y el café caliente en la otra y dije:

—Hola, Trixie.

Capítulo 25

Trixie Scrump-Genosa-Vixen-Espialidosa se apoyó contra la pared y dijo:

—No te levantes, Barry. Y no muevas las manos. —Su voz temblaba de los nervios y el cañón del arma se movía arriba y abajo. Los nudillos de la mano que sostenía el móvil estaban blancos—. No quiero dispararte.

—¿Sabes? La gente tampoco quiere estrellar sus coches, pero siempre hay algún imbécil que conduce y habla por el móvil al mismo tiempo, y *pam* —dije—. Quizá deberías dejar el móvil hasta que hayamos terminado. Solo por si las moscas.

—No me des órdenes —me espetó al tiempo que me acercaba el arma como si fuera alguna especie de juguete sexual. Dio un traspie con sus zapatos de tacón alto, pero mantuvo el equilibrio—. ¡No te atrevas a darme órdenes!

Me callé. Ya estaba bastante tensa. Yo tengo la mala costumbre de hacerme el listo cuando alguien me pone nervioso. No lo puedo evitar. Pero si le buscaba las cosquillas a Trixie, su precario autocontrol quizá se hiciera trizas y me pegara un tiro por accidente. Creo que me moriría de vergüenza si me disparaba sin querer, así que decidí callar la boca. Bueno, esa era la idea.

—Vale.

—Deja las manos donde están y no te muevas.

—¿Me dejas al menos que me termine el café? —pregunté—. Está justo a la temperatura que me gusta.

Me fulminó con la mirada.

—No. Y no me llevaste el café que te pedí.

—Cierto —dije—. Tienes razón.

Nos sentamos allí durante un par de minutos y ya se me estaban cansando los brazos de sostener en alto el café y un auricular inútil.

—¿Y qué va a pasar ahora, señorita Vixen?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, aquí estamos tú y yo, y el arma, claro. Generalmente siempre hay una razón para utilizar un arma como táctica negociadora, pero, hasta el momento, lo único que haces es apuntarme con ella. No soy ningún experto, pero tal y como yo lo veo, ahora te toca pedir alguna cosa, supongo.

—Sé que tienes miedo —casi escupió—. Por eso hablas. Estás nervioso y hablas porque me tienes miedo.

—Estoy petrificado ante la perspectiva de que eches a perder mi carrera como jugador de petanca —dije—. Así que imagina si me das miedo. Pero también siento curiosidad por lo que viene a continuación.

—No viene nada a continuación —dijo.

—*Hum*, entonces ¿nos quedaremos aquí para toda la eternidad?

Me miró con desprecio.

—No, dentro de un minuto me largaré.

Alcé las cejas.

—¿Así, sin más?

—Sí.

—Vaya, eres una mala listísima —dije—. Jamás se me habría ocurrido que tu plan fuera no hacer nada.

Me dedicó una sonrisa de medio lado.

—No hace falta que haga nada.

—¿Y no te importa que luego le cuente todo esto a la policía?

Trixie rió y me miró realmente divertida.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vas a decir? ¿Qué te apunté con un arma sin razón aparente, que no te hice nada y que luego me marché?

—Bueno, pues sí.

—¿Y qué crees que creerán? ¿Esa historia tan mala o que me acorralaste cuando yo estaba sola, te propasaste conmigo y yo tuve que sacar el arma del bolso para que me dejaras en paz?

Entorné los ojos. La verdad es que no era un plan tan idiota, lo que me hizo sospechar que no se le había ocurrido a Trixie. Pero ¿para qué mantenerme inmóvil en un lugar? Consulté el reloj de la habitación. Las once y cuarenta. Mierda.

—¡Aaah! —dije—. Quieres quitarme de en medio para cuando llegue la maldición.

Abrió los ojos como platos.

—¿Cómo sabes que... —Calló de repente y ladeó la cabeza. Parecía escuchar lo que alguien le decía por teléfono—. Ya lo sé, no voy a contarle nada. No entiendo por qué... —Se sobrecogió—. ¡Ah, ya!, sí, vale. ¿Quieres bajar y hacerlo tú? Vale, bien. De acuerdo. —Su rostro se ensombreció con una mueca de ira, pero concentró toda su atención sobre mí.

—¿Con quién hablas? —pregunté.

—No te importa.

—La verdad es que sí. Y mucho. Puesto que me han contratado para descubrir a los creadores de la maldición.

Trixie dejó escapar una desagradable carcajada.

—¿Y qué más da si lo descubres? No creo que la policía considere una maldición mágica como arma en un crimen.

—Quizá no. Pero los polis no son la única autoridad en el universo. ¿Alguien te ha hablado alguna vez del Consejo Blanco?

Se humedeció los labios, sus ojos recorrieron la habitación.

—Claro que sí —contestó.

—¿Entonces sabrás que utilizar magia para matar a otro ser humano conlleva la pena de muerte?

Me miró fijamente.

—¿De qué estás hablando?

—El juicio no será muy largo. Suelen durar diez o quince minutos, como mucho. Y una vez te hayan declarado culpable, te ejecutarán allí mismo. Decapitación. Con una espada.

Su boca se movió sin emitir ningún sonido durante unos segundos.

—Mientes.

—Yo siempre voy de cara. Quizá tu problema es que te niegas a admitirlo y no ves más allá.

—Claro que no —me contestó—. Lo que quieres es asustarme. Mientes.

—Ojalá —repuse—. Mi vida sería mucho más sencilla. Oye, Trixie, tú y quienquiera que sea la persona con la que trabajas quizá os libréis si lo dejáis a tiempo. Dejad lo de la maldición y salid de Chicago.

Levantó la barbilla, desafiante.

—¿Y si no?

—Pasarán cosas malas. De hecho tú ya estás acabada, señorita Vixen, aunque aún no lo sepas. Si lanzas la maldición, probarás un poco de tu propia medicina.

—¿Me estás amenazando?

—No es ninguna amenaza —repuse—. Es un hecho. Tú y tu ritual tenéis los minutos contados.

—Ya —dijo, recuperando la compostura—. Creo que subestimas mis poderes.

Resoplé.

—Tú no tienes poderes.

—Claro que sí. Y he matado con ellos.

—Has matado con un ritual —dije.

—¿Y cuál es la diferencia?

—La diferencia —dije— es que si tuvieras algún talento como maga, no necesitarías ningún ritual.

—Lo que tú digas. Son la misma cosa. Magia, poder...

—No —contesté—. Mira, un hechizo ritual como el que has usado no tiene nada que ver contigo. Es como una máquina expendedora cósmica. Metes dos monedas, le das al botón, y aparece la maldición volando, cortesía de alguna fuerza psicótica del otro mundo que disfruta con ese tipo de cosas. No requiere habilidad alguna. No requiere talento. Hasta un chimpancé podría invocar una maldición como la tuya.

—Pero en la práctica no hay diferencia —dijo obcecada.

—Desde luego que la hay.

—¿Cuál es? —preguntó.

—Estás a punto de descubrirlo.

En lugar de asustarse, sonrió.

—¿Te refieres a ese círculo sagrado que has dibujado en el estudio de sonido?
¿Reconoció el círculo? Mierda.

—Sabíamos que intentarías algo —prosiguió—. Lo único que tuve que hacer fue seguirte cuando entraste. No sé qué pensabas conseguir con ese paripé, pero estoy segura de que todos tus garabatos y tus velas no van a conseguir lo que querías. Rompí tu precioso círculo y borré todas las marcas de tiza.

En eso tenía razón. Mierda, mierda.

—Trixie —dije—. Sabes que esto no está bien, ¿por qué lo haces?

—Protejo lo que es mío, Larry —contestó—. Es un asunto de negocios.

—¿Negocios? —pregunté—. Dos personas han muerto. Giselle y Jake casi la palman y no quiero ni pensar en lo que le habría pasado a Inari si yo no llego a estar allí. ¿Qué coño crees que estás haciendo?

—No siento ninguna necesidad de justificarme ante ti.

La miré atónito y luego dije:

—Así que tú tampoco lo sabes. No sabes con quién se casa.

No dijo nada, pero sus ojos se encendieron con desprecio y rabia.

Negué con la cabeza y proseguí.

—Así que te has dedicado a eliminar a todas las mujeres de la vida de Arturo Genosa. Una a una. Ni siquiera sabes si estás matando a la persona indicada.

—Solo queda una muñequita lo bastante guapa para su gusto —dijo.

—Emma —dije.

—Y con ella muerta, no tendré que preocuparme de que nadie me robe lo que es mío.

La contemplé durante un segundo.

—¿Estás loca? —dije—. ¿De verdad crees que te saldrás con la tuya?

—Me sorprendería mucho ver a un fiscal acusarme de brujería —respondió.

Trixie era demasiado tonta para creer lo que le conté sobre el Consejo Blanco y demasiado egocéntrica para acertar con mi nombre, pero por amor de Dios, tenía que ser humana.

—Joder, Trixie. Emma tiene críos.

—Y Hitler —espetó Trixie.

—No, Hitler no tuvo hijos —contesté—. Solo perros.

—Me da igual —respondió.

Consulté el reloj. Las once y cuarenta y tres. En cuatro minutos, más o menos, Emma iba a morir.

Trixie volvió a prestar atención al teléfono, escuchó durante un momento y contestó con un escueto «sí». Después, del teléfono se escapó un sonido de

acoplamiento y Trixie se estremeció tan violentamente que me preocupó seriamente que se le disparara el arma por accidente.

—¡Joder! —dijo—. Los teléfonos móviles son una mierda.

Los móviles son como los canarios en jaulas que se bajaban a las minas del mundo sobrenatural. Cuando algo mágico comienza a moverse, los móviles son de los primeros aparatos en notarlo. Lo más probable era que alguien al otro lado del teléfono hubiera comenzado a invocar energía.

Lo que significaba que el *malocchio* estaba de camino para acabar con Emma.

Y mientras Trixie no me dejara salir de la habitación verde, yo no podía hacer nada para ayudarla.

Capítulo 26

Si no hacía algo, una mujer más iba a morir y un par de críos se iban a quedar huérfanos. Por otra parte, me estaban apuntando con un arma a la cara, y si hacía algo, el muerto sería yo. Lo más inteligente habría sido hacer caso a Trixie y esperar hasta que se hubiera marchado. Emma estaría muerta, pero yo al menos tendría doce horas para cerrar de una vez por todas la franquicia del mal de ojo. Si no cooperaba, moriríamos los dos, Emma y yo, y los malos seguirían haciendo de las suyas.

De modo que la apuesta más segura era estarse quietecito. Lógico.

Pero hay cosas más viejas que la lógica. El instinto, por ejemplo. Uno de los instintos más primarios en el alma humana es la necesidad de proteger a los niños de cualquier peligro. Si la muerte de Emma no hubiera sido suficiente motivación, la sola idea de que aquella arpía imbécil, egoísta y degenerada dejara a los niños de Emma marcados de por vida hacía que me entraran ganas de invocar fuego y achicharrar a Trixie Vixen y su escultural culo hasta que no quedaran más que las cenizas.

Pensé en lanzarme a por ella sin pensar en el arma. No era tan descabellado como cabría pensar. Matar no es tan fácil como puede parecer. La mayoría de las personas están programadas para no dañar a otro ser humano. De hecho, los soldados y los policías reciben un entrenamiento específico para superar ese instinto y los asesinos que disparan a otras personas suelen hacerlo, víctimas de la desesperación.

E incluso soldados bien adiestrados y asesinos despiadados con frecuencia cometen errores. Billy *el Niño* una vez vació su Cok sobre el cajero de un banco a menos de un metro y falló seis veces. He visto imágenes de un poli que se vio obligado a desenfundar y abrir fuego sobre un sospechoso. Disparó todo un cargador sobre el tipo a solo seis metros y no le dio ni una sola vez.

Puede que Trixie tuviera el arma, pero carecía de experiencia, entrenamiento y desde luego su postura no era la correcta. Si dudaba, aunque solo fuera por una fracción de segundo, quizá pudiera acercarme a ella. Si no dudaba, aún tenía alguna probabilidad de sobrevivir. Quizá fallara las suficientes veces para llegar hasta ella y quitarle el arma.

Claro que también podía descerrajarme un tiro en un ojo. O en la garganta. O en las tripas.

Sentí una repentina brisa etérea, fría y desagradable. La maldición ya casi estaba allí, y era más mortífera y más potente que nunca. Tras un segundo de concentración supe que no podría bloquear aquello solo con magia y que incluso desviar toda aquella energía en bruto sería casi imposible. No sé qué había pasado para que en ese momento la maldición fuera tan fuerte, tan letal, y me asusté tanto que me dieron ganas de escapar de mi cuerpo.

Tenía que hacer algo y tenía que hacerlo ya.

Necesitaba distraerla, pero lo único que se me ocurrió fue girar la cabeza rápidamente hacia la puerta y cambiar el peso de mi cuerpo como si me fuera a incorporar.

—No te muevas.

Me humedecí los labios sin dejar de mirar hacia la puerta.

Noté que vacilaba un poco y miró de reojo hacia la puerta durante solo un segundo, pero eso es con lo que tendría que conformarme.

Le tiré el café que aún abrasaba. Le cayó en un hombro y el cuello. Gritó por la sorpresa y el repentino dolor. Me lancé sobre ella con el auricular del teléfono en mano para golpearla con él en la cabeza.

Trixie gritó y me miró, su bonito rostro era ahora una mueca de terror e incredulidad.

Entonces aparecieron mis dichosos reflejos caballerosos.

Dudé.

Me disparó cuando estaba a solo medio metro.

Pero me recuperé antes de perder la mayor parte del impulso y caí sobre ella. El peso de todo mi cuerpo hizo que sus omóplatos se estamparan contra la pared junto a la puerta. La pistola volvió a rugir y percibí el penetrante y acre aroma a cordita y el olor dulzón de la sangre. Rodeé con mis dedos su muñeca y la golpeé contra la pared. La pistola sonó una vez más, pero finalmente cayó de sus dedos al suelo.

De una patada la mandé al otro lado de la habitación. Trixie me clavó las uñas de la otra mano en los ojos. El dolor me atravesó. Le rodeé la cintura con un brazo y la aparté de mí con un empujón, lanzándola al lado opuesto al que había mandado la pistola. Se golpeó contra la mesa y se dobló sobre ella, tirando la caja de donuts y un plato con fruta variada.

Luego se dejó caer al suelo, entre llantos. Una de sus medias estaba empapada en sangre desde el tobillo hasta la pantorrilla. Se hizo un ovillo, aferrándose a su pierna herida. Recuperé el arma sin tocar la empuñadura, comprobé la recámara, y estaba vacía. Miré a Trixie Vixen.

Se apartó de mí llorando de dolor y miedo.

Alzó un brazo como si fuera un escudo.

—No, no, por favor. Yo no quería. No quería hacerlo.

Mi cuerpo estaba lleno de adrenalina salvaje y enajenada.

Quería matarla.

De verdad.

Jamás había sentido esa repentina oleada de ira, desprecio y desdén mezclado con una excitación física, solo unos grados por debajo de la excitación sexual. No era una emoción. No era tan familiar y limitado. Era una fuerza, una corriente oscura y vasta

que me atrapó y me zarandó como una de esas vainas de poliestireno que se usan en los embalajes. Y me gustó.

Había algo en mí que se regodeaba y disfrutaba al ver a mi enemigo en el suelo, indefenso. Esa parte quería verla gritar. Y luego verla morir gritando.

No estoy seguro de cómo logré frenar ese impulso de violencia y lujuria. Pero en lugar de matar a Trixie, la miré fríamente durante un segundo, estudiando sus heridas. Una de las balas debió de rebotar en algún lugar y alcanzarle en la pantorrilla o darle ahí directamente cuando estábamos forcejeando. Sangraba, pero no lo bastante para morir a corto plazo. Además, la línea que unía la pierna con el pie estaba distorsionada, doblada en un ángulo imposible. La bala debió de romperle un hueso.

—Por favor —balbució sin quitarle ojo a la pistola que ahora yo empuñaba—. Haré lo que quieras. Lo que sea. ¡Oh, Dios, por favor, no me mates!

Caminé hacia la puerta y vi un par de agujeros de bala en ella, después me escuché hablar con una voz tranquila y letalmente fría.

—¡Cállate!

Me obedeció mientras se estremecía entre sollozos, ocultando el rostro. El olor a orina se unió al resto de los aromas de la habitación. Sin dejar de sostener su arma, abrí de una patada la puerta y salí corriendo en dirección al estudio de sonido para ocuparme de la maldición.

No hacía ya ninguna falta.

El cadáver de Emma yacía boca arriba en el pasillo. Llevaba unos pantalones cortos de ciclista de licra con un top de deporte a juego. Bajo su cuerpo se estaba formando un charco de sangre. Un pequeño y limpio orificio en su esternón acompañaba al que presentaba en la frente, justo por encima de la ceja derecha. Tenía las rodillas dobladas bajo ella, y los brazos ligeramente extendidos. Sobre el suelo había también una botella, que apenas llegaba a rozar con la yema de un dedo. Murió en el acto y su cuerpo simplemente se desplomó inerte y relajado sobre el suelo.

Los disparos no habrían sido más eficaces si los hubiera realizado un asesino profesional. Las probabilidades de que dos balas perdidas alcanzaran a una persona donde lo habían hecho estas eran inconcebiblemente bajas. El *malocchio* la había matado. Las balas perdidas habían sido el instrumento.

Oí a Trixie ahogar un grito a mis espaldas, me giré y vi como contemplaba el cuerpo.

—No —murmuró. Sus palabras parecían, de alguna manera, distorsionadas y confusas—. Este no era el plan. No iba a ocurrir así. Él jamás dijo que sería así.

Escuché pisadas que se acercaban a la carrera por el pasillo y alcé la vista a tiempo para ver como un par de operadores de cámara, además de Jake y Arturo doblaban una esquina. Se detuvieron de golpe, atónitos ante la escena. Alguien, creo que Jake, dejó escapar un grito agudo y quejumbroso.

De repente me di cuenta de que estaba frente al cadáver de una mujer, mientras otra sangraba de un disparo a tres metros, y yo sostenía el arma del crimen.

Los ojos de Trixie se abrieron como platos al reconocer la oportunidad. Su boca se retorció en una mueca vengativa y trastornada. Dejó escapar un grito y dijo:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Dios, no dejéis que me mate a mí también!

No tuve mucho tiempo para decidir qué hacer, pero pude aprovecharme de uno de esos momentos en los que nadie sabe cómo reaccionar y parece que tengas todo el tiempo del mundo para pensar.

Había sido muy lento y ahora Emma estaba muerta. Peor aún, en aquellos momentos yo parecía el culpable. Más adelante, los forenses establecerían que fue Trixie quien había empuñado el arma cuando esta se disparó, pero mi relación con gran parte del sistema legal de Chicago nunca ha sido especialmente cordial, ya fuera en los juzgados o con las fuerzas de seguridad. Al menos un poli, ahora en Asuntos Internos, estaría encantado de aprovechar aquella oportunidad para crucificarme, y si me arriesgaba a ser detenido, el arma, más la declaración de una testigo ocular y posible víctima podrían proporcionar al Estado un caso de duda razonable. Y aunque no ganaran, pasaría un tiempo en la cárcel, meses, quizá años, hasta que se aclarara un caso que podría resolverse en cuestión de días. Mavra y su plaga tendrían tiempo para encontrarme y matarme. Sabía por experiencia que ni la celda más segura sería obstáculo para criaturas sobrenaturales con ganas de matar.

Seguía sin saber quién ayudaba a Trixie. Si no averiguaba quién estaba detrás de todo aquello, la masacre no terminaría nunca. Si quedaba fuera de juego, se saldrían con la suya, y la sola idea volvió a reavivar la rabia. La muerte de Emma había cambiado las cosas. Antes, se trataba de un asunto peligroso, pero ahora habían matado a una mujer delante de mis narices. No fue por dejadez mía, lo sé, pero de nuevo había fracasado a la hora de evitar una muerte. Ahora, Emma, cuyo único delito era seguramente querer lo mejor para sus hijos, yacía inerte en el suelo y sus críos se habían quedado sin madre.

Contemplé a Trixie durante un segundo rojo e iracundo, y mi mirada ahogó sus continuos gritos que pasaron a ser simples sollozos. Trixie quizá fuera una mujer, pero en ese momento me daba igual. Había cruzado la línea. Por lo que me atañía, al matar a Emma ella y sus compinches habían perdido su carnet de miembros de la humanidad.

Y no iba a permitir que se fueran de rositas, pero eso no lo podía evitar desde una celda.

Me di la vuelta y salí corriendo hacia un pasillo adyacente y luego hacia la puerta más cercana, que encontré cerrada. Maldije mi suerte y retrocedí en busca de la puerta principal. Alguien gritó, pero no hice caso. Esprinté los últimos seis metros y estaba a punto de llegar a la puerta cuando esta se abrió de repente.

Joan entraba, procedente del aparcamiento, jadeante. Llevaba unos viejos vaqueros y otra camisa de franela encima de una camiseta. Sostenía unas llaves en una mano y un martillo de orejas en la otra. Había pasado por la puerta que encontré cerrada y había llegado antes que yo a la salida.

—¿Qué haces? —preguntó.

Miré de reojo detrás de mí. Escuché unos gritos y pasos a la carrera, rápidos y pesados. Bobby había salido corriendo tras de mí. Si intentaba detenerme allí, en el pasillo, era poco probable que pudiera librarme de él sin hacerle daño, daño de verdad. Pero cuando di otro paso hacia delante, Joan tragó saliva. Su rostro estaba pálido de miedo, pero en sus ojos vi determinación. Alzó el martillo.

—Joan —dije entre jadeos—. Tengo que salir de aquí.

—No —respondió—. No sé qué está pasando, pero no puedo dejar que te vayas. He oído disparos. Emma y Trish están heridas.

No tenía tiempo para charlar. Cogí un pañuelo de mi bolsillo, envolví con él la empuñadura de la pistola para conservar las huellas, y lo alcé, sin apuntar realmente a Joan.

—No hay tiempo para explicaciones, pero si no me dejas salir, esto no acabará nunca. Alguien más del equipo caerá herido esta misma noche.

Su expresión ahora era de furia.

—No te atrevas a amenazar a esta gente.

—No es una amenaza —dije casi a gritos. No me gustó hacerlo, pero le apunté con el arma—. Aparta.

Comenzó a temblar, pero cogió con más fuerza el martillo y negó con la cabeza.

—Lo digo en serio —dije, y di un paso hacia delante con el semblante más amenazador del que era capaz.

Joan miró la pistola durante un momento. Luego una expresión de resolución ocupó el lugar del miedo en su rostro. Bajó el martillo y dio un paso hacia mí, con lo que el cañón del arma quedaba ahora a escasos centímetros de su esternón.

—No puedo dejar que hagas daño a nadie más. Si quieres salir —dijo en voz baja—, tendrás que matarme a mí también.

La contemplé durante un segundo. Luego cogí el arma por el cañón con la mano izquierda, dejé el pañuelo sobre la empuñadura y se lo ofrecí.

Joan me miró confusa.

—¿Qué haces?

—Cógelo —dije—. Las huellas de Trixie están en la empuñadura, así que no la toques. Ella fue la que disparó. Ella y su compinche son los responsables de todas las muertes y los accidentes. Pero cuando llegue la poli, mentirá, y me acusará a mí. Si la policía me detiene, no podré ayudaros cuando la maldición vuelva a golpear esta noche. Tengo que irme.

Joan se estremeció y cogió el arma. La sostuvo como si le diera asco.

—No lo entiendo.

—Joan. Si yo fuera el que disparó, te habría pegado un tiro también en lugar de entregarte el arma del crimen, ¿no crees? Deja la pistola aquí para cuando llegue la policía.

Vaciló, no estaba muy segura.

—Ayúdame —le pedí. Había una nota tensa de miedo en mi voz—. Necesito volver a mi casa, coger unas cosas y largarme antes de que la policía me siga. Intenta distraerlos. Solo cinco minutos, por favor. ¡Dios, va a volver a pasar si yo no lo detengo!

Miró de reojo a la puerta.

—Por favor, Joan —dije en voz baja—. Dios, por favor, ayúdame. —Se hizo un pesado silencio, solo perturbado por las pisadas que se oían cada vez más cerca.

—Debo de estar loca —dijo—. Debo de estar loca.

Se apartó a un lado.

Y entonces hice lo único que podía hacer en aquellas circunstancias. Me hacía parecer todavía más culpable, pero si quería seguir respirando, no tenía otra opción.

Corrí.

Capítulo 27

Llegué al aparcamiento corriendo, entré en el Escarabajo y lo puse en marcha. Detrás de mí oí como saltaba la alarma antiincendios del edificio, una sirena ensordecedora de emergencia. Además de la policía y seguramente alguna ambulancia, por allí aparecerían también unos cuantos camiones de bomberos. Iba a resultar muy complicado salir de allí, al menos para los agentes. Para cuando hubieran evacuado todo el edificio, probablemente yo podría estar en La Habana. Joan al menos me había conseguido diez minutos, puede que incluso más.

—Que Dios te bendiga, Joan —murmuré. Metí marcha atrás y salí de allí en dirección a mi apartamento. Ya estaba bastante lejos, en la autopista, cuando oí las sirenas. Conduje con cuidado y respetando los límites de velocidad; no quería por nada del mundo que me detuviera la policía, e intenté pensar en otra cosa. Pero no podía dejar de darle vueltas a lo que acababa de suceder.

Trixie Vixen estaba en la habitación conmigo cuando llegó la última maldición y aunque era evidente que estaba implicada, el hechizo lo lanzó otra persona. Sin embargo, Trixie conocía todos los detalles y sabía lo bastante de magia para destrozarlos apresurados escudos que levanté por todo el estudio. Si a eso le añadíamos que presumió de tener poderes, no era descabellado suponer que había tomado parte en el hechizo; probablemente participó en el ritual que sirvió para invocar la maldición.

Tenía sentido. Trixie era una diva engreída, egoísta y arrogante, de maneras melodramáticas y malos humos, convencida de que el universo giraba en torno a ella. Las muertes o los sucesos casi mortales provocados por el *malocchio* habían añadido oscuras connotaciones a la palabra «accidente». Un enjambre de abejas, coches que saltan por puentes y electrocución sobre un charco de sangre eran formas de asesinar bastante ridículas. Y lo del pavo congelado parecía salido directamente de un dibujo animado.

Hasta habrían resultado divertidas, si no hubiera sido por su resultado.

Pero la maldición de hoy había sido diferente. No noté la acumulación lenta y progresiva de energía, no hubo armas manufacturadas por la Corporación Acme y no se produjeron daños colaterales. A diferencia de las otras muertes, la de Emma había sido el resultado de un golpe preciso y contundente de energía violenta. En ediciones anteriores, la maldición había funcionado más como una rudimentaria hacha de piedra, no como un escalpelo. Además, la maldición de hoy había sido mucho más fuerte que las anteriores.

Y Trixie era el mínimo común denominador.

Cualquier clase de hechizo mágico requiere de ciertas cosas para que se materialice. Primero, debes reunir energía. Luego tienes que darle forma con tus

pensamientos y sentimientos para que haga lo que tú quieres. Y para terminar, tienes que liberarla en la dirección a la que quieres que se dirija. Dicho de otra forma, tienes que cargar la pistola, apuntar y apretar el gatillo.

El problema era que, con una maldición tan potente, estábamos hablando de una pistola muy, muy grande. Incluso con un ritual que proporcionara la potencia adecuada, controlar ese poder era algo que no estaba al alcance de cualquiera. Apuntar y apretar el gatillo era más fácil, pero hacerlo todo al mismo tiempo sería muy complicado, incluso para algunos magos. Por eso para los grandes proyectos se necesitan tres personas que trabajen juntas, y es de ahí de donde procede el estereotipo de las tres brujas gritonas preparando un hechizo en torno a un gran caldero.

Trixie salió del estudio antes de que la maldición cayera sobre Inari la otra noche, y tampoco estuvo presente doce horas antes. En cambio, sí había estado en esta ocasión. Vi la personalidad de la melodramática Trixie en todas las muertes absurdas, pero estaba totalmente seguro de que no tenía poderes.

Por lo tanto, la habían ayudado. Alguien tenía que manejar la energía mientras Trixie daba forma a la maldición siguiendo un ridículo guión de muerte. Y alguien más tuvo que apretar el gatillo, canalizando el hechizo hacia su objetivo, algo que también requería más habilidad y capacidad de concentración de la que estaba dispuesto a reconocerle a Trixie. Así que tenían que ser tres.

Tres *stregas*.

Tres antiguas señoras de Genosa.

La maldición que terminó con Emma era distinta. Para empezar, había sido mucho más potente, y había llegado con mucha más rapidez. El resultado fue una muerte certera y sin escándalo. Si Trixie no estaba con ellas, eso quería decir que una de las otras tenía verdaderas habilidades, o que habían encontrado un sustituto para Trixie capaz de conseguir que el asesinato resultara simple, rápido y limpio.

Cuatro asesinos trabajando juntos. Yo era el único que podía entorpecer su camino y sabían que me estaba acercando. A la luz de los acontecimientos, estaba claro quién sería la próxima víctima de la maldición que caería después de doce horas.

Yo.

Eso suponiendo, claro está, que Mavra y su plaga de vampiros, o quizá el hombre que había contratado para ayudarme a matarlos, no acabaran conmigo antes. Lo mismo se quedaban con las ganas. ¿Lo ves? Este es el poder del pensamiento positivo.

Volví a mi apartamento, salí del coche justo a tiempo para ver a *Mister* corriendo por la acera a toda velocidad. Miró a ambos lados de la calle antes de cruzar, y entramos en mi apartamento juntos. Comencé a reunir algunas cosas y a meterlas en

una bolsa de deporte de nailon, luego abrí la puerta que daba al laboratorio. Bob salió de *Mister*, que se apresuró a acurrucarse junto al fuego y se durmió al momento.

—¿Y bien? —pregunté mientras terminaba de guardar las cosas en la bolsa—. ¿La has encontrado?

—Sí, la he encontrado —confirmó Bob.

—Ya era hora —dije. Bajé las escaleras a toda prisa, murmuré una palabra y se encendieron varias velas. Saqué un rollo de pergamino del tamaño de una cartulina y lo extendí sobre la mesa en el centro del laboratorio. Luego coloqué una pluma estilográfica a su lado—. ¿Dónde?

—No muy lejos de Gabrini Green —dijo Bob—. Eché un buen vistazo al lugar.

—Bien. Tienes permiso para salir el tiempo necesario y mostrarme lo que has encontrado.

Dio un suspiro, pero no se quejó. La consabida nube de lucecitas naranjas salió por las cuencas de la calavera. Esta vez parecía menos brillante y arremolinada de lo habitual. La nube de luz rodeó la pluma, luego la levantó y comenzó a dibujar un plano de la guarida sobre el pergamino. La voz de Bob, un poco apagada dijo:

—Esto no te va a gustar.

—¿Por qué no?

—Es un albergue.

—¿Un albergue para los sin techo?

—Sí —respondió Bob—. También trabajan en la rehabilitación de drogadictos.

—Vaya por Dios —murmuré—. ¿Cómo se atreven los vampiros a meterse en un lugar con tanta gente?

—Porque esta clase de edificios públicos no tienen apenas umbral, así que no necesitan invitación. Creo que probablemente entraron desde la Subciudad, directos al sótano del albergue.

—¿A cuánta gente han herido?

La pluma de Bob se deslizaba sobre el pergamino. Cuando yo dibujo mapas, suelo acabar con una serie de cuadrados desproporcionados, líneas torcidas y círculos incompletos. El dibujo de Bob parecía una obra de Da Vinci.

—Había tres cuerpos amontonados en una esquina del sótano —dijo Bob—. Han convertido en esclavos a parte del personal del albergue, que los están encubriendo. Los demás, una media docena de personas, están amordazados y encerrados en un armario de cedro.

—¿Viste matones?

—Ya lo creo. Media docena de renfields, cada uno con su propio perro maldito, para más inri.

—¿Renfields? —pregunté.

—¿Cómo pues vivir en este siglo y desconocer la existencia de los renfields? —

preguntó Bob—. Tienes que salir más, y pronto.

—Oye, leí el libro. Sé quién era Renfield. Pero nunca había oído hablar de renfields en plural.

—¡Ah! —dijo Bob—. ¿Qué quieres saber?

—Bueno, en primer lugar ¿cómo los llamaban antes de que Stoker publicara su novela? —pregunté.

—No los llamaban de ninguna manera, Harry —dijo Bob con un tono que demostraba su infinita paciencia—. Por eso el Consejo Blanco pidió a Stoker que publicara el libro. Para que la gente supiera de su existencia.

—Ya, vale —me froté los ojos—. ¿Cómo los dominan los vampiros?

—Con control mental —respondió Bob—. Lo habitual.

—Siempre con el control mental de las narices —murmuré—. A ver si lo he entendido bien. Los esclavos se limitan a caminar como atontados a la espera de recibir órdenes, ¿no?

—Sí —confirmó Bob sin dejar de manejar la pluma—. Como si fueran zombis, pero todavía tienen que ir al baño.

—¿Entonces un renfield es una versión descafeinada de los esclavos?

—No —dijo Bob—. Un esclavo está tan sometido que quizá ni siquiera sepa que es un esclavo, y puede permanecer así bastante tiempo.

—Como lo que DuMorne le hizo a Elaine.

—Bueno, supongo, sí. Algo así. Sin embargo para lograr ese sometimiento hay que ser sutil. Someter a alguien también requiere mucho tiempo y cierta cantidad de empatía, algo de lo que Mavra carece.

—¿Y entonces? —dije con cierta impaciencia—. Un renfield es un...

Bob dejó la pluma.

—Es la forma más rápida y sucia que tiene la Corte Negra de hacerse con músculo barato. Los renfields están sometidos a una esclavitud total gracias a la fuerza bruta psicológica.

—Estás de coña —dije—. La clase de daño mental que causaría eso...

—Pierden por completo la cordura —confirmó Bob—. A partir de ese momento solo sirven para una cosa: ejercer la violencia. Pero como es más o menos lo que querían los vampiros, pues encantados.

—¿Cómo se los libera? —pregunté.

—Es imposible —respondió Bob—. Ni el mismo Merlín original pudo hacerlo, como tampoco pudo ninguno de los santos que lo intentaron en su día. Se puede liberar a un esclavo y que se recupere con el tiempo. Pero los renfields no. Desde el momento en que les destrozan la mente, tienen fecha de caducidad.

—¡Oh! ¿Qué quieres decir? —dije.

—Los renfields se vuelven cada vez más violentos y desequilibrados, y se

autodestruyen en uno o dos años. No los puedes curar. A efectos prácticos, es como si ya estuvieran muertos.

Repasé los hechos de cabeza y me admiré ante lo mucho que había empeorado la situación. Con los años he aprendido que la ignorancia es más que una bendición: es un puñetero éxtasis orgásmico. Miré a Bob y dije:

—¿Estás seguro de lo que me has dicho?

La nube de luces naranjas flotaron cansadamente hacia la calavera en su estantería.

—Sí. DuMorne investigó bastante sobre ese tema en su día.

—A Murphy no le va a gustar esto —aduje—. Desmembrar monstruos con una motosierra es una cosa. Matar a gente es otra.

—Sí. La gente es mucho más fácil.

—Bob —gruñí—. Son seres humanos.

—Los renfields no, Harry —dijo Bob—. Se mueven, pero en realidad ya no están ahí.

—Ya, pero explica eso en un tribunal —respondí, mientras me estremecía—. O al Consejo Blanco, ya que estamos. Si me cargo a la persona equivocada, podría acabar en la cárcel, o en la cámara estrella de juicios del Consejo Blanco. Mavra utiliza nuestras leyes para protegerse de nosotros. Es muy injusto.

—¡A la mierda las leyes! ¡Cárgatelos a todos! —exclamó Bob con un grito cansado.

Suspiré.

—¿Y qué pasa con los perros?

—Pues son los típicos animales —dijo Bob—. Pero los han imbuido con la misma clase de energía oscura con la que funciona la Corte Negra. Son más fuertes, más rápidos y no sienten dolor. Una vez vi a uno atravesar una pared de ladrillos.

—Seguro que luego parecen perros normales ¿eh?

—Y antes también —apostilló Bob.

—Imagino que si la policía se ocupa de mi caso cuando todo esto haya acabado, se les podrá unir la Sociedad Protectora de Animales como acusación particular. —Negué con la cabeza—. Y para rematarlo todo, Mavra también tiene rehenes encerrados en un armario. Los utilizará como escudo humano cuando comience la batalla.

—O como cebo en alguna trampa —añadió Bob.

—Sí. En cualquier caso complica mucho las cosas, aunque entremos cuando Mavra y su plaga estén durmiendo. —Contemplé el plano de su guarida dibujado por Bob— ¿Algún sistema de seguridad?

—Uno electrónico y viejo —contestó—. Nada del otro mundo. No tendrás problemas en cargártelo.

—Mavra cuenta con eso. Así que habrá centinelas. Tenemos que librarnos de ellos.

—Olvídalo. No es que los esclavos y los renfields sean los mejores guardianes del mundo, pero los perros malditos lo compensan. Si quieres entrar, tendrás que ser invisible, no hacer ruido y no oler. No podrás atacarlos por sorpresa.

—Mierda. ¿Qué clase de armas manejan?

—*Hum*, pues sus colmillos, principalmente, Harry.

Lo miré furioso.

—Los perros no.

—¡Ah! Los esclavos tienen unos cuantos bates de béisbol. Los renfields, rifles de asalto, granadas y chalecos antibalas.

—¡Joder!

Bob me miró desde lo alto de su estantería.

—¡Ooooh, no me digas que tienes miedo de unas ametralladoras!

Lo fulminé con la mirada y arrojé un lápiz a la calavera.

—Quizá a Murphy se le ocurra la forma de hacer esto sin comenzar la tercera guerra mundial. Mientras tanto, cambiemos de tema. Necesito tu opinión.

—Claro —dijo Bob—. Tú dirás.

Le hablé de la maldición entrópica y de quién pensaba que estaba detrás.

—Magia ritual —confirmó Bob—. Más aficionados.

—¿Quién patrocina las maldiciones rituales ahora? —pregunté.

—Bueno, en teoría, muchos poderes. En la práctica, sin embargo, casi todos los escritos en los que figuran están en manos del Consejo, de los Venatori, o de alguien con influencia en el mundo sobrenatural. Muchos se han destruido. Me llevará un tiempo reunir todos los datos.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque tengo recuerdos de unos seiscientos años entre los que buscar y estoy agotado —respondió Bob con voz débil, como si viniera de muy lejos—. Pero puedes estar seguro de que quien promueve la maldición no será muy simpático.

—Cuéntame algo que no sepa —dije—. Eh, Bob.

—¿*Hum*?

—¿Es posible crear un hechizo que dure, no sé, veinte o treinta años?

—Claro, si tienes pasta para pagarlo —dijo Bob—. O si eres el típico ñoño sentimental amante de la familia.

—¿Sentimental? ¿A qué te refieres?

—Bueno, puedes fijar magia a ciertos materiales, ¿no? La mayoría suelen ser muy caros. O puedes optar por lo más barato y utilizar tu varita mágica, por ejemplo, para refrescar la magia de vez en cuando. —Los ojos de la calavera comenzaban a perder brillo con rapidez—. Pero, a veces, la puedes fijar a una persona.

—Eso no es posible —repliqué.

—Para ti no —dijo Bob—. Tiene que haber una relación de parentesco. Compartir la misma sangre, ese tipo de cosas. Quizá si tuvieras un hijo... Pero me parece que para eso tendrías que tener novia, ¿eh?

Me pasé la mano por el pelo sin dejar de pensar.

—¿Y si lo haces así, el hechizo dura tanto tiempo?

—Sí, claro —contestó Bob—. Mientras la persona a la que lo has fijado esté viva. Para evitar que el hechizo se debilite necesita energía del sujeto ancla, por así llamarlo. Por eso casi todas las maldiciones de la peor clase se suelen dar entre familiares.

—Así que por ejemplo —dije—, si mi madre hubiera lanzado una maldición contra alguien, mientras yo esté vivo, esa maldición permanecerá activa.

—Exacto. O como sucede con el hombre lobo. Su propia progenie mantiene viva la maldición. —La calavera abrió la boca en un bostezo—. ¿Alguna cosa más?

Cogí el plano y lo metí en un bolsillo. Bob estaba casi ya sin fuerzas y yo no tenía tiempo que perder. Tendría que descubrir lo demás yo solo.

—Descansa e intenta hacer memoria —le indiqué—. Yo tengo que largarme antes de que la poli aparezca por aquí. —Hice ademán de levantarme del taburete y todos mis músculos se quejaron por tener que ponerse de nuevo en movimiento. Torcí el gesto y dije—: Analgésicos. Está claro que también necesito unos analgésicos.

—Buena suerte, Harry —balbució Bob y las lucecitas brillantes de los ojos de la calavera se apagaron por completo.

Me dolía todo el cuerpo mientras subía las escaleras hacia el apartamento. La verdad es que empezaba a ser un experto en dolores, desde luego práctica no me faltaba. Podía ignorar el sufrimiento. Tenía un talento especial para hacerlo. Y ese talento se había refinado gracias a las duras lecciones de la vida y a las aún más duras lecciones de Justin DuMorne. Pero aun así, aquel tormento pasaba factura. Mi cama no era ninguna maravilla, pero me lo pareció cuando pasé por delante de camino a la puerta.

Tenía las llaves en una mano y la bolsa colgando de un hombro cuando escuché unos golpes procedentes de la esquina más oscura del cuarto, junto a la puerta. Me detuve y, un momento después, mi bastón de mago comenzó a vibrar y a dar golpes. Se estremecía y vibraba, chocando contra la pared y el suelo con movimientos rápidos, demasiado rítmicos para que aquello no tuviera un significado.

—Bueno —murmuré—. Ya iba siendo hora.

Cogí mi bastón, apoyé un extremo con fuerza en el suelo y me concentré en aquel trozo de madera. Me deslicé por su superficie hasta adentrarme en el constante y pesado poder de la tierra bajo él. Luego imprimí mi propio ritmo contra la piedra del suelo. El bastón enmudeció, luego vibró dos veces en mi mano. Le dejé agua y

comida a *Mister*, cerré la puerta de mi apartamento y cargué los escudos de energía protectora a su alrededor.

Cuando llegué a las escaleras, una vieja y pesada camioneta Ford, sufrida y sólida superviviente de la Gran Depresión, entró en el aparcamiento de gravilla situado junto al edificio y se detuvo con un chirrido. Tenía matrícula de Missouri. En la parte de atrás había un compartimento destinado a las armas, con una vieja escopeta de dos cañones en su parte superior, y un antiguo, grueso y pesado bastón de mago en el enganche de más abajo.

El conductor puso el freno de mano y abrió la puerta sin apagar el motor. Era viejo, pero sano; un hombre bajo y fuerte vestido con un mono, unas pesadas botas con suela de goma y una camisa de franela. Tenía unas manos grandes con los nudillos llenos de cicatrices, y llevaba dos sencillos anillos de acero en cada dedo índice. Unos escasos mechones blancos ondeaban alrededor de su calva endurecida por el sol. Tenía los ojos oscuros, su expresión era de fastidio y cuando me vio dio un resoplido y saludó:

—Hola, Hoss. Tienes peor pinta que...

—Siempre me dices lo mismo —le interrumpí con una sonrisa. El viejo rió entre dientes y me ofreció la mano. Se la estreché y sentí de nuevo la agradable familiaridad de su callosa fuerza que resistía a los estragos de la edad—. Me alegro de verlo, señor. Empezaba a pensar que me iba a dejar tirado.

Ebenazar McCoy, miembro veterano del Consejo Blanco, mentor mío durante un tiempo y según tenía entendido un mago potente de verdad, me dio unos golpecitos en el brazo con la mano que le quedaba libre.

—¿Otra vez metido en camisa de once varas, eh? Cualquiera diría que eres demasiado tozudo para saber cuándo dar marcha atrás.

—Será mejor que nos demos prisa —le dije—. La policía llegará en cualquier momento.

Frunció el ceño y sus despeinadas cejas blancas se convirtieron en una sola, pero asintió con la cabeza y dijo.

—Sube.

Me subí a la camioneta y coloqué mi bastón con las armas de Ebenazar. El bastón del viejo era más corto y más grueso que el mío, pero los sellos y fórmulas grabadas en su superficie eran muy similares, y la textura y el color de la madera idénticos. Ambos provenían del mismo árbol herido por un rayo en las tierras de Ebenazar, en las montañas Ozark. Cerré la puerta y los ojos por un momento, mientras Ebenazar ponía en marcha de nuevo la camioneta.

—Tu morse está oxidado —dijo unos minutos después—. En mi bastón sonaba como si hubieras escrito «negrampiros».

—Y eso hice —admitió—. Significa vampiros de la Corte Negra, pero resumido.

Ebenezar chasqueó la lengua.

—Negrampiros. Ese es el problema con vosotros los jóvenes. Esa manía que tenéis de acortar las palabras.

—¿Demasiados acrónimos? —pregunté.

—Y expresiones absurdas.

—Guay —dije—. Qué de *pm* que haya podido venir porque me estoy jalando un marrón curioso y si no me ayuda todo se va a ir a la *eme*. Siento haberlo sacado de su *queli*, pero es que esto es una *ful* de tres pares.

Ebenezar gruñó, me lanzó una mirada asesina de reojo y dijo:

—No me obligues a patearte el culo.

—No, señor —contesté.

—La Corte Negra —dijo—. ¿Quién?

—Mavra. ¿La conoce?

—Conozco a la criatura —dijo con un ligero énfasis en la última palabra—. Mató a un amigo mío que además era miembro de los Venatori. Y estaba en los archivos de los centinelas. Se cree que tiene algo de talento para la magia negra y se la considera muy peligrosa.

—Tiene más que algo de talento —dije.

El viejo frunció el ceño.

—¿Ah, sí?

—Sí. He sido testigo de cómo lanzaba energía en estado puro y de cómo levantaba el mejor velo que he visto nunca. También he visto cómo utilizaba alguna clase de comunicación mental a larga distancia con sus secuaces.

El viejo volvió a fruncir el ceño.

—Eso es más que algo.

—Ajá. Y me tiene en su punto de mira. Solo que ella no utiliza pistolas.

Ebenezar parecía preocupado, pero asintió.

—¿Te echa en cara lo que pasó en el Velvet Room?

—Eso es lo que parece —le expliqué—. Ya ha intentado matarme en dos ocasiones. Pero sé dónde está su guarida y quiero acabar con ella antes de que lo intente una tercera.

—Me parece lógico —dijo—. ¿Qué tienes pensado?

—Tengo ayuda. Murphy...

—¿La chica policía? —me interrumpió.

—Dios, no la llares chica —dije—. Al menos no delante de ella. Sí, ella, y un mercenario llamado Kincaid.

—No me suena —dijo Ebenezar.

—Trabaja para el Archivo —apunté—. Y se le da muy bien matar vampiros. Pienso entrar con estos dos, pero necesitamos a alguien que espere fuera para

sacarnos de allí echando chispas.

—Soy tu conductor ¿no? —dijo pensativo—. Y supongo que querrás a alguien que bloquee el poder de Mavra, si es que tiene acceso a tanta magia como dices.

—La verdad es que no lo había pensado —mentí—. Pero ¡eh! Si se aburre y le apetece hacerlo para pasar el rato mientras nos espera con el coche en marcha, yo encantado.

El viejo me enseñó los dientes en una sonrisa lobuna.

—Lo tendré en cuenta, Hoss.

—Pero no tengo nada que sirva para canalizar la energía —admití—. ¿Podrá alcanzarla sin tener muestras de su pelo o su sangre?

—Sí —dijo Ebenezar, sin especificar cómo lo haría—. Aunque dudo que pueda reducirla del todo. Puedo evitar que construya algo grande, pero quizá tenga suficiente magia para resultar molesta.

—Bueno, me conformo con eso —comenté—. Pero tenemos que hacerlo ahora. Ha tomado a varios rehenes.

—Así son los vampiros —dijo Ebenezar con tono desenfadado, pero vi como entrecerraba los ojos. Despreciaba a los monstruos como Mavra tanto como yo. En ese momento lo habría besado.

—Gracias.

Negó con la cabeza.

—¿Y qué pasa con su maldición de muerte?

Lo miré sorprendido.

—¿Habrás pensado en eso, no? —preguntó.

—¿Qué maldición de muerte? —tartamudeé.

—Utiliza la cabeza, chaval —dijo Ebenezar—. Si tiene el poder de un mago, quizá también pueda sacarse de la manga una maldición de muerte cuando esté a punto de palmar.

—¡Ah, venga ya! —murmuré—. Eso no es justo. Pero si ya está medio muerta.

—¿No se te había ocurrido, eh? —preguntó.

—No —repuse—. Y es un fallo. Es que llevo unos días muy ocupado intentando esquivar diferentes atentados contra mi vida provenientes de todas las direcciones. No he tenido ni un segundo para pensar. Se nos acaba el tiempo.

Gruñó.

—Bueno, ¿adónde vamos?

Consulté el reloj en la marquesina donde se anunciaba un banco.

—Nos vamos de picnic.

Capítulo 28

Algo parecido a un pequeño ejército había invadido una porción del parque Wolf Lake y lo había reclamado para sí en nombre de Dios y el clan Murphy. Los coches llenaban el pequeño aparcamiento cercano y ocupaban unos cien metros del camino más próximo en su dirección. El verano había sido generoso con la lluvia para variar, y todos los árboles del parque se habían engalanado con unos espectaculares colores otoñales tan brillantes que si los miraba directamente y entornaba los ojos hasta que mis pestañas nublaran la visión, casi parecían arder en llamas.

En el parque, había un par de carpas llenas de mesas y comida en abundancia. Una docena de personas preparaban carne en las barbacoas resguardadas del sol bajo sus lonas. Se oía música procedente de diferentes lugares, y sus ritmos se superponían unos sobre otros. Alguien debió de llevar un generador porque también tenían un televisor enorme sobre la hierba, en torno al que una docena de hombres se arremolinaba, hablando a gritos, riendo y discutiendo sobre lo que me pareció un partido de rugby universitario.

También había un par de redes de vóleibol y otra de bádminton, y suficientes *frisbees* volando por los aires para volver loco a los radares de los aeropuertos locales. Un castillo hinchable y gigantesco se balanceaba ostensiblemente mientras una docena de niños saltaba dentro de él, chocando contra las paredes y entre ellos con el mismo entusiasmo. Más niños corrían en grupos por todas partes y debía de haber al menos otra docena de perros persiguiéndose alegremente y pidiendo comida a cualquiera que tuviera. El aire olía a carbón, mezquite, repelente de insectos, y vibraba con el sonido de charlas despreocupadas.

Me quedé allí parado durante un minuto, observando la reunión. Encontrar a Murphy entre doscientas personas no iba a resultar fácil. Primero intenté ser metódico y recorrí cada zona con la mirada de izquierda a derecha. No vi a Murphy, pero mientras estaba allí se me ocurrió que quizá un hombre magullado, de uno noventa, vestido con un abrigo de cuero negro y pinta bastante rara no pasaría lo que se dice desapercibido entre los asistentes al picnic Murphy. Un par de hombres, de los que estaban frente al televisor, me miraba con una intensidad que me hizo pensar que ambos pertenecían a los cuerpos de seguridad.

Otro individuo, que se paseaba con una nevera blanca de poliestireno se fijó en los dos hombres junto a la tele y siguió su mirada hasta mí. Tendría unos treinta y pocos años y mediría unos pocos centímetros más que la media. Llevaba el pelo castaño muy corto y una perilla bien arreglada. Tenía la clase de constitución que suelen desarrollar los hombres peligrosos: no era enorme, pero sí bastante musculoso, aunque de tipo fino, lo que indicaba que era un tío ágil y resistente además de fuerte. Y desde luego, policía. No me preguntes cómo lo supe, creo, que fue por la forma de

caminar, por cómo se mantenía alerta ante lo que sucedía a su alrededor.

Enseguida cambió de dirección, se acercó a mí y dijo:

—Hola.

—Hola —contesté.

Su tono era francamente amistoso, pero pude detectar un toque de desconfianza.

—¿Le importa si le pregunto qué hace aquí?

No tenía tiempo para chorradas.

—Sí.

En ese momento dejó de fingir.

—Oye, colega. Esta es una reunión familiar. ¿Por qué no te vas a otra zona del parque donde no moleste tener un mirón con pinta rara?

—Es un país libre —dije—. Y este, un parque público.

—Que la familia Murphy ha reservado por un día —replicó—. Oye, estás asustando a los niños. Largo.

—¿O llamarás a la policía? —pregunté.

Dejó la nevera en el suelo y se puso en jarras delante de mí, a la distancia justa para evitar un puñetazo inesperado. Parecía relajado. Sabía lo que estaba haciendo.

—Te haré un favor y llamaré primero a una ambulancia.

A estas alturas ya habíamos llamado la atención de unos cuantos aficionados al rugby más. Yo empezaba a sentirme lo bastante frustrado como para seguir con aquel pique, pero no tenía sentido. Supuse que los policías de la familia aquel día libraban, pero si había una pelea quizá alguien llamara a su comisaría y le informaran de la muerte de Emma. Aquella podría ser una buena forma de acabar en una celda donde sin duda moriría.

El tipo se enfrentó a mí con confianza, aunque yo le sacaba una cabeza y debía de pesar unos dieciocho o veinte kilos más. Sabía que si la cosa se ponía fea, contaba con la ayuda de una multitud.

Debe de ser una sensación agradable.

Alcé una mano en señal de capitulación.

—Ya me voy, pero antes tengo que hablar un momento con Karrin Murphy. Es un asunto de trabajo.

Su expresión se resquebrajó ante la sorpresa que disimuló rápidamente.

—¡Ah! —Miró a su alrededor—. Está allí —dijo—. Es el árbitro del partido de fútbol.

—Gracias.

—De nada —contestó—. Oye, no te mataría ser un poco más educado.

—Para qué arriesgarme —murmuré al tiempo que le daba la espalda y me encaminaba hacia el improvisado campo de fútbol. Allí había un grupo de chavales, demasiado grandes para los columpios y demasiado jóvenes para considerarlos

adolescentes, que jugaban con lo que se podría llamar, siendo bastante benevolentes, mucho entusiasmo, mientras unas mujeres que supongo serían sus madres, los observaban. Pero no vi a Murphy.

Me dispuse a dar media vuelta y a comenzar a buscar otra vez. A ese paso acabaría preguntando a alguien.

—¿Harry? —la voz de Murphy me llegó desde atrás.

Me di la vuelta y la miré con la boca abierta. Tuve suerte de que ninguno de los chavales me pegara un balonazo en la campanilla, que ahora estaba a plena vista. Tardé un minuto en balbucir:

—Llevas un vestido.

Me miró molesta. Murphy no sería considerada por nadie como esbelta o delgada, pero tenía la constitución de una gimnasta: dura, flexible y fuerte. En general, medir metro y medio, pesar poco más de cuarenta kilos y ser mujer no habían hecho que su vida profesional fuera precisamente un paseo, y a eso había que añadir su puesto al frente de Investigaciones Especiales, un destino que para su carrera equivalía a un exilio a la Bastilla, o a que la dejaran abandonada para que se la comieran las hormigas.

Murphy había logrado destacar en su nuevo trabajo, para desesperación de aquellos que la mandaron allí. En parte, porque contaba con los servicios del único mago profesional de Chicago. Pero también porque era muy buena en su trabajo. Era capaz de inspirar lealtad, sabía valorar y sacar partido de las habilidades de sus agentes y mantenerlos a todos unidos en momentos realmente aterradores, con mi ayuda o sin ella. Era lista, dura, decidida y todo lo que debería ser un jefe de policía ideal.

Salvo hombre. Y su profesión seguía siendo cosa de hombres.

Como resultado, Murphy había intentado adaptarse al ambiente masculino. Había ganado varios premios como tiradora, había participado en numerosos campeonatos de artes marciales y seguía entrenándose sin descanso, generalmente con, entre o cerca de policías. Todos en el departamento sabían que Murphy era muy capaz de zurrar la badana a cualquier engendro del mal en un enfrentamiento mano a mano, y cualquiera que hubiera sobrevivido a una pelea con un hombre lobo jamás pondría en tela de juicio su destreza con las armas de fuego ni su valor. Pero estamos hablando de Murphy, y ella no admite medias tintas. Llevaba el pelo más corto de lo que le gustaba, casi nunca se ponía maquillaje ni ningún adorno. Vestía de modo cómodo, que no desaliñado, pero siempre funcional y práctico, y nunca, jamás, se ponía vestidos.

El de hoy era largo hasta los pies y amarillo. Tenía un estampado floral. Me pareció muy bonito y completamente... inapropiado. Fuera de lugar. Murphy con un vestido. El mundo se me puso patas arriba.

—Detesto estas cosas —se quejó. Bajó la mirada y se sacudió la falda, moviendo la tela ligeramente hacia delante y atrás—. Jamás me gustaron.

—Vaya, *hum*, ¿y por qué lo llevas?

—Me lo ha hecho mi madre —suspiró Murphy—. Así que pensé, bueno, quizá se ponga contenta al verme con él. —Se quitó el silbato que llevaba colgado al cuello, nombró árbitro a uno de los chavales y comenzó a caminar. Yo me puse a su lado.

—Los has encontrado —dijo.

—Sí. Nuestro conductor está aquí y he llamado a Kincaid hará unos veinte minutos. Tendrá todo el equipo listo y esperándonos. —Respiré hondo—. Y tenemos que actuar ya.

—¿Por qué? —preguntó.

—Estoy convencido de que tus colegas de las fuerzas de seguridad estarían encantados de tener una larga charla conmigo. Yo prefiero que no, por lo menos hasta que haya saldado un par de cuentas pendientes. —Entonces le hice un resumen del asesinato de Emma.

—¡Dios mío! —dijo. Tras dar unos pasos añadió—: Al menos, esta vez me he enterado por ti. Me tengo que cambiar de ropa en el coche. ¿Qué más debería saber?

—Te lo contaré de camino —dije.

—Vale —concluyó—. Oye, le prometí a mi madre que la vería antes de irme. Mi hermana quería hablar conmigo de algo. Dos minutos.

—Claro —dije y nos dirigimos hacia una de las carpas—. Tienes una familia enorme. ¿Cuántos sois?

—La última vez que los conté, éramos unos doscientos —respondió—. Esa, la de la camisa blanca, es mi madre. La chica que van tan... ajustada es mi hermana pequeña, Lisa.

—Tu hermana pequeña tiene las piernas bonitas —dije—. Pero esos pantalones tan cortos tienen que ser un poco incómodos.

—La ropa apretada evita que le llegue la sangre al cerebro —dijo Murphy—. Al menos esa es mi teoría. —Entró en la carpa sonriendo y saludó—: ¡Hola, mamá!

La madre de Murphy era más alta que su hija, aunque poseía ese grosor matriarcal que llega con la edad, la pasta y una vida cómoda. Tenía el pelo rubio ceniza, salpicado de algunas canas que no parecía preocupada en ocultar, y lo llevaba apartado de la cara con una horquilla de jade. Vestía una blusa blanca, una falda de flores y llevaba unas gafas de cristales oscuros. Se dio media vuelta hacia Murphy mientras avanzábamos y su rostro se iluminó por un momento.

—Karrin —dijo con voz cálida y cansada.

Murphy extendió los brazos y las dos se cogieron de las manos y se abrazaron. Había cierta impostura en aquel ritual de gestos, demasiada formalidad, y corrientes emocionales no muy agradables. Mientras intercambiaban unas palabras yo me fijé

en algo extraño. Había al menos doce personas bajo aquella carpa cuando llegamos, pero la mayoría habían desaparecido. De hecho, se estaba abriendo un círculo de espacio libre cada vez más grande alrededor de la carpa.

Murphy también se dio cuenta. Me miró y yo subí una ceja. Se encogió de hombros disimuladamente y siguió hablando con su madre.

Un minuto después solo había cinco personas a menos de cinco o diez metros: sin contarme a mí, Murphy, su madre, su hermana pequeña Lisa y el hombre sobre cuyo regazo se había sentado. El tío de la nevera. Estaban detrás de Murphy y de mí, y me giré un poco para poder verlos sin dar la espalda totalmente a Murphy y su madre.

Lisa me recordaba mucho a Murphy, si esta hubiera decidido convertirse en la princesa del estrógeno en lugar de en una princesa guerrera. Pelo rubio, piel clara, nariz respingona y ojos de un azul intenso. Llevaba una camiseta de manga corta de color rojo con el logo de los Chicago Bulls sobre el pecho. Sus pantalones cortos debieron de ser vaqueros en otro tiempo, pero ahora parecían mayas de licra. Calzaba unas chanclas que hacía balancear desde sus dedos con las uñas pintadas, mientras permanecía sentada sobre las rodillas de un hombre que imaginé que debía de ser el novio del que me había hablado Murphy.

Él era muy distinto. Para empezar, parecía un poco mayor. No es que le doblara la edad ni nada de eso, pero desde luego era mayor. Se mostraba cauto a la hora de expresar sus sentimientos, lo que me hizo pensar que había algo que le preocupaba.

—Mamá —decía Murphy—. Este es mi amigo Harry. Harry, esta es mi madre, Marión.

Me planté mi mejor sonrisa para la madre de Murphy y di un paso hacia delante con la mano extendida.

—Encantado, señora.

Ella me estrechó la mano y me miró con detenimiento. Su apretón me recordaba al de Murphy, sus manos eran pequeñas, fuertes y estaban endurecidas por el trabajo.

—Gracias, Harry.

—Y esta es mi hermana pequeña, Lisa —dijo Murphy, volviéndose hacia ella por primera vez—. Lisa, este es... —Murphy se quedó paralizada y sus palabras se convirtieron en un ahogado susurro—. Rich —consiguió articular después de un segundo, su voz tembló con una mezcla de emociones—. ¿Qué haces aquí?

Él murmuró algo a Lisa. La chica saltó de sus rodillas y Rich se incorporó lentamente.

—Hola, Karrin. Tienes buen aspecto.

—Cabrón hijo de puta —escupió Murphy—. ¿Qué coño haces aquí?

—Karrin —gritó la madre de Murphy—. No te permito que hables así.

—¡Oh, por favor! —gritó Lisa.

—No tengo por qué soportar más desplantes, Karrin —gruñó Rich.

Las manos de Murphy se cerraron en sendos puños.

—Eh, eh, tranquilidad —dije. Y en un arranque suicida, di un paso al frente y me coloqué en medio de aquel círculo de miradas asesinas—. Venga, mujer. Por lo menos preséntame a todo el mundo antes de empezar a pelear, así sabré a quién debería esquivar.

Se produjo un silencio breve y pesado y luego Rich soltó una carcajada en voz baja. Luego volvió a su silla. Lisa cruzó los brazos. Murphy se puso un poco tensa, lo que en ella es una buena señal. Siempre parecía relajarse justo antes de zurrarle la badana a alguien.

—Gracias, Harry —dijo la madre de Murphy en voz alta. Dio un paso al frente con un plato de papel con una hamburguesa y me lo ofreció—. Es agradable saber que hay otro adulto más aquí presente. ¿Por qué no sigues con las presentaciones, Karrin?

Eché un vistazo a mi hamburguesa. Tenía de todo menos queso. Justo como a mí me gustan. La madre de Murphy me estaba causando buena impresión. Y además me moría de hambre. Más puntos positivos.

Murphy se puso a mi lado.

—Sí, las presentaciones. Harry, esta es mi hermana pequeña Lisa. —Fulminó con la mirada al hombre—. Y este es Rich. Mi segundo marido.

¡Joooder!

Murphy miró a su madre, a su hermana y luego a Rich.

—Ya sé que hace un tiempo que no hablamos, madre. Así que pongámonos al día. ¿Por qué no empiezas explicándome por qué Lisa está prometida a mi ex marido y nadie se había molestado en contármelo?

Lisa alzó la barbilla.

—Yo no tengo la culpa de que seas una arpía que no puede conservar a ningún hombre. Rich quería estar con una mujer de verdad, y por eso ya no tiene nada que ver contigo. Y no te lo conté porque no es asunto tuyo.

—Lisa —le recriminó su madre—. Así no hablan las señoritas.

—Ni tampoco se visten así —añadió Murphy con amargura en la voz—. Pero ella habla igual que viste, como una zorra.

—¡Karrin! —protestó Marión Murphy con sorpresa en la voz.

La verdad es que no teníamos tiempo para estas cosas. Me puse al lado de Murphy y miré a Rich casi con desesperación.

—*Vaaaaale* —dijo Rich. Se puso de pie y rodeó con un brazo los hombros de Lisa—. Esto no está bien. Venga, cariño. Vamos a dar un paseo para que te tranquilices. A ver si nos dan una cerveza.

—Murph —la llamé. Me incliné lo bastante para decirle al oído—: Recuerda, no tenemos tiempo.

Murphy se cruzó de brazos con expresión desafiante, pero al menos dio la espalda a su hermana. Rich y la Spice Murphy se marcharon hacia la otra carpa.

La madre de Murphy esperó hasta que se hubieron alejado para volverse hacia nosotros con el ceño fruncido en señal de reprobación.

—Por amor de Dios, Karrin. Ya no eres ninguna niña.

Parece que habíamos evitado la explosión, al menos de momento. Así que aproveché la oportunidad para comer la hamburguesa.

¡Qué barbaridad! Por comida tan deliciosa como aquella sería capaz de casarme con Murphy. Aunque solo fuera para saborear los platos de su madre en vacaciones.

—No me lo puedo creer —dijo Murphy—. Rich. Creía que estaba trabajando en Nueva Orleans.

—Y así es —dijo su madre—. Lisa fue a pasar allí el Mardi Gras. Según parece él la detuvo.

—Madre —protestó Murphy—. ¿La dejaste ir al Mardi Gras? Yo tuve que escaparme de casa para ir al baile de graduación.

La madre de Murphy suspiró.

—Karrin, eres mi hija mayor. Ella la pequeña. Los padres siempre se relajan un poco con el último.

—Eso parece —dijo Murphy con tristeza—, y eso incluye permitir que una menor de edad beba alcohol. Le falta un mes para cumplir la edad reglamentaria.

—¿Es que tú siempre estás de servicio? —preguntó su madre.

—Esto no tiene nada que ver con el trabajo —le contestó Murphy—. Madre, le dobla la edad. ¿Cómo se lo permites?

Di un mordisco a aquella hamburguesa casi celestial, manteniendo siempre gacha la cabeza, un detalle que me pareció muy inteligente.

—En primer lugar, cariño, yo no soy la que decide. Es la vida de tu hermana. Y no le dobla la edad. Pero peores cosas han pasado. —Suspiró—. Todos pensamos que debía ser Lisa quien hablara contigo, pero ya sabes cómo odia enfrentarse contigo.

—Lo que quieres decir es que es una fulana y una cobarde.

—Ya está bien, jovencita —atajó su madre con ecos de acero y fuego en la voz—. Tu hermana ha encontrado a un hombre que la quiere de verdad. Quizá la relación no me convenza del todo, pero ya es lo bastante mayor para tomar sus propias decisiones. Además, ya sabes que a mí siempre me gustó Rich.

—Sí, lo sé —gruñó Murphy—. ¿Podemos cambiar de tema?

—De acuerdo.

—¿Dónde están los chicos?

La señora Murphy puso los ojos en blanco y asintió en dirección al grupo de personas que estaba viendo la televisión sobre la hierba.

—Por allí. Si escuchas con atención los oirás gritar.

Murphy resopló.

—Me sorprende que Rich no esté viendo el partido con ellos.

—Karrin, sé que aún estás enfadada con él. Pero no es culpa suya que quisiera tener una familia.

—Lo estás simplificando, madre —dijo Murphy—. Lo que quería era que me quedara en casa para no hacerle sombra en el trabajo.

—Lamento que aún pienses así —respondió la señora Murphy—. Pero eres injusta. Desde luego él solo no podía comenzar una familia. Quería a una mujer dispuesta a intentarlo con él. Tú dejaste muy claro que no eras esa mujer.

—Porque no quise dejar el trabajo.

—No eres la única en la familia que ha seguido el ejemplo de tu padre —dijo la señora Murphy con amargura en la voz—. No hay necesidad de que continúes.

—No me hice policía por eso.

La madre de Murphy negó con la cabeza y suspiró.

—Karrin. Tus hermanos están todos en el cuerpo. Y aun así han encontrado tiempo para asentarse. No quiero decirte lo que tienes que hacer con tu vida...

Murphy resopló.

—Pero me gustaría poder disfrutar de mis nietos mientras aún soy lo bastante joven y fuerte. Rich quiere una familia y tu hermana quiere ser la mujer con quien forme esa familia. ¿Tan malo es?

—No te veo volando a Nueva Orleans una vez al mes para visitarlos.

—Claro que no, cariño —replicó la señora Murphy—. No tengo tanto dinero. Por eso van a vivir aquí.

Murphy la miró atónita.

—Rich solicitó el traslado y se lo han aceptado. Trabajaré para el FBI aquí, en Illinois.

—No me lo puedo creer —dijo Murphy entre dientes—. Mi propia hermana. Aquí. Con Rich. Y seguro que no perderás la oportunidad de restregármelo.

—En este caso no se trata de ti, Karrin —dijo su madre con cierta afectación—. Estoy segura de que todos sabremos comportarnos como adultos.

—Pero es mi ex marido.

—Del que te divorciaste —replicó la madre de Murphy. Pero las ásperas palabras fueron pronunciadas con un tono amable—. Por amor de Dios, Karrin, dejaste muy claro que no lo querías. ¿Qué más te da si otra sí lo quiere?

—Y me da igual —protestó Murphy. Agitó una mano distraída—. Pero Lisa no es cualquiera.

—Ya —dijo su madre.

Justo entonces sonó el móvil de Murphy. Lo miró, frunció el ceño y dijo:

—Perdona un momento. —Después se apartó diez o quince metros de mí, hacia la

zona iluminada por el sol y bajó la cabeza para escuchar.

—Supongo que será una llamada de trabajo —dijo la señora Murphy—. Tú eres detective privado, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Te he visto en el programa de Larry Fowler.

Suspiré.

—Ya.

—¿Es cierto que te va a demandar por destrozarle el estudio?

—Sí, y el coche. Me he tenido que buscar un abogado y todo. El picapleitos dice que Fowler no tiene caso, ni siquiera por lo civil. Pero es un asunto caro y parece que no vaya a terminar nunca.

—El sistema judicial a veces es así —dijo la madre de Murphy—. Siento que mi hija te haya arrastrado a esta trifulca familiar.

—Bueno, yo me ofrecí —admití.

—¿Y ahora lo lamentas?

Negué con la cabeza.

—Jod... *Hum*, no, qué va. Ella me ha ayudado muchas veces, señora Murphy. No sé si sabe usted lo peligroso que es su trabajo. La clase de casos que tiene que resolver en Investigaciones Especiales son especialmente difíciles. E inquietantes. Su hija salva vidas. Hay gente que ahora mismo estaría muerta si no fuera por ella. Yo soy una de esas personas.

La madre de Murphy guardó silencio durante un momento y luego dijo:

—Antes de que se creara Investigaciones Especiales, el departamento pasaba sus casos a inspectores veteranos del Distrito Trece. Los casos recibían el nombre de investigaciones gato negro. Los inspectores que los llevaban eran también gatos negros.

—No lo sabía —dije.

Asintió.

—Mi marido fue un gato negro durante doce años.

Fruncí el ceño.

—Murphy nunca me lo ha contado.

—Porque no lo sabe. Karrin nunca conoció muy bien a su padre —dijo la señora Murphy—. Pasaba mucho tiempo fuera de casa. Y murió cuando ella tenía solo once años.

—¿En el ejercicio de su deber?

La señora Murphy negó con la cabeza.

—El trabajo lo afectó. Y... se volvió distante, además comenzó a beber demasiado. Una noche se quitó la vida sentado a su escritorio. —Me miró y luego añadió con voz cansada y triste—: ¿Lo ves, Harry? Mi Collin jamás me contó nada,

pero sé leer entre líneas tan bien como cualquiera. Sé a qué se enfrenta mi hija.

Aquellas palabras quedaron flotando en el aire durante un momento.

—Es buena —dije—. No solo porque lo hace bien. Además es una buena persona, señora Murphy. Le confiaría mi vida antes que a nadie. No es justo que se lo haga pasar mal por causa de su trabajo.

Los ojos de la señora Murphy centellearon aunque también me parecieron un poco tristes.

—Cuando me quejo de su trabajo y ella a cambio me mantiene al margen de lo que hace, cree que me está protegiendo de una verdad horrible, Harry. Se siente feliz al pensar que su madre desconoce la existencia de esos peligros. Y eso no se lo arrebataré jamás.

Alcé una ceja sin dejar de mirarla. Luego sonreí.

—¿Qué? —preguntó.

—Ahora sé de dónde le viene —contesté.

Murphy se volvió hacia mí, su expresión era seria y me hizo una señal. Me acerqué a ella.

—Es Kincaid —dijo con voz tensa y queda—. Dice que te diga que está ahora mismo en el albergue y que ha aparecido la Cruz Roja.

—¿Qué? ¡No me digas!

Murphy asintió.

—La gente va a donar sangre al sótano del albergue una vez cada tres meses.

Justo donde estaba la Corte Negra. Donde estaban los ataúdes, los renfields y los perros malditos. Mavra y los suyos nunca dejarían que los descubrieran. Los voluntarios de la Cruz Roja se podían dar por muertos si entraban en el sótano.

—¡Joder!

—Voy a llamar a los míos —resolvió.

—No. —La detuve, alarmado—. No puedes hacer eso.

—¿Cómo que no? Ya lo verás —dijo—. Hay personas en peligro.

—Y más que lo van a estar como esto empeore —apunté—. Dile a Kincaid que intente entretener a los de la Cruz Roja. Nosotros bajaremos y atacaremos a Mavra ahora mismo, antes de que los voluntarios se pongan en la línea de fuego.

Murphy me miró enfadada y alzó un poco la voz cuando dijo:

—No me digas cómo hacer mi trabajo. —La gente comenzaba a mirarnos con extrañeza.

—Este no es tu trabajo, Murph —dije—. ¿Recuerdas cuando te dije que te lo contaría todo? ¿Recuerdas que accediste a confiar en mi buen juicio? ¿Recuerdas que quedamos en que no involucrarías a la policía en estos asuntos?

Ahora parecía estar todavía más furiosa.

—¿Me crees demasiado tonta para manejar una situación así?

—Creo que en estos momentos no piensas con claridad. Y creo que no debes dejar que este asunto familiar te nuble el entendimiento. Involucrar a las autoridades mortales podría ser malo para todos, Murph. Malo para ti, malo para IE. Quizá ganes hoy, pero cuando estas cosas se tomen la revancha, tu gente sufrirá lo indecible.

Por un momento pensé que me iba a estrangular.

—¿Y qué esperas que haga?

Me planté delante y no me importó si evitaba mi mirada o no.

—Espero que escuches a la persona que sabe de qué va esto. Espero que confíes en mí, Murph, como yo confío en ti. Ponte al teléfono y dile a Kincaid lo que te he dicho y pregúntale dónde nos encontramos con él. Luego nos pondremos manos a la obra.

Nos miramos a los ojos durante un rato lleno de intensidad, pero luego Murphy se estremeció y apartó la mirada antes de que la cosa fuera a más.

—Vale —se rindió—. Eso haré. Pero esta te la pienso guardar. Ahora aparta antes de que me jorobes el móvil.

Le hice caso y volví a la carpa.

La señora Murphy me miró con curiosidad.

—¿Trabajo?

Asentí con la cabeza.

—Vaya discusión habéis tenido —observó.

Yo me encogí de hombros.

—Y parece que tú has ganado.

Suspiré y dije con resignación:

—Ya me lo hará pagar.

—¿Entonces os vais ya?

—Sí.

La señora Murphy miró a Murphy y luego a mí por un momento y dijo:

—Deja que te sirva otra hamburguesa antes de que os vayáis.

La miré sorprendido.

Cogió la comida, incluyendo una segunda hamburguesa para Murphy, y me ofreció los dos platos de papel. Frunció el ceño con la mirada fija en mis manos, luego alzó la vista y preguntó:

—¿Cuidarás de mi hija?

—Sí, señora. Claro que sí.

Sus ojos azules brillaron con fuerza y añadió:

—Espera, que voy a traerte un trozo de tarta.

Capítulo 29

Murphy sacó una bolsa de deporte del coche y luego me siguió hasta la camioneta de Ebenezar. Se detuvo a unos seis metros y dijo:

—Estarás de coña...

—Venga —dije—. ¿Quieres aparecer con tu propio vehículo en un lugar donde va a ver lío? Seguro que a los coches patrulla les haría mucha ilusión. Adentro.

—¿Con qué funciona, con carbón?

Ebenezar sacó su calva por la ventanilla con cara de pocos amigos.

—Ni idea, yo lo dejo suelto para que cace su comida.

—Murph —les presenté—, este es Ebenezar McCoy. Ebenezar, esta es Karrin Murphy.

—Oye —dijo Ebenezar mirándola con el ceño fruncido—, tengo entendido que se lo has hecho pasar mal al chico.

Murphy lo miró molesta.

—¿Quién eres tú?

—Mi maestro —dije en voz baja—. Un amigo.

Murphy me miró y luego apretó los labios. No se le escapó la escopeta en la parte trasera del vehículo.

—¿Vienes para ayudar?

—Mientras no me consideres demasiado viejo —dijo alargando las palabras con bastante sarcasmo.

—¿Tienes permiso de conducir? ¿Has conducido por Chicago últimamente?

El viejo mago la miró con el gesto torcido.

—Lo que yo pensaba —dijo Murphy—. Aparta.

—¿Qué? —soltó Ebenezar.

Suspiré.

—Mejor deje que conduzca ella, señor —le pedí—. Tenemos prisa.

La bolsa de deporte de Murphy cayó al suelo y ella me miró con la boca abierta.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Señor? —dijo incrédula.

La miré molesto y agaché la cabeza.

Murphy recogió la bolsa, respiró hondo un par de veces y dijo con su tono más profesionalmente amable:

—Si no le importa, señor McCoy. Yo conozco mejor las calles y hay vidas en juego.

El ceño fruncido de Ebenezar había dejado paso a una media sonrisa, pero dijo:

—¡Bah, de todas formas ya no veo ni las señales de tráfico! —Abrió la puerta y se deslizó a un lado—. Entra, entra. Venga, Hoss, no hay tiempo que perder.

Murphy no llegó a colocar su sirena magnética de policía en el techo de la camioneta, pero nos llevó a un aparcamiento cercano a la guarida de Mavra a toda pastilla. Conocía las calles del viejo centro tan bien como el que más, y nimiedades como semáforos en rojo, calles de un solo sentido, y prioridad de paso no parecían influir en su conducción. La vieja camioneta de Ebenezer se mantuvo a la altura, aunque yo me di con la cabeza en el techo un par de veces.

Le conté a Murphy lo que había descubierto sobre la guarida de los vampiros durante el trayecto.

Murphy negó con la cabeza.

—Mierda. No es lo que esperaba. No pensé que se escondieran en un lugar tan frecuentado.

—Ni yo —dije—. Pero eso solo significa que tenemos que actuar antes. Cuanto más tiempo estén allí los vampiros, más rehenes acabarán desangrados y mayor será el riesgo de que a uno de sus renfields se le crucen los cables y tirotee a cualquiera con un rifle de asalto.

—Rifles de asalto —dijo Murphy—. Y rehenes. Dios, Harry, podrían morir civiles.

—Nada de «podrían», ya están muriendo —repuse—. Hay al menos tres cadáveres. Y con los renfields es solo cuestión de tiempo.

—¿Y si esto es un error? —preguntó Murphy—. ¿De verdad esperas que dispare contra personas que quizá estén muertas o quizá no? Mi obligación es proteger a las personas, no sacrificarlas.

Los dientes me castañetearon cuando pasamos por encima de un profundo bache.

—Estamos hablando de la Corte Negra. Matan y lo hacen con bastante frecuencia. No solo eso, sino que además pueden propagar su especie más rápidamente que ningún otro vampiro. Si dejamos que aniden sin problemas, dentro de unos días podríamos tener a docenas allí abajo. En dos semanas serían cientos. Hay que hacer algo y pronto.

Murphy negó con la cabeza.

—Pero eso no implica que tengamos que ir en plan héroe de cómic. Harry, dame tres horas para construir un caso y tendré a todos los polis y todos los equipos SWAT disponibles a trescientos kilómetros a la redonda dispuestos a tomar ese nido.

—¿Y qué les vas a decir exactamente? —pregunté—. ¿Qué el sótano está lleno de vampiros? Creo que con eso no los convencerás y tú lo sabes. Y si entran sin saber a qué se enfrentan, los que morirán serán los policías.

—Y si entramos solo nosotros, ¿qué? —preguntó Murphy—. ¿Qué hacemos? ¿Echamos la puerta abajo, disparamos a todo lo que se mueva y luego hacemos como los van helsing voladores? Un ataque directo a un objetivo sobre aviso es una de las maneras más fáciles de diñarla.

—Pues habrá que pensar algo —dije—. Tracemos un plan.

Murphy me lanzó una mirada por encima de Ebenezer que, evidentemente, había decidido mantenerse al margen.

—¿No como el de las bolitas del Wal Mart, espero?

—Te lo diré cuando lo sepa. Quizá Kincaid tenga algo en mente.

—Sí —dijo Murphy sin mucha esperanza—. Quizá. Ya está. Aquí es donde nos espera Kincaid.

No era un barrio agradable. La ciudad llevaba inmersa en proyectos de remodelación urbana varias décadas, pero la mayor parte del dinero se había empleado para recuperar zonas más infames y conocidas como Cabrini Green. Entonces, otros barrios de los alrededores se fueron degradando poco a poco y ocuparon su lugar. El suburbio había muerto. Que viva el suburbio.

Había estado en peores sitios, aunque no en muchos. Edificios altos y estrechas avenidas ocultaban la luz del sol. La mayoría de las ventanas por debajo de la tercera o cuarta planta parecían selladas con tableros. Los comercios a nivel de la calle estaban abandonados, los desagües atorados con basura y otros detritus urbanos, y casi todas las farolas fundidas. Por todas partes había pintadas y símbolos de bandas. Olía a moho, basura y humo de coches. Los residentes de aquella zona se movían con resolución, confianza y miradas inexpresivas, indicando con todo su cuerpo que no eran buenos objetivos para atracos o agresiones.

Descubrí a los diez segundos de estar allí una especie de narcosala improvisada. Un poco más allá, el esqueleto carbonizado de un coche abandonado al que desmontaron antes de prender fuego. Tenía la sensación de que Murphy era la primera poli que visitaba aquel lugar en las últimas semanas.

Pero allí faltaba algo.

Mendigos, transeúntes, vagabundos, borrachos indigentes, mujeres con toda su vida en un carrito... Incluso a plena luz del día debería haber alguno recogiendo latas, pidiendo limosna o dando tumbos con una botella en la mano oculta dentro de una bolsa de papel.

Pero nada. Todo el mundo que se movía iba de un lado a otro, sin interactuar con su entorno.

—¿No os parece esto muy tranquilo? —preguntó Murphy algo tensa.

—Sí —confirmé.

—Han estado matando —dijo casi escupiendo las palabras.

—Puede que sí, puede que no —repuso Ebenezer.

Asentí.

—Aquí hay energías oscuras. La gente lo nota, aunque no sepan de qué se trata. Tú también lo has percibido.

—¿A qué te refieres?

Me encogí de hombros.

—Es la presencia de la magia negra. Te pone nerviosa y malhumorada. Si te concentraras, te calmaras e intentarás detectarla, la podrías sentir. Deja una especie de mancha a su paso.

—Apesta —apostilló Ebenezar.

—¿Y qué tiene que ver eso con que no haya gente de la calle? —preguntó Murphy.

—Llevas aquí tres minutos y la energía ya te incomoda. Imagina vivir con ella. Tener un poco más de miedo cada día. Estar cada vez más enfadado. Más desmoralizado. La gente acaba tan harta que se marcha, aunque no entiendan bien por qué. A largo plazo este tipo de energía crea su propio erial.

—¿Quieres decir que los vampiros llevan aquí ya un tiempo? —preguntó.

—A juzgar por los efectos, al menos varios días —dije asintiendo con la cabeza.

—Yo diría que unas dos semanas —gruñó Ebenezar con seguridad—. Quizá tres.

—¡Dios! —dijo Murphy con un escalofrío—. ¡Qué horror!

—Sí. Si llevan aquí tanto tiempo, significa que Mavra tiene algo en mente.

Murphy frunció el ceño.

—¿Quieres decir que ese vampiro primero se estableció aquí, y después decidió cuándo quería que supieras de su presencia? Esto podría ser una trampa.

—Es posible. Paranoico, pero posible.

Su boca se convirtió en una fina línea.

—Eso se te olvidó mencionarlo en el desayuno.

—Nos vamos a enfrentar a unos muertos vivientes, Murph. En estos casos hay que esperar siempre lo peor.

—Ni se te ocurra hablarme con ese tono condescendiente.

Negué con la cabeza.

—No, perdona. ¿Dónde está Kincaid?

—En el nivel dos del aparcamiento —dijo Murphy.

—Para en el primer nivel —le ordené.

—¿Por qué?

—No sabe nada de Ebenezar y no quiero asustarlo. Subiremos al segundo nivel caminando.

Ebenezar asintió y dijo:

—Buena idea, Hoss. Un buen mercenario puede ser a veces muy picajoso. Os daré un minuto, luego entraré con la camioneta.

Murphy detuvo el vehículo y nos bajamos. Esperé hasta que estuvimos a varios metros de la camioneta y luego en voz baja dije:

—Lo sé. Tienes miedo.

Murphy me miró molesta. Iba a negarlo, pero se lo pensó mejor, se encogió de

hombros y dijo:

—Un poco.

—Y yo. Es normal.

—Creía que lo había superado —murmuró entre dientes—. O sea, ya no tengo terrores nocturnos. Vuelvo a dormir bien. Pero no es como antes, Harry. Antes pasaba miedo, pero al mismo tiempo me servía de estímulo. Antes habría querido hacer esto. Ahora no. Tengo tanto miedo que estoy a punto de vomitar. Y lo odio.

—Tienes miedo porque has aprendido muchas cosas —le dije—. Ahora sabes contra qué nos enfrentamos. Sabes lo que podría pasar. Serías idiota si no tuvieras miedo. Yo no querría conmigo a nadie que no tuviera el sentido común de estar al menos preocupado.

Asintió con la cabeza, pero preguntó:

—¿Y si me quedo paralizada otra vez?

—Eso no ocurrirá.

—Pero podría pasar.

—No pasará —dije.

—¿Estás seguro?

Le guiñé un ojo e hice girar mi bastón con una mano.

—Sí, porque si no, no apostaría mi vida en ello. Confío en ti, Murph, así que respira hondo y al lío.

Asintió con expresión pensativa.

—No hay nada que nosotros podamos hacer para detener a esas cosas.

Y con «nosotros» se refería a la policía.

—No, no sin que mueran un montón de polis.

—La gente que está con los vampiros, esos renfields. Tendremos que matar a algunos, ¿verdad?

—Probablemente —admití bajando la voz.

—Pero no es culpa suya que les hayan lavado el cerebro.

—Ya lo sé. Haremos todo lo posible para no matarlos, pero por lo que sé de ellos, su estado es tal que no creo que nos dejen muchas opciones.

—¿Recuerdas al agente Wilson? —preguntó Murphy.

—El federal al que me quitaste de encima.

La expresión de Murphy cambió, pero no llegó a torcer el gesto.

—Sí. Pasó por encima de la ley para dar su merecido a los que estaban fuera de su alcance y ahora nosotros estamos haciendo lo mismo.

—No, no estoy de acuerdo —dije.

—¿No? ¿Por qué no?

—Porque no estamos hablando de personas.

Murphy frunció el ceño.

Medité un momento.

—Y aunque lo fueran, asumiendo que fueran igualmente peligrosos e intocables, ¿cambiaría eso algo?

—No lo sé —dijo—. Eso es lo que me da miedo.

Desde que la conocía, Murphy siempre había respetado la ley. Tenía las cosas muy claras cuando se trataba de distinguir entre el bien y el mal, lo correcto y lo incorrecto, pero su prioridad siempre era la ley. Creía en ella, pensaba que era la mejor forma de proteger a sus congéneres. Confiaba en el poder de la ley, que, aunque imperfecto, era absoluto, casi sagrado. Era algo que tenía arraigado en el alma, una pieza clave de su fortaleza.

Pero su experiencia con las fuerzas oscuras le había enseñado que la ley era ciega y sorda a algunas de las cosas más espeluznantes del mundo. Había visto seres que se movían en las sombras y que pervertían el propósito de la ley al utilizarla como arma contra las personas a las que debía proteger. Aquella fe suya ya no era tan inquebrantable, si no, ni siquiera habría considerado la posibilidad de traspasar los límites de su autoridad. Y ella lo sabía.

Esa certeza se había cobrado un precio. En sus ojos no había lágrimas, pero yo sabía que estaban ahí, por dentro, llorando por la muerte de su fe.

—Ya no sé qué es lo correcto —dijo.

—Yo tampoco —repliqué—. Pero alguien tiene que actuar. Y por aquí solo estamos nosotros. Tenemos dos opciones, o hacemos algo al respecto o no lo hacemos y ya tendremos tiempo de lamentarnos cuando vayamos de funeral en funeral.

—Sí —dijo Murphy. Respiró hondo, profundamente—. Supongo que necesitaba escuchar esas palabras en alto. —Una pequeña, pero brillante luz iluminó sus ojos—. Vamos. Estoy lista.

—Murph —dije.

Inclinó la cabeza y me miró. De repente sentí los labios muy secos.

—El vestido te sienta bien.

Sus ojos brillaron.

—¿De verdad?

—Sí.

Nos miramos a los ojos, pero yo desvié la mirada cuando la intensidad del momento me hizo sentir incómodo. Murphy dejó escapar una risa callada y tranquila y me acarició la mejilla. Sus dedos estaban calientes, su tacto era suave y delicado.

—Gracias, Harry.

Llegamos al segundo nivel del aparcamiento juntos, caminando con paso decidido. No había luces. En la profundidad de las sombras pude distinguir dos camionetas aparcadas juntas. La primera era una vieja tartana medio fosilizada que

probablemente databa de cuando la gente pensaba que era una tontería producir minifurgonetas. Una cruz roja dibujada en la puerta del conductor delataba su identidad.

La segunda era una furgoneta blanca de alquiler. Nos acercamos y Kincaid deslizó la puerta. No podía verlo bien en aquella oscuridad.

—No habéis tardado tanto —dijo—. Camináis rápido.

—El conductor ya está aquí —le informé—. Aparecerá dentro de un minuto en una vieja camioneta Ford. Pero quería que lo supieras antes.

Kincaid miró la rampa y asintió.

—Vale. ¿Qué sabemos?

Se lo conté. Lo asimiló sin decir ni una palabra, miró el plano que Bob me había dibujado y dijo:

—Es un suicidio.

—¿Qué? —pregunté.

Kincaid se encogió de hombros.

—Como entremos allí por las buenas, nos van a achicharrar a medio metro de la puerta.

—Yo ya se lo he dicho —apostilló Murphy.

—Pues habré que trazar un plan —dije—. ¿Alguna sugerencia?

—Volar el edificio —dijo Kincaid sin alzar la vista—. Suele funcionar con los vampiros. Luego rociamos los restos con gasolina y le prendemos fuego. Después lo hacemos volar otra vez.

—Para próximas ocasiones, yo esperaba una sugerencia que no me recordara al Loco Harry, la marioneta esa empeñada en hacer saltar todo por los aires.

—Vale —dijo Kincaid.

Eché un vistazo a la camioneta.

—Eh, ¿dónde están los de la Cruz Roja?

—Los maté y los descuarticé —repuso Kincaid.

Lo miré sin decir nada.

Kincaid aguantó mi mirada durante un segundo.

—Era broma.

—¡Ah! —dije—. Perdona. Bueno, ¿dónde están?

—Se han ido a comer. Por alguna razón pensaron que yo era poli y que si entraban en el albergue obstaculizarían mi trabajo. Les di un billete de cien y les dije que se pillaran algo de comer.

—¿Te creyeron? —pregunté.

—Creo que piensan que tengo una placa.

Murphy miró a Kincaid.

—Eso es ilegal en esta ciudad.

Kincaid se dio la vuelta para buscar algo en la furgoneta.

—Perdona si he herido su sensibilidad, teniente. La próxima vez les diré que pasen y dejaré que los maten. Los cien los añadiré a la factura, Dresden. —Una chaqueta oscura con el logotipo de la Cruz Roja en un hombro salió volando de la furgoneta y le dio a Murphy en el pecho. La cogió y un segundo después atrapó la gorra de béisbol haciendo juego—. Póntelo —dijo Kincaid—. Con esto podremos acercarnos lo bastante para caer sobre ellos. Puede que incluso nos quitemos de en medio a algunos de sus secuaces.

—¿De dónde has sacado esto? —pregunté.

Kincaid sacó la cabeza de la furgoneta lo justo para arquear una ceja.

—Los encontré por ahí.

—Kincaid —dijo Murphy—. Dame las llaves de la camioneta de la Cruz Roja.

—¿Por qué?

—Para cambiarme —dijo Murphy un poco tensa.

Kincaid negó con la cabeza.

—No tienes nada que no hayamos visto antes, teniente —dijo. Después de un segundo, me miró y añadió—: A no ser que tú no...

—Sí —dije apretando los dientes—. Yo también he visto algo parecido. Hace ya un tiempo, pero aún lo recuerdo vagamente.

—Bueno, no estaba seguro —dijo Kincaid.

—Dale las puñeteras llaves.

—Sí, señorito Dresden —dijo lacónico y tiró un llavero con solo dos llaves a Murphy. Lo cogió, dejó escapar una especie de gruñido, y caminó hacia la furgoneta de la Cruz Roja. Abrió la puerta y entró.

—No está mal —dijo Kincaid, lo bastante bajo para que Murphy no le oyera. Siguió trajinando en la furgoneta. Al parecer no echaba en falta la luz—. Vaya con el vestido. Quiero decir que ahora sí se nota que es una mujer.

—Cállate, Kincaid.

Casi escuché su sonrisa lobuna, aunque no pudiera verle la cara.

—Sí, señorito. Bueno, ahora no mires. Me estoy vistiendo y me sonrojo con facilidad.

—Chúpamela, Kincaid —gruñí.

—¿No me debes ya suficiente pasta? —Oí como se movía por el interior del vehículo—. ¿Se te ha ocurrido cómo bloquear la magia de Mavra?

—Sí —respondí. La camioneta de Ebenezar crujió con el cambio de marcha—. Nuestro conductor se encargará.

—¿Seguro que podrá?

—Sí —dije—. Aquí viene.

Kincaid salió de la furgoneta con pistolas en todos los compartimentos de la

armadura negra y a prueba de balas que se había puesto y que parecía una o dos generaciones más avanzada que el equipamiento más moderno de la policía. Tenía un juego de revólveres enormes, un par de esas metralletas pequeñas, pero letales que disparan tan rápido que suenan como una sierra de cinta y un puñado de automáticas. Llevaba un par de cada, supongo que porque después de aquello, tenía una audición para el papel protagonista en una peli de John Woo.

Kincaid se puso otra chaqueta de la Cruz Roja para intentar ocultar todo aquel arsenal y luego se colocó una gorra a juego, como la que le dio a Murphy. Observó como se acercaba la camioneta de Ebenezer y dijo:

—¿Y ese tío quién es?

Justo entonces la camioneta de Ebenezer avanzó hacia nosotros y nos deslumbró con los faros hasta que se detuvo.

—Bueno, Hoss —comenzó a decir Ebenezer desde la ventanilla abierta—, ¿y quién es el mercenario ese?

El viejo y el mercenario se vieron y se miraron fijamente a unos dos metros o dos metros y medio. El tiempo se detuvo en uno de esos instantes congelados, cristalizados.

Y entonces los dos echaron mano de sus armas.

Capítulo 30

Kincaid fue más rápido. Una de las armas que llevaba encima apareció en su mano tan repentinamente como si se hubiera teletransportado allí desde su chaleco. Pero mientras alzaba la pistola hacia el viejo mago, se produjo un fogonazo de luz esmeralda procedente del anillo de acero que Ebenezer llevaba en la mano derecha. Noté un zumbido profundo y áspero en el aire y comencé a marearme. Entonces la pistola de Kincaid salió volando por los aires, disparando a las sombras del aparcamiento.

Me tambaleé. Kincaid se recuperó antes que yo y una segunda pistola surgió de debajo de su chaqueta de la Cruz Roja. Miré a Ebenezer y el viejo mago ya estaba con la escopeta al hombro y apuntaba con ella a la cabeza de Kincaid.

—¿Qué coño es esto? —grité y me coloqué en medio, con lo que la pistola de Kincaid quedaba alineada con mi columna y la escopeta de Ebenezer con mi cabeza. En ese momento me pareció algo positivo. Mientras estuviera frente a las dos armas, ellos no tendrían un blanco claro del otro—. ¿Pero qué coño estáis haciendo? —pregunté.

—Hoss —escupió Ebenezer—, no sabes con quién estás tratando. Agáchate.

—Baja el arma —dije—. Kincaid baja la pistola.

La voz de Kincaid a mis espaldas no sonó muy diferente a cuando hablamos durante el desayuno.

—Lo siento, pero no tengo la menor intención, Dresden. No te ofendas.

—Te avisé —dijo Ebenezer y su voz era diferente; fría, dura, aterradora. Yo jamás había oído al viejo hablar así—. Te dije que si te veía otra vez te mataría.

—Y esa es la razón de que no me hayas visto —repuso Kincaid—. Esto no tiene sentido. Si comenzamos a disparar tu amigo se llevará alguna bala. Y a ninguno de los dos nos interesa eso.

—Como si a ti te importara una mierda —dijo Ebenezer con desprecio.

—Media mierda, quizá —repuso Kincaid—. Me cae bien. Pero lo que quiero decir es que ninguno de los dos ganamos nada matándolo.

—¡Bajad las putas armas ahora mismo! —grité medio ahogado—. ¡Y dejad de hablar de mí como si no estuviera aquí!

—¿Qué haces aquí? —preguntó Ebenezer sin hacerme el menor caso.

—Soy el mercenario —contestó Kincaid—. Trabajo para Dresden. Así que haz los cálculos, Cayado Negro. Tú ya sabes cómo funciona esto. —El tono de Kincaid cambió, se hizo más conciliador—. Pero el chaval no tiene ni idea de a qué nos dedicamos, ¿verdad?

—Harry, aparta —dijo Ebenezer, dirigiéndose de nuevo a mí.

—¿Quiere que me aparte? —Lo miré a los ojos y le hablé—: Entonces deme su

palabra de que no disparará a Kincaid hasta que hayamos hablado.

—¡Maldita sea, hijo! No pienso darle mi palabra a ese...

La furia transformó mi voz y mis palabras sonaron duras y afiladas.

—¡A él no! A mí. Por favor, señor. Venga.

La mirada del viejo vaciló, apartó la mano del cañón y abrió la palma en señal de buena voluntad. Después, bajó el arma.

—Está bien. Tienes mi palabra, Hoss.

Kincaid soltó aire lentamente a través de los dientes. Sentí como se relajaba a mis espaldas.

Miré hacia atrás. Tenía la pistola medio bajada.

—Tú también, Kincaid.

—Ahora trabajo para ti, Dresden —dijo—. Tú mandas.

—Pues guarda el arma.

Y para mi asombro, eso hizo, aunque sus ojos vacíos seguían fijos en Ebenezer.

—¿A qué ha venido eso? —pregunté.

—Defensa propia —dijo Kincaid.

—No me vengas con esas chorradas —repuse.

La rabia sazonó la voz de Kincaid. Era una cosa fría que rociaba sus palabras como la escarcha.

—Defensa propia. Si hubiese sabido que el puto conductor iba a ser *Cayado Negro McCoy* ahora mismo estaría en otro estado, Dresden. No quiero nada con él.

—Es un poco tarde para eso —repuse. Miré furioso a Ebenezer—. ¿Señor?

—Pretendía resolver un problema —dijo el viejo. No apartó los ojos de Kincaid mientras volvía a meter la escopeta en su camioneta—. Harry, tú no conoces a este...

—Su boca se retorció en un rictus de repulsión— ...A este elemento. No sabes lo que ha hecho.

—Mira quién fue a hablar —respondió Kincaid—. Precioso trabajo el de Casaverde, por cierto. Un satélite ruso en respuesta a la masacre de Arcángel. Muy bonito.

Me volví hacia Kincaid.

—Cállate.

Kincaid me miró a los ojos, tranquilo y desafiante.

—Solicito permiso para iniciar debate filosófico con el hipócrita, señor.

Una ola de ira roja se apoderó de mí y antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, me vi con la cara pegada a la de Kincaid. Nariz contra nariz.

—Cállate la boca y escúchame bien. Este hombre me acogió cuando nadie más quería saber nada de mí, y probablemente me salvó la vida. Me enseñó que la magia, que la vida era más que muerte y poder. Quizá seas un cabrón, Kincaid, pero no vales ni la mitad del barro que se le pega a las botas. Si tuviera que elegir, cambiaría tu vida

por la suya sin pensármelo ni un segundo. Y si veo que intentas provocarlo de nuevo, seré yo quien te mate. ¿Me has entendido?

Hubo un segundo en el que sentí el comienzo de la presión psíquica casi violenta que acompaña a la visión de un alma. Kincaid también debió de sentirlo. Desenfocó la mirada, se apartó y comenzó a sacar cosas de una caja que había en la furgoneta.

—Entendido —dijo.

Apreté los puños con todas mis fuerzas y cerré los ojos. Intenté no mover los labios mientras contaba hasta diez y conseguía dominar aquel arranque de ira. Después de unos segundos me aparté unos pasos de Kincaid mientras negaba con la cabeza. Me apoyé contra el guardabarros de la vieja Ford de Ebenezar y por fin me tranquilicé.

Esos arranques de furia me habían jugado demasiadas malas pasadas en el pasado. Sabía que no podía perder los nervios así, pero al mismo tiempo me sentí bien al liberar algo de tensión. Y joder, tenía buenas razones para poner en su sitio a Kincaid. No podía concebir cómo había tenido la osadía de compararse con mi viejo maestro. En ningún sentido.

Por lo que había dicho Ebenezar, Kincaid no era ni siquiera humano.

—Lo siento —dije un minuto después—. Siento que intentara provocarlo, señor.

Se produjo un pesado silencio antes de que Ebenezar contestara.

—No pasa nada, Hoss —dijo. Su voz era áspera—. No tienes por qué disculparte.

Alcé la vista hacia el viejo. No me quiso mirar a la cara. Y no era porque tuviera miedo de que nos viéramos las almas, desde luego. Eso ya lo hicimos a la hora de conocernos. Lo recordaba con la misma claridad con que tenía grabada todas las demás visiones de almas. Recordaba la fortaleza de roble de aquel viejo, su empeño en hacer lo que creía correcto. Y además de parecer un tipo honrado, Ebenezar fue un buen ejemplo para un mago joven, enfadado y confuso.

Justin DuMorne me enseñó a hacer magia, pero fue Ebenezar quien me explicó por qué la hacía. Él me inculcó que la magia procede del corazón, de la esencia misma de las creencias de un mago, de lo que había elegido ser. Que el poder de un mago conllevaba también la responsabilidad de usarlo para ayudar a sus congéneres. Que había cosas que merecía la pena proteger, defender y que el mundo podía ser algo más que una jungla donde sobrevivieran los fuertes a base de pisotear a los débiles.

Ebenezar era el único hombre del planeta al que llamaba señor. En lo que a mí concernía, era el único que lo merecía.

Pero la visión del alma no es un detector de mentiras. Te muestra el corazón de otra persona, pero no ilumina todas las sombras del alma humana. No garantiza que esa persona no pueda mentirte.

Ebenezar evitó mi mirada. Y parecía avergonzado.

—Tenemos cosas que hacer, señor —dije con voz tranquila—. No sé lo que sabe sobre Kincaid, pero es un profesional. Le he pedido que venga. Necesito su ayuda.

—Sí —dijo Ebenezar.

—Y también la suya —dije—. ¿Cuento con usted?

—Sí —respondió. Me pareció detectar algo parecido al dolor en su voz—. Por supuesto.

—Pues vamos. Ya hablaremos luego.

—Bien.

Asentí. Murphy estaba allí, vestida con vaqueros, una camiseta oscura, la gorra y la chaqueta de la Cruz Roja que le había dado Kincaid. Llevaba el cinto con su pistola, y parecía algo envarada, así que deduje que se había puesto el chaleco de Kevlar.

—Vale —dije, acercándome a la furgoneta—. Ebenezar bloqueará a Mavra o al menos intentará amortiguar todo lo que haga. ¿Tiene todo lo que necesita, señor?

Ebenezar gruñó afirmativamente y se echó al hombro un par de viejas alforjas de piel.

—Bien —me mostré satisfecho—. Eso significa que nuestros principales problemas serán los renfields y sus perros malditos. Pistolas y colmillos. Tenemos que entrar y bajar hasta el sótano, si podemos. Así, si hay tiros, no alcanzarán a las personas que estén en el piso de arriba o en la habitación contigua.

—¿Y cuál es el resto del plan? —preguntó Kincaid.

—Matar a los vampiros y salvar a los rehenes —dije.

—Cuando te he preguntado por el plan —explicó Kincaid—, esperaba una respuesta que hiciera referencia, aunque fuera vagamente, a alguna táctica específica y no a señalar solo los objetivos de esta campaña.

Iba a mandarle a la mierda, pero me esforcé por controlar ese pronto. No era el momento.

—Tú eres el que más experiencia tiene en esto —contesté—. ¿Qué sugieres?

Kincaid me miró por un momento y luego asintió. Contempló a Murphy y dijo:

—Yo me inclino por una Mossberg. ¿Sabes manejar una escopeta?

—Sí —respondió Murphy—. Pero estaremos en un espacio reducido. Necesitamos armas potentes para contener cualquier ataque, pero el cañón no puede ser muy largo.

Kincaid la miró fijamente y dijo:

—Pero esas armas son ilegales. —Después se metió en la furgoneta y sacó una escopeta de cañones tan recortados que apenas había espacio para situar la mano de apoyo. Murphy resopló y estudió la escopeta mientras Kincaid volvía para rebuscar en la furgoneta una vez más.

En lugar de una segunda escopeta, sacó un arma hecha de sencillo y opaco acero.

Su diseño era como el de una lanza de matar jabalíes, de las que se utilizaban en la Edad Media; la vara era de un metro y medio de longitud y tenía un brazo mucho más corto y transversal cerca de su extremo coronado por treinta centímetros letales de hoja negra mate, tan ancha como mi mano en la base y rematada con un afilada punta. Aquella lanza pesaba lo suficiente para que el que la blandiese pudiese desmembrar y cortar con su filo tan fácilmente como empujar con su punta. El otro extremo de la lanza, terminaba en una especie de protuberancia metálica y de aspecto bulboso, quizá un contrapeso. Una doble protuberancia parecida emergía de la vara en la base de la punta.

—Una lanza mágica. —Y luego añadí con mi mejor imitación de Elmer Gruñón —: «*Y ahoda silencio amigoz, vamoz a cazar vampiroz*».

Kincaid me dedicó una sonrisa que habría hecho que los perros rompieran a aullar histéricos.

—¿Tienes tu estaca preparada, Dresden?

—Deberías coger una escopeta —le dijo Murphy a Kincaid.

Kincaid negó con la cabeza.

—No puedo pegarle un tiro con la escopeta a un vampiro o a un perro maldito que se lance sobre mí e inmovilizarlos luego con el brazo horizontal de la lanza —dijo. Cogió la lanza e hizo algo con el mango. Se encendió una luz en un lado de la protuberancia en la base de la punta. Luego dio un golpecito en el otro bulto con un dedo—. Además, tengo balas incendiarias de estilo casero en cada extremo. Si las necesito, *bang*.

—¿También puedes disparar por detrás? —pregunté.

Kincaid dio la vuelta a la lanza y me enseñó el compartimento metálico.

—Se aprieta el gatillo aquí —dijo. Bajó la punta de la lanza y acercó la vara al cuerpo, de modo que el arma de repente parecía un accesorio informal e inocente—. Lo empujas con fuerza contra el objetivo y *bum*. Para su diseño me inspiré en esos arpones que usan los tíos de National Geographic cuando bucean con tiburones.

Admiré su lanza *tuneada* y la armadura, y luego contemplé mi fino bastón de simple madera vieja y mi abrigo de cuero.

—Yo tengo la polla más grande —dije.

—¡Eh! —repuso Kincaid. Se colocó una ristra de ajos alrededor del cuello, luego me puso otra a mí y una tercera a Murphy.

Murphy se quedó mirando el ajo.

—Yo creía que los vampiros estarían durmiendo. Vamos, a Drácula siempre lo ensartan en su ataúd, ¿no?

—Tú hablas de una película —dijo Kincaid. Me pasó un cinturón con una cantimplora y una bolsita. En la bolsa había un botiquín, un rollo de cinta adhesiva, una bengala y una linterna. La cantimplora tenía cinta de carroceros en la tapa, y sobre

ella, escrito con letras mayúsculas y rotulador permanente, un letrero que lo identificaba como agua bendita—. Mejor lee el libro. Los vampiros más viejos o más fuertes de la Corte Negra no tienen por qué estar totalmente incapacitados durante el día.

—Puede que la luz no sea un obstáculo para Mavra —aduje—. En el libro de Stoker, Drácula se paseaba en pleno día. Pero entre el sol y Ebenezer, los poderes de Mavra deberían estar muy debilitados. Si hay algún vampiro de la Corte Negra despierto que nos plante cara, tendrán que reducirnos por las malas.

—Razón por la cual te he preparado una sorpresa, Dresden.

—Ah, guay —dije—. Una sorpresa. ¡Cómo mola!

Kincaid se metió en la furgoneta y salió con un arma de aspecto futurista, una pistola. Tenía un cargador redondo del tamaño de un chicle de bola acoplado en la parte superior, y por un segundo pensé que me estaba ofreciendo un lanzallamas tamaño mini. Luego lo reconocí, me aclaré la garganta y dije:

—Es una pistola de *paintball*.

—Esto es lo último en tecnología —dijo—. Y no va cargada con pintura. La munición es una mezcla de agua bendita y cabezas de ajo. Servirá para herir y asustar a los perros malditos y perforará a cualquier vampiro que ande por allí.

—Mientras que a nosotros no nos hará nada —apostilló Murphy—. Ni a las personas que haya por allí.

—Vale —dije—. Pero esto es una pistola de *paintball*.

—Es un arma —dijo Murphy—. Y un arma que solo herirá a los malos, no a nuestros aliados. Eso la convierte en el arma ideal para ti en un espacio reducido. Eres bueno peleando, pero no tienes entrenamiento militar ni sabes cómo usar un arma en estas situaciones, Harry. Con una pistola de las otras, tienes tantas probabilidades de matar a un malo como a uno de nosotros.

—Tiene razón —dijo Kincaid—. Relájate, Dresden. Esto es seguro y muy útil para el trabajo en equipo. Vamos a hacerlo de la manera más sencilla. Yo entraré primero. Luego la escopeta. Luego tú, Dresden. Si veo un renfield armado, me tiraré al suelo. Murphy, tú te ocuparás de abatirlo. Si nos encontramos con un vampiro o un perro maldito, me agacharé y lo apartaré con la lanza. Vosotros dos le daréis con todo lo que tengáis. Después os quitáis de en medio y me dejáis que lo inmovilice con la lanza. Luego los matamos.

—¿Cómo? —preguntó Murphy—. ¿Con estacas?

—A la mierda las estacas —dijo Kincaid. Sacó un pesado machete con la hoja cubierta por una funda color verde aceituna y se lo ofreció a Murphy—. Se les corta la cabeza.

Murphy enganchó el machete a su cinturón.

—Vale.

—Los tres deberíamos ser capaces de acabar con un vampiro si estamos atentos. Pero si uno se acerca lo bastante a nosotros, probablemente muramos —dijo Kincaid—. La mejor táctica para salir con vida de esta es darles rápido y atacar siempre primero. Una vez que hayamos acabado con los malos, vosotros dos podéis salvar a los rehenes, llevar a los renfields a terapia, marcaros un baile o lo que os dé la gana. Si las cosas se tuercen, permaneced juntos y salid de allí cuanto antes. McCoy debería tener la camioneta cerca, desde donde pueda ver la puerta, y lista para salir.

—Así será —dijo Ebenezer.

—De acuerdo —convino Kincaid—. ¿Alguna pregunta?

—¿Por qué se venden salchichas para perritos calientes en paquetes de diez, pero los panecillos en paquetes de ocho? —pregunté.

Todos me miraron con cara de asesino. A veces pienso que debería dejar la magia y probar suerte en el mundo del humor.

Pero en lugar de eso, cogí la pistola de juguete con la mano derecha, el bastón con la izquierda y dije:

—Vamos.

Capítulo 31

Conduje la furgoneta de la Cruz Roja hasta el albergue. Aparqué justo en frente, saqué el tique del aparcamiento y dije:

—Vosotros id entrando. Seguro que alguno de los esbirros de los vampiros me conoce, aunque sea de oídas. Puede que también sepan de Murphy, pero creo que con el disfraz ganaremos tiempo y podremos sacar a la gente del edificio.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Kincaid.

—Joder, tú eres el supermercenario. ¿Para qué te pago? —dije molesto—. ¿Cuál es el tiempo de respuesta de la policía por estos lares, Murphy?

—Esto es territorio de bandas. Oficialmente, unos seis minutos. En realidad más bien diez o incluso quince. Quizá más.

—Así que tendremos unos seis o siete minutos para largarnos después de que alguien alerte a la policía de que ha oído tiros y ha visto perros rabiosos —calculé—. Hay que procurar retrasar ese momento todo lo posible. Así que ve con tranquilidad y sin armar mucho ruido Kincaid. Intenta convencer a la gente por las buenas, si es posible.

—No hay problema —repuso Kincaid y apoyó la lanza contra el salpicadero—. Vamos.

Murphy, con el arma bajada y pegada a un costado, siguió a Kincaid hacia el interior del edificio. Yo esperé, pero tenía pensado entrar también si no veía movimiento en un minuto o dos. Comencé a contar hasta sesenta.

Cuando iba por cuarenta y cuatro, la puerta se abrió y aparecieron un par de hombres hechos polvo y tres mujeres vestidas con harapos, todos ellos más estropeados que realmente viejos.

—Como ya les he dicho, no vamos a tardar mucho —oí mentir a Kincaid con voz alegre y pesada, acortando y marcando las vocales con acento de Chicago. Apareció detrás de los indigentes, conduciéndolos hacia el exterior—. Lo más probable es que haya sido una falsa alarma. En cuanto los del gas examinen el sótano y sepamos que no hay peligro ninguno, lo prepararemos todo y les daremos su dinero. Una hora como máximo.

—¿Dónde está Bill? —preguntó una de las mujeres con preocupación en la voz—. Bill es el hombre de la Cruz Roja. Tú no eres Bill.

—Está de vacaciones —dijo Kincaid. La jovialidad de su sonrisa no la compartían sus ojos que me miraron fríos e indiferentes cuando metió medio cuerpo por la ventanilla y se agachó para coger la lanza. La mujer lo observó, luego contempló el arma, agachó la cabeza y salió del albergue. Los demás hicieron lo mismo, y acabaron dispersándose como si fueran una bandada de codornices alertadas por un posible peligro.

Entré seguido por Kincaid, que cerró la puerta. La zona de recepción parecía más bien una zona de control de seguridad. Era una habitación pequeña con un par de sillas, una pesada puerta blindada y un puesto para el guardia de seguridad situado detrás de una ventana con gruesos barrotes. Pero la puerta blindada permanecía abierta, atrancada con una de las sillas, y por la ranura pude ver a Murphy en la otra sala; llevaba el arma en alto y su postura era de alerta.

Caminé hacia ella. La habitación contigua a la recepción era del tamaño de una cafetería pequeña. En una esquina se elevaban varios tabiques prefabricados como si fueran una formación de roca cristalizada. Había media docena de personas vestidas de trabajo, aunque de manera algo informal, junto al cubículo más cercano y Murphy las apuntaba con su arma.

Habrían debido tener miedo. Pero no lo parecía. Simplemente estaban allí de pie, con la mirada desenfocada, inexpresiva y con cara de palurdos.

—Harry —dijo Murphy—. Kincaid ha dicho que no los dejemos salir hasta asegurarnos de que no son peligrosos.

—Sí —repuse. Me reventaba pensar que tenía que dejar allí a aquellos esclavos mirando como idiotas el horizonte, sobre todo teniendo en cuenta la que pensábamos armar a continuación, pero sería mucho peor dejar a unos renfields sedientos de sangre sueltos por ahí. Cerré los ojos por un momento y me concentré. Había mil cosas que preferiría hacer antes que examinar a víctimas de la Corte Negra con mi vista, pero no había tiempo para nada más.

Abrí los ojos, proyecté mi vista y me concentré en las personas que tenía delante.

No sé si habrás visto cómo se mata a una oveja. No es un proceso rápido, aunque tampoco es especialmente cruel. Obligan a la oveja a tumbarse de lado y le tapan los ojos. La oveja se queda quieta, entonces el pastor coge un gran cuchillo y realiza un solo corte en la garganta. La oveja se estremece por la sorpresa, mientras el pastor la mantiene inmovilizada. Huele su sangre y se agita un poco más. Luego el animal vuelve a quedarse quieto, sujeta por la mano del pastor. Hasta que se desangra.

La primera vez que lo ves, parece algo irreal porque la sangre es demasiado brillante y espesa, y el animal no lucha. Sale muchísima sangre. Se extiende por el suelo y empapa la tierra. Tiñe la lana que cubre el pecho, el cuello, y las patas del animal con un rojo oxidado. A veces se forma un charco alrededor de su hocico y el animal al respirar produce burbujas rojas.

Antes del final, la oveja se revuelve y se agita un par de veces más, pero todo es silencioso. No intenta defenderse, ni plantar cara. Se queda allí, cada vez más quieta, y después de unos lentos minutos, muere.

Pues así veía yo a aquellas personas que los vampiros habían esclavizado. Estaban tranquilos, relajados, con la mente en blanco. Como la oveja, de alguna manera tenían los ojos vendados ante la realidad. Como la oveja, no se resistían ni

intentaban huir. Como la oveja, estaban allí porque sus vidas podrían proporcionar algún beneficio a quien los había sometido y como la oveja, acabarían convirtiéndose en comida. Los vi, indefensos y machacados, con las ropas cubiertas de sangre mientras esperaban quietos bajo la mano de un ser más poderoso que ellos.

No se movían, como la oveja moribunda. O al menos cinco de ellos.

El sexto era un renfield.

Por un extraño segundo vi a la sexta víctima, un hombre fuerte de mediana edad que llevaba una camisa azul, como una oveja más. Luego esa imagen se desvaneció y fue reemplazada por algo inhumano. Su rostro estaba retorcido y deformado, sus músculos vibraban con un poder antinatural y aparecían repulsivamente hinchados y cubiertos con venas ennegrecidas. Llevaba una línea brillante de energía maligna enrollada alrededor de la garganta como si fuera el collar de un animal: aquel era el reflejo de la magia negra que lo tenía esclavizado.

Pero lo peor de todo eran sus ojos.

Parecía que se los hubieran arrancado con pequeñas garras afiladas como escalpelos. Me encontré con su mirada ciega y no había nada. Nada. Solo un vacío oscuro tan vasto y terrible que me cortó la respiración y el aire se me congeló en la garganta.

Cuando por fin me di cuenta de lo que estaba viendo, el hombre dio un alarido animal y se lanzó a por mí. Yo grité por la sorpresa e intenté apartarme, pero el renfield era demasiado rápido. Me atizó un golpe con el dorso de la mano. Los encantamientos de mi guardapolvos desviaron gran parte de la energía, así que no me rompió ninguna costilla, pero el golpe fue lo bastante fuerte como para mandarme volando contra la pared. Caí al suelo, aturdido.

Un ángel reluciente de furia y fuerza descomunales, se lanzó hacia el renfield. Sus ojos ardían con un fuego azul y en sus manos blandía una vara de fuego. El ángel llevaba una túnica que, aunque en su día había sido blanca, ahora estaba sucia, manchada de humo, sangre y suciedad. Sangraba por media docena de heridas y se movía como si sufriera mucho.

Murphy.

Escuché el sonido de un trueno y la vara de luz que sostenía en sus manos escupió fuego. El renfield, deformado por los músculos como una especie de gárgola humana, recibió el tiro, pero arrebató la vara de luz de manos del ángel. Murphy se agachó para recuperarla, pero el renfield la siguió, intentando cogerla del cuello.

Algo lo golpeó con fuerza, una segunda vara, aunque esta no estaba hecha de luz, sino de algo que parecía más a una especie de niebla sucia de color negro y morado oscuro. El golpe hizo que el renfield perdiera el equilibrio y el ángel pudo recuperar su arma. Otra vara de luz aterrizó en la cabeza del renfield y este cayó pesadamente al suelo.

Agité la cabeza, intentado salir de la dolorosa claridad de mi vista. Oí unas pisadas a mi lado. Todavía aturdido, miré a mis espaldas.

Durante un segundo vi algo allí de pie. Algo enorme, deforme; algo silencioso, despiadado y letal. Tenía que agacharse para no rozar el techo con los cuernos que se enroscaban alrededor de su cabeza, y arrastraba unas alas como de murciélago que le salían de los hombros que se extendían a su alrededor y por detrás. Luego me pareció ver una especie de sombra repugnante detrás de él, como si fuera el espectro cadavérico de la misma Muerte.

El segundo pasó, alejé la visión de mí y Kincaid apareció mirándome con el ceño fruncido.

—Que si estás bien...

—Sí —dije—. Sí, me ha sorprendido.

Kincaid me ofreció una mano.

No la cogí. Me puse en pie yo solo.

Su expresión se hizo opaca. Tenía cierto aire ausente que la hacía todavía más terrorífica que cuando solo me había parecido inescrutable. Se acercó al cuerpo del hombre de mediana edad con la camisa azul y le sacó la lanza del cuerpo. El filo estaba manchando de sangre hasta la barra horizontal.

Me estremecí, pero le pregunté a Murphy:

—¿Y tú?

Estaba junto al cuerpo, con la escopeta en la mano y sin quitar ojo a las cinco personas que quedaban. Había un amasijo de carne y sangre donde la bala destrozó la pierna del renfield, aunque eso no lo había detenido. El resultado del segundo tiro de Murphy fue todavía peor; le voló la cabeza. Aunque si le hubiera alcanzado en el pecho, habría dado igual. La gente no sobrevive a disparos de escopeta a quemarropa.

—¿Murphy? —pregunté.

—Estoy bien —dijo. Parte de la sangre del renfield le había salpicado la mejilla y ahora tenía gotitas de sangre bajo sus distantes ojos—. Estoy bien. ¿Y ahora qué?

Kincaid se puso al lado de Murphy y posó una mano sobre el cañón de la escopeta. Empujó con suavidad y ella lo miró por un momento antes de respirar hondo y bajar el arma.

Kincaid señaló a los esclavos restantes con una inclinación de cabeza.

—Me encargaré de que estos cinco salgan. Nos encontraremos en las escaleras. No bajéis sin mí.

—Tranquilo —dije—. No lo haremos.

Puso en movimiento a los cinco esclavos y los condujo hacia la salida. Yo intenté recordar el plano que me había dibujado Bob para orientarme y me dirigí hacia la puerta que conducía al sótano. Murphy caminaba a mi lado. No dijo nada, pero metió dos cartuchos más en la escopeta y se dispuso a abrir la puerta.

—Espera, Murph —dije colocando una mano en el pomo de la puerta—. No quiero más sorpresas.

Me miró durante un segundo y luego asintió.

Cerré los ojos y puse mi mano sobre la puerta mientras proyectaba suavemente mi percepción de mago hacia el otro lado para tantear en silencio posibles trazas de energía que indicaran la existencia de escudos mágicos como los que protegen mi apartamento. Mi percepción mágica está relacionada con la vista de igual manera que mi sentido del tacto lo está con el sentido de la vista. Era más fácil que utilizar la vista y desde luego resultaba mucho menos violento para mi psique.

No sentí nada, ni escudos protectores ni letales trampas de magia negra. Por lo general, los malos no suelen dedicarle mucho tiempo a la magia defensiva, ¿para qué, pudiendo hacer saltar las cosas por los aires? Pero yo estaba decidido a que no me las dieran con queso en un asunto tan elemental.

—Ya no era humano —le dije a Murphy.

Ella no contestó.

—Lo vi, Murph. Lo vi con la vista. No tenía nada dentro. Era... menos que un animal. No se podía hacer nada por él.

—Calla de una puta vez, Harry —susurró.

Eso hice. Terminé mi registro, intenté detectar la presencia de algún ser sobrenatural al otro lado de la puerta, y luego escuché. Nada. Cuando volví a abrir los ojos, Kincaid estaba junto a Murphy. No lo había oído acercarse.

—¿Está despejado? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—La puerta no está protegida. No creo que haya nada esperándonos al otro lado, pero tampoco tengo la certeza total.

Kincaid gruñó, miró a Murphy, luego se echó para atrás y abrió la puerta de una patada.

Murphy me miró asombrada. Ya sabíamos que Kincaid era un tío duro, pero no todo el mundo puede abrir así las puertas al primer intento. Yo he visto cómo otros se pasaban al menos un cuarto de hora pateando una puerta con todas sus fuerzas, antes de que esta cediera. Quizá es que tuvo suerte.

Sí, claro ¡ja! La imagen de aquella cosa enorme y demoníaca que caminaba agachada todavía estaba fresca en mi memoria.

Kincaid recuperó el equilibrio, alzó la lanza y con la linterna que tenía incorporada enfocó el estrecho y oscuro tramo de escaleras.

Todo estaba en silencio.

Entonces escuchamos una risa suave y burlona desde algún lugar en la oscuridad, bajo nuestros pies.

Joder. Los pelos de la nuca se me erizaron e intentaron esconderse en una oreja.

—En formación —murmuré, porque me parecía mucho más marcial y duro que decir «vosotros primero». Kincaid asintió y bajó un peldaño. Murphy preparó la escopeta para disparar y avanzó detrás de él. Yo agarré con fuerza mi pistola de aire comprimido y la seguí.

—¿Dónde decías que estaban los rehenes? —preguntó Murphy.

—En un armario, al final de las escaleras, a la derecha.

—Pero eso era hace horas —apuntó Kincaid en voz baja—. Ahora cualquiera sabe. Una vez que estemos allí abajo, no podemos andarnos con tonterías.

—Los rehenes son lo principal.

—A la mierda los rehenes. Precisamente esa es la razón de que los vampiros tomen rehenes —dijo Kincaid—. Si dejamos que dicten nuestra táctica, la utilizarán para matarnos.

—Eso no es asunto tuyo —dije.

La voz de Kincaid sonó más callada y dura.

—Lo es cuando voy contigo. Quizá me maten a mí.

—Por eso ganas tanta pasta.

Negó con la cabeza.

—Ni siquiera sabemos si siguen con vida. Mirad, ahí está el sótano. Todo lo que tenemos que hacer es tirar unas granadas y luego recoger lo que quede. Estamos bajo tierra. Los daños colaterales serán mínimos.

—No me vale —respondí—. Primero sacamos a los rehenes. Una vez que estén a salvo, nos ocuparemos de Mavra.

Kincaid me miró de reojo entornando sus fríos ojos. Había desafío y desprecio en cada palabra cuando dijo:

—Quizá nos resulte complicado rescatarlos si estamos muertos.

Murphy pegó el cañón de su escopeta a la espalda de Kincaid y dijo:

—¿Cómo es de bueno ese chaleco que llevas?

A veces Murphy tiene una labia...

Guardamos silencio durante un par de segundos. Después dije:

—Puede que nos maten mientras intentamos salvar a los rehenes. Pero seguro que no sobreviviremos si no estamos en esto juntos. Piénsalo bien, Kincaid. O si no, rompe tu compromiso y vete.

Miró a Murphy durante un momento y luego cedió. Se volvió hacia la escalera y dijo:

—Vale, lo haremos a vuestra manera. Aficionados.

Comenzamos a bajar el primer tramo de escaleras juntos mientras aquello que nos aguardaba en las sombras reía de nuevo.

Capítulo 32

El sótano del albergue estaba a bastante profundidad, sobre todo para Chicago. Las escaleras descendían unos tres metros y los escalones solo tenían unos sesenta centímetros de anchura. Mi imaginación me torturó con la breve visión de un sonriente renfield con ametralladora apareciendo de detrás de una esquina a tiro limpio y destrozándonos a los tres en un momento. El estómago se me encogió de puro miedo, pero me obligué a mí mismo a obviar ese pensamiento y a concentrarme en lo que me rodeaba.

Las paredes estaban revestidas con mortero y luego pintadas de blanco, pero las grietas y las manchas de minerales en las zonas más húmedas casi conseguían ocultar el color original. En el fondo de las escaleras había un rellano de menos de medio metro cuadrado, y luego un segundo tramo de escaleras que profundizaba aún más. El aire se fue haciendo más frío y viciado a medida que descendíamos.

Olía a moho y podredumbre. Nuestros movimientos y respiración sonaban increíblemente altos en el opresivo silencio que nos envolvía y me encontré apuntando con la pistola de *paintball* por encima de la cabeza de Murphy y el hombro de Kincaid, dispuesto a disparar en cuanto viera moverse algo. Aunque quizá sirviera de bien poco. Contra un humano armado aquello solo conseguiría mojarlo. O perfumarlo un poco.

La escalera terminaba en una puerta entornada.

Kincaid se agachó y la empujó lentamente con su lanza.

Murphy apuntó con su escopeta el oscuro umbral.

Yo también. El final de mi estúpida pistola de *paintball* temblaba involuntariamente.

No pasó nada.

De nuevo solo había silencio.

—¡Joder! —murmuré—. No tengo temple para esta mierda.

—¿Quieres que te dé un valium? —preguntó Kincaid.

—Chúpamela —dije.

Eché mano de su cinturón y sacó un par de tubos de plástico. Los dobló por la mitad, los agitó y comenzaron a brillar con luz química. Se acercó a la puerta y arrojó uno a la izquierda y otro a la derecha, haciéndolos rebotar en las paredes para no quedar expuesto ante cualquiera que estuviera escondido al otro lado. Luego esperó un momento y se asomó.

—No veo nada —informó—. No hay luces, pero tu plano es bastante preciso. El pasillo de la derecha continúa durante unos tres metros y termina en la puerta del armario. El pasillo de la izquierda mide seis metros y da a una habitación.

—Primero el armario —dije.

—Cubridme.

Kincaid bajó sigilosamente los dos últimos escalones y franqueó la puerta. Murphy avanzó a treinta centímetros de su espalda. Kincaid se apartó a la derecha. Murphy se agachó con la escopeta apuntando al pasillo de la izquierda alumbrado con luz verde. Yo no fui tan sigiloso, pero seguí a Kincaid con la pistola de *paintball* y mi bastón listos.

La puerta del armario medía solo metro y medio y se abría hacia fuera. Kincaid iba a pegar la oreja a la puerta, pero se apartó y dejó que yo la tocara primero. No sentí ningún encantamiento sobre ella y asentí con la cabeza. Kincaid cambió su forma de coger la lanza y se preparó para clavársela a lo que pudiera salir de allí. Luego abrió la puerta de golpe.

La luz de su lanza recorrió el húmedo y reducido espacio, demasiado grande para ser un armario normal, pero demasiado pequeño para considerarlo una habitación. Parches de humedad y moho salpicaban las paredes de piedra, y de la puerta salió un olor a sudor y suciedad.

Unos seis niños, ninguno de ellos mayor de nueve o diez años, se apretaban contra la pared del fondo del armario. Iban vestidos con ropa prestada, en su mayoría demasiado grande, y estaban esposados. Las esposas, a su vez, estaban unidas a una cadena más larga enganchada a una pesada argolla de hierro fijada al suelo. Los niños reaccionaron con silencioso terror, apartándose de la puerta y de la luz.

Niños.

Se habían pasado de la raya. Esto lo iban a pagar, aunque tuviera que destrozar el edificio, o toda la puñetera manzana solo con mi voluntad y mis manos. Incluso los monstruos deben trazar la línea en alguna parte.

Pero claro, supongo que por eso son monstruos.

—Hay que ser muy hijo de puta... —gruñí, y me agaché para entrar en la habitación.

De repente Kincaid me empujó con el cuerpo y me apartó de la puerta.

—No —gruñó.

—Joder, quítate de en medio —le ordené.

—Es una trampa, Dresden —dijo Kincaid—. Hay un cable. Si entras, nos matarás a todos.

Murphy nos miró de reojo por un momento, y siguió vigilando la oscuridad.

Miré contrariado a Kincaid y recogí del suelo el tubo de luz verde.

—Yo no veo ningún cable —dije mientras sostenía la luz en alto.

—No es un cable *per se* —contestó—. Es una red de rayos infrarrojos.

—¿Infrarrojos? ¿Y cómo los puedes...?

—Joder, Dresden, si quieres saber más de mí, espera a que salga la autobiografía, como todos los demás.

Tenía razón. Era un poco tarde para preocuparme sobre el pasado de Kincaid.

—¡Eh, chavales! —les llamé—. No os mováis y quedaos pegados a la pared, ¿vale? Vamos a sacaros de aquí. —Bajé la voz y le dije a Kincaid—: ¿Cómo los sacamos de ahí?

—No sé si podremos —dijo Kincaid—. Los infrarrojos están conectados a una mina antipersonas.

—Bueno —repuse—. Pues no podemos... ¿no podrías poner algún peso sobre la mina y dejarlo ahí? Mientras el peso mantenga la clavija en su sitio, no explotará, ¿verdad?

—Verdad —dijo Kincaid—. Pero eso suponiendo que hayamos viajado en el tiempo a la Segunda Guerra Mundial. —Negó con la cabeza—. Las minas de ahora son bastante buenas matando gente, Dresden. Esta es británica y de las más modernas.

—¿Cómo lo sabes?

Se tocó la nariz.

—Los británicos utilizan un compuesto químico diferente al habitual para detonar la carga. Probablemente sea de racimo.

—¿De racimo?

—Sí, si algo interrumpe el haz de luz, la carga se activa. Salen despedidas hacia arriba varias minas individuales. Hacia arriba, o a un lado o como quieran los que las diseñaron. Luego explotan a metro y medio o metro ochenta del suelo, disparando unas mil bolas de acero en una gran nube. En campo abierto mata todo lo que esté a treinta o cuarenta metros de distancia, o mucho más lejos si se está en un espacio cerrado como este. Yo, por ejemplo, habría colocado las cargas de tal manera que salieran disparadas hacia el pasillo. Con estas paredes de piedra, la metralla lo dejaría todo bastante destrozado.

—Yo podría romper el aparato que envía el rayo infrarrojo —dije.

—Interrumpiendo así la señal —repuso Kincaid—. Haciendo así que todo explote. Y consiguiendo así matarnos a todos.

—Joder. —Tragué saliva y me aparté un paso de la puerta. No quería que mi magia jodiera el aparatito en un momento de monumental mala suerte—. Puedo escudarnos, si todo procede de un mismo punto.

Kincaid alzó una ceja.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Ya, pero eso no ayudará mucho a los chavales. Están al otro lado.

Lo miré furioso.

—¿Cómo se desactiva la mina?

—Sigues sin querer la solución del Loco Harry, ¿verdad?

—Sí.

—Pues entonces alguien tiene que entrar ahí sin activar el dispositivo, desarmarlo y desengancharlo de los sensores.

—Vale —asentí—. Hazlo.

Kincaid asintió.

—No puedo.

—¿Qué?

—No puedo.

—¿Por qué no?

Señaló la puerta con una inclinación de cabeza.

—Hay tres rayos dispuestos en zigzag asimétrico sobre la puerta. Yo no puedo pasar por los espacios libres.

—Yo soy más delgado que tú —observé.

—Sí, pero más largo y mucho más patoso. Y sé lo que ocurre con los aparatos electrónicos cuando se acerca a ellos un mago nervioso.

—Pues alguien tiene que hacerlo —dije—. Alguien lo bastante pequeño para...

Los dos nos volvimos hacia Murphy, al final del pasillo.

Sin apartar la vista de su objetivo preguntó:

—¿Cómo lo desarmo?

—Yo te iré guiando paso a paso —dijo Kincaid—. Dresden, coge su pistola y cúbrenos.

—Oye —dije—. El que manda aquí soy yo. Kincaid, guíala paso a paso. Murphy, dame tu arma, yo os cubro.

Aseguré el mango de la pistola de *paintball* a mi abrigo, donde solía llevar la varita. Guiñé un ojo a Murphy, que vio el gesto, pero no hizo ni caso. Simplemente me pasó la escopeta y le dio la vuelta a su gorra de béisbol. Luego recorrió el pasillo mientras se quitaba la chaqueta y el cinturón.

—Quítate también el chaleco antibalas —dijo Kincaid—. Luego te lo paso. La esquina inferior izquierda me parece la mejor apuesta. Pégate al suelo, avanza hacia la izquierda cuanto puedas y yo creo que lo conseguirás.

—¿Crees? —pregunté—. ¿Y si te equivocas?

Me miró molesto.

—No me ves a mí diciéndote cómo tienes que vigilar la puñetera puerta por si aparecen los vampiros en cualquier segundo y nos matan a todos, ¿verdad? —preguntó Kincaid.

Iba a mandarlo a la mierda, pero tenía razón. En su lugar maldije la oscuridad mientras me aferraba al arma de Murphy. Aquella escopeta debía de ser un arma militar y tardé unos segundos en encontrar el seguro. Le di la vuelta hasta descubrir el botón rojo. O al menos yo pensaba que era rojo. La luz verde hacía que todo

pareciera negro.

—Quieta —dijo Kincaid con voz tranquila—. No aprietes.

—¿Qué no apriete el qué? —preguntó Murphy.

—No aprietes el culo.

—¿Cómo dices?

—Vas a tocar el rayo. Necesitamos unos centímetros más. Relájalo.

—Está relajado —gruñó Murphy.

—¡Ah! —dijo Kincaid—. Pues tienes un buen culo. Quítate los pantalones.

Torcí el gesto y miré de reojo. Murphy estaba tumbada sobre el suelo, cabeza abajo, con la mejilla pegada al frío suelo y los brazos estirados hacia delante. La parte inferior de su espalda estaba al otro lado de la puerta. Consiguió girar la cabeza lo bastante para mirar a Kincaid.

—¿Cómo dices?

—Que te quites los pantalones —dijo Kincaid con una sonrisa—. Piensa en los niños.

Murmuró algo entre dientes y movió los brazos, balanceándose ligeramente.

—Así no —indicó Kincaid—. Vas demasiado rápido.

—Vale, lumbrera —dijo Murphy—. Pues ¿cómo lo hago?

—No te muevas —le ordenó Kincaid—. Yo me ocupo.

Guardamos silencio por un momento. Murphy suspiró o quizá ahogara un grito.

—No muerdo —dijo—. Quieta. Quiero salir con vida de esta.

—Vale —dijo Murphy en voz baja un momento después.

Miré con rabia hacia la oscuridad y sentí que me estaba cabreando cada vez más y con bastante rapidez. Volví la cabeza. Murphy avanzaba hacia la puerta ondulando el cuerpo. Tenía las piernas blancas, bonitas y fuertes. Y tuve que darle la razón a Kincaid en lo del trasero.

Kincaid le sujetaba las piernas, con las manos sobre las pantorrillas, y las iba deslizado a medida que ella avanzaba, guiándola así para que no rozara ninguno de los haces de luz. O al menos eso quise creer porque si no, no habría tenido más remedio que matarlo.

Negué con la cabeza y retomé mi misión de vigilante. *¿Pero qué te pasa? Pensé. Ni que Murphy y tú estuvierais liados. No es de tu propiedad. Es una mujer independiente. Hace lo que quiere con quien quiere. Vosotros dos no tenéis nada. Lo que haga no es asunto tuyo.*

Repasé esos pensamientos un par de veces y aunque me parecieron de una lógica aplastante y de una moralidad indudable, me seguía apeteciendo pegar a Kincaid. Lo que implicaba una serie de cosas en las que no tenía tiempo de pensar en aquel instante.

Los oí hablar en voz baja un momento después. Murphy describía el explosivo y

Kincaid le daba instrucciones.

En la oscuridad, más allá de la luz química, escuché como algo se movía.

Me puse en tensión y busqué en la bolsa de mi cinturón mis propios palos de luz. Los aplasté contra el suelo para romper la barrera que separaba las dos sustancias químicas y luego los agité hasta que comenzaron a emitir su suave luz verde. Los arrojé hacia el pasillo y aterrizaron en la habitación del final. Las luces no revelaron nada más que suelo de piedra y paredes cubiertas con cartón yeso. Bob dijo que la habitación era una especie de almacén con cuartos más pequeños creados recientemente a base de paredes prefabricadas que se podían utilizar como trastero, refugio de emergencia durante un aviso de tornado, o como habitaciones adicionales para los que necesitaran un sitio donde pasar la noche. Pero lo único que podía ver era una puerta, dos pilas de cajas de cartón, un maniquí de costura y los palos que brillaban con luz esmeralda.

Pero de repente algo grande y de cuatro patas se movió frente a una de las luces durante uno o dos segundos. El perro maldito era un animal grande y de largas patas, quizá un gran pastor alemán, y se quedó quieto deliberadamente durante un momento para después desaparecer en las sombras de nuevo.

Mantuve la escopeta apuntando hacia el pasillo y deseé que Inari no me hubiese roto la varita mágica. La prefería mil veces al arma. Sin la varita que me ayudaba a canalizar y contener las energías destructivas de mi fuego mágico, no me atrevía a atacar a los malos con magia, sobre todo en un lugar cerrado como el albergue. Pero bueno, quizá fuera mejor así. Ya había cubierto mi cuota semanal en lo que a destrucción de edificios públicos se refiere.

No vi nada más, pero sabía que allí había algo. Así que cerré los ojos casi por completo, me concentré y escuché. Detecté el tenue sonido de una respiración, pero nada más.

No bastaba. Bajé un poco la escopeta, relajé los hombros e intenté escuchar, concentrándome más de lo que lo había hecho nunca. El sonido de la respiración se hizo más fuerte y entonces descubrí ecos más débiles del mismo sonido en otros lugares. Un momento después pude distinguir un sonido sordo y acompasado que en seguida identifiqué como el latido de un corazón. Se le unieron más pulsaciones en un confuso coro de corazones, pero fui capaz de clasificarlos en dos grupos según su ritmo. Unos latían con un ritmo más rápido y ligero, eran corazones más pequeños, probablemente de los perros malditos. Había cuatro. El otro grupo estaba formado por humanos, y había cinco corazones que latían con una cadencia salvaje y anhelante, apretados contra las paredes a ambos lados de la puerta, escondidos a la vista, pero a menos de seis metros de distancia.

Luego oí unas pisadas en el fondo de la habitación, lentas y meditadas. Se deslizaban silenciosamente por el suelo de piedra y la deteriorada silueta de una

mujer esquelética apareció frente a uno de los palos de luz.

No la acompañaba el latido de su corazón.

Mavra.

Entonces aparecieron los perros malditos como vagos espectros y comenzaron a moverse inquietos en las sombras alrededor del vampiro. El corazón me dio un vuelco ante aquel aterrador panorama y dejé de escuchar. Alcé la escopeta, me puse en pie y me alejé.

Una vez más, una suave y burlona risa recorrió el sótano.

—Tenemos problemas —dije sin apartar la vista del pasillo—. Cinco renfields y cuatro perros malditos, por lo menos. Además, Mavra está despierta.

—Desde luego —dijo Mavra con su seca y polvorienta voz—. Te estaba esperando, Dresden. Me gustaría preguntarte una cosa.

—¿Ah, sí? —dije. Miré de reojo a Kincaid y le pregunté «¿cuánto queda?» moviendo solo los labios.

Kincaid se había agachado y había vuelto a coger su lanza. Miró hacia atrás y dijo:

—Treinta segundos.

—Cogemos a los críos y salimos —susurré.

—Hace tiempo que te sigo los pasos, Dresden —dijo Mavra—. Te he visto detener balas. Te he visto detener cuchillos, garras, y colmillos. —Hizo un gesto con la mano—. Pero me gustaría saber cómo te las arreglas cuando alguien utiliza tus propias armas.

Dos renfields aparecieron en la puerta, delante de Mavra. Ambos llevaban un artefacto largo y metálico en las manos, y los dos tenían algo que sobresalía por encima de sus hombros, era redondeado y relucía con un brillo metálico. Una pequeña llama azul titilaba al final de los artefactos que sostenían y entonces supe lo que iba a pasar.

Los dos renfields alzaron sus lanzallamas y llenaron el pequeño pasillo de fuego.

Capítulo 33

La escopeta se disparó, no sé si porque yo decidí usar el arma o si simplemente apreté el gatillo del susto. Los malos estaban a seis metros, distancia más que suficiente para que se propagara la munición de la escopeta. Si había apuntado bien, tendría que haberme cargado a uno por lo menos. Sin embargo, lo más fuerte de la explosión pasó entre los dos, aunque por la forma en que se apartaron y retorcieron, o el ensordecedor trueno del disparo había bastado para intimidarlos, o quizá los dos resultaron alcanzados de refilón. El fuego salió de forma entrecortada de las bocas de sus lanzallamas para esparcirse por el suelo, las paredes y el techo del pasillo, donde se formaron gotas de fuego en lo que tenía que ser una mezcla de gasolina o algún otro catalizador, y vaselina, el napalm casero. Aunque conseguí abortar su maniobra de ataque, el fuego convirtió el aire frío en abrasador y me dejó casi sin aliento.

Los dos hombres de aspecto vulgar y harapiento, ojos abiertos como platos y mirada fanática, dudaron por un segundo antes de ponerse en posición para apuntar una vez más. Solo fue un segundo, pero me bastó para salvar la vida. Tiré la escopeta, agarré el bastón con la mano derecha y agité mi brazalete escudo. Reuní mi voluntad aterrorizada y levanté una pared de energía ante mí.

Esta vez los renfields no se cortaron, una llama tan gruesa y extensa como el agua que sale por una boca de riego rota avanzó con un rugido por el pasillo. La paré con el escudo, pero aquella protección no estaba pensada para detener el calor. Era un dispositivo de defensa contra la energía cinética y aunque durante mis años de mago lo había utilizado para protegerme de todo, desde balas a ascensores descontrolados, no era la herramienta más indicada para frenar la transferencia de calor intenso. Litros y litros de napalm chocaron contra mi escudo invisible y el fuego ardió pegado a él con un brillo blanquecino. Su terrible calor traspasó el escudo y me golpeó de lleno.

Cómo dolió. Dios, dolió muchísimo. Los dedos de la mano izquierda fueron los primeros en sentirlo, y luego la palma y la muñeca, todo en el espacio de un segundo. Si nunca te has quemado, no puedes ni empezar a imaginar lo que yo sentí. Noté como si los dedos, donde millones de nervios táctiles estaban enviando mensajes de horribles destrozos a mi cerebro, hubieran explotado y hubieran sido reemplazados por un dolor extremo.

Agité la mano y sentí como perdía concentración y el escudo comenzaba a debilitarse. Apreté los dientes y de alguna manera conseguí reunir la fuerza necesaria para volver a alzar la mano, endureciendo el escudo y mi voluntad. Caminé hacia atrás arrastrando los pies, con la mente ahogada por el dolor, pero manteniendo el escudo en alto, desesperadamente.

—¡Diez segundos! —gritó Kincaid.

Vi como me salían ampollas en la mano izquierda. Sentí como los dedos se encogían formando una garra. Parecían más finos, como si estuvieran hechos de cera que se estaba derritiendo, y pude ver la sombra de mis huesos bajo la carne. El escudo se debilitó aún más. El dolor se agudizó. Ahora estaba junto a las escaleras y el escudo parpadeó, el espacio vacío que había entre la puerta y yo bien podría haber sido de un kilómetro.

No aguantaría diez segundos.

Busqué en mi interior, en el terrible dolor rojo, y conseguí arañar algo más de energía. Me concentré en el bastón, y los sellos y runas tallados en su superficie de repente se encendieron con una deslumbrante luz roja. Mi nariz se inundó de olor a madera quemada y, mientras el escudo comenzaba a desaparecer, grité:

—¡*Ventas servitas!*

La fuerza que acumulé en mi bastón salió disparada como una serpiente de energía invisible. El escudo cayó, al tiempo que un vendaval bajaba por las escaleras aullando. Cuando la columna de aire me alcanzó, enrolló el guardapolvos alrededor de mi cuerpo como si fuera una bandera, envolvió el napalm en llamas como un tubo de gelatina y lo empujó hacia atrás por donde había venido al tiempo que le proporcionaba oxígeno suficiente para triplicar el tamaño de sus llamas.

El fuego se descontroló. Comenzó a arrancar el mortero de las paredes y a abrir grietas en el suelo empedrado; las piedras húmedas empezaron a despedir vapor y se resquebrajaron al expandirse el agua de su interior.

Por un momento pude ver a los dos renfields, todavía disparando fuego contra mí. Después comenzaron a gritar, pero obedecieron a los roncós gritos de Mavra que los instaba a permanecer firmes. Eso los mató. El napalm se plegó sobre ellos y las llamas los devoraron.

Cuando cayeron al suelo estaban tan desfigurados que sus restos no serían fácilmente identificables como humanos.

Seguí concentrado en el viento, las runas de mi bastón relucían con un brillo anaranjado y las llamas se extendieron hasta la otra habitación en un río mortífero de luz deslumbrante y cenizas negras y carbonizadas. Durante unos segundos agónicos mantuve el viento y propagué el fuego, pero entonces mi voluntad se debilitó y las runas de mi bastón comenzaron a apagarse. El dolor se apoderó de mí por un segundo, y era tan intenso que ni siquiera podía ver.

—¡El mago! —aulló Mavra y sus palabras sonaron como escamas polvorientas y fría furia de reptil—. ¡El mago! ¡A por el mago! ¡Matad, matad, matadlos a todos!

—¡Cógelo! —gritó Kincaid. Sentí como Murphy me pasaba las manos por debajo de las axilas y tiraba de mí con sorprendente fuerza. Comencé a recuperar la vista a pesar del terrible dolor a tiempo para ver como un hombre carbonizado de aspecto inhumano blandía un hacha y se lanzaba contra Kincaid. El mercenario clavó su lanza

en el pecho del hombre, parándole los pies al momento. Un segundo hombre apareció entre el humo detrás del primero, este con una escopeta en las manos. Escuché un ruido atronador, vi como una lengua de fuego atravesaba al renfield empalado y alcanzaba luego al otro en toda la cara con un resultado bastante repugnante. Kincaid sacó la lanza del cadáver del primer renfield mientras el segundo todavía convulsionaba violentamente. Después apuntó con la escopeta en la dirección adecuada.

Kincaid le dio la vuelta a la lanza y se la clavó al segundo renfield en el pecho. La segunda andanada incendiaria salió de su compartimento en la parte posterior y le arrebató los últimos jirones de vida que le quedaban. Su cadáver en llamas cayó al suelo un segundo después.

Se oyó un disparo entre el humo. Kincaid gruñó y se tambaleó. La lanza cayó de sus manos, pero él se mantuvo en pie. Sacó un par de pistolas y comenzó a dar marcha atrás con dificultad mientras las semiautomáticas disparaban balas contra el humo del pasillo con toda la rapidez de la que era capaz.

Más renfields, achicharrados pero funcionales, aparecieron entre el humo sin dejar de disparar. A su lado estaban los perros malditos, desnudos y sangrientos esqueletos caninos dominados por una horrible rabia. Tras ellos vi, por primera vez iluminada, la figura esbelta y mortífera de Mavra. Llevaba la misma ropa que la última vez: un harapiento vestido renacentista completamente negro. A Hamlet le habría encantado. Vi sus velados ojos fijarse en mí y alzó el hacha que sostenía en una mano.

Los dos primeros perros malditos se lanzaron contra Kincaid, que cayó bajo ellos antes de que yo pudiera siquiera gritar. Entonces, uno de los renfields lo golpeó con un mazo de hierro mientras otro simplemente vaciaba el cargador de una pistola en aquella melé y dos perros malditos más se unían al conjunto.

—¡No! —grité.

Murphy tiró de mí hacia el armario y me sacó de la línea de fuego justo cuando Mavra reaccionó. Su hacha apareció volando y dando vueltas por el pasillo para clavarse en la pared de piedra del fondo del armario con tal fuerza, que su cabeza quedó incrustada en la misma piedra y el mango de madera se hizo astillas. Debajo del lugar donde impactó el hacha, había dos niños todavía encadenados que rompieron a llorar de miedo y dolor cuando se les clavaron las astillas.

—¡Dios mío! —dijo Murphy—. La mano, Dios. —Pero no dejó de moverse. Me empujó hacia la esquina más lejana del armario, cogió su pistola, se apoyó contra el marco de la puerta y abrió fuego siete, ocho o nueve veces hacia el pasillo con el rostro serio y concentrado. Sus pálidas piernas resaltaban contra su chaleco de Kevlar negro.

—¿Harry? —gritó—. Hay humo. No veo nada, pero están al comienzo de las

escaleras. ¿Qué hacemos?

Vi una caja negra fijada a la pared, cerca del techo. Seguramente era la mina antipersonas contra la que nos había prevenido Kincaid. Tenía razón. Estaba preparada para estallar y expulsar sus terribles proyectiles en diagonal y hacia abajo, para que rebotaran y mataran a todo el que estuviera dentro del armario y en el pasillo.

—¡Harry! —gritó Murphy.

Apenas tenía fuerzas para contestar.

—¿Puedes activar otra vez la mina?

Me miró de reojo con los ojos como platos.

—¿Quieres decir que no hay salida?

—¡Qué si puedes armarla! —grité.

Asintió una vez.

—Espera mi señal, luego ármala y tírate al suelo.

Dio media vuelta y se subió a una silla de madera cerca de la mina. No sé si la silla ya estaba allí y la usaron los malos o la cogió ella. Unió dos pinzas cocodrilo y después cogió una tercera mientras me miraba de reojo con el rostro pálido. Los niños lloraban y gritaban a sus pies.

Me arrastré hasta que estuve de rodillas frente a los niños, de cara al pasillo. Alcé la mano izquierda y la miré atónito durante un segundo. Siempre había pensado que el rojo y el negro me sentaban bien, pero desde luego me refería a la ropa. No a mis miembros. Mi mano era ahora una garra de carne requemada, retorcida y ennegrecida, abrasada y oscura allí donde no estaba en carne viva. Mi brazalete de plata colgaba de la muñeca con los escudos deformados por el calor. Brillaba y relucía.

Alcé la otra mano para dar la señal a Murphy, pero entonces escuché un grito procedente del pasillo, terrible, feroz y apenas humano. El humo se arremolinó por un momento y pude ver a Kincaid. Avanzaba arrastrando una pierna con la espalda pegada a la pared. Con una mano se agarraba con fuerza la pierna y en la otra sostenía una pistola. Disparaba contra algo que no pude ver, entonces se quedó sin munición.

—¡Ahora Murphy! —grité. Mi voz recorrió el pasillo como un trueno—. ¡Kincaid! ¡Maniobra Loco Harry!

El mercenario giró la cabeza hacia mí. Se movió como un rayo lisiado, rápido, torpe y grotesco. Tiró la pistola, se soltó la pierna y se arrojó hacia mí con sus tres miembros sanos.

Una vez más alcé mi escudo y recé para que los sensores de infrarrojos de la mina funcionaran.

El tiempo se lentificó.

Kincaid atravesó la puerta del armario.

La mina pitó. Se produjo un agudo *clic* metálico.

Kincaid me sobrepasó. Yo me apoyé contra él y en ese mismo instante, reuní la escasa fuerza que me quedaba para sostener el escudo.

Unas pequeñas esferas de metal, unas veinte o treinta, salieron volando. Yo tenía el escudo colocado en ángulo, en un simple plano inclinado con su base en la puerta, su cima en la pared del fondo del armario, y a un metro veinte por encima del suelo. Varias esferas golpearon el escudo, pero la pendiente hizo que rebotaran hacia el pasillo.

Las submuniciones explotaron en una onda de trueno y luz. Unas bolas de acero salieron despedidas como una vaporización letal que chocaba contra las paredes de piedra y arrancaba la carne con salvaje eficiencia. El escudo inclinado se encendió con una luz azul incandescente al absorber y repeler la energía de la metralla en fogonazos de luz tan brillantes como bombillas. El sonido era indescifrable, tan potente que casi podría matar por sí mismo.

Y de repente, todo acabó.

Se hizo el silencio, solo quebrado por el chisporroteo de las llamas. Todo estaba inmóvil, salvo el humo que se mecía.

Murphy, Kincaid, los niños secuestrados y yo estábamos todos apretados unos contra otros en una pila desorganizada de humanidad aterrada. Nos quedamos allí sentados, aturcidos durante un momento. Luego hablé:

—Vamos, tenemos que salir de aquí antes de que el fuego se propague. —Mi voz sonó ronca—. Vamos a sacar a los críos. Quizá consiga romper las cadenas.

Kincaid extendió un brazo sin decir nada y cogió unas llaves que colgaban de un gancho en la pared opuesta. Luego volvió a sentarse, apoyó la espalda contra la pared y me tiró las llaves.

—O podríamos hacer esto también —dije y le pasé las llaves a Murphy que se dispuso a liberarlos. Yo estaba demasiado cansado para moverme. La mano ya ni me dolía, lo que era muy mala señal. Lo sabía. Pero estaba tan agotado que me daba igual. Me limité a quedarme allí sentado mirando a Kincaid.

Había vuelto a cerrar la mano sobre la pierna. Estaba sangrando. También tenía sangre en el estómago, en una mano y por toda la cara, como si hubiese estado cogiendo manzanas que flotaran en un bidón de sangre.

—Estás herido —dije.

—Sí —repuso—. Un perro.

—Te vi caer.

—La cosa se puso fea —confirmó.

—¿Qué ocurrió? —pregunté.

—Sobreviví.

—Estás sangrando por el pecho —observé—. Y tienes sangre en la mano.

—Ya lo sé.

—Y por toda la cara.

Alzó una ceja y se llevó la mano que tenía libre a la barbilla, luego contempló la sangre.

—¡Ah!, esta no es mía —dijo y comenzó a rebuscar en su cinturón.

Yo reuní la fuerza suficiente para ponerme a su lado y ayudarlo. Sacó un rollo de cinta adhesiva negra de un compartimento de su cinturón y, con movimientos rápidos y fuertes, se enrolló la cinta alrededor de la pierna varias veces, añadiendo capa tras capa de cinta y tapando la herida con el adhesivo. Utilizó un tercio del rollo, después gruñó y la cortó. A continuación me indicó:

—Vas a perder la mano.

—Da igual, de todas formas iba a decir que se la llevaran. Yo la pedí al punto.

Kincaid me miró fijamente durante un segundo y luego dejó escapar una risa suave y fluctuante, como si estuviera algo falto de práctica. Se puso en pie, todavía riendo entre dientes, desenganchó otra pistola y un machete del cinturón y dijo:

—Sácalos. Yo voy a desmembrar lo que quede.

—Guay —dije.

—Tanto rollo y al final hemos tenido que hacer saltar este sitio por los aires. Podíamos haber empezado por ahí, Dresden.

Murphy soltó a los chavales, que comenzaron a apartarse de la pared. Uno de ellos, una niña de no más de cinco años, se echó en mis brazos llorando. La abracé durante un momento, mientras dejaba que se desahogara, y luego dije:

—No, no podíamos.

Kincaid me miró con esa expresión suya indescifrable. Por un segundo me pareció ver en sus ojos algo salvaje, sediento de sangre y lleno de complacencia. Después respondió:

—Quizá tengas razón.

Después desapareció entre el humo.

Murphy me ayudó a ponerme en pie. Había dicho a los niños que se cogieran de las manos, luego agarró al chaval que iba primero y nos condujo a todos hacia las escaleras. Se agachó y recogió los vaqueros de camino. No había suficiente tela para taparle nada así que los tiró con un suspiro.

—Braguitas rosas —dije, bajando la vista—, con lacitos blancos. Jamás lo habría imaginado.

Murphy parecía demasiado cansada para lanzarme una mirada asesina, pero lo intentó.

—Van muy bien con el chaleco de Kevlar y el cinturón de la pistola, Murph. Demuestra que eres una mujer con las prioridades muy claras.

Me dio un pisotón sonriendo.

—Ya está —oímos decir a Kincaid desde el humo. Después apareció de nuevo, tosiendo un poco—. He encontrado cuatro ataúdes ocupados. Uno de ellos era del tío Uniorejo del que me hablaste. Lo he decapitado. Los vampiros son historia.

—¿Y Mavra? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Esa parte del pasillo parece un desguace para el mercado negro de órganos. La mina le explotó prácticamente en los morros. Para identificar su cuerpo necesitaríamos su ficha dental y al campeón mundial de puzzles.

Kincaid no vio a Mavra aparecer tambaleándose. Se elevó por encima del humo a sus espaldas, terriblemente desfigurada y mutilada, chamuscada y con un cabreo del demonio. Le faltaba la mandíbula inferior, medio brazo, una sección del tamaño de una pelota de baloncesto del bajo abdomen, y una de sus piernas estaba unida al tronco solo por un colgajo de carne y sus medias negras. Y a pesar de todo eso, se movía con rapidez y sus ojos ardían con fuego muerto.

Kincaid vio la expresión de mi cara, y se tiró al suelo.

Yo saqué la estúpida pistolita de *paintball* de mi abrigo y la vacié sobre Mavra.

Y que me parta un rayo ahora mismo si aquello no funcionó como la pócima que llaman la purga de Benito. Joder, mejor incluso, y eso lo digo yo, que de pócimas sé un rato. Las pelotas salían disparadas con la misma velocidad que las balas de las letales pistolas de Kincaid y chocaron contra Mavra con un sonoro chisporroteo. Inmediatamente un fuego plateado comenzó a consumir su carne allí donde las pelotas la habían alcanzado. El agua fue penetrando cada vez más y muy deprisa, era como si un *gourmet* hiperactivo le estuviera arrancado la carne con una cuchara de helado.

Mavra dejó escapar un correoso grito de sorpresa.

Las pelotas de agua bendita y ajo le hicieron un agujero tan ancho como una botella de Coca-Cola de dos litros que la atravesaba de parte a parte. Pude ver el resplandor del fuego en la nube de humo a sus espaldas. Tropezó y cayó de rodillas.

Murphy cogió el machete de su cinturón y lo lanzó por lo bajo.

Kincaid lo cogió. Se volvió hacia Mavra y le cortó la cabeza a la altura de la base del cuello. La cabeza cayó hacia un lado. El cuerpo se desplomó justo donde estaba, sin convulsiones, ni aullidos, ni chorros de icor, ni vendavales mágicos, ni repentinas nubes de polvo. Los restos de Mavra simplemente cayeron al suelo como el cadáver ajado que siempre fue.

Miré impresionado el cuerpo de Mavra y luego la pistola de *paintball*.

—Kincaid, ¿me la puedo quedar?

—Claro —respondió—. La incluiré en la factura. —Se incorporó despacio mientras observaba toda aquella destrucción y negó con la cabeza. Después subió

detrás de nosotros las escaleras—. Aunque lo he visto, todavía no me lo creo.

—¿El qué? —pregunté.

—Tu escudo. Y eso que hiciste con el viento y el fuego, sobre todo con la mano así. —Me miró con una expresión parecida a la cautela—. Nunca había visto a un mago soltarse la melena de esa forma.

Qué cojones. Tampoco estaba de más que el mercenario me tuviera un poco de miedo. Me detuve y me apoyé sobre el bastón. Las runas todavía brillaban con un fuego oscuro, aunque se estaban apagando lentamente. De su madera se elevaban pequeños hilos de humo blanco y olía a quemado. Aquella era la primera vez que hacía algo así, pero esa no era razón para decir nada, al menos de momento.

Lo miré directamente a la cara hasta que se hizo evidente que no quería encontrarse con mis ojos. Luego dije con voz tranquila y suave:

—Y todavía no lo has visto.

Y lo dejé allí, mirando como me alejaba. No pensé ni por un segundo que lo que vio le haría replantearse la opción de matarme si no le pagaba. Pero quizá le asustara lo bastante para que no tomase a la ligera una decisión tan drástica. Menos da una piedra.

Antes de salir del albergue, me quité el guardapolvos y se lo puse a Murphy sobre los hombros. La envolvió por entero, cubriéndole también las piernas aunque arrastraba el dobladillo por el suelo. Me miró agradecida justo cuando Ebenezar apareció en la puerta. El viejo miró a los niños, luego mi mano y respiró hondo.

—¿Puedes caminar? —me preguntó.

—De momento. Tenemos que sacar a estos niños de aquí ahora mismo.

—Bien —dijo— ¿Adónde vamos?

—Llevaremos a los niños con el padre Forthill, en Santa María de los Ángeles —dije—. Él sabrá qué hacer para ayudarlos.

Ebenezar asintió.

—Lo conozco de oídas. Es un buen hombre.

Salimos del edificio y comenzamos a cargar los críos en la castigada Ford de Ebenezar. El viejo tenía un compartimento para armas en la parte de atrás. Su grueso y antiguo bastón ocupaba el estante inferior, mientras que su vieja escopeta Greener estaba en el superior. Subió a los niños, uno por uno, a la parte de atrás, y allí hizo que se tumbaran sobre una gruesa y vieja manta. Después los cubrió con otra.

Kincaid salió del albergue acarreando una pesada bolsa de basura mientras el humo a sus espaldas se hacía más denso. La bolsa parecía medio llena. Se la echó sobre un hombro y luego se volvió hacia mí diciendo:

—Solo quedan un par de detalles. Tal y como yo lo veo, nuestro contrato ha terminado. ¿Estás de acuerdo?

—Sí —respondí—. Ha sido un placer trabajar contigo. Gracias.

Kincaid negó con la cabeza.

—Pagándome, así es como me lo tienes que agradecer.

—Sí, eh, eso —dije—. Pues verás, hoy es sábado, y voy a tener que hablar con mi banco así que...

Dio un paso hacia mí y me ofreció una tarjeta de color blanco. Tenía un número impreso en oro. Había otro número escrito con tinta que hacía que el saldo de mi cuenta de ahorros pareciera extremadamente reducido. Y nada más.

—Mi cuenta en Suiza —explicó—. Y no tengo prisa. Con que esté el martes me conformo.

Se subió a la furgoneta y se marchó.

El martes.

¡Joder!

Ebenezar observó como se alejaba la furgoneta blanca, luego ayudó a Murphy a subirme a la Ford. Me senté en medio, con las piernas en el lado de Murphy. Sostenía un botiquín de primeros auxilios entre las manos y durante el viaje me vendó la mano quemada con gasas, sin decir ni una palabra. Ebenezar condujo con cuidado. Escuchamos las sirenas cuando estábamos ya a un par de manzanas.

—Los críos, a la iglesia —dijo—. ¿Y luego qué?

—A mi casa —respondí—. Me tengo que preparar para el segundo asalto.

—¿El segundo asalto? —preguntó Ebenezar.

—Sí —contesté—. Si no hago nada, una maldición entrópica caerá sobre mí antes de medianoche.

—¿Cómo te puedo ayudar? —preguntó.

Lo miré fijamente.

—Ya hablaremos de eso.

Entornó los ojos sin apartar la vista de la carretera y evitó mostrar sus emociones.

—Hoss. Te involucras demasiado. Haces demasiado. Arriesgas demasiado.

—Pero hay un lado positivo —dije.

—¿Ah sí?

—Si la palmo esta noche no tendré que preocuparme por cómo pagar a Kincaid.

Capítulo 34

Mientras Ebenezer conducía, yo comencé a sentir que me sumergía en una especie de estado contemplativo. Bueno, no era exactamente eso, se parecía más bien a un estado de mente en blanco o anticontemplativo, pero no me quejé. Mi boca no quería trabajar y en cierto sentido, era consciente de que aquel aturdimiento era mejor que el dolor agónico. Me pareció oír de fondo como Murphy y Ebenezer se ponían de acuerdo acerca de algo y supongo que debimos de dejar a los niños con el padre Forthill, porque cuando por fin salí de la camioneta, en la parte de atrás ya no había nadie.

—Murphy —dije con el ceño fruncido—. He estado pensando. Si la policía me está buscando, quizá no deberíamos volver a mi casa.

—Harry —dijo—, llevamos aquí más de dos horas. Estás sentado en tu sofá.

Miré a mi alrededor. Tenía razón. Alguien había encendido el fuego, *Mister* estaba en su lugar favorito, sobre la estantería de la chimenea y el cachorro de la oreja mellada se había tumbado a mi lado en el sofá, con la cabeza apoyada sobre mis piernas. Tenía un regusto a güisqui en la boca, era uno de los que hacía Ebenezer, pero no recordaba haberlo bebido. Joder, debía de estar peor de lo que creía.

—Pues es verdad —tuve que admitir—. Pero eso no significa que haya dicho una tontería.

Murphy había colgado mi abrigo en el perchero, al lado de la puerta, y llevaba uno de mis pantalones cortos de deporte. Le llegaban hasta media pantorrilla. Se había atado el cordón a la cintura con un gran nudo para evitar que se le cayeran, pero al menos no iba por ahí en bragas. Mierda.

—No creo que te busquen —dijo—. He hablado con Stallings. Dice que hay una orden de búsqueda para un fulano que coincide con tu descripción, pero tu nombre no ha salido a relucir. Solo se requiere la presencia del sospechoso para interrogarlo y se sabe que quizá utilice el alias de Larry o Barry. No había huellas en el arma, pero estaba registrada a nombre de un testigo. —Negó con la cabeza—. No sé qué ocurrió, pero si no te conociera mejor, diría que has tenido mucha suerte y también que estás a punto de hacer uno de tus comentarios de sabiondo.

Dejé escapar una carcajada rota.

—Sí —dije—. Joder, Trixie Vixen tiene que ser la mala más superficial, engreída, mezquina, ruin y egocéntrica con la que me he topado jamás. Eso es lo que ocurrió.

—¿Qué? —preguntó Murphy.

—Pues eso —dije, riendo entre dientes—. Que jamás se enteró de cómo me llamaba. La pava no pilló mi nombre. No creo que le interese lo más mínimo la existencia de otros seres si eso no le reporta beneficio alguno.

Murphy alzó una ceja.

—Pero allí había más gente, ¿no? Seguro que alguno sí que sabe cómo te llamas. Asentí.

—Arturo, por supuesto. Probablemente Joan. Pero todos los demás solo me conocen por el nombre de pila.

—Pero alguien tuvo que borrar tus huellas de la pistola. Te están encubriendo —dijo Murphy.

Apreté los labios, sorprendido. No tanto porque Arturo y su gente me estuvieran ayudando, sino por el efecto que eso tuvo en mí; sentí un calorcillo especial en mi interior que me resultaba casi desconocido.

—Es verdad —dije—. Dios sabrá por qué lo hacen, pero así es.

—Harry, le salvaste la vida a varios de los compañeros. —Murphy negó con la cabeza—. Dedicándose a lo que se dedican, dudo mucho que la policía de Chicago les haga sentir como valiosos miembros de la comunidad. Ese tipo de aislamiento hace que los que lo sufren se unan más. Te convierte en uno de ellos cuando surgen problemas.

—Me convierte en parte de su familia —resumí.

Murphy sonrió y asintió.

—Bueno, ¿sabes ya quién lo hizo?

—Trixie —dije—. Probablemente con dos más. Yo creo que todas pertenecen al club de las ex de Genosa, pero es solo un pálpito. Y creo que alguien las ha ayudado.

—¿Por qué dices eso?

—Porque Trixie estaba recibiendo instrucciones por teléfono mientras me apuntaba con la pistola —respondí—. Y han invocado la maldición con un ritual. A no ser que alguien de allí tenga talento de verdad, se necesitan dos o tres personas para reunir la energía necesaria. Y seamos sinceros, tres brujas cacareando en torno a un caldero es una imagen que ya forma parte del acervo popular.

—*Macbeth* —dijo Murphy.

—Sí. Y esa película en la que Jack Nicholson hacía de demonio.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

—Claro.

—El otro día me hablaste de los rituales, dijiste que eran como máquinas expendedoras cósmicas, ¿no? Un poder externo se ofrece a darte algo si tú realizas una serie de actos en un orden concreto.

—Sí.

Murphy negó con la cabeza.

—Es aterrador. Uno se marca un baile y alguien muere. Quiero decir que lo puede hacer cualquiera. ¿Qué ocurre si alguien publica un libro sobre eso?

—Pero si ya se ha hecho —dije—. Montones de veces. El Consejo Blanco ha propiciado la publicación de varios, como el *Necronomicón*. Es una forma

razonablemente eficaz de conseguir que algunos rituales no funcionen.

Frunció el ceño.

—No lo entiendo, ¿por qué?

—Oferta y demanda —le expliqué—. Hay límites a lo que las fuerzas externas pueden proporcionar al mundo mortal. Imagina que la energía es agua que fluye por una tubería. Si un par de personas la utilizan para realizar un rito una vez cada dos semanas, o cada pocos años, no habrá problemas de abastecimiento y siempre habrá magia suficiente para que esos rituales funcionen. Pero si cincuenta mil personas intentan realizar un rito al mismo tiempo, no habrá suficiente energía para todos, y lo único que conseguirán será un chorrito de baba que sabe mal y huele raro.

Murphy asintió y concluyó:

—Así que la gente que conoce ciertos rituales no los quiere compartir.

—Exacto.

—Y un libro sobre magia negra ritual no es precisamente lo que tu superficial estrella del porno compraría en el centro comercial. Alguien la está ayudando.

—Sí —dije con el ceño fruncido—. Y esa última maldición tenía un tufillo profesional.

—¿Por qué lo dices?

—Para empezar porque fue mucho más rápida y letal. Se precipitó con tal velocidad que no tuve tiempo de apartarla de la víctima y eso que sabía que estaba al caer. Además fue más fuerte. Mucho más fuerte, como si alguien que conocía el negocio se hubiese tomado la molestia de potenciarlo o amplificarlo de alguna manera.

—¿Y qué puede hacer algo así? —preguntó Murphy.

—El trabajo en equipo de magos con talento —dije—. ¡Ah!, a veces se utilizan ciertos objetos o materiales para potenciar la magia. Suelen ser carísimos. A veces también ayuda estar en un lugar especial como Stonehenge, o la posición de ciertas estrellas en una noche del año. Y luego está lo más socorrido.

—¿El qué? —preguntó Murphy.

—La sangre —respondí—. La destrucción de vida. El sacrificio de animales o personas.

Murphy se estremeció.

—¿Y crees que el siguiente serás tú?

—Sí —contesté—. Soy un estorbo para ellos. Tienen que matarme si quieren salirse con la suya.

—¿Y con todo el dinero del fondo intacto?

—Sí —contesté.

—Me parece demasiado radical para que el móvil sea solo el dinero —observó Murphy—. No tengo nada en contra de la avaricia como motivación, pero venga ya.

Es como esa gente que no comprende que no están solos en este mundo, que lo comparten con otros.

—Sí —dije con un suspiro—. Pero esta vez dio la casualidad de que tres de esas personas coincidieran en un mismo lugar.

—Ya —dijo Murphy—. Y a saber qué clase de mala suerte diabólica puso en contacto a las tres ex mujeres. En fin, tampoco es que sea algo muy normal, ¿no?

Me incorporé en el sofá. Murphy había puesto el dedo en la llaga.

—Joder, tienes razón. ¿Cómo se me pudo pasar?

—¿Porque has estado un poco ocupado? —sugirió Murphy.

Sentí como se me aceleraba el corazón. Y noté los latidos como una suave presión en la mano. Todavía no me dolía, pero ya llegaríamos a eso.

—Vale, vamos a pensar un poco. Arturo no ha dicho nada de que se vaya a volver a casar. O sea, yo lo descubrí porque alguien que lo conoce bien lo intuía. Y dudo que las ex mujeres se enteraran de primera mano. De hecho, estoy casi seguro de que lo supieron por una tercera persona.

—¿Por qué? —preguntó Murphy.

—Porque si quieres lanzar una maldición sobre alguien, tienes que creer en ella. Tienes que desearlo. Si no, simplemente se desinfla. Eso significa que quieren a alguien muerto. Sin tapujos, muerto, muerto.

—Porque cuando se enteraron se llevaron una desagradable sorpresa —dijo Murphy—. Quizá, quien se lo dijo, manipuló los hechos antes de que las ex se enteraran. Para que se cabrearán más, para enfurecerlas de verdad. No sé, Harry. Se necesita a una cuarta persona interesada en que no se produzca la cuarta boda para que ese argumento se sostenga.

—Sí —admití; y entonces abrí los ojos—. A no ser que ese no fuera el objetivo, Murph. No creo que el móvil sea el dinero.

—No lo entiendo.

—Genosa está enamorado —dije. Me incorporé—. Qué hijo de puta, lo he tenido delante todo este tiempo.

Murphy frunció el ceño, se levantó también y posó una mano sobre mi brazo sano.

—Harry, tienes que sentarte, ¿vale? Estás herido. Tienes que sentarte hasta que vuelva Ebenezer.

—¿Qué?

—Ebenezer. Cree que quizá pueda salvarte la mano, pero ha ido a coger unas cosas.

—¡Ah! —dije. La cabeza me daba vueltas. Murphy me tiró del brazo y me senté—. Pero ya lo tengo.

—¿Qué tienes?

—Trixie y las otras *stregas* son solo armas para liquidar a una cuarta persona. Genosa está enamorado. Por eso no reaccionó ante la presencia de Lara como el resto. No lo pueden tocar. Ahí está el quid del asunto.

Murphy frunció el ceño.

—¿A qué te refieres? ¿Quién las está utilizando como armas?

—La Corte Blanca —contesté—. Lord Raith y la Corte Blanca. No es una coincidencia que él y su segunda al mando estén en Chicago este fin de semana.

—¿Qué tiene que ver que Genosa esté enamorado con todo eso?

—Los vampiros de la Corte Blanca pueden controlar a las personas. Es decir, las seducen, las someten y antes de que se den cuenta acaban totalmente dominadas. Pueden convertir en esclavos a las personas de las que se alimentan, y todo eso haciéndolas disfrutar durante el proceso. Esa es la fuente de su poder.

Murphy arqueó una ceja.

—¿Pero si uno está enamorado, no?

Dejé escapar una risa débil.

—No. Incluso lo dijeron delante de mí. Era un asunto interno. Joder, pero si casi fue la primera cosa que dijo de él. Que Arturo siempre se estaba enamorando.

—¿Quién lo dijo?

—Joan —repuse—. Joan, la sencilla y práctica Joan, amante de las camisas de franela y los donuts. Y Lara, la superzorra. Aunque no sé si en ese orden, pero estoy seguro.

Murphy arrugó el morro.

—Por Júpiter, Holmes. Tendrás que situarme en un contexto para que comprenda algo de lo que dices.

—Vale, vale —dije—. El contexto es el siguiente, ¿vale? Raith es el líder de la Corte Blanca, pero durante los últimos años ha perdido influencia. La base de su poder personal se ha ido degradando.

—¿Por qué?

—Por Thomas, principalmente —dije—. Raith, según parece, asesina a sus hijos cuando empiezan a pensar en cómo derrocarlo para hacerse con el negocio familiar. Envió a Thomas a un baile de disfraces organizado por otros vampiros para que muriera allí, pero él se nos unió a Michael y a mí, y salió de aquello con vida. El año pasado, Raith mandó a Thomas al duelo con Ortega, pero también se libró. Y por lo que he podido deducir, papá Raith ya no inspira tanto miedo a sus vástagos como antes.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con Genosa? —preguntó.

—Genosa desafió públicamente la autoridad de Raith —expliqué—. Arturo me contó que alguien estaba comprando las empresas del porno y manipulando cosas desde las sombras. Sigue la estela del dinero y te apuesto lo que quieras a que Raith

es el propietario de Silverlight. Al dejar los estudios Silverlight y romper los estereotipos grabando sus propias películas, Genosa desafiaba públicamente la autoridad de Raith.

—¿Estás diciendo que la Corte Blanca controla la industria del sexo?

—Al menos un buen porcentaje —confirmé—. Piensa en ello. Pueden influir en la opinión de la gente sobre toda clase de cosas: qué es bello, qué es sexo, cómo hay que reaccionar ante la tentación, qué comportamiento es aceptable en las relaciones íntimas. Dios, Murphy, es como entrenar a un ciervo a que vaya a comer a un lugar en particular, para que acecharlo y cazarlo sea más fácil.

Me miró con la boca abierta por un momento.

—Dios, eso es... aterrador. Y muy grande.

—Y ladino —dije—. Nunca pensé que algo así pudiera pasar. O quizá sea más exacto decir que algo así esté pasando. Quizá solo le está arrebatando el negocio a otro miembro de la Corte Blanca.

—Así que cuando Genosa plantó a Silverlight, dejó a lord Raith en una situación aún más precaria.

—Sí —dije—. Un simple humano desafiando al rey blanco. Y Raith tampoco podía utilizar a Lara para controlarlo, porque Genosa está enamorado.

—¿Y?

—Y la Corte Blanca no puede tocar a alguien que esté enamorado —repuse—. Si es amor de verdad. Alimentarse de alguien que está enamorado, les provoca un dolor muy intenso. Es... es como el agua bendita, por así decirlo. Su bala de plata. Les aterra.

Los ojos de Murphy brillaron y asintió.

—Raith no podía controlar a Genosa, así que tuvo que encontrar otra forma de destruirlo para no sufrir más humillaciones.

—Y perder su posición de poder para siempre. Exacto.

—¿Y por qué no le pegó un tiro?

Negué con la cabeza.

—La Corte Blanca según parece se enorgullece de ser especialmente elegante en lo que concierne a los juegos de poder. Thomas me contó que cuando los blancos se declaran la guerra entre sí, luchan de forma indirecta. Siempre por mediación de otros. Y con el mayor disimulo posible. Creen que la inteligencia y la manipulación son mucho más importantes que la fuerza bruta. Si Raith hubiese liquidado a Arturo de un balazo, la humillación sería todavía mayor, así que...

—Así que buscó a alguien a quien sí pudiera controlar —dijo Murphy—. Las pone en el buen camino para que averigüen que la nueva esposa pondrá en peligro su posición y lo hace de la peor manera posible para que las mujeres se decidan a entrar en acción. Incluso les proporciona el arma, un potente, nefasto y oscuro ritual. Pero

como no está seguro de quién es la nueva amante, les dice que se libren de la mujer con la que Genosa se ha prometido en secreto. Tienen los medios, el motivo y la oportunidad. Seguro que ni en los círculos mágicos será fácil demostrar que fue Raith quien ideó el asesinato de la prometida de Arturo.

—Y de la que está enamorado —dije—. Para lord Raith todo son ventajas. Si matan a la prometida, desestabilizarán a Genosa y pondrá en peligro la producción de sus películas. Joder, quizá el plan de Raith era esperar a que cayera en una depresión y enviar a una de sus ex mujeres para consolarlo, seducirlo y dejarlo más vulnerable al control de Lara. Y si no consiguen matar a su novia, por lo menos provocarán caos y confusión suficiente para perjudicar el trabajo de Genosa.

—Y si alguien consigue descifrar quién está detrás de todo esto, Raith ha ocultado tan bien sus huellas que no hay nada que lo relacione con los crímenes.

—Sí —dije—. Mientras tanto, Arturo vuelve al redil y Raith habrá conseguido fortalecer su base de poder. Fin de la historia.

—Pero no será así si tú te entrometes y le paras los pies.

—No será así si yo me entrometo y le paro los pies —concluí—. Así que, en cuanto se corre la voz de que estoy metiendo las narices en su negocio, Raith llama a Lara para que me vigile y me quite de en medio, si puede.

—O te someta —dijo Murphy—. Si ese tío es tan manipulador como dices, lo mejor para él sería que Lara te hiciera su esclavo.

El cachorro se agitó inquieto. Yo me estremecí y lo acaricié.

—¡Aja! —dije—. Pero no funcionó y estoy a punto de destapar todo el asunto. Así que ahora tendrá que probar conmigo e intentar quitarme de en medio.

Murphy gruñó.

—Cobarde hijo de puta. Mira que aprovecharse así de la gente.

—Es listo —dije—. Si de verdad está debilitado, no querrá enfrentarse directamente a un miembro del Consejo Blanco. Solo un tonto confrontaría a un enemigo más fuerte que él cara a cara. Por eso Thomas hizo lo mismo con su padre... y solicitó mis servicios para detenerlo.

Murphy silbó.

—Tienes razón. ¿Y por qué te relacionas con esa gentuza?

—Por mi estilo de vida —dije.

—Deberías mandar a Thomas a hacer puñetas —sentenció Murphy.

—No puedo.

—¿Por qué no?

La miré en silencio.

Abrió los ojos como platos. Lo había comprendido.

—Es él. Es familia.

—Hermanastro —dije—. Nuestra madre frecuentaba a lord Raith.

Murphy asintió.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer?

—Sobrevivir.

—Me refiero con respecto a Thomas.

—Ya pensaré en ello cuando llegue el momento.

—Muy bien —dijo Murphy—. ¿Y cuál va a ser tu próximo movimiento?

—Hablar con Thomas —dije—. Pedirle ayuda. —Bajé la vista hacia mi mano vendada—. Necesito un coche y un conductor.

—Hecho —dijo Murphy.

Fruncí el ceño mientras pensaba.

—Y quizá necesite otra cosa de ti esta noche. Y será difícil.

—¿Qué?

Se lo dije.

Ella me miró en silencio durante un rato y luego dijo:

—¡Joder, Harry!

—Lo sé. Y odio tener que pedírtelo. Pero es nuestra única oportunidad. No creo que podamos salir de esta a tiro limpio.

Se estremeció.

—Está bien.

—¿Seguro? No tienes que hacerlo.

—Estoy contigo en esto —dijo.

—Gracias, Karrin.

Me dedicó una media sonrisa.

—Al menos esta vez tendré la sensación de que soy de alguna ayuda.

—No digas tonterías —protesté—. La imagen de la teniente Murphy pegando tiros en bragas me va a infundir moral durante unos años.

Me dio una patada con suavidad en la pierna, pero su sonrisa me pareció algo forzada. Bajó la mirada para fijarse en el cachorro que enseguida se puso bocarriba y comenzó a morderle los dedos.

—¿Estás bien? —pregunté—. Te has quedado muy callada.

—Sí, muy bien —dijo—. Bueno, es solo que...

—¿Qué?

Negó con la cabeza.

—Ha sido un día un poco estresante en lo tocante a las relaciones personales.

Sé lo que quieres decir, pensé.

—O sea, primero el gilipollas de Rich con Lisa. Y... —Me miró y sus mejillas se sonrojaron—. Y luego lo de Kincaid.

—¿Te refieres a cuando te quitó los pantalones?

Murphy puso los ojos en blanco.

—Sí. Hace mucho... bueno, hace mucho, mucho tiempo que un tío guapo no me quita los pantalones, y se me había olvidado cuánto me gustaba. Y bueno, ya sé que será una reacción al peligro, la adrenalina y todo eso. Pero nunca había sentido nada tan intenso con un simple roce.

—¡Ah! —dije.

Suspiró.

—Bueno, tú me has preguntado. Me distrajo un poco, eso es todo.

—A título informativo te diré que dudo de que sea humano. De hecho creo que es más bien de los malos.

—Sí —dijo Murphy molesta—. Los malos siempre son los que más nos ponen a las chicas.

Vaya por Dios.

—¡Ah! —fue lo único que pude decir.

—Pediré un taxi —dijo Murphy—. Quiero vestirme y coger la moto. El coche todavía está en el parque y quizá aún quede familia allí. Dame una hora y estaré lista para llevarte adónde tengas que ir, si te ves con fuerzas.

—No tengo más remedio —dije.

Murphy llamó a un taxi y, justo cuando llegó, apareció Ebenezer en la puerta con una bolsa marrón de papel. Lo miré con una mezcla de emociones: alivio, afecto, sospecha, decepción, traición... Estaba hecho un lío.

Ebenezer vio esa mirada. Se detuvo en la puerta y dijo:

—Hoss, ¿cómo tienes la mano?

—Empiezo a sentir algo —dije—. Pero supongo que me desmayaré antes de recuperar toda la sensibilidad.

—Quizá te pueda ayudar, si me dejas.

—Ahora hablaremos de eso.

Murphy se había dado cuenta de la tensión que había entre nosotros ya en el albergue, así que dijo con voz y expresión neutrales:

—Ya está aquí mi taxi, Harry. Hasta dentro de una hora.

—Gracias, Murph —dije.

—Ha sido un placer, señorita Murphy —intervino Ebenezer, pero se corrigió casi al instante—. Teniente Murphy.

Murphy casi sonrió. Después me miró como preguntándome si estaría bien dejarme a solas con el viejo. Yo asentí con la cabeza y ella se marchó.

—Cierre la puerta —le dije a Ebenezer.

Obedeció y se giró hacia mí.

—Bueno, ¿qué quieres que te cuente?

—La verdad —contesté—. Quiero la verdad.

—No, eso no es cierto —dijo Ebenezer—. O al menos, ahora no. Harry, vas a

tener que confiar en mí.

—No, de eso nada —respondí. Mi voz sonó dura y áspera—. He confiado en ti durante años. Ciegamente. Creo que con eso vale. Me lo debes.

Ebenezar aparcó la mirada.

—Quiero respuestas. Quiero la verdad.

—Te va a doler —dijo.

—Es lo que pasa a veces con la verdad. No me importa.

—A mí sí —dijo—. Hijo, no hay nadie en este mundo, nadie, a quien quisiera proteger tanto como a ti. Y esta carga es demasiado pesada para dejarla sobre tus hombros, sobre todo ahora. Podría matarte, Harry.

—Eso no depende de ti —dije en voz baja. Me sorprendió lo tranquila que sonó mi voz—. Quiero la verdad. Dímelas. O vete de mi casa y no vuelvas más.

Vi frustración e incluso rabia genuina en el rostro del viejo. Respiró hondo y luego asintió. Dejó la bolsa de papel sobre la mesita de café y cruzó los brazos con la mirada perdida en mi chimenea. Las arrugas de su cara parecían más profundas. Sus ojos se centraron en el fuego o en algo detrás de las llamas. Su mirada era dura, y de alguna manera inspiraba miedo.

—Está bien —dijo—. Pregunta. Y contestaré. Pero esto podría cambiarlo todo para ti, Harry. Podría cambiar tu forma de pensar y de sentir.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti mismo. Sobre mí, sobre el Consejo Blanco. Sobre todo.

—Lo soportaré.

Ebenezar asintió.

—Está bien, Hoss. No digas que no te lo advertí.

Capítulo 35

—Empecemos por algo sencillo —comencé—. ¿De qué conoces a Kincaid?
Ebenezar dio un resoplido con las mejillas infladas.

—Estamos en el mismo negocio.

—¿El mismo negocio?

—Sí. —Ebenezar se sentó en el otro extremo del sofá. El cachorro se puso en pie y caminó torpemente sobre sus patitas temblorosas para examinarlo de cerca. Empezó a menear el rabo. Ebenezar sonrió al perro y le rascó detrás de las orejas—. La mayoría de los poderes sobrenaturales más importantes tienen a alguien que realiza ese tipo de trabajo. Ortega era el encargado de la Corte Roja, por ejemplo. Kincaid y yo somos colegas, por así decirlo.

—Sois asesinos —dije.

No lo negó.

—No me pareció que te cayera muy bien —añadí.

—Entre nosotros tenemos unas normas —dijo Ebenezar—. Ciertas reglas de cortesía y respeto profesionales. Límites. Kincaid los cruzó hace un siglo más o menos, en Estambul.

—¿No es humano?

Ebenezar negó con la cabeza.

—¿Pues qué es?

—Hay gente en este mundo que lleva la sangre del Más Allá en sus venas —dijo Ebenezar—. Los mestizos, por ejemplo, que son mitad *sidhe*. Pero las hadas no son las únicas que pueden procrear con humanos, y el fruto de tales uniones puede tener mucho poder. Sus descendientes suelen ser amorfos. Bichos raros. Incluso dementes. Pero algunas veces el niño tiene aspecto humano.

—Como Kincaid.

Ebenezar asintió.

—Es mayor que yo. Cuando lo conocí, yo aún tenía pelo y él llevaba sirviendo a la criatura siglos.

—¿A una criatura? —pregunté.

—A la criatura —dijo Ebenezar—. Otro ser medio mortal, como Kincaid. Vlad Drakul.

Lo miré atónito.

—¿Vlad Tepes? ¿Drácula?

Ebenezar negó con la cabeza.

—Drácula era el hijo de Drakul y mucho más pálido y delgado en comparación con su padre. Acudió a la Corte Negra en una especie de acto de rebelión contra su padre. La criatura original es... bueno. Es formidable. Peligrosa. Cruel. Y Kincaid

fue su mano derecha durante siglos. Era conocido como el Perro de Hades. O simplemente como el Perro del Infierno.

—Y te tiene miedo —repuse con amargura en la voz—. *Cayado Negro McCoy*. Supongo que ese es tu alias.

—Algo así. Ese nombre... bueno, tiene su historia.

—Pues adelante —dije.

Asintió como ausente, mientras rascaba al cachorro detrás de las orejas.

—Desde la creación del Consejo Blanco, desde que los primeros magos se reunieron para establecer las Leyes de la Magia, siempre ha habido alguien empeñado en destruirlo —dijo—. Los vampiros, por ejemplo. Con las hadas también hemos tenido nuestros más y nuestros menos. Y siempre ha habido magos convencidos de que el mundo sería un lugar mejor sin el Consejo.

—Caray —dije—. No puedo creer que haya algún mago que piense así.

La voz de Ebenezer sonó fría y dura.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo. No sabes de lo que hablas. A lo largo de mi existencia, he vivido momentos y he estado en lugares en los que esas palabras te habrían costado la vida.

—Vaya, pues sería terrible que mi vida corriera peligro por eso. ¿Por qué te llama Cayado Negro? —pregunté endureciendo la voz. De repente tuve un pálpito—. No es un alias —dije—. Es... ¿es un título?

—Un título —confirmó—. Una solución. En alguna ocasión, el Consejo Blanco se ha visto atrapado por sus propias normas, mientras que sus enemigos actuaban sin restricciones de ningún tipo. Así que se creó un cargo. Un puesto dentro del Consejo. Una dignidad superior. Un mago, y solo uno, tendría libertad para decidir cuándo se habían pervertido las leyes y se habían utilizado en nuestra contra.

Lo miré fijamente durante un momento y luego dije:

—Después de todo lo que me enseñaste sobre la magia. Que procedía de la vida, que era una fuerza que surgía de los más profundos deseos del corazón, que teníamos la obligación de utilizarla con responsabilidad. Tú me enseñaste todo eso. Y ahora me dices que no significa nada. Que durante todo ese tiempo tú tenías licencia para matar.

Las arrugas del viejo rostro de Ebenezer parecían más profundas y amargas. Asintió.

—Para matar, esclavizar, leer los pensamientos de cualquier mortal, para buscar conocimiento y poder más allá de las Puertas. Para transformar a otros, traspasar los límites de la vida y nadar contra las corrientes del tiempo.

—Eres el asesino del Consejo Blanco —dije—. Después de todos los discursitos sobre el uso justo y responsable de la magia, cuando la responsabilidad y la justicia de las Leyes de la Magia no interesan, tienen a su asesino. Te tienen a ti.

No dijo nada.

—Matas a gente.

—Sí.

El rostro de Ebenezer ahora parecía esculpido en piedra y hablaba con voz baja y ronca.

—Cuando no hay otra opción. Cuando hay vidas en peligro. Cuando no hacer nada implica... —Calló de repente aunque su boca aún se movía—. No quería el puesto. Sigo sin quererlo. Pero cuando tengo que actuar, actúo.

—Como en Casaverde —dije—. Destrozaste la guarida de Ortega cuando escapó del duelo.

—Sí —dijo todavía ausente—. Ortega mató a más miembros del Consejo Blanco durante su asalto a Arcángel que ningún otro enemigo a lo largo de la historia. —Su voz se quebró—. Mató a Simón. Mi amigo. Luego vino aquí e intentó acabar contigo, Hoss. Y pensaba regresar para terminar el trabajo en cuanto se recuperara. Así que destruí Casaverde. Lo maté, a él y a casi doscientos de sus colaboradores. Y también acabé con casi cien personas que había en la casa con ellos. Criados. Seguidores. Comida.

Sentí que se me revolvía el estómago.

—Me dijiste que saldría en los telediarios. Yo pensé que quizá fue el Consejo. O que solo habías matado a los vampiros. Y aunque luego tuve tiempo para pensar en ello con más tranquilidad... yo quería creer que habías obrado bien.

—A veces obras bien —dijo el viejo—, y otras haces lo que es necesario. Ambas cosas no siempre coinciden.

—Casaverde no fue lo único necesario que hiciste —dije—, ¿verdad?

—Casaverde —dijo Ebenezer con voz temblorosa—. Tunguska, Nueva Madrid, Krakatoa. Y una docena más. Que Dios me ayude, al menos una docena más.

Lo miré fijamente durante un rato. Luego dije:

—Me dijiste que el Consejo decidió que yo fuera a vivir contigo porque querían fastidiarte. Pero esa no era la razón. Porque uno no envía a un peligroso delincuente en potencia a vivir con tu matón si lo que quieres es rehabilitarlo.

Asintió.

—Mis órdenes eran observarte y matarte si mostrabas la menor señal de rebelión.

—Matarme. —Me froté los ojos, el corazón comenzó a latir más deprisa—. Si no recuerdo mal, mostré bastantes señales de rebelión.

—Sí —dijo.

—¿Y por qué no me mataste?

—Por Dios, hijo. ¿De qué sirve tener licencia para ignorar los deseos del Consejo si no vas a usarla? —Negó con la cabeza y una sonrisa cansada apareció brevemente en su boca—. No era culpa tuya que te criara el hijo de puta de DuMorne. Eras un

crío tonto, estabas enfadado, tenías miedo, y tu magia era increíblemente potente. Pero eso no significaba que hubiera que matarte. Me dieron libertad para actuar, y la utilicé. Ahora no están satisfechos con lo que hice, pero ya está hecho.

Lo miré fijamente.

—Hay algo más que no me estás diciendo.

Guardó silencio durante un minuto. Que se convirtió en dos. Y un rato después dijo:

—El Consejo sabía que eras hijo de Margaret LeFay. Sabían que era una de los magos que había usado las leyes en contra del Consejo. Era culpable de violar la Primera Ley, entre otras, y se sabía que tenía amistades poco recomendables con diferentes seres de dudosa reputación. Los centinelas tenían orden de detenerla en cuanto la vieran. Cuando la llevaran al Consejo, sería juzgada y ajusticiada inmediatamente.

—Me dijeron que murió en el parto —dije.

—Y así fue —confirmó Ebenezer—. No sé por qué, pero por alguna razón se alejó de sus antiguos amigos, entre los que figuraba Justin DuMorne. Después de aquello, no había lugar seguro para ella. Se apartó de sus antiguos aliados y huyó de los centinelas durante dos años. Y desde luego se ocultó también de mí. Yo tenía mis órdenes con respecto a ella.

Lo miré con dolor y fascinación.

—¿Qué pasó?

—Conoció a tu padre. Un hombre. Un mortal, sin poderes, sin influencia, sin recursos. Pero un hombre con un alma buena. Yo no he conocido a muchos así. Creo que se enamoró de él. Pero en la noche que naciste, uno de sus antiguos aliados la encontró y se vengó de ella por haberlo abandonado. —Me miró directamente a los ojos y dijo—. Utilizó una maldición entrópica. Una maldición ritual de entropía.

La sorpresa me dejó paralizado durante unos segundos. Luego dije:

—Lord Raith.

—Sí.

—Él mató a mi madre.

—Sí —dijo Ebenezer.

—Dios. ¿Estás... estás seguro?

—Sabe borrar sus huellas —dijo Ebenezer—. Pero estoy seguro de que fue él.

El latido se extendió por el brazo y la habitación comenzó a pulsar como una luz de neón siguiendo su ritmo.

—Mi madre. Lo he tenido a un metro de mí. Él mató a mi madre.

El dolor de un niño, el vacío de mi vida, la sombra de una madre desconocida, la honda pena de mi padre, todo eso se hinchó y gritó de rabia en mi interior. Ahora conocía la fuente de aquel dolor, o de parte de él. Y en aquel momento, si hubiera

tenido un blanco claro, habría matado sin pararme a pensar. Lo único que importaba era vengarme. Lo único que importaba era vengar la muerte de una madre. De mí madre. Empecé a temblar y supe que la presión me estaba nublando el juicio.

—Hoss —dijo Ebenezer—. Tranquilo, hijo.

—Lo mataré —susurré—. Lo voy a matar.

—No —me contradijo Ebenezer—. Respira hondo, hijo. Piensa.

Empecé a reunir energía.

—Lo mataré, lo mataré. Los mataré a todos. A todos. No quedará ni uno.

—Harry —gritó Ebenezer—. Harry, no sigas. No puedes encauzar todo ese poder. Te matarás si lo intentas.

Eso tampoco me importaba. La sensación de poder era demasiado tentadora, demasiado fuerte. Quería hacerlo. Quería que Raith pagara. Quería que sufriera, que gritara y que luego muriera, que pagara por lo que me había hecho. Y era lo bastante fuerte para conseguirlo. Tenía el poder y la intención de hacer caer sobre él semejante avalancha de magia que lo destruiría por completo. Lo desbordaría y le haría suplicar misericordia antes de destrozarlo. No merecía menos.

Y entonces el fuego ardió de nuevo en mi mano de manera tan repentina y dolorosa que la espalda se me tensó en un arco agónico y caí al suelo. No podía gritar. El dolor se llevó mi ira como una riada arrastra los dientes de león. Miré a mi alrededor enloquecido y vi la ancha y callosa mano del viejo cerrada con tremenda fuerza sobre la mía, quemada y vendada. Cuando me miró a los ojos, me soltó. Su expresión era de amargura.

Me hice un ovillo y estuve así durante un minuto mientras mi corazón telegrafiaba consecutivas oleadas de dolor a través de todo mi cuerpo. Tardé varios minutos antes de poder sobreponerme y lentamente me volví a sentar.

—Lo siento —susurró Ebenezer—. Harry, no puedo permitir que te dejes llevar por la ira. Sería tu fin.

—Pero me lo llevaría por delante —conseguí decir entre dientes.

Ebenezer dejó escapar una amarga risotada.

—No, no podrías, Hoss.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya lo he intentado yo —contestó—. Tres veces. Y ni siquiera me acerqué. ¿Y no creerás que tu madre dejó este mundo sin lanzar su maldición de muerte contra su asesino?, ¿verdad? ¿La criatura que la esclavizó? Creo que la respuesta es bastante obvia.

Lo miré atónito.

—¿Qué quieres decir?

—Está protegido —dijo en voz baja—. La magia resbala sobre él.

—¿Incluso la maldición de muerte?

—Incluso eso —dijo con amargura—. Raith cuenta con la protección de algo grande. Quizá la de algún demonio importante. O la de algún dios antiguo. La magia no le hace nada.

—¿Pero es eso posible? —pregunté.

—Sí —contestó el viejo—. No sé cómo, pero así es. Lo que explica en gran parte cómo llegó a ser el rey blanco.

—No me lo creo —dije en voz baja—. Mi madre lo conocía. Debía de saber que estaba protegido. Era lo bastante fuerte para inspirar temor en el Consejo Blanco. No habría utilizado su maldición de muerte para nada.

—Pues lo hizo, y fue en vano.

—Así que ahora mi madre, además de malvada era una incompetente —concluí.

—Yo no he dicho que...

—¿Qué sabes de ella? —pregunté. Tenía la mano derecha cerrada sobre mi muñeca izquierda, con la esperanza de olvidar el dolor—. ¿Cómo sabes todo esto? ¿Te lo contó ella? ¿Estabas allí cuando sucedió?

Bajó la vista al suelo, su rostro estaba pálido.

—No.

—¿Entonces cómo coño lo sabes? —quise saber.

Sus palabras salieron de su boca como un áspero quejido.

—Porque la conocía, Hoss. La conocía mejor de lo que se conocía ella misma.

El fuego chisporroteó.

—¿Por qué? —pregunté.

Apartó la mano del cachorro.

—Era mi aprendiz. Yo fui su maestro. Su mentor. Yo era responsable de ella.

—¿Tú la enseñaste?

—Y le fallé. —Se mordió un labio—. Harry... cuando Maggie recibió sus poderes, convertí su vida en un infierno. No era más que una niña, pero no la dejaba ni a sol ni a sombra. La obligué a aprender. A superarse. Pero perdí la perspectiva. Me involucré demasiado, y ella no lo pudo soportar. Se escapó en cuanto vio la oportunidad. Comenzó a frecuentar malas compañías por pura rebeldía. Se equivocó en un par de decisiones y... y luego ya no pudo volver atrás.

Suspiró.

—Tú te pareces mucho a ella. Lo supe cuando te encomendaron a mí. No quería cometer los mismos errores contigo. Quería que tuvieras espacio para respirar. Para decidir por ti mismo qué persona querías ser. —Negó con la cabeza—. La lección más difícil que un mago debe aprender es que aunque se tenga un gran poder, hay cosas que escapan a nuestro control. No importa con cuánta fuerza las desees.

Lo miré fijamente.

—Eres un asesino. Un criminal. Sabías lo que le pasó a mi madre. La conocías y

jamás me dijiste nada. Por Dios santo, Ebenezar. ¿Por qué? ¿Por qué no me lo contaste?

—Solo soy humano, Hoss. Hice lo que pensé era lo mejor para ti en ese momento.

—Yo confiaba en ti —dije—. ¿Tienes idea de lo que eso significa para mí?

—Sí —contestó—. Yo nunca quise hacerte daño. Pero lo hecho, hecho está. Y dado el caso, haría las cosas exactamente igual.

Se levantó, cogió la bolsa, y se agachó a mi lado para colocar mi brazo sobre una rodilla y examinar la mano quemada. Después metió una mano en la bolsa y sacó una cuerda muy larga de la que pendía una especie de piedra blanca.

—Vamos a ver esa mano. Creo que puedo restablecer la circulación, al menos parcialmente. Quizá lo bastante para salvarla. Y puedo hacer que te deje de doler durante un día o dos. Tendrás que ir al médico de todas formas, pero esto servirá para que aguantes si esperas tener problemas esta noche.

No tardó mucho, y mientras tanto yo intenté aclarar mis ideas. Estaban sepultadas bajo una tormenta de emociones en bruto, todas feas. Perdí la noción del tiempo durante un rato. Cuando alcé la vista, la mano ya no me dolía y la sentí menos rígida, bajo los vendajes blancos. Llevaba una cadena de piedras blancas atada a la muñeca y, mientras la observaba, una de las piedras se puso amarilla y luego comenzó a oscurecerse lentamente.

—Las piedras absorberán el dolor durante un tiempo. Se irán haciendo añicos una a una, así que sabrás cuándo van a dejar de funcionar. —Me miró a la cara—. ¿Quieres que te ayude esta noche?

Una hora antes no me lo habría preguntado. Y yo habría estado más que contento de contar con la ayuda de Ebenezar. Pero el viejo tenía razón. La verdad dolía. La verdad quemaba. Mis pensamientos y sentimientos ardían en una peligrosa y palpitante ampolla en el pecho. No quería ver lo que había en el corazón de aquella tormenta, pero negarla tampoco la haría desaparecer.

Ebenezar me había mentido. Desde el primer día.

Y si me había mentido, ¿qué otras cosas me habría ocultado?

Había construido toda mi estúpida vida sobre unas creencias muy sencillas: que tenía la obligación de utilizar mi poder para ayudar a las personas. Que merecía la pena arriesgar la vida para defender a otros. Creencias que había hecho mías en parte porque lo había aprendido de aquel hombre.

Pero no era lo que yo creía. Ebenezar no era un paragón de virtud mágica. Si acaso, era una señal de aviso para navegantes. Se había labrado una buena imagen ante mí, pero bajo esa superficie, era tan frío y manipulador como los cobardes cabrones del Consejo a los que despreciaba.

Puede que jamás se pusiera a sí mismo como ejemplo. Puede que simplemente yo

necesitara a alguien a quien admirar. Alguien en quien creer. Puede que yo fuera el idiota aquí, al poner mi fe en el lugar equivocado.

Pero nada de eso cambiaba el hecho de que Ebenezer me había ocultado cosas. Me había mentido.

Eso lo simplificaba todo.

—No —susurré—. No te quiero aquí. No te conozco. No sé quién eres.

—Pero no te importa luchar junto a alguien como Perro del Infierno.

—Kincaid es un mercenario. Y jamás ha pretendido ser otra cosa.

El viejo suspiró lentamente y dijo:

—Supongo que tienes razón.

—Gracias por tu ayuda. Pero tengo cosas que hacer. Deberías irte.

Se levantó, cogió la bolsa de papel y dijo:

—Siempre podrás contar conmigo, Hoss, si cambias de idea...

Apreté los dientes.

—He dicho que te vayas.

Pestañeó un par de veces y susurró:

—Una dura lección. La más dura.

Después se fue.

No quise verlo salir.

Capítulo 36

Me senté en el silencio que quedó tras la marcha del viejo y sentí muchas cosas. Me sentí cansado. Sentí miedo. Y me sentí solo. El cachorro se incorporó y desplegó parte de la sabiduría y compasión de su raza. Se acercó a mí, torpe, se subió a mi regazo y luego comenzó a lamerme la barbilla.

Acaricié su suave pelo de cachorro y me noté una inesperada sensación de consuelo. Sí, era pequeño, y sí, era solo un perro, pero era tierno, cariñoso y una bestiecilla muy valiente. Y yo le gustaba. Me siguió dando sus besos de cachorro mientras meneaba el rabo, hasta que por fin le sonreí y lo acaricié a contrapelo.

Mister no iba a permitir que un simple chuchó le comiera el terreno. El pesado gato bajó de la estantería en la que descansaba y comenzó a frotarse una y otra vez contra mi mano, así que no tuve más remedio que hacerle caso a él también.

—Ya sé que no quieres causar problemas —le dije al perro—. Pero yo ya tengo un compañero de piso. ¿Verdad, *Mister*?

Mister me miró con sus enigmáticos ojos de gato, empujó al perro y después perdió todo interés en mí. Saltó al suelo, donde el cachorro ya había logrado ponerse en pie de nuevo y movía el rabo con vigor mientras amagaba torpes ataques hacia el gato, deseoso de jugar. *Mister* echó las orejas atrás con desdén y volvió a su estantería.

Yo reí. No pude evitarlo. El mundo quizá fuera un lugar terrible, traicionero y mortífero, pero jamás acabaría con la risa. La risa, al igual que el amor, tiene el poder de sobreponerse a las peores cosas que nos arroja la vida. Y además, lo hace con estilo.

Me puse en marcha. Me vestí con el uniforme de trabajo: pantalones militares negros, una gruesa camisa de lana de color rojo y botas negras de combate. Me coloqué el cinturón de la pistola con una mano, enganché la funda de mi bastón espada al cinturón y lo cubrí todo con mi abrigo. Comprobé que llevaba el amuleto de mi madre y el brazalete escudo. Luego me senté y llamé al móvil de Thomas.

Había escuchado solo medio tono cuando alguien descolgó y una voz de mujer respondió asustada:

—¿Tommy?

—¿Inari? —pregunté—. ¿Eres tú?

—Sí —confirmó—. Eres Harry, ¿verdad?

—Por lo menos durante un par de horas más —dije—. ¿Puedo hablar con Thomas, por favor?

—No —respondió Inari. Sonó como si hubiera estado llorando—. Esperaba que tú fueras él. Creo que está metido en algún lío.

Fruncí el ceño.

—¿Qué clase de lío?

—Vi a uno de los hombres de mi padre —me explicó—. Creo que tenía un arma. Obligó a Thomas a dejar el teléfono en el garaje y a entrar en un coche. No sé qué hacer.

—Tranquila, cálmate —dije—. ¿Dónde estaba cuando se lo llevaron?

—En el estudio —respondió con voz triste—. Me trajo cuando supo lo del tiroteo. Yo también estoy aquí.

—¿Y Lara? —pregunté.

—Sí, está conmigo.

—Dile que se ponga, por favor.

—Vale —dijo Inari.

El teléfono crepitó. Unos segundos después escuché la voz de Lara deslizarse por el teléfono y acariciarme la oreja.

—Hola, Harry.

—Lara. Sé que tu padre está detrás de la maldición, compinchado con las mujeres de Arturo. Sé que quieren matar a su prometida para que Arturo vuelva al redil y al control de Raith. Pero tengo una pregunta.

—¡Ah! —dijo.

—Sí. ¿Dónde está Thomas?

—Los hombres tan sutiles me ponen un montón —dijo—. Eres pura elegancia.

—Pues intenta controlarte un poco —le espeté—. Lo quiero de una pieza. Estoy dispuesto a matar a cualquiera que se me ponga por delante. Y estoy dispuesto a pagarte para que me ayudes.

—¿Ah, sí? —dijo Lara. Oí que decía algo en voz baja, supongo que a Inari. Esperó un momento, escuché como se cerraba una puerta y el tono de su voz cambió sutilmente, se hizo más pragmática—. De acuerdo, te escucho.

—Estoy en condiciones de ofrecerte la Casa Raith. Y la Corte Blanca que la acompaña.

Se hizo un silencio sorprendido. Luego dijo:

—¿Y cómo conseguirías semejante cosa?

—Echando a tu padre del poder y poniéndote en su lugar.

—Eso es muy impreciso y la situación es complicada —dijo, pero distinguí una nota de emoción y nerviosismo en su voz—. Las otras casas de la Corte Blanca siguen a la Casa Raith porque temen y respetan a mi padre. Me parece poco probable que transfieran ese respeto a mí.

—Poco probable, pero no imposible. Creo que se puede hacer.

Oí un suave y lento ronroneo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué esperas de mí a cambio? Si mi padre decide acabar con Thomas, yo no podré detenerlo.

—No hará falta. Solo tienes que llevarme ante él. Yo me encargaré de Thomas.

—Tras lo cual mi padre quedará tan impresionado con tus dotes diplomáticas que me cederá el mando, ¿no es eso?

—Algo así —dije—. Tú condúceme hasta él. Luego lo único que tendrás que hacer es observar desde la barrera mientras el siervo Dresden se encarga de tu padre.

—*Humm* —dijo—. Eso desde luego elevaría mi estatus entre los señores de la corte. Organizar una rebelión no es nada nuevo, pero muy pocos consiguen un asiento en primera fila. Ser testigo directo de todo es algo que no está al alcance de cualquiera.

—Además, si al final las cosas no salieran bien para mí, estarías en una buena posición para acuchillarme por la espalda y conservar el afecto de tu padre.

—Claro —dijo, sin indicio alguno de vergüenza—. Me conoces bastante bien, mago.

—Oh, y quería pedirte otra cosa.

—¿Sí? —preguntó.

—Dejaa la chica tranquila. No la presiones. No la coacciones. Deja a Inari en paz. Cuéntale lo que ocurre en vuestra familia y que sea ella quien decida sobre su futuro.

Esperó un momento y luego dijo:

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Volvió a ronronear.

—Vaya. Todavía no sé si eres realmente formidable o simplemente un pobre idiota, pero por el momento te encuentro bastante excitante.

—Las chicas me lo dicen mucho.

Rió.

—Supongamos por un momento que encuentro tu propuesta razonable. Necesitaría saber cómo pretendes derrocar a mi padre. Porque no sé si te han dicho que es invencible.

—No, de eso nada —dije—. Te demostraré lo débil que es en realidad.

—¿Y eso cómo lo sabes?

Cerré los ojos y dije:

—Intuición.

Lara guardó silencio pensativa durante un momento, después dijo:

—Hay algo más que debo saber, mago. ¿Por qué? ¿Por qué haces esto?

—Le debo varios favores a Thomas —dije—. Ha sido un buen aliado, y si ahora lo dejo en la estacada me perjudicará a la larga, cuando vuelva necesitar ayuda de otros. Además, si todo sale como lo he planeado, habrá alguien más razonable al frente de la Corte Blanca.

Lara hizo un sonido suave que probablemente solo indicaba que estaba pensando, aunque seguramente habría sido más interesante en la oscuridad. *Hum*, quiero decir, en persona.

—No —dijo entonces—. No es solo por eso.

—¿Por qué no?

—Sería una razón válida si se tratase de mí —dijo—. Pero tú no eres yo, mago. Ni tampoco eres como la mayoría de los de tu raza. No pongo en duda que tengas habilidad para la maquinación, pero no creo que forme parte de tu verdadera naturaleza. Te preparas para correr un terrible riesgo, y quisiera saber por qué estás decidido a hacerlo.

Me mordí el labio por un segundo sopesando mis opciones y las posibles consecuencias. Me decidí a hablar:

—¿Sabes quién fue la madre de Thomas?

—Margaret LeFay —dijo intrigada—. Pero ¿qué tiene que ver eso...? —Se calló de repente—. ¡Ah! Ahora lo entiendo. Eso explica muchas cosas sobre su posición en algunos asuntos durante estos últimos años. —Dejó escapar una risilla, pero me pareció más bien triste—. Os parecéis bastante, ¿sabes? Thomas se arrancaría un brazo antes que permitir que alguno de sus hermanos resultara herido. Es bastante irracional en ese aspecto.

—¿Esa razón te vale? —pregunté.

—No creas que no siento afecto por mi familia, mago. Me vale.

—Además —añadí—. Te acabo de revelar un secreto que puedes utilizar para algún que otro chantaje.

Rió.

—Oh, qué bien me conoces.

—¿Te apuntas?

Guardó silencio y cuando por fin habló de nuevo, su voz sonó más firme y más codiciosa.

—No sé con exactitud adónde puede haber llevado mi padre a Thomas.

—¿Lo podrías averiguar?

Su voz adquirió un tono más pensativo.

—De hecho, creo que sí. Quizá sea cosa del destino.

—¿El qué?

—Ya lo verás —dijo—. ¿De cuánto tiempo disponemos?

—Del mínimo posible —dije—. Cuanto antes lo encuentre, mejor.

—Necesitaré media hora o un poco más. Nos vemos en la casa de mi familia, al norte de la ciudad.

—En media hora —dije—. Hasta entonces.

Colgué el teléfono justo cuando oí como un rugido sordo se acercaba a mi casa.

Un momento después, Murphy entraba por la puerta. Iba vestida de motera, con vaqueros y chupa de cuero.

—Supongo que vamos a alguna parte.

—De momento a darle caña a la moto —dije—. ¿Lista para otra pelea?

Sonrió. Me tiró un casco de color rojo y dijo:

—Sube a la moto, moreno.

Capítulo 37

Las motos, por lo que se ve, no son un modo de transporte seguro. Quiero decir que según las estadísticas de las aseguradoras, todos en Estados Unidos acabaremos teniendo algún tipo de accidente y la mayoría de nosotros nos veremos envueltos en más de uno. Si vas por ahí en un viejo y castigado Ford Lincoln y alguien se te cruza a treinta kilómetros por hora, probablemente te lleves un susto y te cabrees. Pero si vas sentado en una moto, tendrás mucha suerte sí no pierdes el control. Y aunque no tengas un accidente con otro vehículo, en moto siempre es muy fácil hacerse daño o acabar muerto. Los moteros no llevan todo ese cuero por cuestiones de moda o por si les sacan una navaja. Es lo más adecuado para evitar dejarte la carne en la autopista en caso de que pierdas el control de la moto y acabes derrapando sobre el asfalto.

Dicho esto, ir en moto es divertido.

Me coloqué el pesado e incómodo casco rojo, totalmente seguro de que aquella era la primera vez que me disfrazaba de cerilla. El casco negro de Murphy, en comparación, parecía del siglo XXV. Suspiré mientras el ultrajado cadáver de mi dignidad recibía una patada más en toda la cara y me monté. Le indiqué adónde íbamos, y su vieja Harley rugió al acelerar en la desierta carretera.

Por un momento pensé que la moto me iba a dejar en tierra y perdí un poco el equilibrio.

—¡Dresden! —gritó Murphy molesta—. ¡Agárrate a mi cintura!

—¿Con qué? —le respondí a gritos. Agité la mano vendada por un lado, dentro de su campo de visión y la que sostenía el bastón por otro.

En respuesta, Murphy me cogió el bastón y lo metió en una especie de compartimento situado a la derecha y tan cerca del conductor que no podía ser otra cosa que una funda para una escopeta o un bate de béisbol. El bastón sobresalía como el palo de la bandera de un carrito de golf, pero al menos tenía una mano libre. Rodeé con mi brazo la cintura de Murphy y sentí los músculos de su estómago tensarse al acelerar o inclinarse en las curvas, indicándome que hiciera lo mismo. Cuando llegamos a una carretera abierta y salimos de la ciudad, el viento hinchó mi guardapolvos de cuero y lo hizo ondear en el aire al paso de la moto. Tuve que agarrarme con fuerza a Murphy si no quería que mi abrigo acabara convirtiéndose en una especie de paracaídas.

Pasamos Little Sherwood y llegamos al Château Raith. Murphy detuvo la Harley. Puede que tardara unos segundos de más en apartar mi brazo de su cintura, pero a ella no pareció importarle. Llevaba puesta la cara de poli aburrido mientras contemplaba la casa, las rosas y las grotescas gárgolas, pero pude sentir que bajo aquella máscara, se sentía tan intimidada como yo y por las mismas razones. La enorme y vieja mansión destilaba la clase de poder y riqueza que parece despreciar leyes y

convenciones. Ofrecía un espectáculo tradicionalmente siniestro y nos encontrábamos lejos de cualquier ayuda.

Me bajé de la moto y Murphy me pasó el bastón. Reinaba el silencio, salvo por el sonido del viento deslizándose entre los árboles. Había una luz temblorosa en la puerta, otra al final del sendero y un par de farolillos en el jardín, pero aparte de eso, nada.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Murphy en voz baja—. ¿Pelear?

—Todavía no —dije y le conté la versión abreviada de lo sucedido—. Guárdame las espaldas. No empieces nada a no ser que los Raith intenten tocarte. Si lo hacen, quizá consigan influir en tu comportamiento de una forma u otra.

Murphy se estremeció.

—Vale, pero de todas formas no pensaba permitir que ninguno de esos me tocara.

Oímos un ruido de motor y vimos como un coche deportivo blanco recorría los últimos cientos de metros de Little Sherwood. Prácticamente voló sobre el sendero hasta la casa, pasó casi rozando la moto de Murphy, giró, y aparcó con un derrape en paralelo, en la dirección opuesta.

Murphy y yo intercambiamos miradas. Parecía impresionada. Yo probablemente parecía cabreado.

La puerta se abrió y apareció Lara vestida con una falda roja larga y amplia y una blusa de algodón blanca, bordada con rosas rojas. Caminó tranquilamente hacia nosotros. Iba descalza. Vi brillar algo de plata en un dedo del pie y un tobillo, y conforme se acercaba escuché el tintineo de unos cascabeles.

—Buenas noches, mago.

—Lara —dije—. Me gusta la falda. Muy racial. Muy *Carmen*.

Me dedicó una sonrisa complacida, después centró su pálida mirada en Murphy y dijo:

—¿Y quién eres tú?

—Murphy —contestó ella—. Una amiga.

Lara sonrió a Murphy. Muy lentamente.

—Nunca se tienen bastantes amigos.

Murph aguantó su expresión de poli y añadió con una nota de despreocupado desprecio en su voz:

—No he dicho que fuera amiga tuya —aclaró—. Estoy con Dresden.

—Qué pena —dijo Lara.

—También estoy con la policía.

El súcubo se estiró un poco al oír aquellas palabras y estudió a Murphy de nuevo. Después saludó con una inclinación de cabeza en un signo de respeto y reconocimiento.

Se abrió la otra puerta del deportivo blanco y apareció Bobby *el Borde*,

reformado. Parecía mareado y caminaba dando tumbos. Inari salió un segundo después, se colocó debajo de uno de sus brazos para ayudarlo a recuperar el equilibrio, a pesar de que ella llevaba el suyo en cabestrillo.

Lara alzó la voz.

—¿Inari? Sé buena y ve a por ella enseguida. Bobby, cielo, si pudieras ayudarla, te lo agradecería mucho.

—Sí, claro —dijo Bobby. Tenía mal color, pero pareció recuperarse mientras avanzaba deprisa hacia la casa con Inari.

—Ahora la traemos —dijo Inari.

Esperé hasta que hubieron entrado.

—¿Qué coño hacen aquí? —pregunté a Lara.

Se encogió de hombros.

—Insistieron y no tenía tiempo para discutir.

La miré furioso.

—La próxima vez que practiques el *sex appeal*, prueba a pasar un tiempo trabajando en el hechizo de «*vete por ahí*», en lugar de en el de «*ven para acá*».

—Lo tomaré como un consejo —repuso.

—¿A quién van a traer? —pregunté.

Lara arqueó una ceja.

—¿No lo sabes?

Apreté los dientes.

—Evidentemente, no.

—Paciencia, cielo —dijo y caminó hasta el deportivo con un suave contoneo de caderas y melena. Abrió el maletero y sacó un estoque, pero uno de verdad, no esos finos con pinta de antena de coche en los que piensa la gente cuando escuchan esa palabra. Solo la hoja medía casi un metro. La base tenía una anchura de un par de dedos que después se iba afinando hasta ser tan estrecha como mi dedo meñique, para terminar en una punta de aguja. La guarnición, de plata y acero lacado en blanco, cubría casi toda la mano, y estaba adornada con una única rosa hecha con pequeños rubíes. Lara sacó un fajín rojo, se lo ató a la cintura y colocó el estoque atravesado en su funda.

—Ya está —dijo. Después se volvió hacia mí—. ¿Todavía parezco Carmen?

—Menos Carmen. Más *Piratas de Penzance* —dije.

Se puso la mano sobre el corazón.

—Gilbert y Sullivan. No sé si te lo podré perdonar.

—Ni yo cómo podré seguir viviendo —dije y puse los ojos en blanco mirando a Murphy—. Por cierto hablando de seguir...

Inari abrió la puerta principal de golpe y la sostuvo. Bobby apareció un minuto después, con una anciana vestida con un camisón en brazos. El chaval era alto y

fuerte, pero no me pareció que hiciera falta mucha fuerza para llevarla en volandas. La mujer tenía cierto aire etéreo. Su pelo canoso se movía con tan solo un soplo de aire, sus brazos y piernas colgaban inertes y estaba increíblemente delgada.

El chaval se acercó a nosotros y pude verla mejor. No era una anciana. Su piel no tenía arrugas aunque mostraba la palidez de una moribunda, y sus brazos y piernas no estaban consumidos, solo tenían la esbeltez de la juventud. Su pelo, sin embargo, si era plateado, gris y blanco, y supe que había cambiado de color de la noche a la mañana.

Porque aquella chica era Justine.

—Madre mía —dije en voz baja—. Creía que había muerto.

Lara se puso a mi lado, sin apartar la vista de la joven con expresión seria.

—Y así debería haber sido —dijo.

Sentí la rabia palpitar en mi pecho.

—Esas cosas no se dicen.

—Hay que ver esto con cierta perspectiva. No le deseo mal alguno, pero puestos a elegir, prefiero que muera ella a Thomas. Así son las cosas.

La miré incrédulo.

—¿Qué?

Lara encogió un hombro.

—Thomas se apartó de ella antes de llegar al punto de no retorno —dijo—. No, en realidad, fue justo después. No sé cómo lo consiguió.

—¿Y eso te molesta? —pregunté.

—Corrió un grave riesgo —repuso—. Fue una estupidez. Apartarse así generalmente se paga con la vida.

La miré con cara de incredulidad y de impaciencia al mismo tiempo.

—Es por la intensidad del momento —explicó—. Es una unión. Las reservas de energía vital de Thomas estaban agotadas. Apartarse así de la fuente...

—De Justine —la corregí.

Lara era la que parecía impaciente ahora.

—Apartarse así de Justine supuso un trauma psíquico tremendo, y estaba muy débil. Coger un poco e interrumpir el contacto es fácil. De hecho, es como suele suceder. Pero llevaba alimentándose de la misma chica de forma regular durante varios años. Podía extraer energía con una simple caricia. Pero al tomarla por entero... —Los ojos de Lara perdieron un poco de color y sus pechos se apretaron contra la blusa—. No hay ningún pensamiento consciente. Ni juicios de valor. No hay dudas. Solo necesidad.

—Eso es horrible —dijo Murphy en un susurro—. Obligarla a hacer algo así.

Los pálidos ojos de Lara se posaron sobre Murphy.

—Oh, no, no se obliga a nadie, agente. Estaba más que dispuesta a dar. Cuando

han sido presas durante tanto tiempo, dejan de preocuparse por su propia muerte. Solo piensan en el placer de ser devorados. Siempre están dispuestos a dar más y no les preocupa su suerte.

Murphy pareció indignada.

—A lo mejor fue ella quien se apartó.

Los labios de Lara se curvaron en una falsa sonrisa.

—No. Cuando mi hermano hubo tomado lo suficiente para recuperar el sentido, la chica no era más que una hembra en celo.

Murphy entornó los ojos mientras miraba a Lara.

—Y hablar de esto te pone. Es asqueroso.

—¿Nunca se le ha abierto el apetito al hablar de comida, agente Murphy? —preguntó Lara.

Murphy la fulminó con la mirada, pero no dijo nada.

—En cualquier caso —prosiguió Lara—, lo que hizo Thomas fue cruel. Justine lo quería tanto como una presa puede querer a su amo. Quedaba muy poco cuando él se apartó de su cuerpo y de su mente. Es posible que haya sobrevivido, agente, pero no sé si se podría decir que está viva.

—Creo que lo entiendo —dije—. Hay algo de Thomas en ella y algo de ella en Thomas. Están unidos psíquicamente. Y crees que Justine quizá pueda decirnos dónde está.

Lara asintió con la cabeza.

—Si queda aún algo de ella ahí dentro, quizá nos pueda conducir hasta mi hermano. No creo que esté lejos de aquí. Mi padre no suele salir de su propiedad.

Bobby se acercó con la chica e Inari volvió a entrar en la casa para salir con una silla de ruedas. La colocó corriendo al lado de Justine y Bobby la sentó.

Me arrodillé junto a la silla. Justine parecía no tener huesos y apenas lograba mantener la cabeza erguida. Sus oscuros ojos parecían densos y confusos. Una pequeña sonrisa apareció en sus labios. Tenía los ojos hundidos y su piel era casi translúcida. Su respiración era lenta y superficial, y con cada expiración emitía un suave suspiro de satisfacción.

—¡Joder! —me asombré—. Parece totalmente ida.

—No tenemos tiempo —me recordó Murphy.

Asentí y agité una mano ante los ojos de Justine. No hubo ninguna reacción.

—¿Justine? —dije en voz baja—. Justine, soy Harry Dresden. ¿Me oyes?

Una fina línea apareció en su frente, aunque sin llegar a fruncir el ceño. Pero era algo.

—Justine —dije—. Escúchame. Thomas está en peligro. ¿Me oyes? Thomas está en peligro y tenemos que encontrarlo.

Un lento escalofrío le recorrió el cuerpo. Pestañeó y aunque no parecía enfocar

bien, movió los ojos en un intento por ver lo que había a su alrededor.

—Thomas —repetí—. Venga, Justine. Necesito que hables conmigo.

Respiró hondo. La lánguida expresión de placer se esfumó de su rostro y fue reemplazada por tristeza y deseo.

—Thomas —susurró.

—Sí —dije—. ¿Dónde está? ¿Me puedes decir dónde está?

Esta vez desenfocó la mirada por completo, luego cerró los ojos. Su precioso rostro se relajó y pareció entrar en un trance.

—Siento.

—¿Dónde? —La frustración comenzaba a apoderarse de mí—. ¿Qué sientes?

Movió una mano y se tocó la muñeca opuesta. Luego una rodilla.

—Cadenas. Frío.

Lara se inclinó hacia ella y preguntó:

—¿Está muy lejos?

Justine se estremeció.

—No muy lejos.

—¿En qué dirección? —pregunté.

Hizo un vago intento por mover la mano, pero acabó frunciendo el ceño.

—Me parece que no tiene fuerzas ni para señalar —le dije a Lara.

Lara asintió y le dijo a Inari:

—Haz girar la silla lentamente, por favor.

—Justine —dije—, ¿nos puedes avisar cuando esté enfrente de ti?

La chica abrió los ojos. Se encontraron con los míos por un segundo, y me faltó tiempo para apartar los ojos. Nada de mirar más almas, por favor. Ya tenía suficientes ovejas moribundas tatuadas en la memoria por un día. Pero mientras Inari hacía girar la silla, Justine de repente alzó la cabeza y una mano, y señaló a la oscuridad. El movimiento fue sutil, pero en comparación con los otros, resultó contundente.

Lara contempló la noche por un momento y luego dijo:

—La Fosa. Está en La Fosa.

—¿Qué? —preguntó Murphy.

Lara frunció el ceño.

—Es una vieja cueva casi al final de la finca. Hay una grieta, una sima natural, nadie sabe muy bien qué profundidad tiene. La usamos para...

—Deshaceros de cosas —dije en voz baja—. Como cadáveres.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar?

—Hay una vía de servicio hasta la cabaña del guardés —dijo—. Rodead la casa y dirigios al norte. Hay una valla blanca en la parte más alejada del jardín. Buscad una puerta.

—No hará falta. Tú te vienes con nosotros —dije.

Lara no llegó a contestar porque de repente la noche se llenó con el abrupto estruendo de un trueno mortal y un *pitcher* de la liga profesional me alcanzó con una bola rápida entre los omóplatos. Me desplomé de golpe y el hormigón del suelo me arañó la cara. Oí a Murphy gruñir y golpearse contra el suelo medio segundo después.

Conseguí alzar la cabeza por un momento a tiempo de ver a uno de los *kens* guardaespaldas de pie en el porche principal de la casa. Cargó de nuevo la escopeta y apuntó a Lara. El súcubo se echó a la izquierda, rápida y ágil como un ciervo, y el guardaespaldas la siguió. El cañón del arma encontró a Inari antes de dar con Lara, y la chica se quedó paralizada, con los ojos desorbitados.

—¡Cuidado! —gritó Bobby y se lanzó sobre Inari con un salto que habría sido la envidia de cualquier jugador de rugby. Vi gotas de sangre elevarse en el aire en una pesada niebla roja.

El *ken* guardaespaldas volvió a cargar. El objetivo más a mano era Justine. La joven estaba mirando hacia donde había dicho que estaba Thomas. Ni siquiera creí que pudiera oír los disparos, mucho menos evitarlos, y supe que iba a morir.

Hasta que apareció Murphy, que se plantó delante de rodillas, pistola en mano y en posición de tiro. El pistolero giró para apuntarla y disparó. Se precipitó y la bala no alcanzó a Murphy. En su lugar salió desviada hacia el deportivo blanco y le destrozó el neumático delantero izquierdo.

Murphy no devolvió el fuego al momento. Apuntó con su pistola durante un interminable medio segundo mientras el *ken* guardaespaldas expulsaba el casquillo y se disponía a apretar el gatillo de nuevo. El casquillo golpeó el suelo. La pistola de Murphy tronó.

La cabeza del *ken* guardaespaldas giró hacia un lado, como si alguien le hubiera hecho una pregunta particularmente sorprendente.

Murphy disparó tres veces más. El segundo tiro le hizo un agujero del tamaño de la yema de un dedo en el pómulos. La tercera bala se incrustó en los ladrillos de la casa y la cuarta se hundió en su pecho. Debía de llevar un chaleco antibalas, pero el impacto de los proyectiles fue lo bastante fuerte para mandarlo dando tumbos hacia atrás. La escopeta se le disparó al caer, descargando al aire, pero ya estaba muerto antes de que los ecos de los disparos se disiparan.

Murphy observó al matón con ojos fríos e inexpresivos durante un segundo y luego se volvió hacia mí mientras dejaba el arma a un lado y me palpaba por debajo del abrigo.

—Estoy bien —susurré—. Estoy bien. El abrigo paró la bala.

Murphy parecía sorprendida.

—¿Desde cuándo Kevlar fabrica chupas antibalas?

—No es eso —dije—. Es magia. Duele un huevo, pero estaré bien.

Murphy me agarró del hombro con fuerza.

—Gracias a Dios, creí que habías muerto.

—Echa un vistazo al chaval. Creo que se ha llevado un tiro.

Se acercó a Bobby e Inari. Lara hizo lo propio. Yo las seguí un momento después. Inari lloraba de dolor. Bobby estaba en estado de *shock*, tumbado y callado, mientras sangraba de un hombro y un brazo. Había tenido mucha suerte. El disparo le había alcanzado de refilón, y aunque la herida le dejaría una fea cicatriz, no había afectado a ninguna arteria. Viviría. Murphy cogió su botiquín de primeros auxilios de la moto, tapó bien la herida y lo fijó todo con un vendaje elástico. Luego pasó a la chica.

—¿Está bien? —preguntó Inari presa del pánico—. Ha sido muy valiente. ¿Está bien?

—Sí, tranquila —dijo Murphy—. ¿Dónde te duele?

—En el hombro —dijo Inari—. Dios, me duele muchísimo.

Murphy le rompió la camiseta sin más miramientos y examinó la herida.

—No es de bala —dijo—. Parece que se lo hizo cuando el chico se lanzó sobre ella para apartarla de la línea de fuego. —Murphy le movió la mano y a Inari se le cortó la respiración y palideció del dolor—. Mierda, es la clavícula, Harry. Y quizá también se haya dislocado el hombro. No se puede mover. Los dos necesitan una ambulancia ahora mismo. —Luego desvió la vista hacia el guardaespaldas y negó con la cabeza—. Y además hay un muerto. Esto se pone feo, Dresden. Tenemos que apagar este fuego antes de que arda descontrolado.

—No podemos esperar mientras la policía investiga lo sucedido —dije.

—Y si no damos aviso del tiroteo y de las heridas de bala, tendremos a la poli detrás por el resto de nuestros días.

—Fue un accidente —dijo Lara—. El chico e Inari estaban echando un vistazo a la colección de armas de mi padre. Ella tropezó y cayó. El arma se disparó.

—¿Y qué pasa con el cadáver? —preguntó Murphy.

Lara se encogió de hombros.

—¿Qué cadáver?

Murphy miró a Lara furiosa y luego se volvió y dijo a modo de súplica:

—¿Harry?

—Oye, siempre que digo la verdad me meten en el trullo. Y la última vez que intenté montarme una tapadera, la cosa acabó con el arma del crimen repleta de mis huellas y conmigo intentando convencer a una mujer, que me creía un asesino, de que se quedara con la pistola. Así que a mí no me mires.

—No tenemos tiempo que perder —dijo Lara—. Si os ha visto uno de los matones de mi padre, habrá dado la alerta. Los demás no tardarán en aparecer y vendrán mejor preparados. —Se volvió hacia Murphy—. Agente, déjeme que yo me ocupe de esto discretamente. Saldrán ganando los policías que tengan que investigar

el caso. Además, el único que ha cometido un delito aquí lo ha pagado con su vida.

Murphy entornó los ojos.

—Y le deberé un favor —dijo Lara—. Si todo sale bien esta noche, le aseguro que podrá sacarle partido en el futuro. Tratar con los Raith es un asunto oscuro. Dejémoslo en la oscuridad.

Murphy vaciló. Entonces apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea y asintió. Metió un cargador nuevo en su pistola.

—Venga —dijo—. Vámonos antes de que me arrepienta.

—Actuar sin pensar, esa es mi especialidad —dije.

—La carretera —indicó Lara—. Atravesad la verja que está detrás de la casa. Nos encontraremos en la caseta del guardés.

—¿Por qué no vienes con nosotros en la moto?

Murphy me miró y arqueó una ceja.

—Solo estoy siendo práctico —me defendí.

—Alguien tiene que llamar a una ambulancia y ocultar el cuerpo —dijo Lara—. Y en cualquier caso, llegaré más rápido si voy por mis propios medios. Os alcanzaré en cuanto pueda.

Esa era toda la garantía que teníamos. No era gran cosa, pero no había tiempo, mis opciones eran pocas y si nos quedábamos allí, probablemente acabaríamos todos aquejados de un caso grave de muertitis.

Así que caminé hasta la moto de Murphy.

—Vamos.

Murphy se acercó a mí sin apartar los ojos de Lara.

—Nos va a dejar tirados —dijo en voz baja.

—Apoyará al que gane. Y más vale que esos seamos nosotros. ¿Podrás soportar lo de ser una superheroína motera?

Me sonrió, nerviosa, pero decidida.

—Sube a la moto, rubia.

Se subió a la moto, yo me senté detrás de ella y, como rebeldes que somos, ninguno de los dos se puso el casco.

¿Qué queréis? Soy un amante del peligro.

Capítulo 38

Murphy rodeó la casa y destrozó el césped con su Harley. Iríamos a más de noventa kilómetros por hora cuando por fin dejamos el jardín que rodeaba la mansión y pasamos por una verja abierta que desembocaba en un estrecho sendero de gravilla limitado por altos setos a ambos lados.

Frente a nosotros, las luces largas de un coche nos cegaron y escuchamos el rugir de un motor.

Lara tenía razón. Los guardaespaldas de Raith sabían que íbamos para allá.

El coche se lanzó contra nosotros.

Murphy giró la cabeza a derecha e izquierda, pero los setos eran antiguos, impenetrables y muy tupidos.

—¡Mierda! ¡No hay tiempo para girar!

Enfrente, vi la silueta del ken guardaespaldas restante salir por la ventanilla del coche, sentarse sobre ella y apuntarnos con un arma.

Me incliné hacia delante, cogí el bastón de la funda a la derecha de Murphy.

—¡Murphy! —grité—. Necesitamos más velocidad. Acelera.

Me miró de reojo con sus ojos azules desorbitados y el pelo rubio golpeándole las mejillas.

—¡Dale! —grité.

Sentí como bloqueaba los hombros tras colocarse de nuevo en posición y cambiaba de marcha con un pie. La vieja Harley rugió al tiempo que se hundía en la tierra con una terrible potencia y salía disparada a una velocidad aterradora. Delante vimos un fogonazo, y las balas chocaron contra el camino, levantando chispas y gravilla con una serie de silbidos de látigo que llegaron hasta nosotros casi un segundo antes que el estruendo del disparo.

Ignoré al pistolero y me centré en mi bastón. De todos mis bártulos, el bastón es el más versátil. Su objetivo principal es ayudarme a dirigir las fuerzas que utilizo para invocar viento, doblar barras de acero y canalizar rayos. Pero también he usado mi bastón para elevar barreras de fuerza, desbaratar magia hostil, y en caso de apuro, atizar en la cabeza a los malos.

Cogí mi bastón, la herramienta y el símbolo del mago por excelencia, y me lo coloqué bajo la axila como una lanza. El extremo sobresalía por delante de la moto. Hice acopio de voluntad, reuní mi poder y lo concentré sobre aquel pedazo de madera adornado con runas.

—¿Qué haces? —gritó Murphy.

—¡Más rápido! —grité—. ¡No gires!

Murphy volvió a cambiar de marcha y la puñetera Harley debía de ser obra del demonio más que de algún ingeniero. No creo que un vehículo sin jaula de seguridad

deba ir tan rápido.

Pero para sobrevivir, necesitaba que acumulara mucha potencia. Ni siquiera los magos podemos saltarnos las leyes de la física. Puedes invocar una tormenta de fuego, pero no arderá si no hay combustible y oxígeno. ¿Qué quieres dotarte de poderes sobrehumanos? Vale, pero no olvides que aunque tus músculos estén superreforzados, eso no implica que tus huesos y tendones puedan soportar el peso de un Volskwagen.

En esa misma línea de pensamiento, la fuerza siempre será igual a la masa por la aceleración, da igual lo potente que sea tu magia. Murphy, la Harley y yo no sumábamos la misma masa que el coche que se dirigía hacia nosotros con sus ocupantes. Yo podía inclinar un poco la balanza de nuestro lado, pero ni siquiera la ayuda del bastón bastaría para alterar las leyes de la física. Nuestra masa no iba a cambiar, y eso significaba que necesitábamos toda la aceleración que pudiéramos conseguir.

Comencé a canalizar nuestra fuerza a través del bastón y la dirigí hacia una especie de cuña roma justo delante de nosotros. Toda la energía extra que fluía hacia delante empezó calentar el aire y aparecieron chispas azules y púrpuras que se extendieron a nuestro alrededor como un aura, como la que proyectan las naves espaciales a través de su entrada.

—¡Tienes que estar de coña! —gritó Murphy.

El coche estaba cada vez más cerca. El guardaespaldas volvió a disparar, luego arrojó el arma, se metió en el coche aterrorizado y se puso el cinturón de seguridad.

—¡Es una locura! —gritó Murphy, pero la Harley siguió acelerando.

Las luces del vehículo ganaron intensidad y nos iluminaron con un brillo cegador. El conductor hizo sonar el claxon.

Murphy respondió con un grito aterrorizado, pero también desafiante.

Yo grité: *¡forzare!* Y liberé mi voluntad. Salió despedida a través del bastón. De nuevo, sus runas y sellos se encendieron con una luz rojiza y el aura de fuego que teníamos delante resplandeció en una nube incandescente.

La moto de Murphy no se apartó.

Ni tampoco el coche de los guardaespaldas.

Se produjo una explosión de luz y sonido cuando la lanza de fuerza alcanzó al coche, y entre la endemoniada velocidad de la moto de Murphy y mi voluntad, la física se puso de nuestro lado. Nuestra parte de la ecuación superaba a la suya.

El capó del coche y el parachoques delantero se arrugaron como si se hubieran golpeado contra un poste de teléfono. Las ventanas se rompieron hacia dentro cuando la fuerza de mi voluntad salió despedida contra el vehículo como un latigazo. Grité al ver como volaban los pedazos de cristal y acero, y con toda la fuerza que me quedaba, incliné la lanza, haciendo que el coche se desviara. La rueda delantera

derecha se elevó del suelo y el resto del coche la siguió. Giró en el aire y se quedó de lado.

Oí gritar a los guardaespaldas que iban dentro.

Se produjo un gran estruendo que ahogó por completo los gritos de Murphy y los míos, y después todo acabó. Seguimos avanzando por el camino soltando llamas a nuestro paso como si fueran pequeñas gotas de cera derretida y de repente nos encontramos chillando de alegría. Habíamos sobrevivido. El bastón ardía y me pareció que pesaba una tonelada. Casi lo dejo caer. El cansancio se apoderó del resto de mi cuerpo un segundo después, y me desplomé sobre la espalda de Murphy mientras miraba hacia atrás.

El coche no había explotado como pasa en la tele. Pero arrasó con unos tres metros de seto, para chocar después contra un árbol. El vehículo estaba volcado y envuelto en humo. A su alrededor, la tierra parecía sembrada de cristales rotos y trozos de metal, en un radio de al menos quince metros. Los *airbags* saltaron, y pude ver un par de cuerpos destrozados dentro. Ninguno se movía.

Murphy mantuvo la velocidad de la Harley mientras lanzaba carcajadas al aire.

—¿Qué pasa? —le pregunté a gritos—. ¿De qué te ríes?

Murphy volvió un poco la cabeza. Tenía la cara colorada y le brillaban los ojos.

—Creo que tenías razón con lo de las vibraciones.

Casi un kilómetro después llegamos a una casa donde podría vivir una familia de cuatro miembros sin estrecheces. En comparación con la mansión y la finca de los Raith, supongo que se podría calificar de cabaña. Murphy apagó el motor cuando estábamos aún a unos doscientos metros y el resto del camino lo recorrimos en punto muerto, con el único sonido de la gravilla bajo los neumáticos. Murphy detuvo la moto y los dos nos quedamos allí sentados y en silencio durante un minuto.

—¿Ves alguna cueva? —me preguntó.

—*Na* —contesté—. Pero no podemos esperar a que aparezca Lara.

—¿Se te ocurre cómo encontrarla? —preguntó Murphy.

—Sí —dije—. Pero no conozco ningún ritual en que no se necesite fuego, algún cántico y yerbajos aromáticos, entre otras cosas.

—Joder, Dresden. No tenemos tiempo para vagar por el bosque olfateando en la oscuridad a ver si así damos con la cueva... ¿No hay otra manera de encontrarla?

—¿Con magia? Lo dudo. No sé muy bien qué es lo que tendría que hacer para dar con la cueva.

Murphy frunció el ceño.

—Pues esto no tiene ningún sentido —dijo—. Deberíamos irnos y volver con ayuda y luz. Te podrías defender de la maldición, ¿no?

—Quizá —respondí—. Pero la última llegó con mucha fuerza y velocidad, y eso lo cambia todo. Si la bola que me lanzan no es fuerte, bateo siempre. Pero ni el mejor

bateador puede hacer quinientos *home runs* contra esta clase de *pitcher*.

—¿Cómo lo han conseguido? —preguntó.

—Con algún sacrificio de sangre —aventuré—. No hay otra explicación. Y Raith ha decidido tomar parte en el ritual. —Mi voz se retorció con amargura y rabia—. No es especialmente experimentado en esto. Pero ahora tiene a Thomas, y eso significa que no dirigirá la maldición contra él. Raith utilizará su sangre para matarme. La única oportunidad que tiene Thomas es que yo detenga la maldición.

Murphy respiró hondo. Se bajó de la moto y sacó la pistola que mantuvo baja, a la altura de la pierna.

—Vale, tu ve por la izquierda, yo por la derecha, e intentaremos olfatear la cueva.

—Jo, soy imbécil —recordé de repente. Apoyé el bastón que aún brillaba contra la moto y me quité el amuleto de plata que llevaba colgado al cuello—. Mi madre me dio esto. Thomas tiene uno igual. Forjó un vínculo especial entre los dos para que nos mantuviera en contacto siempre que lo lleváramos puesto... es como si tuviéramos una especie de contestador psíquico.

—¿Y eso significa...? —preguntó Murphy.

Enrollé la cadena alrededor del índice de mi mano quemada y luego dejé que se columpiara.

—Significa que puedo utilizar ese vínculo para encontrar el otro amuleto.

—Si lo lleva puesto —dijo Murphy.

—Lo llevará —afirmé—. Después de lo de anoche, seguro que no se lo quitará jamás.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo sé —dije. Alcé la mano derecha e intenté concentrarme. Encontré el vínculo, el canal a través del cual el encantamiento latente de mi madre mantenía conectado a Thomas conmigo, y le añadí algo de mi voluntad, en un intento por extenderlo—. Porque así lo creo.

El amuleto vibró en su cadena y luego señaló hacia la noche, a nuestra izquierda.

—No te alejes —dije y giré en esa dirección—. ¿Vale, Murphy?

No hubo respuesta.

Mi instinto dio la voz de alarma. Perdí la concentración y miré alrededor, pero Murphy no estaba por ninguna parte.

Justo detrás de mí se produjo un sonido ahogado, y me di la vuelta para encontrar a lord Raith con un brazo alrededor del cuello de Murphy, cubriéndole la boca y con un cuchillo apretado contra sus costillas. Esta vez iba vestido de negro y en la luna otoñal parecía solo una sombra, un cráneo pálido y sonriente, armado con un cuchillo muy largo.

—Buenas noches, señor Dresden.

—Raith —dije.

—Baja el bastón. El amuleto. Y el brazalete.

Apretó el cuchillo y Murphy cogió aire de forma angustiosa por la nariz.

—Ya.

Mierda. Tiré el brazalete, el bastón y mi amuleto al suelo.

—Excelente —dijo Raith—. Tenías razón con respeto a que Thomas lleva su amuleto encima. Lo encontré colgado de su cuello cuando le corté la camisa para encadenarlo. Estaba casi seguro de que no utilizarías un vínculo tan obvio por resultar demasiado peligroso, pero al final resultó que me equivocaba. Mantuve activo mi hechizo de localización y llevo observándoos desde que llegasteis.

—Seguro que te crees muy listo y te sientes muy satisfecho de ti mismo. ¿Por qué no vas al grano? —pregunté.

—Por supuesto —concedió—. Arrodíllate y pon las manos a la espalda.

La barbie guardaespaldas que quedaba apareció. Llevaba un juego de esposas.

—¿Y si no quiero? —pregunté.

Raith se encogió de hombros y clavó un centímetro de la hoja del cuchillo entre las costillas de Murphy que se revolvió, asustada por el repentino dolor.

—¡Espera! —dije—. ¡Espera, espera! Ya voy.

Me arrodillé, puse las manos a la espalda, y la barbie guardaespaldas me colocó unas esposas de acero en muñecas y tobillos.

—Eso está mejor —dijo Raith—. Ahora en pie, mago. Voy a enseñarte La Fosa.

—Así la maldición entrópica me alcanzará casi a quemarropa, ¿eh? —deduje.

—Exacto —repuso Raith.

—¿Y tú qué conseguirás con eso? —pregunté.

—Una gran satisfacción personal —dijo.

—Es curioso —observé—. Para ser alguien que está protegido contra la magia, te ha faltado tiempo para dejarme desarmado.

—Acabo de estrenar la camisa —dijo con una sonrisa—. Además, no puedo permitir que mates al servicio o a Thomas, aunque solo sea para fastidiarme.

—Qué curioso —dije—. Pareces más interesado en hablar que en actuar. He oído que eres capaz de hacer un sinfín de cosas. Esclavizar a las mujeres de las que te alimentas, matar con un beso. Se dice que tienes una mala leche sobrehumana, pero de momento no veo nada de eso.

La boca de Raith se retorció en un gesto feroz.

—El Consejo Blanco ha intentado liquidarte un par de veces, pero cuando desistieron tú no fuiste tras ellos —proseguí—. ¡Ah, sí! ¿Y qué me dices de todo ese rollo de que eres inmortal? Yo creo que tiene que haber una explicación. Se habrán acercado a ti muchos. Seguro que has recibido ofertas muy interesantes. Pero nada de eso encaja con alguien que permite que una simple como Trixie Vixen le conteste de mala manera por teléfono como hizo esta mañana.

El pálido rostro de Raith se puso aún más blanco de la rabia.

—Yo que tú no diría esas cosas, mago.

—Pero como me vas a matar de todas formas... —dije—. Bueno, no te queda otro remedio, ¿no? Porque estamos en guerra, después de todo, y tú eres inmune a la magia. Seguro que los rojos presionan a la Corte Blanca para que mueva el culo y haga algo. Lo que me lleva a preguntarme por qué no me liquidaste, por qué no me diste el beso de la muerte en su momento. Incluso podrías haberlo grabado para fardar después. Oh, qué coño, ya que estamos, ¿por qué no le has plantado el beso de la muerte a Murphy? Quizá así me callaría.

—¿Es eso lo que quieres ver, mago? —dijo Raith en tono intimidatorio.

Sonreí ante su amenaza y comencé a canturrear:

—*Bésame, bésame mucho, como si fuera esta noche la última vez...*

Raith apretó con más fuerza la garganta de Murphy, ella arqueó la espalda y dijo medio ahogada:

—Dresden.

Yo dejé de cantar, pero no me rendí.

—Ya veo, ser inmune a las heridas es una cosa —dije—. Pero creo que la maldición de muerte de mi madre te dio donde más te dolía, aunque sus efectos no sean evidentes. Hay un parásito llamado garrapata. Vive en las montañas Ozarks. Y parece que nada le hiciera daño —continué—. Pero no es inmortal. Difícil de aplastar, sí, pero se la puede atravesar de parte a parte con la herramienta adecuada. También se la puede ahogar. —Sonreí a Raith—. O matarla de hambre.

Se quedó quieto como una estatua, mirándome. Aflojó un poco la presión en el cuello de Murphy.

—Por eso estás de capa caída —proseguí en voz baja—. Mi madre dijo que lo preparó todo para que sufrieras. Y desde la noche en que la mataste no te has podido alimentar. ¿Verdad? No has podido echar mano de tus superpoderes de vampiro. Así que nada de besos mortales, ni enfrentamientos con magos, ni ataques directos a Thomas cuando te fallaron un par de maquinaciones para matarlo. Hasta tuviste que buscar ayuda para esta operación porque ya no puedes esclavizar mujeres. Aunque dado que Inari está viva, supongo que las cañerías te siguen funcionando. Y como aún no la has violado ni la has esclavizado psíquicamente, supongo que eso tampoco lo puedes hacer ya. Desde luego tiene que haber sido duro para ti, ¿eh, Raith? ¿Has pillado el doble sentido, tío? Me refiero a lo de que «ha sido duro».

—Insolente —escupió Raith por fin—. Intolerablemente insolente. Eres como ella.

Suspiré. Todo había sido una mera teoría hasta que su reacción me lo confirmó.

—Sí. Ya decía yo. Eres pura palabrería desde que mi madre acabó contigo. Durante estos años te has creado una leyenda, con la esperanza de que nadie se diera

cuenta de que todo era humo. Con la esperanza de que nadie se diera cuenta de que una de tus novias te castró. Seguro que ha sido una experiencia aterradora. Vivir así.

—Quizá —dijo con un suave murmullo.

—Lo acabarán descubriendo —le confié en voz baja—. Esto que haces no tiene sentido. Tendrás que matarnos, pero aun así no volverás a alimentarte. Jamás. Lo inteligente sería ir a lo práctico y salir de aquí corriendo.

El frío rostro de Raith volvió a mostrar una sonrisa.

—No, hijo. No eres el único que descubrió lo que me hizo tu madre. Y cómo. Así que en lugar de huir, esta noche os mataré a ti y a tu hermano. Vuestra muerte pondrá fin a la maldición de la bruja, junto con su descendencia, por supuesto. —Sus ojos de repente se dirigieron a Murphy y añadió con una lenta sonrisa—: Y entonces quizá me tome algo. Porque la verdad, estoy hambriento.

—Hijo de puta —escupí.

Raith me sonrió de nuevo. Después le dijo a Barbie:

—Traedlo.

Y con eso, y apuntando a Murphy con su largo cuchillo, atención aquí al simbolismo doctor Freud, nos condujo a través de unos treinta metros de bosque, hacia un áspero declive, para adentrarnos luego en el frío y la oscuridad.

Capítulo 39

Lord Raith nos llevó hasta la cueva que él llamaba La Fosa, y la barbie guardaespaldas no dejó de apuntarme con su pistola mientras se cuidaba mucho de guardar las distancias conmigo. No era como Trixie Vixen. Si me hubiese lanzado a por ella, me habría pegado un tiro y punto. Aunque yo tampoco estaba para pegar muchos saltos con los grilletos de los tobillos. Bastante complicado era avanzar arrastrando los pies mientras bajaba la cabeza para no darme con el techo rocoso de la cueva.

—¿Murphy? —sondeé—. ¿Qué tal vas?

—Me siento un poco oprimida —respondió. Había dolor en su voz—. Estoy quedando perfecta en el papel de rehén y eso me cabrea bastante.

—Muy bien —dijo Raith. Todavía la tenía agarrada por el cuello y con el cuchillo presionando un poco en la herida que ya le había hecho—. El desafío aporta un goce extra a la comida, señorita Murphy. —La llamó señorita con cierto desdén—. Después de todo, es mucho más placentero conquistar que dominar. Y a las mujeres como tú hay que conquistarlas antes de dominarlas por completo.

Ignoré a Raith.

—¿Qué tal el costado?

Murphy miró de reojo y furiosa a su captor.

—¿Te refieres a este rasguño? No es nada.

En respuesta, Raith la empujó contra la pared. Murphy se soltó y dio media vuelta, dispuesta a golpearlo con un rápido movimiento de mano.

Pero Raith era un vampiro. Interceptó su golpe casi con los ojos cerrados. Le cogió la muñeca y la empotró contra la pared al tiempo que presionaba con la ensangrentada punta de su cuchillo bajo su barbilla. El labio superior de Murphy se retorció en un gesto desafiante y subió la rodilla, en un intento de inmovilizarlo. Pero Raith la bloqueó con una pierna y se apretó contra ella, con una velocidad y fuerza sinuosas y serpentinadas; acabaron frente a frente, su rostro frente al suyo, su pelo negro como las plumas de un cuervo mezclado con el rubio ceniza de Murphy.

—Todas las guerreras sois iguales —dijo Raith con los ojos fijos en los de Murphy. Hablaba en voz baja, lenta y melodiosa—. Sabéis cómo enfrentaros contra otros cuerpos, pero no sabéis nada de lo que el vuestro necesita.

Murphy lo miró fijamente, sus hombros temblaban y sus labios se abrieron lentamente.

—Lo lleváis en las entrañas —susurró Raith—. Está oculto, más profundo que los músculos y los huesos. El deseo. La única forma de escapar a la oscuridad de la muerte. No lo podéis negar. No podéis escapar. En la alegría, en la desesperación, en la oscuridad, en el dolor, los mortales siempre sentís deseo. —Deslizó una mano

lentamente desde su cintura y la acarició con las yemas de los dedos. De la garganta de Murphy se escapó un suave gemido.

Raith sonrió.

—¿Lo ves? Ya sientes cómo pierdes fuerza. He tomado a miles como tú, preciosa. Las he tomado y las he domado. Y no pudieron hacer nada para resistirse. Estáis hechas para sentir deseo. Y yo, para utilizarlo en vuestra contra. Es el ciclo natural. Vida y muerte. Sexo y muerte. Depredador y presa.

Raith se inclinaba más hacia ella con cada palabra y rozó con sus labios el cuello de Murphy mientras decía:

—Nacida mortal. Nacida débil y fácil de dominar.

Murphy abrió los ojos como platos. Su cuerpo se arqueó sorprendido. Dejó escapar un suave llanto, al intentar acallar su voz sin conseguirlo.

Raith apartó la cabeza lentamente con una sonrisa en sus labios.

—Y eso solo ha sido un primer contacto, niña. Cuando sepas lo que se siente al ser tomada por mí esta misma noche, comprenderás que tu vida acabó en el momento en que yo te escogí. —Su mano se movió, rápida y brusca, para introducir el pulgar en la herida del costado. Murphy palideció, y otro grito parecido escapó de su garganta. Se derrumbó y Raith la dejó caer al suelo. La miró desde arriba por un momento y luego dijo:

—Tenemos días, pequeña. Semanas. Podrán ser una tortura o un placer. Lo importante es que te des cuenta de que yo seré quién lo decida. Ya no eres dueña de tu cuerpo. Ni de tu mente. No puedes elegir.

Murphy reunió valor y consiguió alzar los ojos de nuevo. Eran desafiantes, estaban bañados en lágrimas, pero también pude ver terror en ellos, y una especie de deseo enfermizo y repugnante.

—Mientes —susurró—. Soy dueña de mis actos.

—Siempre sé cuándo una mujer me desea, señorita Murphy —dijo lentamente—. Y siento tu deseo. Parte de ti está cansada de tanta disciplina, cansada de tener miedo, cansada de sacrificarse por los demás. —Se arrodilló y Murphy esquivó su mirada—. Esa parte de ti es la que querría sentir el placer que te acabo de dar. Y es esa parte de ti la que crecerá con cada caricia. La desafiante mujer ha muerto. Solo estás demasiado asustada para admitirlo.

La cogió del pelo y comenzó a arrastrarla sin miramientos ni delicadezas. Vi su rostro por un segundo, y en él la confusión, el temor y la rabia luchaban por dominar su expresión. Pero sabía que le había infligido una herida mucho más grave que cualquier lesión física que la había visto soportar. Raith la había obligado a sentir algo, y había sido incapaz de detenerlo. Había hecho todo lo posible para destrozarlo y él la había abofeteado como si fuera una niña. Murphy no tenía la culpa de haber perdido esa batalla. No tenía la culpa de que la obligaran a sentir. Joder, ese tío era el

señor de una puñetera nación de depredadores sexuales y aunque sus poderes estuvieran debilitados y amortiguados por la maldición de mi madre, había logrado sobrepasar las defensas psíquicas y emocionales de Murphy.

Si conseguía recuperar todos sus poderes, lo que le haría a Murphy para vengarse de mi madre sería peor que la muerte.

Lo peor de todo era que yo no podía hacer nada para evitarlo. No porque estuviera esposado, me apuntaran con un arma y probablemente fuera a morir, aunque eso también dificultaba las cosas, sino porque aquella era una batalla en la que solo ella podía luchar. La verdadera guerra se libraba en su interior, su fuerza de voluntad contra sus bien fundados miedos. Incluso si apareciera yo montado en un caballo blanco para salvarla, eso solo significaría que se vería obligada a cuestionar su fuerza e integridad más tarde, y supondría la muerte lenta de su carácter y confianza en sí misma.

Yo no podía salvarla de aquello.

Es más, le había pedido que se enfrentara a aquello.

Raith la llevaba sujeta por el pelo como si fuera la correa de un perro.

Murphy no se resistió.

Apreté con fuerza los puños, impotente. Murphy corría peligro de morir esa noche, aunque siguiera respirando y su corazón no dejara de latir. Pero debía ser ella la que se salvase a sí misma.

Lo mejor era no hacer nada. Lo mejor era no decir nada. Me quedaba algo de poder, pero ahora no serviría para ayudar a Murphy.

¡Joder, puñetera ironía!

Capítulo 40

He estado en unas cuantas cuevas reconvertidas en cuarteles generales de la magia negra y de aquellos que trafican con ella. Ninguna me pareció acogedora. Ninguna me pareció agradable. Y ninguna había sido decorada por un profesional.

Hasta ahora.

Tras un largo y empinado declive hacia las profundidades de la tierra, La Fosa Raith se abría en una cueva más grande que muchas catedrales parisinas. Hasta cierto punto, se parecía a aquellos edificios. La luz se descomponía en suaves colores sobre las paredes, principalmente en tonos rosas. La cueva era de pura roca. El agua había modelado sus paredes en remolinos y curvas de apariencia casi orgánica. El suelo estaba ligeramente inclinado hacia una formación rocosa sobre la que se alzaba una silla labrada en piedra tan blanca como la cal. Los adornos en forma de llamas, bucles y todo tipo de motivos que uno pueda imaginar enmarcaban el asiento como si fueran la cola de un pavo real. De arriba caía agua en forma de fina niebla que, al ser atravesada por la luz, se descomponía en una miríada de espectros. A la derecha del trono había un asiento más pequeño y también labrado. En realidad era casi un taburete como los que ponen a los leones o las focas durante las actuaciones en los circos. A la izquierda había una grieta dentada abierta en la roca, y detrás del trono, donde caía la niebla, solo se veía oscuridad.

Aunque la piedra no mostraba irregularidades, parecía surcada por suaves ondas que se dirigían hacia el trono desde la entrada de la Fosa. Aquí y allí, sobre el suelo ondulado, había cojines y almohadones, gruesas alfombras de lana, mesas bajas y estrechas con vino y aperitivos de los que te manchan casi con solo mirarlos.

—Bueno, es discreto —hablé sin dirigirme a nadie en particular—, pero me gusta. Una mezcla entre *El rey y yo*, *Las chicas del harén*, y *Las zorras del serrallo II*.

Raith pasó delante de mí y arrojó a Murphy a la pila de almohadones y cojines que había junto a la pared que estaba más lejos de la entrada. Ella sabía cómo caer y aunque la empujó con fuerza y le arrancó algunos mechones de pelo, aterrizó bien, y enseguida se puso de cuclillas, aunque algo temblorosa. La barbie guardaespaldas me cogió de las esposas, me arrastró a la pared más cercana y allí me encadenó a una argolla de acero. Había toda una hilera de argollas como la mía. Forcejeé un poco para comprobar su resistencia, pero quienquiera que la colocara allí, sabía lo que hacía. La argolla no se movió de su unión con la pared.

—¿Qué hora es? —preguntó Raith.

—Las once y treinta y nueve, mi señor —dijo la guardaespaldas.

—Ah, bien, aún tenemos tiempo. —Se acercó a un montón de almohadones en la esquina más alejada de la habitación y reparé en que estaban dispuestos sobre una pequeña elevación de la piedra. La plataforma era un círculo de unos tres metros de

diámetro, y dentro había un triángulo taumatúrgico, un triángulo equilátero dentro de un anillo, que a su vez estaba dentro de un círculo. Aquel era el círculo utilizado en casi todos los rituales de magia principalmente porque para los aficionados es más fácil dibujar un puñetero triángulo que un pentáculo o una estrella de Salomón. De los braseros dispuestos a su alrededor escapaban densas nubes de incienso que le daban al aire frío de la cueva un penetrante olor a canela y a algo más, alguna especia acida—. Mago, creo que ya conoces a mis ayudantes.

Aparecieron dos mujeres de entre las sombras, dentro del círculo frente a mí. La primera era Madge, la primera esposa de Arturo, la disciplinada mujer de negocios. Llevaba un vestido blanco y rojo, y el pelo suelto. La hacía parecer más joven, pero al mismo tiempo más madura, como fruta que se ha pasado y ya no se puede comer. Su mirada seguía siendo calculadora, pero había algo que en su momento no vi: crueldad. Un amor por el poder hasta el punto de que no le importara nada más.

La segunda mujer, por supuesto, era Trixie Vixen. Estaba fatal y no se levantó. Pude ver los gruesos vendajes que adornaban su pierna herida, y permaneció apoyada en silencio sobre una cadera. La seda de su vestido blanco adornado con toques de rojo se deslizaba sobre su cuerpo revelando las excitantes curvas de su pantorrilla y muslo. Tenía la mirada ausente y desenfocada de alguien que ha tomado demasiadas drogas, pero que ya se ha acostumbrado.

Thomas se encontraba encadenado al suelo, en el centro del triángulo taumatúrgico. Estaba desnudo, amordazado y su pálida piel mostraba los moratones y arañeros producidos por los azotes de una caña. Había una arista de piedra justo debajo de su espalda que le obligaba a arquearla, echando los hombros hacia atrás y exponiendo el pecho de tal forma que hacía imposible que se moviera aunque alguien se inclinara sobre él para arrancarle el corazón.

—Te falta una —dije—. ¿Dónde está la parienta número dos?

—La pobre Lucille. —Raith suspiró—. Su deseo de agrandar era exagerado, eso sin contar su gusto por el melodrama. No autoricé su intento de acabar contigo con aquel dardo envenenado, mago, aunque no me habría enfadado con ella si lo hubiera conseguido. Pero anoche fue la que guió el hechizo y tuvo el mal gusto de intentar matar a mi hija. —Raith suspiró de nuevo—. Así que me sentí muy aliviado cuando le salvaste la vida, Dresden. Lucille me aseguró que sus intenciones eran buenas y que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para ayudarme.

—Así que la sacrificaste para la maldición de esta mañana —escupí.

—No, no fue él —dijo Madge con un tono de voz totalmente despreocupado que me puso los pelos de punta—. Fui yo. La muy puta. Llevaba años soñando con algo así. No es cierto lo que dicen sobre la venganza en las películas, ¿sabes? A mí me pareció una experiencia plena y muy satisfactoria, desde un punto de vista emocional.

—Yo te ayudé —protestó Trixie—. Yo la ayudé a matarla.

—Y una mierda —dije—. Tú me estabas apuntando con una pistola cuando Lucille murió, zorra egocéntrica y medio tonta.

Trixie gritó y se puso en pie, dispuesta a lanzarse sobre mí. Madge y Raith la sujetaron por los brazos y dejaron que forcejeara durante un momento, hasta que comenzó a jadear, agotada. Luego la volvieron a dejar sobre los cojines.

—No te muevas —dijo Raith—. Todavía no estás bien.

Trixie lo fulminó con la mirada y le espetó:

—Tú no eres quién para decirme...

Madge la abofeteó. Con fuerza. Uno de sus anillos dejó una larga línea de manchas rojas sobre la mejilla de Trixie.

—Imbécil —la insultó—. Si le hubieras dicho a la policía cómo se llamaba, en lugar de estar más pendiente de tus pastillas y tus jeringuillas, ahora el mago estaría encerrado en una celda.

—¿Y qué coño importa eso? —gritó Trixie sin levantar la vista—. Está acabado. Al final morirá igual.

Madge echó la cabeza hacia atrás, levantó su mano derecha con la palma hacia arriba y los dedos extendidos y dijo: «*Orbius*».

Se produjo un aumento de energía que chirrió contra mis sentidos de mago, y algo húmedo y pegajoso, que parecía una mezcla entre una plasta de vaca reciente y una tela de araña húmeda apareció ante nuestros ojos, y se adhirió a la cara a Trixie. La estrella del porno cayó hacia atrás e intentó quitársela de encima con sus uñas pintadas mientras no dejaba de gritar. Fuera lo que fuera aquella cosa, se pegaba como si fuera Super Glue, y amortiguó sus gritos hasta que casi se hicieron inaudibles.

Miré a Madge. Tenía poder. No necesariamente mucho, pero algo sí. Por eso se preocupó de tener las manos ocupadas cuando nos conocimos. Cuando un practicante estrecha la mano de otro, se produce un chispazo, una reacción inconfundible. Pero ella lo evitó, lo que quería decir que...

—Sabías que me habían ofrecido el caso —dije.

—Claro —repuso Raith. Arrojó una pizca de algo a uno de los braseros y cogió una caja labrada. Sacó unas velas negras y las colocó en cada uno de los vértices del triángulo—. Colocarte en una posición vulnerable era uno de los objetivos de este ejercicio. Había llegado el momento de que un coro de angelitos amenizara el descanso eterno de mi querido hijo, y vosotros dos os habíais hecho demasiado amigos. Llegué a pensar que se estaba alimentando de ti y que te tenía esclavizado, pero cuando vi la cinta de seguridad de la galería de los retratos quedé encantado. Los dos hijos de Margaret. Por fin podía librarme de su ridículo hechizo y acabar con este incordio.

Dio una fuerte patada a Thomas en las costillas. Thomas se revolvió, pero no dijo

nada, sus ojos ardían con furiosa impotencia. Trixie Vixen cayó de lado mientras arqueaba la espalda desesperada.

—Matar al mago que tiene a media Corte Roja temblando bajo sus máscaras de carne, poner en su lugar a un empleado rebelde, y ahora, además, tengo a alguien con influencia en las autoridades locales. —Sus ojos descansaron sobre la sometida Murphy durante un momento, y perdieron varios tonos de color.

Murphy no lo miró.

—Quítate los zapatos, pequeña —dijo Raith.

—¿Qué? —susurró Murphy.

—Que te los quites. Ya.

Se estremeció ante la aspereza de su tono. Pero se los quitó.

—Tíralos a la fosa. Los calcetines también.

Murphy obedeció a Raith sin mirarlo.

El íncubo emitió un sonido de complacencia.

—Bien, pequeña. Me complaces. —Caminó, describiendo un círculo a su alrededor, como si fuera un coche que se acabara de comprar—. Al final, Dresden, voy a acabar el año muy bien. Es una buena señal para el futuro de la Casa Raith ¿no crees?

Los tacones de Trixie Vixen golpearon el suelo.

Raith la miró y luego a Madge.

—¿Puedes hacer el ritual tú sola, cariño?

—Claro, mi señor —dijo Madge con tranquilidad. Sacó una cerilla y encendió una de las velas.

—Muy bien —dijo Raith. Contempló a Trixie con cínico desapego hasta que sus tacones dejaron de golpear el suelo. Después la cogió por el pelo y la arrastró hasta el lado izquierdo del enorme trono. Aún se movía débilmente. La alzó por la nuca y la lanzó a la oscuridad como si fuera una bolsa de basura.

Trixie Vixen no pudo gritar mientras se desplomaba hacia su muerte. Aunque lo intentó.

No pude evitar sentir indignación y lástima al ver morir a otro ser humano. Aunque también lo intenté.

Raith se limpió las manos con unas sacudidas.

—¿Por dónde iba?

—Le estabas contando al mago cómo lo hemos manipulado desde el principio —dijo Madge—. Pero yo te pediría que me dejaras empezar ya con el conjuro. En estos casos es fundamental respetar los tiempos.

—Adelante —dijo Raith. Rodeó el círculo, examinándolo con cuidado, tras lo que se acercó a mí.

Madge cogió un cuchillo curvo ritual, un cuenco de plata y entró en el círculo. Se

cortó un dedo con el cuchillo y dejó caer su sangre en torno a la circunferencia, cerrándola tras de sí. Luego se arrodilló junto a la cabeza de Thomas, alzó su rostro con los ojos cerrados y comenzó un lento cántico en una lengua cuyas palabras se retorcían y contorsionaban en sus labios.

Raith la observó durante un largo rato y luego se volvió bruscamente hacia la entrada de la cueva.

La barbie guardaespaldas se puso en tensión, como un perro que ha visto como su dueño saca un paquete de panceta de la nevera.

—Sirenas —dijo Raith con la voz áspera.

—¿De policía? —preguntó Barbie.

—Una ambulancia. ¿Qué ha pasado? ¿Quién los ha llamado?

Barbie negó con la cabeza. Quizá las preguntas eran demasiado complicadas para ella.

—Caray, Raith —dije—. Me pregunto por qué habrán aparecido los de urgencias. Y me pregunto si la policía estará de camino. ¿Tú también te lo preguntas?

El señor de la Corte Blanca me miró furioso, luego caminó hacia el trono ridículamente adornado.

—Supongo que da igual.

—Probablemente —dije—. A no ser que se trate de Inari.

Se detuvo en seco.

—¿Pero cómo iba a ser, no? —pregunté—. Quiero decir que ¿qué le puede haber pasado? E imagina el viaje en ambulancia con algún médico joven y guapo. Estoy seguro de que la nena de papá no saldrá del armario vampírico justo ahora, con algún sanitario de la ambulancia, un médico, un enfermero, o un policía. Imagina que los mata delante de todo el mundo y comienza su vida adulta con un viaje a la cárcel, donde seguro que otras muertes desafortunadas harán que las autoridades la quiten de en medio para siempre.

Raith ni se volvió.

—¿Qué le has hecho a mi hija?

—¿Es que le ha pasado algo a tu hija? —pregunté. Probablemente lo dije de la manera más insultante que pude—. Espero que no sea nada. Pero ¿cómo saberlo? Creo que deberías seguir con la maldición, ¿no?

Raith se volvió a Madge y dijo:

—Continúa. Volveré en seguida. —Después le dijo a la guardaespaldas—: No dejes de apuntar con la pistola a Dresden. Dispárale si intenta escapar. —La guardaespaldas sacó su arma. Raith dio media vuelta y salió disparado de la habitación, más rápido de lo que podría cualquier humano.

Madge prosiguió con su retorcido cántico.

—Hola, Thomas —dije.

—*Mmmmm* —contestó a través de la mordaza.

—Te voy a sacar de aquí.

Thomas alzó la cabeza del suelo y me miró incrédulo.

—Tienes que mantener la concentración, tío. Nada de perder el sentido.

Me miró fijamente durante un segundo más, luego gruñó y dejó caer la cabeza sobre el suelo. Yo no estaba seguro de si aquello era un sí o un no.

—¿Murphy? —dije.

Alzó la vista y luego la volvió a bajar.

—Murph, no te derrumbes. Es el malo y cuando hace de malo se pone increíblemente sexi. Esa es su arma. Está pensada para atraparte.

—No lo pude detener —dijo con voz hueca.

—Es normal.

—Y no me pude detener. —Sus ojos encontraron los míos y volvieron a fijarse en el suelo—. Déjeme en paz, señor Dresden.

—Genial —murmuré. Me centré en la guardaespaldas—. ¡Eh, hola! Oye, *hum*, no sé cómo te llamas...

Barbie simplemente me miró desde el cañón de su arma.

—Sí, caray ¡cuánta hostilidad! —dije—. Pero oye, eres una persona. Eres humana. Yo soy humano. Deberíamos colaborar entre nosotros para acabar con los vampiros, ¿no?

Nada. Mi gato *Mister* me da más conversación.

—¡Eh! —grité—. ¡Tú! Muñeca hinchable pirada. ¡Te estoy hablando! ¡Di algo!

Ni mu, pero sus ojos brillaron enojados, la primera emoción que pude reconocer en ellos. Qué pasa, cabrear a la gente es mi don. Tengo la obligación de utilizarlo con responsabilidad.

—¡Oye! —grité con toda la fuerza que pude—. ¿Me has oído, zorra? Me parece que voy a tener que volarte la cabeza, como hice con los kens guardaespaldas y con tu hermanita gemela.

En ese momento los ojos se le llenaron de rabia. Amartilló la pistola y abrió la boca como si fuera a hablar conmigo, pero no llegué a escuchar lo que tenía que decir.

Descalza, Murphy corrió en silencio, saltó y le pegó una patada voladora en el cuello. Traumatismo cervical es una expresión demasiado suave para lo que le pasó al cuello de la barbie guardaespaldas. Los traumatismos cervicales suceden cuando uno se ve envuelto en sucesos más amables y saludables como un accidente de coche. La idea de Murphy era que la patada resultara mortal y eso hizo que el golpe fuera peor que cualquier choque de automóvil.

Se produjo un sonido sordo de fractura y Barbie se desplomó al suelo. La pistola no llegó a dispararse.

Murphy se arrodilló y registró a la mujer, le quitó el arma, un par de cargadores extra, un cuchillo y unas llaves. Se puso de pie y comenzó a probar con todas para intentar abrir las esposas.

Alcé la vista y vi a Madge. Seguía de rodillas dentro del círculo mientras su cántico fluía lentamente de sus labios en una corriente continua. El ritual así lo requería. Si hubiese interrumpido su canto para avisar a la guardaespaldas, o si hubiese salido del círculo habría perturbado el ritual, y ese es el tipo de acción que puede tener consecuencias letales, porque supone una falta de respeto al poder que se está invocando. Estaba tan atrapada como yo.

—Has tardado un montón —le dije a Murphy—. Ya me estaba quedando sin frases e iba a empezar a gritar incoherencias.

—Eso es lo que pasa cuando tu vocabulario está por debajo de tu tanteo medio en los bolos.

—Mi no gustar mujer respondona —dije—. Mujer respondona callar y soltarme o ningún mono la querrá. —Encontró la llave adecuada y me quitó las esposas. Las muñecas y los tobillos me dolían—. Me tenías asustado —dije—. Hasta que me llamaste señor Dresden, casi creí que te tenía dominada.

Murphy se mordió el labio.

—Entre tú y yo, no estoy segura de que no lo consiguiera. —Se estremeció—. No tuve que fingir, Harry. Pero tenías razón en una cosa. Me subestimó. Aunque estuvo muy cerca. Vámonos.

—Espera. No tan rápido.

Murphy frunció el ceño, pero no se dio la vuelta.

—¿Quieres que cubra a Madge? ¿Y si nos planta esa superplasta a nosotros también?

Negué con la cabeza.

—No puede. No hasta que haya completado el ritual.

—¿Por qué no?

—Porque si comete un error, el ritual se volverá contra ella. Quizá no nos toque a nosotros, pero quizá sí... lo que es seguro es que matará a todo el que esté dentro del círculo.

—Thomas —murmuró Murphy.

—Sí.

—¿Y si le fastidia el ritual?

—Pues parafraseando a Kincaid: conseguirías matarnos a todos. Si lo interrumpimos, o si se confunde, todo se irá a la porra.

—Pero si no la detenemos, matará a Thomas.

—Eso también.

—¿Pues qué hacemos entonces? —preguntó Murphy.

—Sorprender a Raith —dije y señalé con la cabeza a la pared donde había estado hasta entonces—. Vuelve al rincón al que te tiró. Cuando entre de nuevo, iremos a por él y lo cambiaremos por Thomas.

—¿Y romper el círculo no joderá el ritual? —preguntó Murphy.

—No si es el círculo exterior —le expliqué—. Ese círculo está ahí para ayudarla a reunir energía para el ritual. Madge tiene cierto talento. E instinto de supervivencia. Podrá aguantar aunque lo rompamos.

Los ojos de Murphy se abrieron como platos.

—Pero romper el triángulo. Eso sí joderá el ritual.

Contemplé a Madge con detenimiento y dije en voz lo bastante alta para que me oyera:

—Sí, y la matará. Pero no vamos a romper el triángulo todavía.

—¿Por qué no? —preguntó Murphy.

—Porque vamos a ofrecerle a Madge la oportunidad de sobrevivir a esta noche, dejando que mate a Raith en lugar de a Thomas, y permitiendo que la maldición se pierda. Mientras alguien muera como está previsto da igual qué haya detrás del ritual. —Me acerqué al círculo—. Si no, todo lo que tengo que hacer es darle una patada a una de estas velas o desdibujar las líneas del triángulo, y apartarme luego para verla morir. Y creo que Madge es una superviviente. Ella se marcha, Thomas sobrevive y Raith dejará de dar problemas.

—Huirá —dijo Murphy.

—Déjala. Podrá huir de los centinelas, pero no esconderse para siempre. El Consejo Blanco tendrá que castigarla por haber matado a personas utilizando magia. Y para ello utilizará cosas puntiagudas y cortantes.

—Burlarse del mago de turno debe de ser muy divertido porque tú y Raith lo hacéis un montón —dijo Murphy—. Pero ¿no crees que se dará cuenta de que ya nadie te apunta con un arma?

Contemplé el cuerpo de la guardaespaldas tirado en el suelo y fruncí el ceño.

—Sí. La muerta me va a delatar, ¿verdad?

Intercambiamos miradas, nos agachamos y cada uno la cogió por un brazo. Arrastramos los restos de la barbie guardaespaldas hacia el borde del abismo y la arrojamos en él. Después, busqué el bastón espada que todavía llevaba enganchado a mi cinturón, y desenfundé.

—Es increíble que Raith no te lo quitara —dijo Murphy.

—La guardaespaldas no parecía tener mucha iniciativa, y él no dijo nada de quitarme la espada. Lo mismo ni se dio cuenta. Estaba demasiado ocupado fardando, y como me habían encadenado...

—Es como un malo de película —dijo Murphy.

—No. Demasiado cliché hasta para Hollywood. —Negué con la cabeza—. Y no

creo que ahora mismo piense con claridad. Está demasiado pendiente de acabar con la maldición de muerte de mi madre.

—¿Es un tío duro de pelar? —preguntó Murphy.

—Durísimo. Ebenezer dice que mi magia no lo puede tocar.

—¿Y si le pego un tiro?

—Por intentarlo que no quede —la animé—. Quizá tengas suerte y resuelvas nuestros problemas. Pero tiene que ser un tiro muy bueno el que lo tumbé, y aun así, no hay muchas probabilidades de que eso acabe con él. Los vampiros de la Corte Blanca no encajan los tiros tan bien como los de la Corte Roja, ni son inmunes a ellos como los de la Corte Negra, pero se recuperan con gran rapidez.

—¿Y eso?

—Tienen una reserva de energía vital. Y recurren a ella para ser más fuertes, más rápidos, para recuperarse de heridas, o manipular las sensaciones de un teniente de la policía, ese tipo de cosas. No son tan duros como los de la Corte Negra todo el rato, pero pueden meterle revoluciones al motor si hace falta. Lo más seguro sería asumir que lord Raith tiene un enorme tanque de energía de reserva.

—Si queremos acabar con el definitivamente, antes deberíamos dejarlo sin gasolina.

—Sí.

—¿Y lo podemos hacer?

—Creo que no —dije—. Pero podemos obligarlo a esforzarse al máximo.

—¿Para casi vencerlo? ¿Ese es el plan?

—Sí.

—Pues no es muy bueno, Harry —dijo Murphy.

—Es un plan un tanto osado —admití.

—Yo diría que es más bien una locura.

—Yo también —dije. Le puse las manos sobre los hombros—. Pero no tenemos tiempo para nada más, Murph. ¿Confías en mí?

Alzó las manos con las palmas hacia arriba en un gesto de resignación (que quedó ligeramente suavizado por el hecho de que llevaba una pistola en una y un cuchillo en la otra) y volvió hacia la pila de almohadones donde Raith la había arrojado al llegar.

—Vamos a morir.

Sonreí y me coloqué de nuevo junto a la argolla donde me habían encadenado. Me quedé allí en la misma postura que antes, y sostuve las esposas a mi espalda, como si aún estuvieran cerradas.

Acababa de ponerme en posición cuando oímos el sonido de una, dos, tres zancadas, como de gacela, en la rampa de la cueva y Raith apareció totalmente fuera de sí.

—¡Será idiota! —le dijo a Madge—. Ese imbécil del estudio de Arturo casi mata

a mi hija por pura incompetencia. Los equipos de urgencias se los llevan ya.

Dejó de hablar de repente.

—¿Guardaesaldas? —dijo—. Madge, ¿adónde ha ido?

Madge abrió los ojos exageradamente, sin dejar de pronunciar las resbaladizas y retorcidas palabras del canto y miró a Murphy.

Raith con el cuerpo en tensión por la sospecha, se volvió hacia ella.

Madge tendría que haber prevenido a Raith sobre mí. Eso sí, si consiguió esquivar la magia letal del viejo Ebenezer, tendría recursos defensivos para aburrir, así que no intenté hacerlo saltar por los aires.

En su lugar, hice girar las esposas por encima de mi cabeza y aticé a Raith en la oreja derecha con todas mis fuerzas. Las esposas de acero penetraron en su carne con ferocidad y el vampiro cayó al suelo. Dejó escapar un grito de sorpresa. Cuando se giró hacia mí, sus ojos brillaban con una luz de plata metálica, mientras su oreja destrozada parecía recomponerse a toda velocidad.

Tiré las esposas, saqué mi bastón espada y apunté directamente al ojo izquierdo de Raith. El señor blanco movió una mano con rapidez de vértigo y apartó la hoja afilada como un escalpelo. Le hice un corte profundo en la mano, pero eso no evitó que me golpeará los tobillos con una patada a ras del suelo. Se puso en pie casi antes de que yo terminara de caerme, cogió las esposas ensangrentadas con el rostro desencajado por la ira. Me tiré al suelo y me cubrí el cuello con las manos.

Murphy disparó a Raith por la espalda. La primera bala salió por el lado izquierdo del pecho, perforándole el pulmón. La segunda apareció entre dos costillas al otro lado de su cuerpo.

Entre los dos disparos no transcurrió más de un segundo, pero Raith cambió de dirección, se lanzó a un lado como si fuera un murciélago, y las dos balas siguientes no lo alcanzaron. El movimiento resultó extraño, y un tanto perturbador. Raith prácticamente fluyó al otro lado de la habitación. Se movió con desgana y al mismo tiempo con una velocidad abrumadora. Aterrizó al otro lado de un elaborado biombo de estilo oriental.

Y las luces de la cueva se apagaron.

La única fuente de luz de la caverna eran las tres velas negras en los vértices del triángulo ritual, al fondo de la cámara. La voz de Madge seguía con su canto monótono y líquido, que ahora parecía entonar con cierto desdén, pero sin perder ni un ápice de concentración. El magullado cuerpo de Thomas se retorció al intentar mirar a su alrededor. Tenía los ojos abiertos como platos, por encima del trapo con el que lo habían amordazado. Vi como sus hombros se ponían en tensión al poner a prueba las cadenas. Pero parecían tan firmemente sujetas al suelo como las mías.

La voz de Murphy me llegó entre la oscuridad un momento después, y sonó áspera en comparación con el monótono canto de la maldición entrópica.

—¿Harry? ¿Dónde está?

—No tengo ni idea —dijo, mientras mantenía el extremo de la espada mirando al suelo.

—¿Puede ver en la oscuridad?

—*Hum*, te lo diré en un minuto.

—¡Joder! —dijo—. ¡Qué mierda!

Capítulo 41

La voz de Raith nos llegó desde la oscuridad.

—Te veo perfectamente, mago —anunció—. Tengo que admitirlo, un ataque basado en la fuerza bruta no es lo que esperaba de ti.

Intenté orientarme siguiendo la voz de Raith, pero La Fosa tenía la acústica de... bueno, de una cueva.

—No tienes ni idea de la clase de hombre que soy, ¿verdad?

—Supuse que las enseñanzas del Consejo Blanco te harían un poco más predecible —admitió—. Estaba seguro de que vendrías a por mí con alguna artimaña mágica que no implicara derramamiento de sangre.

Me pareció escuchar algo muy cerca de mí e hice un barrido de izquierda a derecha con mi espada. Silbó al cortar el aire.

—Las manchas de sangre se van con un poco de agua con gas —dije—. Y la idea de derramar más de la tuya no supone ningún problema para mí. De todas formas es más bien rosa.

Murphy no hablaba, lo que quería decir que algo estaba haciendo. O utilizaba el sonido de mi voz para acercarse a mí y poder así luchar juntos o había logrado deducir cuál era la posición de Raith y lo estaba acechando desde las sombras para arrojarlo a las profundidades de la sima. En cualquier caso, lo mejor para nosotros era seguir con la conversación.

—Quizá podamos hacer un trato, Raith —intenté entretenerle.

El vampiro soltó una carcajada, lenta y segura.

—¿Ah, sí?

—No te conviene seguir adelante con esto —dije—. Ya te has comido una maldición de muerte. No hay razón para enfrentarte a otra.

Volvió a reír suavemente.

—¿Y qué propones?

—Quiero a Thomas —dije—. Y quiero a Madge. Detienes la maldición y dejas a Arturo en paz.

—Tentador —contestó—. Quieres que deje con vida a uno de mis enemigos más peligrosos, que te entregue a una aliada competente, y además debo permitir que Arturo continúe retando mi autoridad. Y a cambio, ¿qué consigo yo?

—Seguir vivo —dije.

—Caray, qué oferta más generosa —dijo Raith—. Debo suponer que todo esto no es más que una treta bastante torpe, Dresden, a no ser que estés totalmente perturbado. Te haré una contraoferta. Corre, mago. O no mataré a la guapa agente. Me la quedaré, después de haber acabado contigo, por supuesto.

—¡Aaah! —dije—. En estos momentos no andas muy sobrado de fuerzas para

que eso sea tan fácil de hacer como de decir —dije—. O no habrías permitido que me acercara a ti mientras intercambiábamos mentiras.

En respuesta, Raith no dijo absolutamente nada.

El estómago se me puso del revés.

Y la cosa iba mejorando porque el cántico de Madge cada vez sonaba más fuerte. Un remolino salvaje de viento se alzó en el centro del círculo, enredándose en su pelo y extendiéndolo en una nube de mechones negros y plateados. Al mismo tiempo, la cadencia de sus palabras cambió y pasó de aquella lengua extraña al inglés.

—¡Mientras aquí aguardamos, oh, Cazador de Sombras! ¡Nosotros los que anhelamos que tu sombra caiga sobre nuestro enemigo! ¡Nosotros que suplicamos tu fuerza, oh, Señor del Terror Lento! ¡Qué tu mano derecha sea con nosotros! ¡Mándanos tu capitán de destrucción! ¡Al Maestro Artesano de la muerte! ¡Deja que nuestra necesidad se convierta en el camino del viajero, el recipiente de Aquel Que Camina Detrás!

Tras oír aquello, el estómago me hizo un doble mortal hacia atrás y por un segundo pensé que mi sentido común y mi lógica se habían esfumado de puro miedo.

Aquel Que Camina Detrás.

Joder, joder, joder, joder, joder y joder.

Aquel Que Camina Detrás era un demonio. Bueno. No exactamente un demonio. El Caminante se parecía a un demonio lo que uno de esos asesinos en serie enmascarados de las pelis al abusón del colé que se metió conmigo una vez para quitarme el dinero de la comida. Justin DuMorne mandó al Caminante tras de mí cuando nos peleamos y casi no vivo para contarle. Le hice un buen destrozo, pero aun así Aquel Que Camina Detrás me dejó unas cuantas e inquietantes cicatrices.

Y con el ritual que Madge estaba utilizando, lo estaba invocando otra vez.

Madge cogió el cuchillo ceremonial y el cuenco de plata. El remolino de viento se convirtió en una nube de tormenta en miniatura que se cernía lentamente sobre el triángulo donde Thomas permanecía inmovilizado.

—Contempla nuestra ofrenda que te hará más fuerte. Carne y sangre tomadas por la fuerza a alguien que desea vivir. ¡Bendice este ruego! ¡Acepta esta ofrenda de poder! ¡Sea con nosotros tu mano y lucha con nosotros contra nuestro mutuo enemigo, Harry Dresden!

—¡Murphy! —grité—. ¡Sal de aquí! ¡Vamos! ¡Corre!

Pero Murphy no corrió. Mientras Madge alzaba el cuchillo, Murphy apareció en la luz de las velas, entró en el círculo con un cuchillo entre los dientes, la pistola en una mano y en la otra... las llaves que le había cogido a la guardaespaldas. Se arrodilló mientras Madge enunciaba a gritos las últimas palabras del ritual sumida en un éxtasis de energía. Murphy había atravesado el círculo alrededor del ritual. Lo había roto. Eso significaba que la magia que estaba invocando Madge podría escapar

de él sin ningún problema en cuanto Madge le ofrendara una vida a la presencia que estaba dando forma a Aquel Que Camina Detrás. Murphy dejó la pistola en el suelo e intentó abrir las esposas de Thomas con una llave. Luego con otra.

—¡Madge! —la avisó Raith a gritos. Escuché un ruido a metro y medio a mi derecha y luego desapareció en dirección al círculo.

Madge abrió los ojos y miró hacia abajo.

Murphy encontró la llave, y el brazaete de acero de la mano derecha de Thomas se abrió.

Madge siguió cantando a gritos, le dio la vuelta al cuchillo y se dispuso a clavárselo a Thomas en el pecho.

Thomas cogió la mano de Madge por la muñeca y de repente su piel relució pálida y brillante. Madge echó su peso sobre el cuchillo, gritando, pero Thomas la sostuvo ahí con un solo brazo.

Murphy cogió la pistola, pero, antes de poder apuntar a Madge, apareció una sombra, Murphy giró la cabeza hacia un lado bruscamente y cayó al suelo donde quedó inmóvil. Raith la observó, se inclinó con pragmática rapidez para quitarle el cuchillo y luego fijó su atención en Thomas.

Entorpecido por la prisa, cogí la funda de mi bastón espada del cinturón, y me aferré con fuerza a mi voluntad en un intento por reunir energía a través de la nube de puro terror que cubría todos mis pensamientos. Lo conseguí. Normalmente las runas invisibles que cubren todo el bastón se encienden con una luz azul plateada. Cuando toqué con el bastón la energía que debía canalizar, las enormes y peligrosas fuerzas de la magia terrenal, se produjo un profundo zumbido. Tan grave que lo sentí, más que oírlo.

Busqué a través del bastón a lord Raith...

Y no sentí nada. Ni siquiera aire hueco o polvo en suspensión, nada. Un vacío frío y hambriento ocupaba el lugar donde debería estar él. Detecté algo parecido una vez, cuando estuve frente a una mota de una de las sustancias más letales que ningún mundo, carnal o espiritual, jamás haya conocido. Mi poder, mi magia, el vaporoso espíritu de la vida desapareció en él sin ni siquiera acercarse a Raith.

No podía tocarlo. El vacío a su alrededor era tan absoluto, que tuve la certeza de que no había nada en mi arsenal de poderes arcanos que pudiera afectarlo.

Pero Madge no tenía semejante protección.

Redirigí mi energía y encontré fácilmente el cuchillo en la mano de Madge. Ya no contaba con la protección del círculo, así que no había nada que pudiera hacer para evitar que le arrebatara el arma. Con la ayuda de las invisibles manos de la fuerza terrestre; el magnetismo, mandé el cuchillo lejos de su alcance, al abismo que se abría junto a ellos.

—¡No! —gritó Madge mientras contemplaba aterrada el remolino de energía

oscura.

—¡Sujétalo! —gritó Raith.

Madge se arrojó sobre el brazo de Thomas, y aunque él era muy fuerte, tenía tres miembros encadenados y ni siquiera la fuerza sobrenatural puede sustituir a un buen punto de apoyo. No solo eso: además, Madge estaba desesperada. Consiguió bajar el brazo de Thomas y aunque era evidente que no podría contenerlo por mucho tiempo, si lo hizo el suficiente. Lord Raith se dispuso a clavar su cuchillo en el pecho de Thomas.

Thomas aulló de frustración y dolor.

Reuní más energía a través del bastón y detuve el puñal justo en el instante en que la punta hirió a Thomas y un hilo de sangre rosa comenzó a manar de la puñalada superficial. Raith me miró furioso y presionó hacia abajo mientras su propia piel resplandecía. Empujaba con la fuerza de una máquina perforadora. No tenía ninguna oportunidad de detenerlo, ni siquiera sin ese vacío que lo rodeaba y que convertía mi magia en nada, así que redirigí mi fuerza y la apliqué en ángulo recto, en lugar de enviarla directamente contra Raith. El cuchillo se desvió a un lado justo cuando Raith volvió a presionar. En su camino, dibujó un surco sobre la carne de Thomas de unos siete centímetros de profundidad, pero entonces la propia fuerza de Raith hizo que el cuchillo se golpeará contra el suelo de piedra de la cueva y se hiciera añicos.

Thomas consiguió liberar la mano y golpeó a Madge; un bofetón con el dorso de la mano que la dejó sin sentido a la luz de las velas negras.

—¡Harry! —gritó—. ¡Rompe las cadenas!

Pero no podía. Mis pequeñas demostraciones de magia terrestre estaban muy lejos de romper cadenas. Pero hice otra cosa que tampoco estuvo mal.

Raith tuvo que apartarse por un segundo, porque se le había clavado en la mano una esquirra del cuchillo roto. Se la arrancó con un gruñido y luego se volvió hacia Thomas, pero mientras lo hacía atrapé las llaves de la guardaespaldas con energía magnética y las lancé con fuerza contra el rostro de lord Raith.

Las llaves son un arma arrojadiza muy traicionera, eso lo sabe cualquier matón de barrio. Haz la prueba, solo por curiosidad. Coge un cartón de leche y arroja contra él un llavero. Ni siquiera hay que hacerlo con mucha fuerza. Lo más seguro es que el cartón acabe con unos cuantos agujeros y la leche desparramada por todas partes.

Los párpados son mucho más finos que los cartones de leche.

Raith se vio con un llavero en la cara que lo golpeó lo bastante fuerte como para hacerle gritar. Las atrapé de nuevo cuando rebotaron y se las volví a lanzar, como si estuvieran sujetas a una goma atada a su nariz. Da igual lo increíblemente sexi que seas, si eres un bípedo verticalmente simétrico, no tienes más remedio que reaccionar cuando algo pretende destrozarte los ojos.

Seguí atizándolo con las llaves hasta que se apartó de la luz de las velas negras,

después se las tiré a Thomas. Justo en ese momento, grité su nombre y él las cogió al vuelo con la mano que tenía libre. Separó una del resto y comenzó a liberarse.

Justo entonces el remolino de nubes que se cernía sobre el triángulo comenzó a adquirir la vaga forma de un rostro inhumano, un rostro que conocí en mi pasado más oscuro y que desde entonces vive en mis pesadillas. Su boca demoniaca se abrió en un extraño grito sordo, como si hubiera creado un repentino vacío de sonido en lugar de lo contrario. Aquel rostro repugnante se volvió hacia la vela que quedaba encendida, hacia Madge. La nube descendió y se movió hacia delante al tiempo que a su alrededor aparecían varias filas de espinas parecidas a colmillos. Madge se sentó y alzó los brazos en un inútil gesto defensivo. La nube demoniaca entró en ella a través de la boca. Las espinas comenzaron a desgarrarla y aunque Madge hizo todo lo posible para liberarse, de nada sirvió. Pero no fue una muerte rápida. Tuvo mucho tiempo para sentir cómo el asesino demoniaco, la mente perversa que había estado detrás de la maldición entrópica, entraba en estado gaseoso por su boca, garganta y pulmones, le clavaba aquellas terribles espinas y la destrozaba por dentro.

Madge ni siquiera consiguió gritar antes de morir.

Aunque no fue porque no lo intentara.

Thomas consiguió liberarse y se levantó, pero se quedó aterrado mientras contemplaba a Madge, o para ser más exactos, a la nube con espinas que seguía mutilando su cadáver desde el interior.

Raith golpeó a Thomas por la espalda con un movimiento tan rápido que apenas lo vi.

Todo ocurrió en un segundo, pero pude distinguir claramente como Raith cogía a Thomas por el hombro y la barbilla, y, con un movimiento brusco, le rompía el cuello.

Thomas se desplomó sin más.

—¡No! —grité.

Raith se volvió hacia mí.

Tiré la espada, azoté el aire con mi bastón y mi voluntad, y la pistola que Murphy le había quitado a la guardaespaldas voló hasta mi mano.

El rostro de Raith estaba magullado y arañado. Gruesas gotas de sangre rosa salpicaban sus castigadas facciones y su camisa oscura. Sonrió mientras avanzaba hacia mí y de repente desapareció en las sombras que había entre las velas y mi bastón.

Apunté hacia donde creí que estaba y disparé. El fogonazo de luz lo iluminó por un instante. Utilicé esa imagen para volver a apuntar y disparar otra vez. Y otra. Y otra. El último disparo me mostró a Raith, a solo dos o tres metros de distancia, con expresión de sorpresa. Con el siguiente tiro lo vi de rodillas, agarrándose el estómago, donde un surtidor de sangre rosa lo empapaba.

La pistola dejó de tronar, ya no quedaban balas.

Entonces la carne de Raith comenzó a brillar. Su camisa estaba hecha jirones y se la arrancó con desgana. Su piel comenzó a relucir con una pálida luz y vi como su carne ondulaba de forma extraña alrededor del agujero que tenía abierto en el abdomen. Se estaba curando.

Lo contemplé con cansancio durante un minuto y luego me agaché para recoger mi espada.

Raith soltó una carcajada.

—Dresden. Espera ahí un momento. Te despacharé como he hecho con Thomas.

—Era de mi sangre —dije en voz baja—. Era mi única familia.

—Familia —escupió Raith—. Un mero accidente del destino. Una consecuencia fortuita del deseo y el azar. La familia no significa nada. No es más que la llamada de la sangre para perpetuarse. Una arbitraria combinación de genes. Algo completamente insignificante.

—Tus hijos no piensan lo mismo —dije—. Para ellos la familia es importante.

Rió.

—Claro que lo piensan. Porque yo se lo he enseñado. Es una forma sencilla y práctica de controlarlos.

—¿Y nada más?

Raith se levantó mientras me miraba con seguridad e indiferencia.

—Nada más. Baja la espada, Dresden. No hay razón para que salgas herido.

—Paso. No te puede quedar mucha energía —argumenté—. Te he dado una paliza capaz de matar a tres o cuatro personas. Acabarás cayendo, antes o después.

—Me queda energía suficiente para enfrentarme a ti —dijo con una sonrisa—. Y después, todo cambiará.

—Debe de haber sido muy duro —dije—. Todos estos años de comedimiento, intentando no acabar con las reservas. Sin poder siquiera mancharte las manos por temor a que alguien viera que no puedes hacer lo que todos los de tu especie hacen: alimentarse.

—Fue molesto —contestó Raith después de una medida pausa. Dio un paso hacia mí para comprobar mi reacción—. Pero me sirvió como lección de humildad y de paciencia. Jamás le conté a nadie cómo me afectó la maldición de Margaret, Dresden. ¿Cómo lo averiguaste?

Seguí apuntando con la punta de la espada a su pecho y dije:

—Mi madre me lo dijo.

—Tu madre está muerta, hijo.

—Y tú eres inmune a la magia. Supongo que no respetaba mucho las reglas. Su rostro se oscureció y se convirtió en una máscara fea y asesina.

—Está muerta.

Le sonreí con desprecio mientras describía circulitos con la punta de mi espada.

El brillo de su piel comenzó a apagarse y la oscuridad se cernió sobre nosotros con las peores intenciones.

—Ha sido un placer charlar contigo, pero ya estoy totalmente recuperado, mago —dijo con gesto feroz—. Me vas a suplicar que te mate. Y mi primera comida en décadas será la pequeña policía.

En ese momento, se encendieron todas las luces de la cueva al mismo tiempo, devolviéndole al lugar ese toque melodramático que tan bien le iba.

Lara salió de detrás del biombo con su ondulante falda roja y su espada a la cadera y murmuró:

—Eso me gustaría verlo, padre.

Raith se detuvo. La miró fijamente con el rostro endurecido.

—Lara. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Sufrir una amarga decepción —repuso—. No me quieres, papá. A mí, a tu pequeña Lara, a tu devota hija.

Raith dejó escapar una áspera carcajada.

—Pero eso ya lo sabes. Tienes más de un siglo.

Su hermoso rostro adoptó una expresión distante. Luego dijo:

—Sí, lo sabía con la cabeza, pero mi corazón esperaba que no fuera así.

—Tu corazón —dijo Raith con sorna—. ¿Qué es eso? Ataca al mago. Mátalo.

—Sí, papá —respondió—. Dentro de un momento. ¿Qué le ha pasado a Thomas?

—El hechizo —dijo—. Madge perdió el control cuando lo liberó contra Dresden. Tu hermano murió intentando protegerlo. Esclavízalo, cariño. Y luego mátalo.

Lara sonrió y me pareció la expresión más fría y gélida que jamás había visto. Y eso que he visto algunas de las mejores. Dejó escapar una risilla burlona y sarcástica.

—¿Todo este teatro ha sido en mi honor, mago?

—Ha resultado un poco desagradable —dije—, pero creo que el mensaje ha quedado claro.

—¿Cómo sabías que estaba observando? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Alguien tuvo que contarle a Raith la mentira del accidente con la pistola —repuse—. Tú eras la única capaz de hacerlo. Y como este enfrentamiento iba a ser crucial para tu futuro, independientemente de cómo acabara, habrías sido tonta si te lo hubieras perdido.

—Muy listo —dijo de nuevo—. Mi padre no solo se ha quedado sin reservas, sino que ya no podrá recuperarse jamás. —Bajó los párpados y sus ojos brillaron como hielo plateado cuando sentenció—: Ahora es bastante inofensivo.

—Pues ya lo sabes —apostillé.

Miré a Raith y le dediqué una sonrisilla.

La expresión del vampiro se retorció para convertirse en algo a medio camino entre la rabia y el terror. Se apartó un paso de Lara, mientras su mirada iba de Lara a mí y de nuevo a Lara.

Lara acarició con los dedos la espada que colgaba junto a su cadera.

—Me has utilizado, Dresden. Y sin embargo me hiciste creer que yo tenía todas las de ganar. Me has vencido en mi propio juego, y muy hábilmente. Yo te creía incapaz de esta clase de argucias. Evidentemente te subestimé.

—No te flageles demasiado —le concedí—. Tampoco parezco muy espabilado.

Lara sonrió.

—Tengo una pregunta más —dijo—. ¿Cómo supiste que la maldición no le permitía alimentarse?

—No lo sabía —respondí—. No con toda seguridad. Solo pensé en lo peor que podría haberle hecho. Y no era matarlo. Sino robarle. Arrebatarle todo su poder y obligarlo a enfrentarse a sus enemigos sin nada. Así que supuse que mi madre quizá pensó algo parecido.

Raith contempló a Lara con desprecio.

—Tú no puedes matarme —dijo—. Sabes que los otros señores jamás dejarían que lideraras la Corte. Son leales a mí, Larita. No a la figura de jefe de la Casa Raith.

—Eso es cierto, padre —dijo Lara—. Pero ellos no saben lo debilitado que estás, ¿verdad? Ni que eres impotente. Y así debe ser, porque seguirás guiándolos como si nada hubiera pasado.

Alzó la barbilla en un gesto de arrogante desprecio.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

La luz plateada de los ojos de Lara se extendió a su alrededor. Fluyó por su pelo, se derramó por su piel, se agitó en su ropa y deslumbró hasta al mismo aire que la rodeaba. Dejó que el cinto del que colgaba su espada cayera al suelo y sus ojos plateados, enfadados y hambrientos se posaron sobre lord Raith.

Lo que estaba haciendo estaba dirigido exclusivamente a él, pero a mí me llegó de refilón y de repente noté como mis pantalones encogían cinco tallas. Sentí una sencilla, repentina y deliciosa necesidad de acercarme a ella. Posiblemente de rodillas. Posiblemente para quedarme en esa postura.

Me entró el pánico y di un paso atrás mientras me esforzaba por escudar mis pensamientos del poder seductor de Lara. Tras unos segundos casi logré volver a pensar con claridad.

—Mago —dijo—. Sugiero que te lleves a tu amiga de aquí. Y a mi hermano, si aún sigue con vida. —Su falda cayó junto al cinturón y yo hice un esfuerzo por no mirar—. Mi padre y yo —ronroneó Lara—, vamos a renegociar los términos de nuestra relación. Seguro que será interesante, pero es posible que no podáis marcharos una vez haya empezado.

Raith se apartó de Lara con los ojos desorbitados por el miedo. Y por el deseo. Se había olvidado por completo de mí.

Me puse en marcha a toda prisa. Iba a coger a Murphy en brazos, pero conseguí que se levantara ella sola, a pesar de que aún estaba medio inconsciente. Tenía el lado derecho de la cara amoratado del golpe. Así que me concentré en Thomas. No era tan alto como yo, pero era más musculoso y pesaba lo suyo. Entre resoplidos de esfuerzo conseguí echármelo a la espalda y al hacerlo, le oí respirar con dificultad.

Mi hermano no estaba muerto.

Al menos, todavía no.

Recuerdo tres cosas más de aquella noche en La Fosa.

Primero el cuerpo de Madge. Cuando me di la vuelta para marcharme, de repente se sentó. De su piel sobresalían espinas, junto con lentos regueros de sangre muerta. Su rostro era una masa deforme, pero adoptó los rasgos del demonio llamado Aquel Que Camina Detrás y de su garganta salió una voz inhumana, suave y dulce:

—He vuelto, hombre mortal —dijo el demonio a través de los labios muertos de Madge—. Y te recuerdo. Tú y yo tenemos un asunto pendiente.

Entonces se produjo un siseo burbujeante y el cadáver se desinfló como un globo.

Lo segundo que recuerdo ocurrió mientras avanzaba dando tumbos hacia la salida con Thomas y Murphy. Lara dejó caer su camisa blanca al suelo y se enfrentó a Raith, hermosa como la misma hija de la Muerte, como una fuerza real e irresistible. Atemporal. Pálida. Implacable. Detecté el sutil perfume a jazmín silvestre de su pelo y casi caigo de rodillas allí mismo. Tuve que esforzarme para seguir caminando, para sacar a Thomas y Murphy de allí. No creo que ninguno de nosotros hubiera escapado de la cueva con el libre albedrío intacto si no hubiera proseguido mi camino.

Lo último que recuerdo fue que me derrumbé sobre la hierba del exterior de la cueva con Thomas aún en brazos. Pude ver su rostro a la luz de las estrellas. Había lágrimas en sus ojos. Cogió aire en un estertor. Su cabeza y cuello colgaban en un ángulo imposible con respecto a los hombros.

—Dios —susurré—. Debería estar muerto.

Su boca se movió con un rápido temblor. No sé cómo lo hice, pero comprendí que intentaba decir que era mejor así.

—Y una mierda —repuse. Me sentía muy cansado.

—Te haría daño —casi susurró—. Quizá te mataría. Como a Justine. Hermano. No quiero.

Lo miré incrédulo.

No lo sabía.

—Thomas —dije—. Justine está viva. Ella nos dijo dónde estabas. Sigue viva, majadero suicida.

Abrió los ojos desorbitadamente y un pálido brillo se extendió por su piel con un

escalofrío. Un momento después respiró con un sonido ronco y tosió mientras se revolvía débilmente. Tenía los ojos hundidos y su aspecto era horrible.

—¿Qu-qué? ¿Está qué?

—Tranquilo, tranquilo, o acabarás vomitando —dije mientras intentaba sujetarlo—. Está viva. No está bien, la verdad, pero no está muerta. Sigue con nosotros. No la mataste.

Thomas pestañeó varias veces y luego pareció perder el conocimiento. Se quedó allí, respirando en silencio mientras por sus mejillas se deslizaban lágrimas resplandecientes.

Mi hermano se iba a poner bien.

Pero entonces se me ocurrió una idea.

—¡Joder!

—¿Qué? —dijo Murphy mirándome con curiosidad a pesar de la confusión.

Yo alcé la vista hacia el cielo nocturno y pregunté:

—¿Cuándo es martes en Suiza?

Capítulo 42

Me desperté a la mañana siguiente. Para ser más exactos, me desperté a la mañana siguiente, cuando la última piedra del brazalete analgésico de Ebenezer se convirtió en polvo negro y mi mano comenzó a enviar el mensaje de que estaba totalmente achicharrada.

En lo que a despertares se refiere, desde luego no es la mejor forma de comenzar el día. Aunque la verdad, los he tenido peores.

Generalmente ahora contaría cómo conseguí elevarme por encima del sufrimiento en plan mago machote, e ignoré el dolor. Pero la verdad es que la única razón por la que no me desperté aullando fue porque me faltaba el aliento para hacerlo. Me puse la mano, todavía envuelta en el vendaje sucio, sobre el pecho, e intenté recordar cómo llegar hasta la nevera. O a la casquería más cercana, una de dos.

—¡Eh, eh! —dijo una voz, y de repente apareció Thomas inclinándose sobre mí. Tenía un aspecto estilosamente descuidado, el muy cabrón—. Perdona, Harry —dijo—. Tardé un poco en encontrar algo para el dolor. Tenía que haber vuelto hace horas. —Empujó mis hombros hacia la cama y dijo—: Quédate ahí. Piensa en... pentágonos o lo que quieras, ¿vale? Voy a por agua.

Apareció un minuto después con un vaso de agua y un par de pastillas azules.

—Venga, tómate esto y espera unos diez minutos. Ya verás como el dolor se va.

Pensé que lo decía para consolarme, pero tenía razón. Diez minutos después estaba tumbado en la cama pensando que debería forrar el techo con algo suave y acogedor.

Me levanté, me puse los pantalones negros de estilo militar y salí al cuarto de estar-cocina-estudio-despacho. Thomas estaba en la cocina, canturreando algo para sí. Y no lo hacía mal. Supongo que en cuestiones musicales, no compartíamos los mismos genes.

Me senté en mi sofá y observé cómo trajinaba en la cocina; todo lo que uno puede trajinar cuando dos pasos son suficientes para recorrerla de punta a punta. Estaba preparando unos huevos con panceta en mi cocina de leña. Era evidente que no tenía ni idea de cómo cocinar con fuego de verdad, porque la panceta se le estaba quemando y las yemas de los huevos se le habían roto. Pero parecía disfrutar. De vez en cuando apartaba trozos quemados o pedazos que por alguna razón no le convencían, y los tiraba al suelo. El cachorro y el gato estaban allí. *Mister* comía todo lo que quería y el cachorro lo que *Mister* consideraba indigno de su educado paladar.

—¡Eh, tío! —dijo—. Supongo que no tendrás hambre, pero tienes que comer algo, ¿vale? Te vendrá bien, ya sabes.

—Vale —contesté.

Eché los huevos y la panceta más o menos al azar en un par de platos, me traje

uno y se quedó otro para él. Comimos. Estaba malísimo, pero la mano no me dolía. Tienes que tomar lo que la vida te ofrece.

—Harry —me llamó Thomas, después de un rato.

Alcé la vista.

—Viniste a por mí —dijo.

—Sí —repuse.

—Me salvaste la vida.

Pensé en lo que había dicho.

—Sí —concluí un momento después. Después seguí comiendo.

—Gracias.

Negué con la cabeza.

—No fue nada.

—No, claro que sí —dijo—. Arriesgaste tu vida. Y la de tu amiga, Murphy.

—Sí —dije de nuevo—. Bueno, somos familia, ¿no?

—De eso puedes estar seguro —dijo con una media sonrisa en los labios—. Y por eso quiero pedirte un favor.

—Quieres que volvamos —dije—. Tantear a Lara. Visitar a Justine y ver qué te depara el futuro.

Me miró sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es lo que yo haría.

Asintió en silencio. Luego dijo:

—¿Me acompañarás?

—Vale, siempre que sea antes del martes.

Murphy pasó por casa el lunes para informarme de que la investigación había concluido que la muerte de Emma fue un trágico accidente. Ya que no se encontraron huellas y la testigo (y propietaria del arma) había desaparecido, no corría peligro de ser acusado de homicidio. Aun así, la situación seguía siendo bastante delicada y no me granjearía nuevas amistades entre las autoridades, pero al menos esta vez no acabaría en el trullo.

Me costó concentrarme en lo que me decía Murphy. Raith le dislocó la mandíbula inferior y tenía la cara cubierta de moratones. A pesar de las felices pastillas azules, cuando vi a Murphy sentí un arrebato de rabia en mi interior. Ella no habló más que de trabajo, pero me miró como retándome a que hiciera algún tipo de comentario caballeresco. Me abstuve y ella, como recompensa, no me rompió la nariz.

Me llevó a un especialista bastante caro que le recomendó su médico de cabecera. Examinó mi mano, le hizo unas fotos y acabó negando con la cabeza mientras decía:

—No puedo creer que no se le haya necrosado. Señor Dresden, es muy posible que conserve usted la mano. Hay una pequeña porción de la palma que no se quemó,

y para eso no tengo ninguna explicación. ¿Le importa si le hago una pregunta personal?

—En ese ámbito no tengo problemas, doctor —balbucí—. Aunque últimamente esté en el dique seco.

Me dedicó una breve sonrisa.

—Es más personal que eso, me temo. ¿Tiene un buen seguro?

—*Hum* —dije—. No mucho.

—Entonces le voy a dar un consejo, aquí entre nosotros. Ha tenido usted una suerte casi milagrosa al poder conservar la mano. Pero dada la gravedad de las quemaduras y la cantidad de nervios dañados, quizá deba considerar la amputación y el uso de una prótesis.

—¿Qué? —dije—. ¿Por qué?

El médico negó con la cabeza.

—La principal complicación en estos momentos es evitar que se produzca una infección mientras esperamos a realizarle un injerto de piel. Pero según mi experiencia, su mano jamás alcanzará la funcionalidad de una prótesis. Aunque se sometiera a cirugía y a tratamientos intensivos que le costarán una fortuna, y aunque consiguiera la mejor recuperación posible, pasarían décadas antes de que recuperara el uso de la mano. Aunque lo más probable sería que eso no sucediera jamás.

Lo miré en silencio durante un largo minuto.

—¿Señor Dresden? —dijo.

—Pero es mi mano —respondí con la entereza de un crío de tres años e intenté sonreír al médico—. Oiga, puede que tenga la mano jodida, pero es mi mano. Así que nada de amputaciones.

El médico negó con la cabeza, pero dijo:

—Lo entiendo, hijo. Buena suerte. —Me recetó una pomada antibiótica, medicación para el dolor y me apuntó el número de un especialista todavía más caro. De camino a casa, le pedí a Murphy que se detuviera en la farmacia, donde compré las medicinas, un paquete de vendas y unos guantes de cuero.

—¿Y bien? —preguntó Murphy—. ¿Me vas a contar qué te ha dicho el médico?

Arrojé el guante derecho por la ventana y Murphy me miró con una ceja alzada.

—Cuando termine con mi imitación de la momia —dije mientras agitaba mi mano recién vendada—. Quiero que me ayudes a elegir. Michael Jackson o Johnny Tremaine.

Intentó ocultarlo, pero vi como se estremeció. Y lo entendí. Si no me hubiera tomado las pastillas felices de Thomas, quizá el problema de mi mano también me habría deprimido.

El lunes por la tarde, saqué al Escarabajo azul del taller de Mike, que es el equivalente a Jesucristo en lo que a reparación automovilística se refiere. O quizá al

doctor Frankenstein. Conduje el Escarabajo hasta un hotel cerca del aeropuerto para encontrarme con Arturo Genosa y la nueva señora Genosa.

—¿Qué tal la vida de casada, Joan? —pregunté.

Joan, regordeta, sencilla y resplandeciente de felicidad, se pegó a Arturo con una pequeña sonrisa.

Arturo también sonrió y dijo:

—Jamás he estado casado con una mujer con tanta... creatividad.

Joan se puso colorada.

Disfrutamos de un agradable desayuno y Arturo me pasó un sobre con mi minuta, en efectivo.

—Espero que no te importe, Dresden —dijo—. No terminamos la película y el dinero desaparece cuando uno se ve obligado a declararse en bancarrota, pero quería asegurarme de que recibías lo tuyo.

Negué con la cabeza y empujé el sobre hacia su lado de la mesa.

—No salvé la película. Ni a Emma.

—La peli, bah. Pero arriesgaste la vida para salvar a Giselle. Y a Jake también. Emma... —Su voz se apagó. Casi me pareció que envejecía de repente—. Comprendo que quizá no tengas total libertad para hablar, pero debo saber lo que le sucedió.

Joan palideció y me miró con ojos suplicantes.

No tenía que explicármelo. Sabía o sospechaba la verdad; que Tricia Scrupm estaba detrás de aquella muerte. Arturo sufriría mucho al oír algo semejante de una mujer a la que quiso en su momento.

—No estoy seguro —mentí—. Encontré a Emma y a Trixie así. Me pareció ver a alguien y corrí tras él. Pero, o era más rápido que yo o todo fue producto de mi imaginación. Quizá no lo sepamos nunca.

Arturo asintió con la cabeza.

—No debes culparte. Ni renunciar a lo que te has ganado honradamente, Harry. Estoy en deuda contigo.

Yo quería rechazar el dinero, pero joder, era lunes. Y Kincaid esperaba su dinero el martes. Cogí el sobre.

Jake Guffie apareció un rato después, vestido con un traje claro de algodón. No se había afeitado y su barba estaba salpicada de gris. No parecía haber dormido mucho, pero intentó sonreír.

—Arturo. Joan. Felicidades.

—Gracias —dijo Joan.

Jake se nos unió y seguimos con nuestro agradable desayuno. Después acompañamos a Joan y Arturo hasta el autobús del aeropuerto. Jake y yo los vimos alejarse. Jake contempló el autobús durante un momento. Parecía cansado, pero si le

inquietó mentir a Arturo con respecto a Trixie desde luego no lo demostró.

Jake se volvió a mí y dijo:

—Supongo que tú no eras el asesino. La policía dijo que el disparo fue accidental. Luego investigaron a Trixie y descubrieron todos sus ingresos en clínicas de desintoxicación. Dijeron que probablemente habría hecho alguna estupidez estando drogada.

—¿Y tú lo crees? —pregunté.

—Ni de coña, tío. Ella siempre hacía tonterías. Lo de estar puesta sería una coincidencia.

Negué con la cabeza.

—Siento no haber podido proteger a Emma.

Asintió.

—Y yo, tío. Había ido a coger sus medicinas. Medicinas para la alergia. No se las quería tomar con agua del grifo, por eso fue a la habitación verde a coger una botella de Evian. Estaba en el lugar equivocado, eso es todo. Mala suerte.

—Lo siento por sus hijos —dije—. Soy huérfano y es una mierda.

Jake asintió.

—No sé cómo saldrán adelante sin su madre —dijo—. Y yo tampoco tengo mucha experiencia, pero tampoco soy tan mal padre como para calificarlos de huérfanos.

Lo miré atónito durante un segundo y luego dije:

—Dijiste que querías asentarte.

—Sí. Pero Emma decidió seguir sin mí.

Asentí.

—¿Vas a seguir en el negocio?

—Joder, no —dijo—. Silverlight me va a vetar, como a todos los demás. Y no puedo seguir con eso y acudir a las reuniones del APA. Tengo otro trabajo en mente.

—¿Ah, sí? —pregunté—. ¿Cuál?

—Pues Bobby y yo vamos a crear una agencia consultora. De *feng shui*.

Me pareció bien.

Después fui con Thomas a la mansión Raith, al norte de la ciudad. Esta vez, entramos por la puerta principal. Había una pareja de guardaespaldas nuevos custodiándola. No eran gemelos y no tenían esa mirada vacía y sumisa de los anteriores. A estos los habían contratado por su habilidad y experiencia. Posiblemente fueran antiguos marines.

—Bienvenido, señor Raith —dijo uno de los guardaespaldas—. Su hermana le ruega que desayune con ella en el jardín este.

Los dos se quedaron allí parados, esperando a que comenzáramos a caminar para seguirnos los pasos, de modo que aquello ya no parecía una invitación propiamente

dicha. Aunque quizá tanta atención se debiera a su empeño en vigilarnos y protegernos, las dos cosas. Thomas abrió la marcha y yo me puse a su derecha. Soy un poco más alto que él, pero su expresión mostraba una confianza en sí mismo y una resolución que no le había visto nunca. Nuestros pies golpearon el suelo al mismo tiempo.

Los guardaespaldas nos acompañaron hasta un precioso jardín dispuesto en terrazas que parecía salido del Renacimiento italiano; venía con sus ruinas falsas, sus antiguas estatuas de dioses clásicos y un diseño pensado para no verlo todo de una pasada; era un lugar que había que explorar. En la terraza más alta había una mesa hecha de alambre de metal retorcido de diseño ondulante y unas sillas que hacían juego. Sobre la mesa alguien había dispuesto un desayuno ligero; con más fruta y zumos de los que yo suelo tomar. Pero bueno, lo que suelo tomar son las sobras de la cena, así que...

Lara estaba sentada a la mesa. Llevaba un vestido blanco adornado con rosas bordadas y el pelo recogido en una cola de caballo. Se levantó para darnos la bienvenida y nos estrechó las manos.

—Thomas —saludó—. Y Harry.

—Hermanita —respondió Thomas—. ¿Debo suponer por tu recibimiento que se ha producido un cambio en la dirección?

Se volvió a sentar y Thomas la imitó. Yo me senté frente a él, para poder vigilar su espalda, y no me esforcé lo más mínimo en sonreír diplomáticamente. No quería que Lara pensara que ahora íbamos a ser colegas. Además, la falsedad no va conmigo.

Lara me miró con ojos calculadores detrás de su sonrisa.

—Bueno, no ha sido más que la clásica riña familiar —dijo—. Padre estará enfadado conmigo una temporada, pero ya se le pasará.

—¿Y si no se le pasa? —preguntó Thomas.

La sonrisa de Lara se hizo más afilada.

—Se le pasará. —Dio un sorbo a su zumo de naranja—. Desgraciadamente, Thomas, no sé si será tan magnánimo contigo.

Thomas respiró hondo.

—Lo siento —dijo Lara. Y parecía sincera.

—¿Le vas a dar la espalda? —pregunté—. ¿A tu hermano?

Lara alzó una mano.

—No quiero, pero la insidia que mi padre siente por Thomas no es un secreto para nadie. Si tengo que mantener la ficción de que mi padre sigue controlando esta casa, Thomas no se puede quedar. Por supuesto, tampoco es que reniegue de ti, Thomas, pero tengo que cortar cualquier lazo contigo. Ya no disfrutas de la protección de la Casa Raith. Y lo siento de verdad.

—Los gemelos —dijo—. Esto es cosa suya. Siempre me han querido fuera.

—Madrigal sí —confirmó Lara—. A Madeline le daba igual, pero siempre cede ante sus antojos. Y para ser sincera, necesitaba su apoyo más que el tuyo.

Thomas volvió a respirar hondo y asintió.

—Quizá eso cambie con el tiempo.

—Eso espero —dijo Lara—. Pero de momento, no hay nada que yo pueda hacer. No vuelvas a recurrir a mí abiertamente, Thomas. No me visites. No reclames Raith como tu hogar. Rompe las tarjetas de crédito y no toques tus cuentas. ¿Tienes algo de dinero apartado?

—Un poco —dijo—. Pero el dinero no importa.

Lara dejó el zumo de naranja sobre la mesa y se reclinó en su silla.

—Y Justine sí —adivinó.

—Sí. A Madrigal le encantaría ponerle las manos encima.

—No lo hará —respondió—. Te juro, Thomas, que estará a salvo conmigo. Al menos, eso sí puedo hacerlo por ti.

Thomas pareció quitarse un peso de encima.

—¿Cómo está?

—Distante —dijo Lara—. Dispersa y distraída. Pero feliz, creo. Habla de ti a veces.

—No habrás... —Su rostro se retorció en una mueca de repulsión.

—La verdad es que no —dijo Lara.

Thomas la miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué no le haces una visita? —sugirió Lara y señaló con la cabeza una porción más baja del jardín, donde pudo ver a Justine, en una silla de ruedas, dibujando algo en un bloc que apoyaba contra su regazo.

Thomas se levantó como un rayo, pero luego se obligó a tranquilizarse y siguió el sendero hasta la joven, dejándose a solas con Lara.

—En realidad, este no es su sitio —me confió—. Como en el caso de Inari.

—¿Qué tal está?

—En rehabilitación —contestó Lara—. En una habitación de hospital con su novio. Él no está mucho mejor. Pero no paran de charlar y reír. —Suspiró—. Yo creo que es amor. Hablé con ella, como acordamos. No creo que Inari se convierta en uno de los nuestros. Dijo algo sobre hacer Feng Shui en California.

—No sabía que conociera las artes marciales —dije.

Lara sonrió un poco mientras contemplaba a Thomas. Estaba de rodillas junto a Justine, mirando sus dibujos y hablando. Ella parecía débil pero feliz, como esos niños enfermos terminales que llevan a Disneylandia. Verla me calentaba el corazón y lo desgarraba al mismo tiempo. No me gustó lo que sentí.

—Voy a ser sincero contigo, Lara —dije—. No confío en ti.

Asintió.

—Bien.

—Pero tenemos una crisis de rehenes en tus manos.

—¿De qué clase?

—Secretos familiares. Sabes el mío, que concierne a Thomas.

Sus ojos me miraron inexpresivos.

—Sí. Y tú sabes lo de mi padre.

—Si tú largas lo de Thomas, yo cantaré lo de tu padre. Los dos perderemos. Así que creo que lo mejor es acordar un pacto de sinceridad. No tengo por qué caerte bien. Ni tienes que estar de acuerdo conmigo. Ni ayudarme. Pero sé sincera y yo lo seré también. Si mi posición se volviera hostil, te comunicaría que el pacto se ha roto. Tú haz lo mismo. Es lo mejor para los dos.

Asintió lentamente y luego dijo:

—¿Tengo tu palabra?

—Tienes mi palabra. ¿Y tú?

—Sí, tienes mi palabra.

Los dos nos concentramos en el desayuno en silencio.

Media hora después, Thomas se levantó, se inclinó hacia delante y rozó con sus labios la mejilla de Justine. Se incorporó bruscamente, luego dio media vuelta y se alejó a toda prisa con movimientos tensos y tristes. No miró hacia atrás. Al acercarse, me fijé en su cara.

Sus labios estaban quemados y tenían llagas. Pasó delante de nosotros, como si no estuviéramos allí. Su mirada era distante.

—Siempre ha sido un romántico —suspiró Lara—. Ahora ella está protegida. El pobre idiota nunca debió enamorarse de su presa. Todo surgió a raíz de la última vez que estuvieron juntos. Supongo.

—Tenía que ser mutuo.

—No hay amor mayor —concluyó Lara.

Nos marchamos. Thomas y yo subimos al Escarabajo y le pregunté:

—¿Estás bien?

Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho. No dijo nada.

—He preguntado por Inari —dije.

Sus ojos se posaron en mí, aunque no levantó la cabeza.

—Está en rehabilitación. Y está enamorada. Pasarán semanas antes de que ella y Bobby puedan hacer nada. Pero no habrá crímenes pasionales.

—Entonces es libre —dijo Thomas.

—Sí.

—Bien. —Un minuto después añadió—: Nadie debería ser como los Raith. Nadie debería destruir a las personas que más quieren.

—No la destruiste. Y creo que Lara la protegerá.

Se encogió de hombros con expresión oscura.

—¿Has dormido algo desde el sábado?

—No.

—Necesitas descansar y yo una niñera para el perro. Te voy a dejar en casa. Yo tengo que hacer unos recados. Atibórrate de la cerveza de Mac hasta que no puedas más. Ya pensaremos qué hacer cuando estés fresco. ¿Vale?

—Vale —dijo—. Gracias.

Lo llevé a mi apartamento y dediqué la mañana a intentar cobrar las facturas que aún no me habían pagado. No tuve mucha suerte. El resto del día lo pasé solicitando créditos, y me fue todavía peor. Los tíos de los bancos tienen prejuicios contra los que tenemos un largo historial de impagos y ponemos «mago» en la casilla de profesión. Supongo que podría haber sido peor. Imagina que escribo que la razón para pedir el préstamo es «pago a mercenario por los servicios prestados».

Al final de la jornada me dolía tanto la mano que los analgésicos ya no me hacían efecto. Acabé agotado. De camino al último banco, ya no recordaba la pinta que tenía mi coche. Me pase el desvío a mi calle y tuve que dar la vuelta a la manzana, pero me lo volví a pasar. Conseguí llegar a casa antes de perder por completo el sentido. Pasé dando tumbos por delante de Thomas, *Mister* y el cachorro, dormidos en el sofá y me derrumbé en mi cama.

Cuando desperté, era martes por la mañana.

Me encontré mirando nervioso a mi alrededor en busca del punto rojo de luz láser que se posaría sobre mi nariz mientras me estuviera dando una ducha, con una bolsa de plástico en la mano vendada. Me vestí, cogí el teléfono y llamé al número de Kincaid; después esperé a que me devolviera la llamada.

Tardó menos de tres minutos.

—Soy Dresden —dije por teléfono.

—Ya lo sé. ¿Qué tal la mano?

—Había una prótesis del ejército suizo monísima con un montón de adornos y accesorios, pero al final pasé. Me quedo con la original.

—Pues qué pena —dijo Kincaid—. ¿Tienes otro trabajo para mí?

—Quería hablarte del último —dije—. *Hum*, o sea, ya sé que dijiste el martes, pero necesito vender algo de activo para conseguir el efectivo. —Y era cierto. Aún no había vendido los libros de bolsillo ni mi colección de cómics—. Necesito más tiempo.

—¿De qué estás hablando?

—Tiempo. Necesito más tiempo.

—¿Para qué?

—Para reunir tu dinero —dije, sin llegar a pronunciar la palabra «atontao». ¿Lo

ves? Yo también puedo ser diplomático.

—El dinero me llegó hace horas.

Aluciné.

—Pero si quieres me puedes pagar dos veces —dijo Kincaid—. No seré yo quien te detenga. ¿Algo más?

—*Hum.* No. Creo que no.

—Pues no me vuelvas a llamar si no es por asuntos de trabajo. —Hizo una pausa—. Aunque me gustaría darte un consejo.

—¿Cuál? —pregunté mientras ocultaba astutamente mi confusión.

—Acabar con ella fue demasiado fácil —dijo Kincaid—. Me refiero a Mavra.

—Ya. Gracias a esa pistolita tan guay que me diste, supongo. Gracias.

—La pagaste —dijo—. Pero en realidad te la di para que te sintieras mejor. Y para estar seguro de que no me pegarías un tiro por accidente.

—¿Y todo eso que dijiste sobre lo útil y buena que era la pistola?

—Dresden. Venga, hombre. Es una pistola de *paintball*. Mavra es un bicho malo de primera. Supuse que con la pistola te cargarías a algún vampiro novato. Pero ¿crees que Mavra salió correteando del humo para que te la cargaras? Quedó bonito y muy melodramático, pero vamos. Si te lo has tragado, tengo un puente que me gustaría vender.

Sentí como se me revolvía el estómago.

—Era ella —me reafirmé.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Pues porque... llevaba el mismo vestido —dije—. Me cago en todo. Ni yo me lo creo. Los cadáveres se parecen todos entre sí. Quizá fue un señuelo.

—Sí —dijo—. Así que mi consejo, Dresden, es que no bajes la guardia.

—Ya, gracias.

—Y es gratis. —Guardó silencio por un segundo mientras alguien hablaba de fondo, luego dijo—: Ivy dice que saludes a tu gatito de su parte. —Luego colgó.

Yo hice lo propio, sin dejar de darle vueltas a la cabeza. Cuando me giré, Thomas estaba sentado en el sofá. Sin decir palabra, me pasó la tarjeta de Kincaid con su número de cuenta y la cantidad que le debía.

—Lo encontré al hacer la colada —dijo.

—No tenías por qué —repuse.

—Ya lo sé —dijo.

—¿De verdad tienes tanto dinero?

Negó con la cabeza.

—Ya no. Eso era todo lo que había apartado. No tenía planes de independizarme de forma inmediata. Supuse que moriría o que me haría con el poder. Ahora mismo, tengo unos cincuenta pavos a mi nombre.

Me senté en el sofá. El cachorro me olisqueó con su hocico y movió la cola a modo de saludo.

—¿Adónde vas a ir? —pregunté.

—No lo sé —dijo—. Supongo que puedo hacer lo mismo que mi primo Madrigal: buscarme a una mujer rica. —Frunció el ceño—. No lo sé.

—Oye —dije—. Me has salvado el culo. Quédate aquí una temporada.

—No quiero tu caridad.

—No es eso —dije—. Piensa en esa transferencia de dinero como en el alquiler. Puedes dormir en el sofá hasta que sepas qué hacer. Estaremos un poco apretados, pero no será para siempre.

Asintió con la cabeza.

—¿Seguro?

—Claro.

Más tarde Thomas se acercó a la tienda y yo bajé al laboratorio para hablar con Bob. Le conté lo que había sucedido.

—¿Estás seguro? —preguntó Bob—. ¿Era Aquel Que Camina Detrás?

Me estremecí.

—Sí. Yo creía que lo había matado.

—No puedes matar a un Caminante, Harry —dijo Bob—. Cuando lo destrozaste la vez anterior, se desvaneció del reino mortal. Quizá le hicieras daño, y tardó un tiempo recuperarse. Pero sigue ahí fuera.

—Pues qué tranquilizador —dije. Me quité el vendaje de la mano herida.

—¡Puaj! —dijo Bob.

—¿Podemos hacer algo con esto? —pregunté.

—Carne quemada y nervios dañados, según puedo ver —dijo Bob—. *Hum*, aunque parece que aún responde a movimientos reflejos. Seguro que podrías usarla un poco si lo hicieras sin pensar.

Fruncí el ceño.

—Tienes razón. Creo que la moví durante la pelea con Raith. Pero mira esto. —Y abrí los dedos con la otra mano.

Había un pedazo de carne sin quemar, justo como el médico había observado. Lo que él no sabía era que la carne intacta tenía la forma de un sello de la escritura gaélica; el nombre de uno de los ángeles caídos. Concretamente de la entidad atrapada en una antigua moneda de plata que justo en ese momento se encontraba bajo medio metro de hormigón y media docena de conjuros protectores, en el extremo más alejado del laboratorio.

—Lasciel —dijo Bob con preocupación.

—Pensaba que estaba atrapada. Creía que no me podía tocar, Bob.

—Y no puede —dijo Bob, atónito—. O sea, es imposible. Es imposible que pueda

llegar a ti desde donde está.

—Dónde habré oído eso antes —murmuré. Volví a vendarme la mano—. Pero eso creía yo también. Además el bastón hace cosas raras. Cuando canalizo la energía a través de él se recalienta. Las runas se encienden como ascuas y comienza a echar humo. Y todo lo que quiero hacer con él sale más grande. ¿Haría algo mal durante la preparación?

—Quizá —dijo Bob—. *Hum*, por lo que dices yo creo que se trata de fuego infernal. No es muy agradable, pero, tío, podrás lanzar hechizos megaviolentos con eso.

—Sé lo que es el fuego del infierno, Bob.

—Sí, claro. ¿Y entonces, por qué lo utilizas, Harry?

—No lo sé —dije apretando los dientes—. No era mi intención. No sé qué demonios está pasando.

—¡Joder! —dijo Bob—. Quizá sea por las malas compañías, jefe.

Ahora tenía acceso al fuego del infierno. ¿Cómo había pasado?

El sello de Lasciel en la palma de mi mano izquierda era la única zona que no se había quemado.

Mientras me marchaba Bob dijo:

—¡Eh, Harry!

—¿Sí?

Las luces naranjas de la calavera ganaron intensidad.

—Cuéntame cómo tiene el culo Murphy.

Thomas volvió de la tienda poco después.

—Le he comprado al perrito un cuenco, un collar, comida y demás. Es un bicho simpático. Muy tranquilo. No lo he oído lloriquear ni nada. —Le rascó detrás de las orejas—. ¿Ya te has decidido por un nombre?

El cachorro ladeó la cabeza, con las orejas para arriba mientras me miraba con sus ojitos oscuros.

—Nunca he dicho que me lo vaya a quedar —dije.

Thomas resopló.

—Sí, claro.

Fruncí el ceño mientras lo contemplaba.

—Es pequeño. Es gris. No arma mucho jaleo —dije después de un minuto. Apoyé una rodilla en el suelo y extendí la mano hacia el animalito—. ¿Qué tal *Ratón*?

Ratón dio un salto en un arranque de felicidad canina y se acercó corriendo para lamerme la mano y morder con cuidado uno de mis dedos.

Thomas sonrió, aunque parecía un poco triste.

—Me gusta —dijo.

Comenzamos a guardar lo que había comprado y tuve una extraña sensación.

Estaba acostumbrado a vivir solo. Pero ahora había alguien más en mi espacio personal. Alguien que no me importaba que estuviera allí. Thomas era poco más que un desconocido, pero al mismo tiempo no. El vínculo que percibí entre nosotros no era menos fuerte por ser inexplicable, ni menos real por ser ilógico.

Tenía familia. Joder, y tenía un perro.

Aquel era un gran cambio, y me gustaba. Pero al mismo tiempo, me di cuenta de que tendría que hacer importantes ajustes. Íbamos a estar bastante apretados, habría menos tranquilidad... Pero cuando Thomas tuviera su propio apartamento, todo volvería a la normalidad. No creo que a ninguno de los dos nos hiciera gracia tropezar con el otro cada vez que nos diéramos la vuelta.

Me sorprendí a mí mismo sonriendo. Parecía que la vida me daba un respiro. Ya comenzaba a sentirme un poco agobiado, sí, pero respiré hondo y aparté esa sensación. Thomas no estaría mucho tiempo, y el perro era mucho más pequeño que *Mister*. Podría soportar un poco de claustrofobia.

Fruñí el ceño ante una bolsa verde enorme y le pregunté a Thomas:

—Oye, ¿por qué compraste el pienso para cachorros de raza grande?

Notas

[1] N. de la T.: Literalmente, Trixie la Zorra.<<

[2] N. de la t.: *Billy Goat*, aficionado al béisbol, en 1945 fue a ver un partido de los Cubs de Chicago con su cabra y, cuando los echaron porque el animal olía mal, lanzó una maldición sobre el equipo para que no ganara jamás un partido en casa. Tuvieron que pedirle perdón para que levantara la maldición y el equipo volviera a ganar.<<

[3] N. de la t.: Guillermo de Ockham, (también escrito Occam), filósofo medieval del reduccionismo metodológico, según el cual cuando dos teorías llevan a la misma conclusión, ha de escogerse la más sencilla.<<

[4] N. de la t: Los Gowan Knight son los camiones de bomberos fabricados por la compañía Gowan.<<